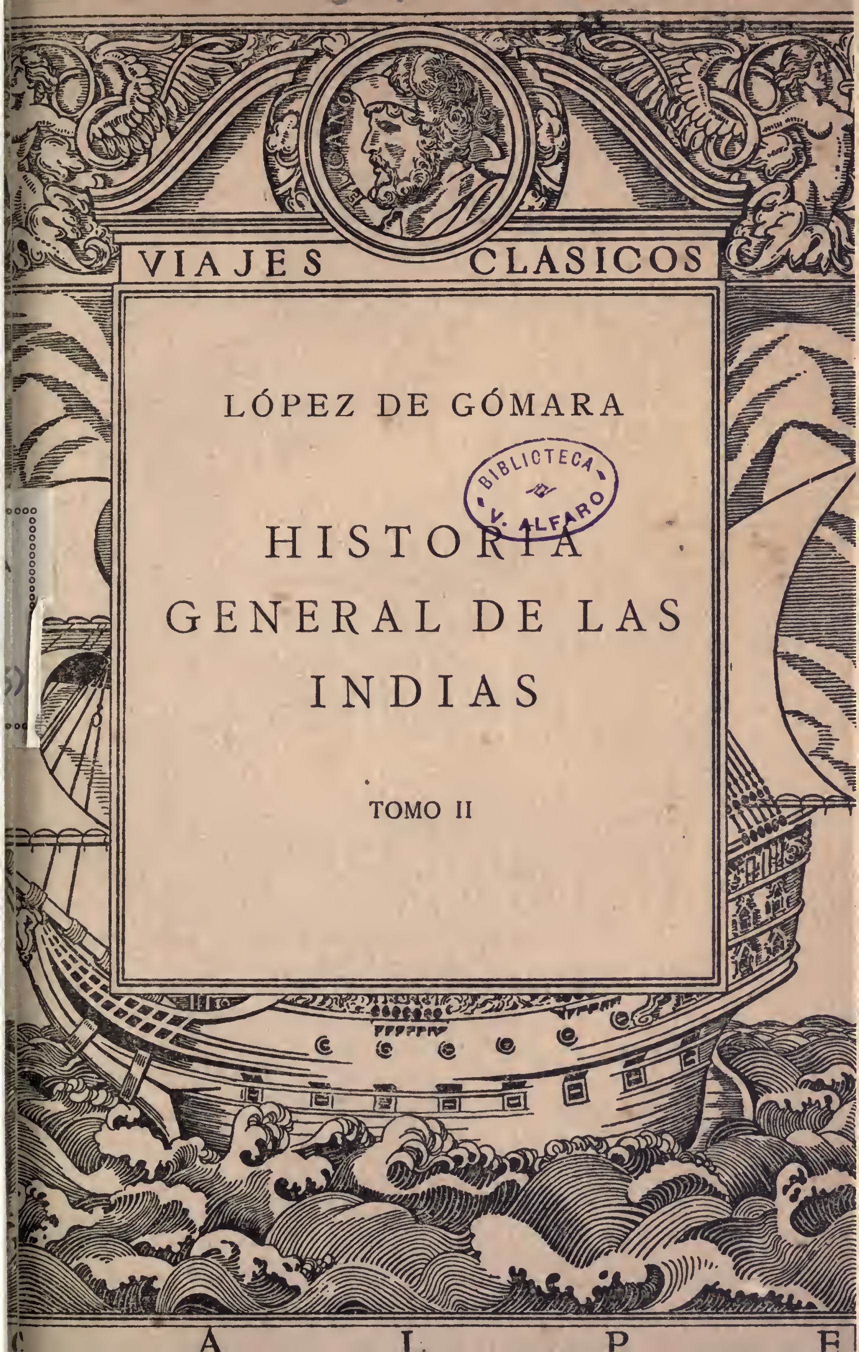











VIAJES CLASICOS
LÓPEZ DE GÓMARA
HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS
TOMO II
CALPE

VIAJES CLÁSICOS

EDITADOS Y ANOTADOS
BAJO LA DIRECCIÓN DE

J. DANTÍN CERECEDA

SE HAN PUBLICADO:

1 y 2.—SPEKE (J. H.): *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*. Con grabados y un mapa. Tomos I y II.

3 y 4.—BOUGAINVILLE (L. A. DE): *Viaje alrededor del mundo*. Con grabados y mapas. Tomos I y II.

5 y 6.—BERNIER (F.): *Viaje al Gran Mogol, Indostán y Cachemira*. Con grabados y un mapa. Tomos I y II.

7.—LA CONDAMINE (C. DE): *Viaje a la América meridional*. Con una lámina y un mapa. Un volumen.

8.—MATTHEWS (J.): *Viaje a Sierra Leona, en la costa de África*. Con un mapa. Un tomo.

9 y 10.—DARWIN (C.): *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Dos tomos, con grabados y mapas.

11, 12 y 13.—COOK (J.): *Relación de su primer viaje alrededor del mundo*. Tres tomos, con grabados, láminas y mapas.

14, 15 y 16.—COOK (J.): *Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo*. Tres tomos, con grabados, láminas y mapas.

17. — NÚÑEZ CABEZA DE VACA (ALVAR): *Naufragios y Comentarios de...* Un volumen.

18.—FERNÁNDEZ DE NAVARRETE (M.): *Viajes de Cristóbal Colón*. Un volumen, con un mapa del derrotero de los cuatro viajes del inmortal navegante.

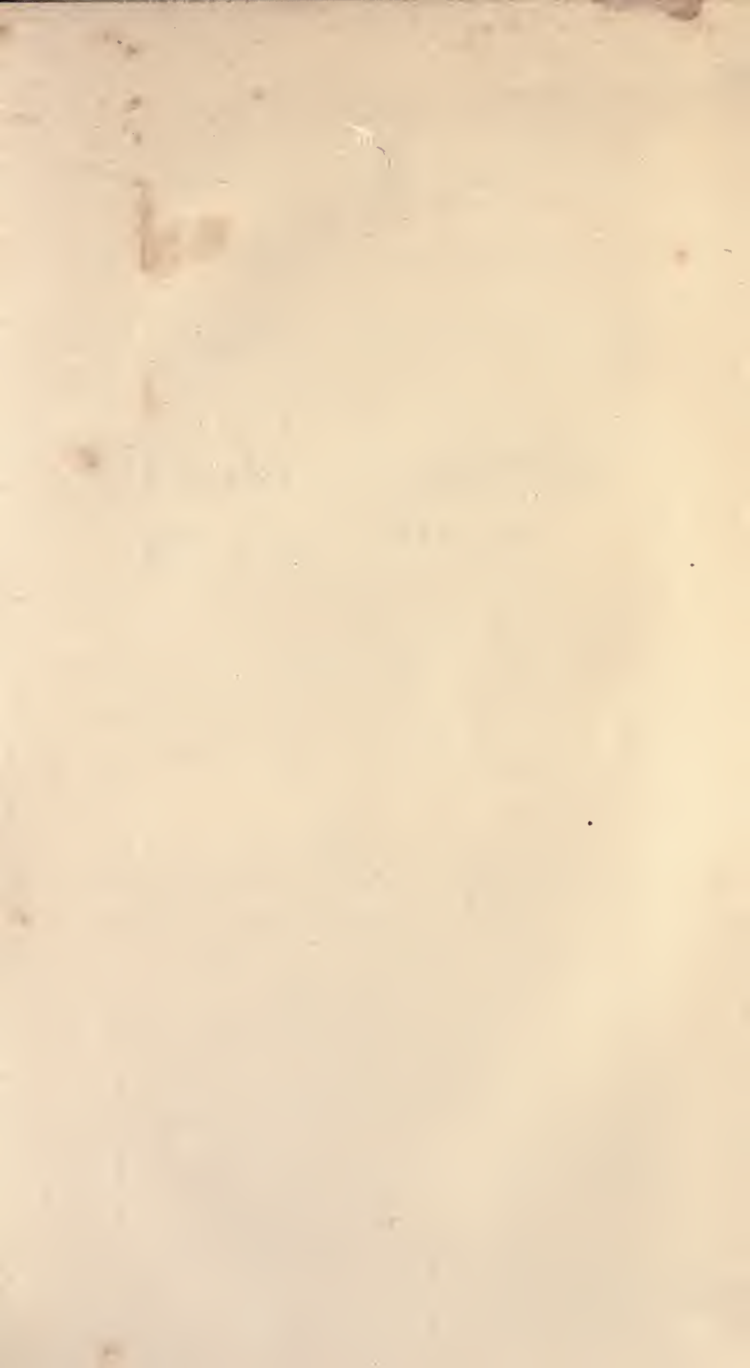
19 y 20.—HERNÁN CORTÉS: *Cartas de relación de la conquista de Méjico*. Dos tomos, con grabados.

21 y 22.—LÓPEZ DE GÓMARA: *Historia general de las Indias*. Dos tomos.

23.—PIGAFETTA: *Primer viaje en torno del Globo*. Un tomo.

EN PRENSA:

ROSS (JOHN): *Narración de un segundo viaje en busca del paso del Noroeste*. Dos tomos.





HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS

TOMO II

LOS GRANDES VIAJES CLÁSICOS

VOLÚMENES PUBLICADOS POR «CALPE»

1 y 2.—Speke (J. H.), **Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo.**—Dos tomos, con grabados y un mapa.—Cada tomo, 4 pesetas.
3 y 4.—Bougainville (L. A. de), **Viaje alrededor del mundo.** — Dos tomos, con cartas y grabados. Cada tomo, 3,50 pesetas.
5 y 6.—Bernier (F.), **Viajes al Gran Mogol, Indostán y Cachemira.**—Dos tomos, con grabados, láminas y cartas. Cada tomo, 3 pesetas.
7.—La Condamine (C. de), **Viaje a la América meridional.**—Un tomo, con una lámina y un mapa, 3 pesetas.
8.—Matthews (J.), **Viaje a Sierra Leona, en la costa de Africa.**—Un tomo, con un mapa, 2,50 pesetas
9 y 10.—Darwin (C.), **Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo.**—Dos tomos, con grabados y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
11, 12 y 13.—Cook (J.), **Relación de su primer viaje alrededor del mundo.**—Tres tomos, con grabados, láminas y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
14, 15 y 16.—Cook (J.), **Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo.**—Tres tomos, con 32 grandes láminas fuera de texto y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
17.—Núñez Cabeza de Vaca (Alvar), **Naufragios y Comentarios de...**—Un tomo, con mapas, 4,50 pesetas.
18.—Fernández de Navarrete (M.), **Viajes de Cristóbal Colón.**—Un tomo, con un mapa, 4 pesetas.
19 y 20.—Hernán Cortés, **Cartas de relación de la conquista de Méjico.**—Dos tomos, con grabados. Cada tomo, 3,50 pesetas.
21 y 22.—López de Gómara (F.), **Historia general de las Indias.**—Dos tomos. Cada tomo, 3,50 pesetas.
23.—Pigafetta (A.), **Primer viaje en torno del Globo.**—Un tomo, con un mapa, grabados y láminas, 3,50 pesetas.

EN PRENSA

Ross (John), **Narración de un segundo viaje en busca del paso del Noroeste.**—Dos tomos.
Mungo Park, **Viajes por las regiones interiores de Africa.**
Cieza de León (Pedro), **La crónica del Perú.**
Dumont D'Urville, **Viaje alrededor del mundo.**
Camerón, **A través del Africa.**
Schweinfurth, **En el corazón de Africa.**
Burton (R.), **Aventuras en el Dahomey.**
Clavijo (Rui González de), **Vida y hazañas del Gran Tamorián.**
Bonneville (B. L. E.), **Las Montañas Rocosas.**
Hernández (Luis), **Relación de Omagua y El Dorado.**
Clapperton, **Viaje al Africa central.**
Wood Rogers, **Viaje alrededor del mundo.**
La Perouse, **Viaje alrededor del mundo.**
Carver (Jonathan), **Viajes por el interior de América septentrional (1766-1768).**
Caillié (Renato), **Diario de un viaje a Tumbuctu y a Yenne, en el Africa central.**
Dampier (Guillermo), **Nuevo viaje alrededor del mundo (1697).**

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española

FRANCISCO LOPEZ DE GÓMARA

HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS

TOMO II



MADRID
CALPE

Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 dup.°—Madrid.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Capítulos.		Págs.

HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS

CVIII

Descubrimiento del Perú.

De mil y trecientas leguas de tierra que ponen costa a costa del estrecho de Magallanes al río Perú, las quinientas que hay del estrecho a Chirinara o Chile costeó un galeón de don Gutiérrez de Vargas, obispo de Plasencia, el año de 44, y las otras descubrieron y conquistaron en diversas veces y años Francisco Pizarro y Diego de Almagro y sus capitanes y gente. Quisiera seguir en este descubrimiento y conquista la orden que hasta aquí, dando a cada costa su guerra y tiempo, según continuamos la geografía; mas déjolo por no replicar una cosa muchas veces. Así que, trastrocando nuestra propuesta orden, digo que, residiendo Pedrarias de Avila, gobernador de Castilla de Oro, en Panamá, hubo algunos vecinos de aquella ciudad codiciosos de buscar nuevas tierras; empero, unos querían ir hacia levante, al río Perú, a topar con las tierras que debajo la línea Equinocial están, imaginando sus muchas riquezas; y otros querían ir hacia poniente, a lo de Nicaragua, que tenía fama de rica y fresca tierra, con muchos jardines y frutas; que tal información y lengua tuvo Vasco Núñez de Balboa, y aun para ir allá había hecho y comenzado cuatro navíos. Pedrarias se inclinó más a Nicaragua que a lo oriental, y en-

vió allá, según después diremos, aquellos navíos. Diego de Almagro y Francisco Pizarro, que ricos eran y antiguos en aquellas tierras, hicieron compañía con Hernando Luque, señor de la Taboga, maestre escuela de Panamá, clérigo rico, y que llamaron Hernando loco por ello. Juraron todos tres de no apartar compañía por gastos ni reveses que les viniesen, y de partir igualmente la ganancia, riquezas y tierras que descubriesen y adquiriesen todos juntos y cada uno por sí. Entró en la capitulación, a lo que algunos dicen, Pedrarias de Avila; mas salióse antes de tiempo por las ruines nuevas que de las tierras de la línea trajera su capitán Francisco Becerra. Concertada, pues, y capitulada la compañía, ordenaron que Francisco Pizarro fuese a descubrir, y Hernando Luque quedase a granjear las haciendas de todos, y Diego de Almagro que anduviese a proveer de gente, armas y comida al Pizarro, dondequiera que descubriese y poblase; y aun también que conquistase él por su parte, si hallase coyuntura y disposición en la tierra que llegase. Año, pues, de 1525, fueron a descobrir y poblar, con licencia del gobernador Pedrarias, según dicen algunos, Francisco Pizarro e Diego de Almagro. El Pizarro partió primero con ciento y catorce hombres en un navío. Navegó hasta cien leguas y tomó tierra en parte que los naturales se le defendieron y le hirieron de flechas siete veces, y aun le mataron algunos españoles; por lo cual se volvió a Chinchama, que cerca es de Panamá, arrepentido de la empresa. Almagro, que por acabar un navío partió algo después, fué con setenta españoles a dar en el río que llamó de Sant Juan, y como no halló rastro de su compañero, tornó atrás. Salió a tierra, donde vió señales de haber estado allí españoles, y fué al lugar que hirieron a Pizarro, y porque peleando le quebraron los indios un ojo y le maltrataron su gente, quemó el pueblo y dió vuelta a Panamá, pensando que otro tanto había hecho Pizarro.

Mas como entendió que estaba en Chinchama, fuése luego allá para comunicar con él la vuelta a la tierra que habían descubierto, ca le paresciera bien y con oro. Juntaron allí hasta docientos españoles y algunos indios de servicio. Embarcáronse con ellos en sus dos navíos y en tres grandes canoas que hicieron. Navegaron con muy gran trabajo y peligro de las corrientes que causa el continuo viento sur en aquellas riberas. Mas a la fin tomaron tierra en una costa anegada, llena de ríos y manglares (1), y tan lluviosa, que casi nunca escampaba. Viven allí los hombres sobre árboles, a manera de picazas, y son guerreros y esforzados; y así, defendieron su tierra matando hartos españoles. Acudían tantos a la marina con armas, que la hinchían, y voceaban reciamente a los nuestros, llamándoles hijos de la espuma del mar, sobre que andaban, o que no tenían padres; hombres desterrados o haraganes, que no paraban en cabo ninguno a cultivar la tierra para tener que comer; y decían que no querían en su tierra hombres de cabellos en las caras, ni vagamundos que corrompiesen sus antiguas y santas costumbres; y eran ellos muy grandes putos, por lo cual tratan mal a las mujeres. Son todos muy ajudiados en gesto y habla, ca tienen grandes narices y hablan de papo. Ellas andan tresquiladas y fajadas con anillos solamente. Ellos visten camisas cortas, que no les cubren sus vergüenzas, y traen coronas como de frailes, sino que cortan todo el cabello por delante y por detrás y dejan crecer los lados. Traen asimesmo esmeraldas y otras cosas en las narices y orejas; sartales de oro, turquesas, piedras blancas y coloradas. Pizarro y Almagro deseaban conquistar aquella tierra por la muestra de piedras

(1) Llamaron *manglares* los españoles a formaciones vegetales costeras de árboles que, como el *Rhizophora Mangle* y otras especies, hunden sus raíces en el cieno del litoral y quedan, en parte, alternativamente sumersos y emersos, según la marea sea alta o baja, formando espesas marañas inextricables. *(Nota D.)*

y oro que los naturales tenían; mas como la hambre y la guerra les había muerto muchos españoles, no podían sin nuevo socorro. E así, fué Almagro a Panamá por ochenta españoles, con los cuales y con la comida y refresco, que también trujo, cobraron ánimo los hambrientos que vivos estaban. Habíanse mantenido muchos días con palmitos amargos, marisco, pesca, aunque poca, y fruta de manglares, que es sin zumo ni sabor, y si alguno tiene, es amargo y salado. Nascen estos árboles ribera de la mar, y están dentro en ella y en tierras salobres. Llevan muy gran fruta y pequeña hoja, aunque muy verde. Son muy altos derechos y recios; por lo cual hacen dellos mástiles de naos.

CIX

Continuación del descubrimiento del Perú.

Estaban los españoles tan flacos y desesperados en aquellos manglares, y sentíanse tan desiguales para con los naturales de allí, que aun con los ochenta compañeros recién venidos no se atrevieron a guerrearlos; antes se fueron luego a Catámez, tierra sin manglares y de mucho maíz y comida y que restauró a muchos la vida y alegró a todos, porque los de allí traían sembradas las caras de muchos clavos de oro, ca se las horadan por muchos lugares y meten un grano o clavo de oro por cada agujero, y muchos meten turquesas y finas esmeraldas. Ya pensaban Pizarro y Almagro fenescer allí sus trabajos y enriquecer sobre cuantos españoles en Indias había, y no cabían de gozo ellos ni los suyos; mas luego se les destempló su placer con la muchedumbre de indios armados que a ellos salieron, y ni osaron pelear con ellos ni estar allí, sino que sobre acuerdo Almagro tornó a Pana-

má por más gente, y Pizarro a la isla del Gallo a lo esperar. Andaban los españoles tan medrosos, descontentos y ganosos de Panamá, que renegaban del Perú y de las riquezas de la Equinocial; e quisieran muchos dellos irse con Almagro; mas no los dejaron ir ni aun escrebir, por que no infamasen aquella tierra y estorbasen el socorro por que Almagro iba. Empero ni pudieron encubrir a los de Panamá los trabajos y muertes que les habían sucedido en aquella mala tierra, ni estorbar las cartas de nuevas y quejas que algunos escribieron; porque un Sarabia, de Trujillo, envió cartas de ciertos amigos suyos, o, como dicen otros, una suya firmada de muchos, a Pascual de Andagoya, envuelta en un gran ovillo de algodón, so color que le hiciesen dél una manta, que andaba desnudo. Contenía la carta todos los males, muertes e trabajos pasados en el descubrimiento, agravios y fuerzas y quejas de los capitanes, que les impedían la vuelta. Era, en fin, petición para que les diese licencia e mandamiento el gobernador que no les forzasen a estar allí, y al pie de la carta puso:

> Pues, señor gobernador,
> Mírelo bien por entero;
> Que allá va el recogedor,
> Y acá queda el carnicero.

Era ya venido a Panamá por gobernador, cuando Almagro llegó, Pedro de los Ríos, el cual dió mandamiento y envió a su criado Tafur para que cada uno de los que con Pizarro estaban en la isla del Gallo pudiese libremente volverse a su casa, poniendo grandes penas a quien se lo impidiese. Con este mandamiento de Pedro de los Ríos huyeron de Almagro todos los que querían ir con él, que gran tristeza le fué; e de Pizarro cuantos con él estaban, sino fueron Bartolomé Ruiz de Moguer, su piloto, y otros doce, entre los cuales fué Pedro de Candía, griego y natural de aquella isla. Cuánto pensamiento y pesar cargó desto a Pizarro no se puede

contar. Dió muchas gracias y promesas a los que se quedaron con él, loándolos de buenos e constantes amigos, y por ser pocos se pasó a una isla despoblada, seis leguas de tierra, que llamó Gorgona, por sus muchas fuentes y arroyos. En la cual se sustentaron sin pan ninguno, comiendo cangrejos leonados de tierra, cangrejos de mar, culebras grandes y algo que pescaban, hasta que tornó de Panamá el navío de Almagro; y luego que fué vuelto, navegó Pizarro para Motupe, que cae cerca de Tangarara; de allí volvió al río Chira, e tomó muchas ovejas cervales para comer, y algunos hombres para lengua, en los pueblos que llamaban Pohechos. Hizo salir a tierra en Túmbez a Pedro de Candía, que volvió espantado de las riquezas de la casa del rey Atabaliba; nuevas que alegraron mucho a todos. Pizarro, que había hallado la riqueza y tierra tanto por él deseada, se fué luego a Panamá para venir en España a pedir al emperador la gobernación del Perú. Dos españoles se quedaron allí, no sé si por mandado de Pizarro, para que aprendiesen la lengua e secretos de aquella tierra, entre tanto que él iba y venía, o si por codicia del oro y plata que Candía certificaba; mas sé decir que los mataron indios. Anduvo Francisco Pizarro más de tres años en este descubrimiento, que llamaron del Perú, pasando grandes trabajos, hambre, peligros, temores y dichos agudos.

CX

Francisco Pizarro, hecho gobernador del Perú.

Como Pizarro llegó a Panamá comunicó con Almagro y Luque la bondad y riqueza de Túmbez y río Chira. Ellos holgaron mucho con tales nuevas y le dieron mil pesos de oro, y aun buscaron emprestada buena parte dellos. Porque, aunque todos eran de los más

ricos vecinos de aquella ciudad, estaban pobres con los muchos gastos que habían hecho aquellos tres años en el descubrimiento. Vino, pues, a España Francisco Pizarro, pidió la gobernación del Perú, presentando en Consejo de Indias la relación de su descubrimiento y gasto. El emperador lo hizo por ello adelantado, capitán general e gobernador del Perú y Nueva Castilla, que tal nombre pusieron a las tierras allí descubiertas. Francisco Pizarro prometió grandes riquezas y reinos por sus mercedes y títulos. Publicó más riquezas que sabía, aunque no tanta como era, por que fuesen muchos con él, y embarcóse muy alegre y acompañado de cuatro hermanos, que fueron Fernando, Juan y Gonzalo Pizarro y Francisco Martín de Alcántara, hermano de madre. Fernando Pizarro era solamente legítimo; Gonzalo Pizarro y Juan Pizarro eran hermanos de madre. Entraron los Pizarros en Panamá con gran fausto y pompa; mas no fueron bien recibidos de Almagro, que muy corrido y quejoso estaba de Francisco Pizarro porque, siendo tan amigos, lo había excluído de los honores e títulos que para sí traía; y porque, siendo compañeros en los gastos, quería echarlo de la ganancia como de la honra, pues no le dejaba parte en el mando ni gobierno; y lo que mucho sentía era que, habiendo él puesto más hacienda y perdido un ojo en el descubrimiento, no lo había dicho al emperador. Decía, en fin, que quería más honra que hacienda. Francisco Pizarro se le desculpaba con que no había querido el emperador darle nada para él, aunque se lo había suplicado. Prometía de negocialle otra gobernación en la mesma tierra y renunciarle luego el adelantamiento, y de no apartar compañía; y decía que, siendo compañeros, era también él gobernador; y así podría mandar y disponer de todo como le pluguiese. Mas aun con todo esto no se aplacaba nada Diego de Almagro. Tanto era su odio o queja que con razón le paiescía tener, y creyendo que todo era palabras de cumplimiento e imposible, y

como tenía en su poder la poca hacendilla que había quedado, hacía padescer mucha necesidad a los Pizarros, que traían grande costa y pocos dineros. Fernando Pizarro, que mayor de todos era, sentía mucho aquello, tomando por afrenta que Almagro los tratase así. Reprehendió al gobernador, su hermano, porque lo sufría; e indignó a los otros hermanos y a muchos contra él. De donde nació un perpetuo rencor entre Almagro y Fernando Pizarro, que sus hermanos más blandos y amorosos eran. Francisco Pizarro deseaba mucho tornar en gracia de Almagro, porque sin él no podía ir a su gobernación tan presto ni tan honrosa ni provechosamente, y buscó medios para la reconciliación. Entrevinieron en ella muchos, especial de los nuevamente venidos de España, que ya se habían comido las capas, y concertáronlos en fin con medios de Antonio de la Gama, juez de residencia. Almagro dió setecientos pesos y las armas y vituallas que tenía, y Pizarro se partió con los más hombres e caballos que pudo, en dos navíos. Tuvo contrario viento para llegar a Túmbez, y desembarcó en la tierra propiamente del Perú, de la cual tomaron nombre las grandes y ricas provincias que se descubrieron y conquistaron, buscando a ella sola. Quien primero tuvo nueva del río Perú fué Francisco Becerra, capitán de Pedrarias de Avila, que, partiendo de Comagre con ciento y cincuenta españoles, llegó a la punta de Piñas; mas volvióse de allí porque los del río Jumeto le dijeron que la tierra del Perú era áspera y la gente belicosa. Algunos dicen que Balboa tuvo relación de cómo aquella tierra del Perú tenía oro y esmeraldas. Sea así o no sea, es cierto que había en Panamá gran fama del Perú cuando Pizarro y Almagro armaron para ir allá. Era tan mala tierra donde Pizarro salió y llevaba ojo a la de Túmbez, que no paró allí. Siguió la costa por tierra, que, como es áspera, se despeaban en ella hombres e caballos. E como tiene muchos ríos, a la sazón crescidos, se ahogaron algunos

que no sabían nadar, y aun Francisco Pizarro, según cuentan, pasaba los enfermos a cuestas, que muchos adolecieron luego con la mudanza de aires y falta de comida. Andando así, llegaron a Coaque, lugar bien proveído y rico, donde se refrescaron asaz cumplidamente y hubieron mucho oro y esmeraldas, de las cuales quebraron algunas para ver si eran finas, porque hallaban también muchas piedras falsas de aquel mesmo color (1). Apenas habían satisfecho al cansancio y hambre, cuando les sobrevino un nuevo y feo mal, que llamaban verrugas, aunque, según atormentaban y dolían, eran bubas. Salían aquellas verrugas o pupas a las cejas, narices, orejas e otras partes de la cara y cuerpo, tan grandes como nueces, y muy sangrientas. Como era nueva enfermedad, no sabían qué hacerse, y renegaban de la tierra y de quien a ella los trajo, viéndose tan feos; pero como no tenían en qué tornarse a Panamá, sufrían. Pizarro, aunque sentía la dolencia y muertes de sus compañeros, no dejó la empresa, antes envió veinte mil pesos de oro a Diego de Almagro para que le enviase de Panamá y de Nicaragua los más hombres, caballos, armas y vituallas que pudiese, y para abonar la tierra de su conquista, que tenía ruin fama. Caminó tras este despacho hasta Puerto Viejo, a veces peleando con los indios y a veces rescatando. Estando allí vinieron Sebastián de Benalcázar y Juan Fernández, con gente y caballos, de Nicaragua; que no poca alegría y ayuda fueron para pacificar aquella costa de Puerto Viejo.

---

(1) Aconsejábales fray Reginaldo de Pedraza—dominico, que con otros de su orden iba en la expedición—las probasen con el martillo, por creer, erróneamente, que la verdadera esmeralda era tan tenaz como el acero. Así pulverizaron muchas. Refiere Herrera que los soldados murmuraban de que, a pretexto de probarlas, se las guardaba Fray Reginaldo. *(Nota D.)*

CXI

La guerra que Francisco Pizarro hizo en la isla Puna.

Dijeron a Francisco Pizarro sus lenguas, que eran Felipe (1) y Francisco, natural de Pohechos, cómo cerca de allí estaba Puna, isla rica, aunque de hombres valientes. Pizarro, que tenía ya muchos españoles, acordó ir allá, y mandó a los indios hacer balsas en que pasar los caballos y aun hombres. Son las balsas hechas de cinco o siete o nueve vigas largas y livianas, a manera de la mano de un hombre, porque la madera de medio es más larga que las otras por entrambas partes, y cada una de las otras es más corta cuanto más al cabo está. Van llanas y atadas, y es ordinario navegar en ellas. Al pasar de tierra a la isla quisieron los indios cortar las cuerdas a las balsas y ahogar los cristianos, según a Pizarro avisaron sus farautes; y ansí, mandó a los españoles que llevasen desenvainadas las espadas, por meter miedo a los indios. Fué Pizarro bien y pacíficamente rescebido del gobernador de Puna; mas no mucho después ordenó de matar los españoles por lo que hacían en las mujeres y ropa. Pizarro lo prendió luego que lo supo, sin alboroto ninguno. Los isleños cercaron otro día en amaneciendo el real de cristianos, amenazándolos de muerte si no les daban su gobernador y hacienda. Pizarro ordenó su gente para la batalla y envió corriendo ciertos de caballo a socorrer los navíos, que también los indios combatían en sus balsas. Pelearon los indios, como esforzados que eran, por cobrar su capitán y ropa; empero fueron vencidos, quedando muchos dellos muertos y heridos. Murieron tam-

(1) Felipe o Felipillo de Pohechos era un indio bautizado. *(Nota D.)*

bién tres o cuatro españoles, y quedaron heridos muchos, y peor que ninguno Fernando Pizarro en una rodilla. Con esta victoria hubieron mucho despojo en ropa y oro, la cual repartió luego Pizarro entre los que tenía, por que después no pidiesen parte dello los que venían de Nicaragua con Fernando de Soto. Comenzaron tras esto a enfermar los españoles, como la tierra los probaba, a cuya causa y porque se andaban los isleños con balsas entre los manglares sin hacer paz ni guerra. determinó Pizarro de ir a Túmbez, que cerca estaba; pero antes que digamos lo que le avino allá es bien decir algo desta isla, pues en ella tuvo Pizarro la primera nueva de Atabaliba. Puna boja doce leguas y está de Túmbez otras tantas. Estaba llena de gente, de ovejas cervales y de venados. Eran los hombres amigos de pescar y de cazar; eran esforzados, y en la guerra diestros y temidos de sus comarcanos. Peleaban con hondas, porras, varas arrojadizas, hachas de plata y cobre, lanzas con los hierros de oro. Visten algodón de muchas colores. Ellos traen por caperuzas unas madejas de color y muchas sortijas, cercillos y joyas de oro y piedras finas, como sus mujeres. Tenían muchas vasijas de oro y plata para su servicio. Una novedad hallaron en Puna harto inhumana, de que usaba el gobernador como celoso: que cortaba las narices y miembro, y aun los brazos, a los criados que guardaban y servían sus mujeres.

CXII

Guerra de Túmbez y población de Sant Miguel de Tangarara.

Halló Pizarro en la Puna más de seiscientas personas de Túmbez cativas, que, según pareció, eran de Atabaliba, el cual, guerreando el año atrás aquella tierra contra su hermano Guaxcar, quiso ganar la Puna.

Juntó muchas balsas en que pasar a ella con gran ejército. El gobernador que allí estaba por Guaxcar, inga y señor de todos aquellos reinos, armó todos los isleños y una gran flota de balsas. Salióle al encuentro y dióle batalla, y vencióla, como eran los suyos más diestros en el mar que los enemigos, o porque Atabaliba fué mal herido en un muslo peleando, y convínole retirarse, y luego irse a Caxamalca a curar y a juntar su gente para ir al Cuzco, donde su hermano Guaxcar estaba con gran ejército. El gobernador de Puna, de que supo su ida, fué a Túmbez y saqueólo. No desplugo nada a Pizarro ni a sus españoles la disensión y revuelta entre los hermanos y reyes de aquellas tierras; y habiendo de pasar a ellas, quisieron ganar la voluntad y amistad del Atabaliba, que más a mano les caía, y enviaron a Túmbez los seiscientos cativos, que prometían hacer mucho por ellos; mas como se vieron libres, propusieron la obligación de su libertad, diciendo cómo los cristianos se aprovechaban de las mujeres y se tomaban cuanta plata y oro topaban, y lo hacían barrillas, con lo cual indinaron el pueblo contra ellos. Embarcóse, pues, Pizarro en los navíos para Túmbez; envió delante tres españoles con ciertos naturales en una balsa a pedir paz y entrada. Los de Túmbez rescibieron aquellos tres españoles devotamente, ca luego los entregaron a unos sacerdotes que los sacrificasen a cierto ídolo del Sol, llamado Guaca; llorando, y no por compasión, sino por costumbre que tienen de llorar delante la Guaca, y aun guaca es lloro, y guay voz de recién nascidos. Cuando los navíos llegaron a tierra no había balsas para salir, que las trasportaron los indios como se pusieron en armas. Salió Pizarro a tierra en una balsa con otros seis de caballo, que ni hubo lugar ni tiempo para más; y no se apearon en toda la noche, aunque venían mojados, como andaba mareta, y se les trastornó la balsa al tomar tierra, no la sabiendo regir. Otro día salieron los demás a

placer, sin que los indios hiciesen más de mostrarse, y volvieron los navíos por los españoles que habían quedado en Puna, y Francisco Pizarro corrió dos leguas de tierra con cuatro de caballo, que no pudo haber habla con ningún indio. Asentó real sobre Túmbez e hizo mensajeros al capitán, rogándole con la paz y amistad; el cual no los escuchaba y hacía burla de los barbudos, como eran pocos, y dábales cada día mil rebates con los del pueblo, y mataba con los que fuera tenía los indios de servicio que por yerba y comida salían del real, sin rescebir daño ninguno. Pizarro hubo ciertas balsas, en que pasó el río con cincuenta de caballo una noche, sin que fuese de los enemigos sentido. Anduvo por mal camino y espesura de espinares, y amaneció sobre los enemigos, que descuidados estaban en su suerte. Hizo gran daño y matanza en ellos y en los vecinos por los tres españoles que sacrificaran. El gobernador entonces vino de paz y se le dió por amigo, y aun dió un gran presente de oro y plata y ropa de algodón y lana. Pizarro, que tan bien había acabado esta guerra, pobló a Sant Miguel en Tangarara, riberas de Chira. Buscó puerto para los navíos, que fuese bueno, y halló el de Paita, que es tal. Repartió el oro, y partióse para Caxamalca a buscar a Atabaliba.

CXIII

Prisión de Atabaliba.

Viendo Pizarro tanto oro y plata por allí, creyó la grandísima riqueza que le decían del rey Atabaliba; y concertando las cosas de la nueva ciudad de Sant Miguel y sus pobladores, se partió a Caxamalca. Atrajo de paz en el camino los pueblos que llaman Pohechos, por medio de Filipillo y de su compañero Francisqui-

llo, que eran de allí y sabían español. Entonces vinieron ciertos criados de Guaxcar a pedir su amistad y favor contra Atabaliba, que tiránicamente se le alzaba con el reino, y le prometieron grandes cosas si lo hacía. Pasaron nuestros españoles un despoblado de veinte leguas sin agua, que los fatigó. En subiendo la sierra toparon con un mensajero de Atabaliba, que dijo a Pizarro se volviese con Dios a su tierra en sus navíos, y que no hiciese mal a sus vasallos ni les tomase cosa ninguna, por los dientes y ojos que traía en la cara; y que si ansí lo hiciese le dejaría ir con el oro robado en tierra ajena, y si no, que lo mataría y despojaría. Pizarro le respondió que no iba a enojar a nadie, cuanto más a tan grande príncipe, y que luego se volviera a la mar, como él lo mandaba, si embajador no fuera del papa y del emperador, señores del mundo; y que no podía sin gran vergüenza suya y de sus compañeros volverse sin verle y hablarle a lo que venía, que eran cosas de Dios y provechosas a su bien y honra. Atabaliba vió por esta respuesta la determinación que los españoles llevaban de verse con él por mal o por bien; pero no hacía caso dellos, por ser tan pocos, y porque Maicabelica, señor entre los pohechos, le había hecho cierto que los extranjeros barbudos no tenían fuerzas ni aliento para caminar a pie ni subir una cuesta sin ir encima o asidos de unos grandes pacos, que así llamaban a los caballos, y que ceñían unas tablillas relucientes, como las que usaban sus mujeres para tejer. Esto decía Maicabelica, que no había probado el corte de las espadas y presumía de gran corredor, ejercicio y prueba de indios nobles y esforzados; empero otra cosa publicaban los heridos de Túmbez que en la corte estaban; así que Atabaliba tornó a enviar otro mensajero a ver si caminaban todavía los barbudos y a decir al capitán que no fuese a Caxamalca si amaba la vida. Respondió Pizarro al mensajero cómo no dejaría de llegar allá. Entonces el

indio le dió unos zapatos pintados y unos puñetes de oro, que se pusiese, para que Atabaliba, su señor, lo conociese cuando a él llegase; señal, a lo que se presumió, para le mandar prender o matar sin tocar en los demás. El los tomó e dijo riendo que así lo haría. Llegó Pizarro con su ejército a Caxamalca, y a la entrada le dijo un caballero que no se aposentase hasta que lo mandase Atabaliba; mas él se aposentó sin volverle respuesta, y envió luego al capitán Hernando de Soto con algunos otros de caballo, en que iba Filipillo, a visitar a Atabaliba, que de allí una legua estaba en unos baños, y decirle cómo era ya llegado, que le diese licencia y hora de hablalle. Llegó Soto haciendo corvetas con su caballo, por gentileza o por admiración de los indios, hasta junto a la silla de Atabaliba, que no hizo mudanza ninguna aunque le resolló en la cara el caballo y mandó matar a muchos de los que huyeron de la carrera y vecindad de los caballos; cosa de que los suyos escarmentaron y los nuestros se maravillaron. Apeóse Soto, hizo gran reverencia y díjole a lo que iba. Atabaliba estuvo muy grave, y no le respondió del a él, sino hablaba con un su criado, y aquél con Filipillo, que refería la respuesta al Soto. Decían que se enojó dél porque se llegó tanto con el caballo, caso de gran desacato para la gravedad de tan grandísimo rey. Fué luego Fernando Pizarro, y hablóle por ser hermano del capitán, respondiendo en pocas palabras a las muchas; y por conclusión dijo que sería buen amigo del emperador y del capitán si volviese todo el oro, plata y otras cosas que había tomado a sus vasallos y amigos y se fuese luego de su tierra, y que otro día siguiente sería con él en Caxamalca para dar orden en la vuelta y a saber quién era el papa y el emperador, que de tan lejas tierras le enviaban embajadores y requirimientos. Fernando Pizarro volvió espantado de la grandeza y auctoridad de Atabaliba y de la mucha gente, armas y tiendas que había en su

real, y aun de la respuesta, que parecía declaración de guerra. Pizarro habló a los españoles, porque algunos ciscaban con ver tan cerca tantos indios de guerra, esforzándolos a la batalla con ejemplo de la vitoria de Túmbez y Puna. En esto y en aderezar sus armas y caballos pasaron aquella noche, y en asestar la artillería a la puerta del tambo por do había de entrar Atabaliba; y como día fué, puso Francisco Pizarro una escuadra de arcabuceros en una torrecilla de ídolos que señoreaba el patio. Metió en tres casas a los capitanes Fernando de Soto, Sebastián de Benalcázar y Fernando Pizarro, que general era, con cada veinte de caballo; y él se estuvo a la puerta de otra con la infantería, que, sin los indios de servicio, serían hasta ciento y cincuenta. Mandó que ninguno hablase ni saliese a los de Atabaliba hasta oír un tiro o ver el estandarte. Atabaliba animó también los suyos, que braveaban y tenían en poco los cristianos, y pensaban hacer dellos, si peleasen, un solemnísimo sacrificio al Sol. Puso a su capitán Ruminagui con cinco mil soldados por la parte que los españoles les entraron en Caxamalca, por, si huyesen, que los prendiese o matase. Tardó Atabaliba en andar una legua cuatro horas: tan de reposo iba, o por cansar los enemigos. Venía en litera de oro, chapada y aforrada de plumas de papagayos de muchas colores, que traían hombres en hombros, y sentado en un tablón de oro sobre un rico cojín de lana guarnescido de muchas piedras. Colgábale una gran borla colorada de lana finísima de la frente, que le cubría las cejas y sienes, insignias de los reyes del Cuzco. Traía trecientos o más criados con librea para la litera y para quitar las pajas y piedras del camino, y bailaban y cantaban delante, y muchos señores en andas y hamacas, por majestad de su corte. Entró en el tambo de Caxamalca, y como no vió los de caballo ni menear a los peones, pensó que de miedo. Alzóse en pie, y dijo: «Estos rendidos están.»

Respondieron los suyos que sí, teniéndolos en poco. Miró a la torrecilla, y, enojado, mandó echar de allí o matar los cristianos que dentro estaban. Llegó entonces a él fray Vicente de Valverde, dominico, que llevaba una cruz en la mano y su breviario, o la Biblia como algunos dicen. Hizo reverencia, santiguóle con la cruz, y díjole: «Muy excelente señor: cumple que sepáis cómo Dios trino y uno hizo de nada el mundo y formó al hombre de la tierra, que llamó Adán, del cual traemos origen y carne todos. Pecó Adán contra su Criador por inobediencia, y en él cuantos después han nacido y nacerán, excepto Jesucristo, que, siendo verdadero Dios, bajó del cielo a nascer de María virgen, por redimir el linaje humano del pecado. Murió en semejante cruz que aquésta, y por eso la adoramos. Resucitó al tercero día, subió dende a cuarenta días al cielo, dejando por su vicario en la tierra a Sant Pedro y a sus sucesores, que llaman papas; los cuales habían dado al potentísimo rey de España la conquista y conversión de aquellas tierras; y así, viene agora Francisco Pizarro a rogaros seáis amigos y tributarios del rey de España, emperador de romanos, monarca del mundo, y obedezcáis al papa y rescibáis la fe de Cristo, si la creyéredes, que es santísima, y la que vos tenéis es falsísima. Y sabed que haciendo lo contrario vos daremos guerra y quitaremos los ídolos, para que dejéis la engañosa religión de vuestros muchos y falsos dioses.» Respondió Atabaliba muy enojado que no quería tributar siendo libre, ni oír que hubiese otro mayor señor que él; empero, que holgaría de ser amigo del emperador y conoscerle, ca debía ser gran príncipe, pues enviaba tantos ejércitos como decían por el mundo; que no obedecería al papa, porque daba lo ajeno y por no dejar a quien nunca vió el reino que fué de su padre. Y en cuanto a la religión, dijo que muy buena era la suya, y que bien se hallaba con ella, y que no quería ni me-

nos debía poner en disputa cosa tan antigua y aprobada; y que Cristo murió y el Sol y la Luna nunca murían, y que ¿cómo sabía el fraile que su Dios de los cristianos criara el mundo? Fray Vicente respondió que lo decía aquel libro, y dióle su breviario. Atabaliba lo abrió, miró, hojeó, y diciendo que a él no le decía nada de aquello, lo arrojó en el suelo. Tomó el fraile su breviario y fuése a Pizarro voceando: «Los evangelios en tierra; venganza, cristianos; a ellos, a ellos, que no quieren nuestra amistad ni nuestra ley.» Pizarro entonces mandó sacar el pendón y jugar la artillería, pensando que los indios arremeterían. Como la seña se hizo, corrieron los de caballo a toda furia por tres partes a romper la muela de gente que alrededor de Atabaliba estaba, y alancearon muchos. Llegó luego Francisco Pizarro con los de pie, que hicieron gran riza en los indios con las espadas a estocadas. Cargaron todos sobre Atabaliba, que todavía estaba en su litera, por prenderle, deseando cada uno el prez y gloria de su prisión. Como estaba alto, no alcanzaban, y acuchillaban a los que la tenían; pero no era caído uno, que luego no se pusiesen otros y muchos a sostener las andas, por que no cayese a tierra su gran señor Atabaliba. Viendo esto Pizarro, echóle mano del vestido y derribólo, que fué rematar la pelea. No hubo indio que pelease, aunque todos tenían armas; cosa bien notable contra sus fieros y costumbre de guerra. No pelearon porque no les fué mandado, ni se hizo la señal que concertaran para ello, si menester fuese, con el grandísimo rebato y sobresalto que les dieron, o porque se cortaron todos de puro miedo y ruido que hicieron a un mesmo tiempo las trompetas, los arcabuces y artillería y los caballos, que llevaban pretales de cascabeles para los espantar. Con este ruido, pues, y con la priesa y heridas que los nuestros les daban, huyeron sin curar de su rey. Unos derribaban a otros por huir, y tantos carga-

ron a una parte, que, arrimados a la pared, derrocaron un lienzo della, por donde tuvieron salida. Siguiéronlos Fernando Pizarro y los de caballo hasta que anocheció, y mataron muchos dellos en el alcance. Ruminagui huyó también cuando sintió los truenos del artillería, que barruntó lo que fué, como vió derribado de la torre al que le tenía de hacer señal. Murieron muchos indios a la prisión de Atabaliba, la cual aconteció año de 1533 y en el tambo de Caxamalca, que es un gran patio cercado. Murieron tantos porque no pelearon y porque andaban los nuestros a estocadas, que así lo aconsejaba fray Vicente, por no quebrar las espadas hiriendo de tajo y revés. Traían los indios morriones de madera, dorados, con plumajes, que daban lustre al ejército; jubones fuertes embastados, porras doradas, picas muy largas, hondas, arcos, hachas y alabardas de plata y cobre y aun de oro, que a maravilla relumbraban. No quedó muerto ni herido ningún español, sino Francisco Pizarro en la mano, que al tiempo de asir de Atabaliba tiró un soldado una cuchillada para darle y derribarle, por donde algunos dijeron que otro le prendió.

CXIV

El grandísimo rescate que prometió Atabaliba porque le soltasen

Harto tuvieron que hacer aquella noche los españoles en alegrarse unos con otros de tan gran vitoria y prisionero y en descansar del trabajo, ca en todo aquel día no habían comido, y a la mañana fueron a correr el campo. Hallaron en el baño y real de Atabaliba cinco mil mujeres, que, aunque tristes y desamparadas, holgaron con los cristianos; muchas y buenas tiendas, infinita ropa de vestir y de servicio de casa, y lindas pie-

zas y vasijas de plata y oro, una de las cuales pesó, según dicen, ocho arrobas de oro. Valió, en fin, la vajilla sola de Atabaliba cien mil ducados. Sintió mucho las cadenas Atabaliba y rogó a Pizarro que le tratase bien, ya que su ventura así lo quería. E conociendo la codicia de aquellos españoles, dijo que daría por su rescate tanta plata y oro labrado que cubriese todo el suelo de una muy gran cuadra donde estaba preso. Y como vió torcer el rostro a los españoles que presentes estaban, pensó que no le creían, y afirmó que les daría dentro de cierto tiempo tantas vasijas y otras piezas de oro y plata, que hinchiessen la sala hasta lo que él mesmo alcanzó con la mano en la pared, por donde hizo echar una raya colorada alrededor de toda la sala para señal; pero dijo que había de ser con tal condición y promesa que ni le hundiesen ni quebrassen las tinajas, cántaros y vasos que allí metiesse, hasta llegar a la raya. Pizarro lo conhortó y prometió tratarlo muy bien y poner en libertad trayendo allí el rescate prometido. Con esta palabra de Pizarro despachó Atabaliba mensajeros por oro y plata a diversas partes, y rogóles que tornasen presto si deseaban su libertad. Comenzaron luego a venir indios cargados de plata y oro; mas como la sala era grande y las cargas chicas, aunque muchas, abultaba poco, y menos hinchían los ojos que la sala, y no por ser poco, sino por tardarse a repartir; y así decían muchos que Atabaliba usaba de maña dilatando su rescate por juntar entre tanto gente que matase los cristianos. Otros decían que por soltalle, y algunos que le matasen, y aun dice que lo hicieran, sino por Fernando Pizarro. Atabaliba, que se temía, cayó en ello, y dijo a Pizarro que no tenían razón de andar descontentos ni de acusarle, pues el Quito, Pachacama y Cuzco, de donde principalmente se había de traer el oro de su rescate, estaban lejos, y que no había quien más priesa diese a su libertad que el mesmo preso; y que si querían saber cómo en su reino no se juntaba gente

sino a traer oro y plata, que fuesen a verlo y se llegasen algunos dellos al Cuzco a ver y traer el oro. Y como tampoco se confiaban de los indios con quien habían de ir, se rió mucho, diciendo que temían y desconfiaban de su palabra porque tenía cadena. Entonces dijeron Hernando de Soto y Pedro del Barco que irían, y fueron al Cuzco, que hay docientas leguas, en hamacas, casi por la posta, porque se mudan los hamaqueros de trecho en trecho, y así como van corriendo toman al hombro la hamaca, que no paran un paso, y aquel es caminar de señores. Toparon a pocas jornadas de Caxamalca a Guaxcar, inga, que le tenían preso Quizquiz y Calicuchama, capitanes de Atabaliba, y no quisieron volver con él, aunque mucho se lo rogó, por ver el oro del Cuzco. Fué también Fernando Pizarro con algunos de caballo a Pachacama, que cien leguas estaba de Caxamalca, por oro y plata. Encontró en el camino, cerca de Quachuco, a Illescas, que traía trecientos mil pesos de oro y grandísima cuantía de plata para el rescate de su hermano Atabaliba. Halló Fernando Pizarro gran tesoro en Pachacama; redujo a paz un ejército de indios que alzados estaban. Descubrió muchos secretos en aquella jornada, aunque con grandes trabajos, y trajo harta plata y oro. Entonces herraron los caballos con plata, y algunos con oro, porque se gastaba menos, y esto a falta de hierro. De la manera que dicho es se juntó grandísima cantidad de oro y plata en Caxamalca para rescate de Atabaliba.

CXV

Muerte de Guaxcar por mandado de Atabaliba.

Habían prendido (como después contaremos) Quizquiz y Calicuchama a Guaxcar, soberano señor de todos los reinos del Perú, casi al mismo tiempo que Ata-

baliba fué preso, o muy poco antes. Pensó al principio Atabaliba que lo mataran, y por eso no quiso matar entonces a su hermano Guaxcar. Mas como tuvo palabra de su libertad y vida por el grandísimo rescate que prometió a Pizarro, mudó pensamiento, y ejecutólo cuando supo lo que Guaxcar había dicho a Soto y Barco; lo cual en suma fué que se tornasen con él a Caxamalca, por que no le matasen aquellos capitanes, sabida la prisión de su amo, que hasta allí no lo sabían. Que no solamente cumpliría hasta la raya, empero que hinchiría toda la sala, hasta la techumbre, de oro y plata, que era tres tanto más, de los tesoros de Guaynacapa, su padre; y que Atabaliba, su hermano, dar no podría lo que prometió sin robar los templos del Sol; y, finalmente, les dijo cómo él era el derecho señor de todos aquellos reinos, y Atabaliba, tirano. Que, por tanto, quería informar y ver al capitán de cristianos, que deshacía los agravios, y le restituiría su libertad y reinos, ca su padre Guaynacapa le mandara al tiempo de su muerte fuese amigo de las gentes blancas y barbudas que viniesen allí, porque habían de ser señores de la tierra. Era gran señor aquél y prudente, y sabiendo lo que habían hecho españoles en Castilla de Oro, adevinó lo que harían allí si viniesen. Atabaliba, pues, temió mucho estas razones, que verdad eran, y mandóle matar, y dijo a Pizarro que muriera de enojo y pesar. Algunos dicen que Atabaliba estuvo muchos días mustio, lloroso, sin comer ni decir por qué, para descubrir la voluntad de los españoles y engañar a Pizarro; al cabo de los cuales dijo por muchos ruegos cómo Quizquiz había muerto a Guaxcar, su señor, y lloró, al parecer de todos, muy de veras. Disculpóse de aquella muerte, y aun de la guerra y prisión, diciendo que había hecho aquello por defenderse de su hermano, que le quiso tomar el reino de Quito, y concertarse con él; que para eso le mandaba traer. Pizarro lo consoló y dijo que no tuviese pena, pues era la muerte tan natu-

ral a todos, y porque les llevaría poca ventaja, y porque, informado de la verdad, él castigaría los matadores. Como Atabaliba conoció que no se daban nada por la muerte de Guaxcar, hízolo matar. Sea como fuere, que Atabaliba mató a Guaxcar, y tuvieron alguna culpa Hernando de Soto y Pedro del Barco en no lo acompañar y traer a Caxamalca, pues le toparon cerca, y él se lo rogó; pero ellos quisieron más el oro del Cuzco que la vida de Guaxcar, con excusa de mensajeros que no podían traspasar la orden y mandamiento de su gobernador. Todos afirman que si ellos le tomaran en su poder, no le matara Atabaliba, ni escondieran los indios la plata, oro, piedras y joyas del Cuzco y otras muchas partes; que, según la fama de las riquezas de Guaynacapa, era sin comparación muy mucho más que lo que hubieron españoles, aunque fué harto, del rescate de Atabaliba. Dijo Guaxcar cuando lo mataban: «Yo he reinado poco, y menos reinará el traidor de mi hermano, ca le matarán como me mata.»

CXVI

Las guerras y diferencias entre Guaxcar y Atabaliba

Guaxcar, que soga de oro significa, reinó pacíficamente por muerte de Guaynacapa, cuyo hijo mayor y legítimo era, en el Cuzco y todos los señoríos del padre, que muchos eran y grandes, excepto en el Quito, que de Atabaliba era. Mas no le duró mucho aquella paz, porque Atabaliba ocupó a Tumebamba, provincia rica de minas, y al Quito, vecina, diciendo que le pertenescía como tierra de su herencia. Guaxcar, que dello fué presto sabidor, envió allá un caballero por la posta a rogar a su hermano que no alterase la tierra y que le diese los orejones y criados de su padre: y a los caña-

res, que así se llamaban los de allí, guardasen la fe y obediencia que dada le tenían. El caballero retuvo los cañares en obediencia, y como vió en armas a los de Quito, envió a pedir a Guaxcar dos mil orejones para reprimir y castigar los rebeldes; y en viniendo, se juntaron con él todos los cañares, chaparras y paltas, que vecinos eran. Atabaliba, que lo supo, fué luego sobre ellos con ejército, pensando estorbar o deshacer aquella junta. Requirióles antes de la batalla que le dejasen libre la tierra que por herencia y testamento de su padre poseía; y como ellos respondieron ser de Guaxcar, universal heredero de Guaynacapa, dióles batalla. Perdióla, y fué preso en la puente de Tumebamba yendo de huída. Otros dicen que Guaxcar movió la guerra, y que duró la pelea tres días, en los cuales murieron muchos de ambas partes, y a la fin Atabaliba fué preso; por cuya prisión y vitoria hicieron los orejones del Cuzco alegrías y grandes borracherías. Atabaliba entonces, como era de noche, rompió una gruesa pared con una barra de plata y cobre que cierta mujer le dió, y fuése al Quito sin que los enemigos lo sintiesen. Convocó sus vasallos, hízoles un gran razonamiento, persuadiéndolos a su venganza; díjoles que el Sol le había convertido en culebra para salir de prisión por un agujeruelo de la cámara donde lo tenían cerrado, y prometido vitoria si guerra diese. Ellos, o porque les paresció milagro, o porque lo amaban, respondieron que muy prestos estaban a seguirle; y así allegó un muy buen ejército, con el cual volvió a los enemigos y los venció una y más veces, con tanta matanza de gentes, que aun hoy día hay grandes montones de huesos de los que allí murieron. Entonces metió a cuchillo sesenta mil personas de los cañares, y asoló a Tumebamba, pueblo grande, rico y hermoso, que junto a tres caudales ríos estaba, con lo cual le cobraron todos miedo, y él ánimo de ser inga en cuantas tierras su padre tuvo. Comenzó luego a guerrear la tierra de su hermano;

destruía y mataba a los que se le defendían, y a los que se le rendían daba muchas franquezas y el despojo de los muertos. Por esta libertad lo seguían unos, y por la crueldad otros; y así conquistó hasta Túmbez y Caxamalca, sin mayor contradicción que la de Puna, donde, según ya conté, fué herido. Envió muy gran ejército con Quizquiz y Calicuchama, sabios, valientes y amigos suyos, contra Guaxcar, que del Cuzco venía con innumerable hueste. Cuando entrambos ejércitos cerca estuvieron, quisieron los capitanes de Atabaliba tomar los enemigos por través, y apartáronse del camino real. Guaxcar, que poco entendía de guerra, se desvió a caza, dejando ir su ejército adelante por hacia donde caminaban los contrarios, sin echar corredores ni pensar en peligro ninguno, y topó con el campo contrario en parte que huir no pudo. Pelearon él y ochocientos hombres que llevaba hasta ser rodeado de los enemigos y presos. Apenas eran rendidos, cuando a más andar venían a socorrellos; y eran tantos, que ligeramente lo libraran, matando a los de Atabaliba, si Calicuchama y Quizquiz no los engañaran diciendo estuviesen quedos, si no, que matarían a Guaxcar; y pusiéronse a ello. Entonces temió él, y mandóles soltar las armas y llegar a consejo veinte señores y capitanes los más principales de su ejército a dar medio entre él y su hermano, pues lo querían, aunque fingidamente, aquellos dos capitanes; los cuales descabezaron en llegando a los veinte, y dijeron que otro tanto harían a Guaxcar si no se iban cada uno a su casa. Con esta crueldad y amenaza se deshizo el ejército, y quedó Guaxcar preso y solo en poder de Quizquiz y Calicuchama, que lo mataron, como dicho habemos, por mandado de Atabaliba.

CXVII

Repartimiento de oro y plata de Atabaliba.

Dende a muchos días que Atabaliba fué preso, dieron prisa los españoles que lo prendieron a la repartición de su despojo y rescate, aunque no era tanto cuanto prometiera, queriendo luego cada uno su parte, ca temían no se levantasen los indios y se lo quitasen, y aun los matasen sobrello. No querían así mesmo esperar que cargasen más españoles antes de repartillo. Francisco Pizarro hizo pesar el oro y plata; después de quilatado, hallaron cincuenta y dos mil marcos de plata y un millón y trecientos y veintiséis mil y quinientos pesos de oro, suma y riqueza nunca vista en uno. Cupo al rey, de su quinto, cerquita de cuatrocientos mil pesos. Cupieron a cada español de caballo ocho mil y novecientos pesos de oro y trecientos y setenta marcos de plata; a cada peón, cuatro mil y cuatrocientos y cincuenta pesos de oro y ciento y ochenta marcos de plata; a los capitanes, a treinta y a cuarenta mil pesos. Francisco Pizarro hubo más que ninguno, y como capitán general, tomó del montón el tablón de oro que Atabaliba traía en su litera, que pesaba veinte y cinco mil castellanos. Nunca soldados enriquecieron tanto, tan breve ni tan sin peligro, ni jugaron tan largo, ca hubo muchos que perdieron su parte a los dados y dobladilla. También se encarescieron las cosas con el mucho dinero, y llegaron a valer unas calzas de paño treinta pesos; unos borceguís, otros tantos; una capa negra, ciento; una mano de papel, diez; un azumbre de vino, veinte, y un caballo, tres y cuatro y aun cinco mil ducados; en el cual precio se anduvieron algunos años después. También dió Pizarro a los que con Almagro vinieron, aunque no

era obligado, a quinientos y a mil ducados, por que no se amotinasen, ca, según se lo habían escripto, él y ellos venían con propósito de conquistar por sí aquella tierra y hacerle cuanto mal y enojo y afrenta pudiesen; mas Almagro ahorcó al que tal escribió, y sabida la prisión y riqueza de Atabaliba, se fué a Caxamalca y se juntó con Pizarro por haber su mitad, conforme a la capitulación y compañía que tenían hecha, y estuvieron muy amigos y conformes. Envió Pizarro el quinto y relación de todo al emperador con Fernando Pizarro, su hermano; con el cual se vinieron a España muchos soldados ricos de veinte, treinta, cuarenta mil ducados; en fin, trajeron casi todo aquel oro de Atabaliba, e hinchieron la contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

CXVIII

Muerte de Atabaliba.

Urdióse la muerte de Atabaliba por donde menos pensaba, ca Filipillo, lengua, se enamoró y amigó de una de sus mujeres, por casar con ella si él moría. Dijo a Pizarro y a otros que Atabaliba juntaba de secreto gente para matar los cristianos y librarse. Como esto se comenzó a sonruir entre los españoles, comenzaron ellos a creerlo; y unos decían que lo matasen para seguridad de sus vidas y de aquellos reinos; otros, que lo enviasen al emperador, y no matasen tan gran príncipe, aunque culpa tuviese. Esto fuera mejor; mas hicieron lo otro, a instancia, según muchos cuentan, de los que Almagro llevó; los cuales pensaban, o se lo decían, que mientras Atabaliba viviese no ternían parte en oro ninguno, hasta hinchir la medida de su rescate. Pizarro, en fin, determinó matarlo, por qui-

tarse de cuidado, y pensando que muerto ternían menos que hacer en ganar la tierra. Hízole proceso sobre la muerte de Guaxcar, rey de aquellas tierras, y probósele también que procuraba matar los españoles. Mas esto fué maldad de Filipillo, que declaraba los dichos de los indios que por testigos tomaban como se le antojaba, no habiendo español que lo mirase ni entendiese. Atabaliba negó siempre aquello, diciendo que no cabía en razón tratar él tal cosa, pues no podría salir con ella vivo, por las muchas guardas y prisiones que tenía; amenazó a Filipillo, y rogó que no le creyesen. Cuando la sentencia oyó, se quejó mucho de Francisco Pizarro, que, habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba; rogóle que lo enviase a España y que no ensangrentase sus manos y fama en quien jamás le ofendió y lo había hecho rico. Cuando le llevaban a justiciar pidió el baptismo por consejo de los que lo iban consolando, que otramente vivo lo quemaran; baptizáronlo y ahogáronlo a un palo atado; enterráronle a nuestra usanza entre otros cristianos, con pompa; puso luto Pizarro, e hízole honradas obsequias. No hay que reprehender a los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después, ca todos ellos acabaron mal, como en el proceso de su historia veréis. Murió Atabaliba con esfuerzo, y mandó llevar su cuerpo al Quito, donde los reyes, sus antepasados por su madre, estaban. Si de corazón pidió el baptismo, dichoso él, y si no, pagó las muertes que había hecho. Era bien dispuesto, sabio, animoso, franco y muy limpio y bien traído; tuvo muchas mujeres y dejó algunos hijos. Usurpó mucha tierra a su hermano Guaxcar; mas nunca se puso la borla hasta que lo tuvo preso; ni escupía en el suelo, sino en la mano de una señora muy principal, por majestad. Los indios se maravillaron de su temprana muerte, y loaban a Guaxcar por hijo del Sol, acordándose cómo adevinara cuán presto

habia de ser muerto Atabaliba, que matarlo mandaba (1).

CXIX

Linaje de Atabaliba.

Los hombres más nobles, ricos y poderosos de todas las tierras que llamamos Perú son los ingas, los cuales siempre andan trasquilados y con grandes cercillos en las orejas, y no los traen colgados, sino engeridos dentro, de tal manera, que se les engrandan, y por esto los llaman los nuestros orejones. Su naturaleza fué de Tiquicaca, que es una laguna en el Collao, cuarenta leguas del Cuzco, la cual quiere decir isla de plomo, ca de muchas isletas que tienen pobladas alguna lleva plomo, que se llama tiqui. Boja ochenta leguas; rescibe diez o doce ríos grandes y muchos arroyos; despídelos por un solo río, empero muy ancho y hondo, que va a parar en otra laguna cuarenta leguas hacia el oriente, donde se sume, no sin admiración de quien la mira. El principal inga que sacó de Tiquicaca los primeros, que los acaudilló, se nombraba Zapalla, que significa solo señor. También dicen algunos indios ancianos que se llamaba Viracocha, que quiere decir grasa del mar, y que trajo su gente por la mar. Zapalla, en conclusión, afirman que pobló y asentó en el Cuzco, de donde comenzaron los ingas a guerrear la comarca, y aun otras tierras muy lejos, y pusieron allí la silla y corte de su imperio. Los que más fama dejaron por sus excelentes hechos fueron Topa, Opangui y Guaynacapa, padre, agüelo y bisagüelo de Atabaliba. Empero, a todos los ingas pasó

---

(1) Léase PEDRO DE CIEZA DE LEÓN, *La Crónica del Perú,* en la colección de *Viajes clásicos* editada por CALPE.

Guaynacapa, que mozo rico suena; el cual, habiendo conquistado el Quito por fuerza de armas, se casó con la señora de aquel reino, y hubo en ella a Atabaliba y a Illescas. Murió en Quito; dejó aquella tierra a Atabaliba, y el imperio y tesoros del Cuzco a Guaxcar. Tuvo, a lo que dicen, doscientos hijos en diversas mujeres, y ochocientas leguas de señorío.

CXX

Corte y riqueza de Guaynacapa

Residían los señores ingas en el Cuzco, cabeza de su imperio. Guaynacapa, empero, continuó mucho su vivienda en el Quito, tierra muy apacible, por haberla él conquistado. Traía siempre consigo muchos orejones, gente de guerra y armada, por guarda y reputación, los cuales andaban con zapatos y plumajes y otras señales de hombres nobles y privilegiados por el arte militar. Servíase de los hijos mayores o herederos de todos los señores de su imperio, que muy muchos eran, y cada uno se vestía a fuer de su tierra, por que todos supiesen de dónde eran; y así había tanta diversidad de trajes y colores, que a maravilla honraban y engrandescían su corte. Tenía también muchos señores grandes y ancianos en su corte para consejo y estado; éstos, aunque traían gran casa y servicio, no eran iguales en los asientos y honras, ca unos precedían a otros; unos andaban en andas, otros en hamacas, y algunos a pie. Unos se sentaban en banquillos altos y grandes, otros en bajos y otros en el suelo. Empero, siempre que cualquiera de todos ellos venía de fuera a la corte, se descalzaba para entrar en el palacio y se cargaba algo a los hombros para hablar con Guaynacapa, que pareciese vasallaje. Llegaban a

él con mucha humildad, y hablábanle teniendo los ojos bajos, por no lo mirar a la cara; tanto acatamiento le tenían. El estaba con mucha gravedad, y respondía en pocas palabras; escupía, cuando en casa estaba, en la mano de una señora, por majestad. Comía con grandísimo aparato y bullicio de gente; todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y de plata, y cuando menos de plata y cobre, por más recio. Tenía en su recámara estatuas huecas de oro, que parescían gigantes, y las figuras al propio y tamaño de cuantos animales, aves, árboles y yerbas produce la tierra, y de cuantos peces cría la mar y agua de sus reinos. Tenía asimesmo sogas, costales, cestas y trojes de oro y plata, rimeros de palos de oro que pareciesen leña rajada para quemar; en fin, no había cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecha, y aun dicen que tenían los ingas un verjel en una isla cerca de la Puna, donde se iban a holgar cuando querían mar, que tenía la hortaliza, las flores y árboles de oro y plata; invención y grandeza hasta entonces nunca vista. Allende de todo esto, tenía infinitísima cantidad de plata y oro por labrar en el Cuzco, que se perdió por la muerte de Guaxcar, ca los indios lo escondieron, viendo que los españoles se lo tomaban y enviaban a España. Muchos lo han buscado después acá y no le hallan: por ventura sería mayor la fama que la cuantía, aunque le llamaban mozo rico, que tal quiere decir Guaynacapa. Todas estas riquezas heredó Guaxcar juntamente con el imperio, y no se habla dél tanto como de Atabaliba, no sin agravio suyo; debe ser porque no vino a poder de nuestros españoles.

CXXI

Religión y dioses de los ingas y otras gentes.

Hay en esta tierra tantos ídolos como oficios, no quiero decir hombres, porque cada uno adora lo que se le antoja. Empero es ordinario al pescador adorar un tiburón o algún otro pez; al cazador, un león, o un oso o una raposa, y tales animales, con otras muchas aves y sabandijas; el labrador adora el agua y tierra; todos, en fin, tienen por dioses principalísimos al Sol y Luna y Tierra, creyendo ser ésta la madre de todas las cosas, y el Sol, juntamente con la Luna, su mujer, criador de todo; y así, cuando juran tocan la Tierra y miran al Sol. Entre sus muchas guacas (así llaman los ídolos) había muchas con báculos y mitras de obispos; mas la causa dello aun no se sabe; y los indios, cuando vieron obispo con mitra, preguntaban si era guaca de los cristianos. Los templos, especialmente del Sol, son grandes y suntuosos y muy ricos; el de Pachacama, el del Collao y del Cuzco y otros estaban aforrados por dentro de tablas de oro y plata, y todo su servicio era de lo mesmo, que no fué poca riqueza para los conquistadores. Ofrecían a los ídolos muchas flores, yerbas, frutas, pan, vino y humo, y la figura de lo que pidían hecha de oro y plata; y a esta causa estaban tan ricos los templos. Eran eso mesmo los ídolos de oro y plata, aunque muchos había de piedra, barro y palo. Los sacerdotes visten de blanco; andan poco entre la gente; no se casan; ayunan mucho, aunque ningún ayuno pasa de ocho días, y es al tiempo de sembrar y segar y de coger oro y hacer guerra o hablar con el diablo, y aun algunos se quiebran los ojos para semejante habla, y creo que lo hacían de miedo, porque todos ellos se atapan los ojos cuando hablan

con él, y hablábanle muchas veces para responder a las preguntas que los señores y otras personas hacen. Entran en los templos llorando y guayando, que guaca eso quiere decir. Van de buces por tierra hasta el ídolo, y hablan con él en lenguaje que los seglares no entienden. No le tocan con las manos sin tener en ellas unas toallas muy blancas y limpias; sotierran dentro el templo las ofrendas de oro y plata. Sacrifican hombres, niños, ovejas, aves y animales bravos y silvestres, que ofrecen cazadores. Catan los corazones, que son muy agoreros, para ver las buenas o malas señales del sacrificio, y cobrar reputación de santos adevinos, engañando la gente. Vocean reciamente a los tales sacrificios, y no callan todo aquel día y noche, especial si es en el campo, invocando los demonios; untan con la sangre los rostros del diablo y puertas del templo, y aun rocían las sepulturas. Si el corazón y livianos muestran alegre señal, bailan y cantan alegremente, y si triste, tristemente; mas tal cual fuere la señal, no dejan de emborracharse muy bien los que se hallan en la fiesta. Muchas veces sacrifican sus propios hijos, que pocos indios lo hacen, por más crueles y bestiales que son todos ellos en su religión; mas no los comen, sino sécanlos y guárdanlos en grandes tinajones de plata. Tienen casas de mujeres, cerradas como monasterios, de donde jamás salen; capan y aun castran los hombres que las guardan, y aun les cortan narices y bezos, porque no los codiciasen ellas; matan a la que se empreña y peca con hombre; mas si jura que la empreñó Pachacama, que es el Sol, castiganla de otra manera por amor de la casta; al hombre que a ellas entra cuelgan de los pies. Algunos españoles dicen que ni eran vírgines ni aun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas buenas costumbres. Hilaban y tejían estas mujeres ropa de algodón y lana para los ídolos, y quemaban la que sobraba con huesos de ovejas blancas, y aventaban los polvos hacia el Sol.

CXXII

La opinión que tienen acerca del diluvio y primeros hombres.

Dicen que al principio del mundo vino por la parte septentrional un hombre que se llamó Con, el cual no tenía huesos. Andaba mucho y ligero; acortaba el camino abajando las sierras y alzando los valles con la voluntad solamente y palabra, como hijo del Sol que decía ser. Hinchó la tierra de hombres y mujeres que crió, y dióles mucha fruta y pan, con lo demás a la vida necesario. Mas empero, por enojo que algunos le hicieron, volvió la buena tierra que les había dado en arenales secos y estériles, como son los de la costa, y les quitó la lluvia, ca nunca después acá llovió allí. Dejóles solamente los ríos, de piadoso, para que se mantuviesen con regadío y trabajo. Sobrevino Pachacama, hijo también del Sol y de la Luna, que significa criador, y desterró a Con y convertió sus hombres en los gatos (1), gesto de negros que hay; tras lo cual crió él de nuevo los hombres y mujeres como son agora, y proveyóles de cuantas cosas tienen. Por gratificación de tales mercedes tomáronle por dios, y por tal lo tuvieron y honraron en Pachacama, hasta que los cristianos lo echaron de allí, de que muy mucho se maravillaban. Era el templo de Pachacama que cerca de Lima estaba famosísimo en aquellas tierras y muy visitado de todos por su devoción y oráculos, ca el diablo aparecía y hablaba con los sacerdotes que allí moraban. Los españoles que fueron allá con Fernando Pizarro, tras la prisión de Atabaliba, lo despojaron del oro y

---

(1) Los primitivos historiadores de Indias llamaron gatos, gatos monillos y gatos con gesto de hombres a los monos. *(Nota D.)*

plata, que fué mucha, y después de sus oráculos y visiones, que cesaron con la cruz y sacramento, cosa para los indíos nueva y espantosa. Dicen asimesmo que llovió tanto un tiempo, que anegó todas las tierras bajas y todos los hombres, sino los que cupieron en ciertas cuevas de unas muy altas sierras, cuyas chiquitas puertas taparon de manera que agua no les entrase; metieron dentro muchos bastimentos y animales. Cuando llover no sintieron, echaron fuera dos perros; y como tornaron limpios, aunque mojados, conoscieron no haber menguado las aguas. Echaron después más perros, y tornando enlodados y enjutos, entendieron que habían cesado, y salieron a poblar la tierra, y el mayor trabajo que para ello tuvieron y estorbo, fueron las muchas y grandes culebras que de la humidad y cieno del diluvio se criaron, y agora las hay tales; mas al fin las mataron y pudieron vivir seguros. También creen la fin del mundo; empero, que precederá primero grandísima seca, y se perderán el Sol y Luna, que adoran; y por aquesto dan grandes alaridos y lloran cuando hay eclipses, mayormente del Sol, temiendo que se van a perder él y ellos y todo el mundo.

CXXIII

La toma del Cuzco, ciudad riquísima.

Informado Francisco Pizarro de la riqueza y ser de Cuzco, cabeza del imperio de los ingas, dejó a Caxamalca y fué allá. Caminó a recado, porque Quizquiz andaba corriendo la tierra con gran ejército que hiciera de la gente de Atabaliba y de otra mucha. Topó con ellos en Jauja, y sin pelear llegó a Vilcas, donde Quizquiz, pensando aprovecharse de los enemigos, por

tener la cuesta, dió sobre la avanguarda, que Soto (1) llevaba, mató seis españoles e hirió otros muchos, y aína los desbaratara; mas sobrevino la noche, que los despartió. Quizquiz se subió a lo alto con alegría, y Soto se rehizo con los que Almagro trajo. Apenas era amanescido el dia siguiente, cuando ya peleaban los indios. Almagro, que capitaneaba, se retrajo a lo llano para se aprovechar alli dellos con los caballos. Quizquiz, no entendiendo aquel ardid ni el nuevo socorro, pensó que huían, y comenzó a ir tras ellos, peleando sin orden. Revolvieron los de caballo, alancearon infinitos indios de los de Quizquiz, que con el tropel de los de caballo y espesa niebla que hacía no sabían de sí, e huyeron. Llegó Pizarro con el oro y resto del ejército; estuvo allí cinco dias, a ver en qué paraba la guerra. Vino Mango, hermano de Atabaliba, a dársele; él lo rescibió muy bien, y lo hizo rey, poniéndole la borla que acostumbran los ingas. Siguió su camino con grandes compañas de indios, que a servir su nuevo inga venían. Llegando cerca del Cuzco, se descubrieron muchos grandes fuegos, y envió corriendo allá la mitad de los caballos a estorbar o remediar el fuego, creyendo que los vecinos quemaban la ciudad porque no gozasen della los cristianos; empero no era fuego para daño sino para señal y humo. Salieron tantos hombres con armas a ellos, que les hicieron huir a puras pedradas la sierra abajo. Llegó en esto Pizarro, que amparó los huidos y peleó con los perseguidores tan animosamente, que los puso en huida. Ellos, que se veían huidos y acosados, dejaron las armas y pelea y a más correr se metieron en la ciudad. Tomaron su hato, y saliéronse luego aquella mesma noche los que sustentaban la guerra; entraron otro día los

(1) Era el famoso Hernando de Soto—figura de las más puras en nuestra conquista—más tarde (1539-1542) explorador de los actuales Estados Unidos y del río Mississipí. *(Nota D.)*

españoles en el Cuzco sin contradición ninguna, y luego comenzaron unos a desentablar las paredes del templo, que de oro y plata eran; otros, a desenterrar las joyas y vasos de oro que con los muertos estaban; otros, a tomar ídolos, que de lo mesmo eran; saquearon también las casas y la fortaleza, que aun tenía mucha plata y oro de lo de Guaynacapa. En fin, hubieron allí y a la redonda más cantidad de oro y plata que con la prisión de Atabaliba habían habido en Caxamalca. Empero, como eran muchos más que no allá, no les cupo a tanto; por lo cual, y por ser segunda vez y sin prisión de rey, no se sonó acá mucho. Tal español hubo que halló, andando en un espeso soto, sepulcro entero de plata, que valía cincuenta mil castellanos; otros los hallaron de menos valor, mas hallaron muchos, ca usaban los ricos hombres de aquellas tierras enterrarse así por el campo a par de algún ídolo. Anduvieron asimismo buscando el tesoro de Guaynacapa y reyes antiguos del Cuzco, que tan afamado era; pero ni entonces ni después se halló. Mas ellos, que con lo habido no se contentaban, fatigaban los indios cavando y trastornando cuanto había, y aun les hicieron hartos malos tratamientos y crueldades porque dijesen dél y mostrasen sepulturas.

CXXIV

Calidades y costumbres del Cuzco.

El Cuzco está más allá de la Equinocial diez y siete grados. Es áspera tierra y de mucho frío y nieves. Tienen casas de adobes de tierra, cubiertas con esparto, que hay mucho por las sierras; las cuales llevan también de suyo nabos y altramuces. Los hombres andan en cabello, mas véndanse las cabezas; visten

camisa de lana y pañicos. Las mujeres traen sotanas sin mangas, que fajan mucho con cintas largas, y mantellinas sobre los hombros, prendidas con gordos alfileres de plata o cobre, que tienen las cabezas anchas y agudas, con que cortan muchas cosas. Comen cruda la carne y el pescado. Aquí son propiamente los orejones, que se abren y engrandan mucho las orejas, y cuelgan dellas unos sortijones de oro. Casan con cuantas quieren, y aun algunos con sus proprias hermanas; mas los tales son soldados. Castigan de muerte los adulterios; sacan los ojos al ladrón, que me paresce su proprio castigo. Guardan mucha justicia en todo, y aun dicen que los mesmos señores la ejecutan. Heredan los sobrinos, y no los hijos; solamente heredan los ingas a sus padres, como mayorazgos. El que toma la borla ayuna primero. Todos se entierran: los pobres y oficiales, llanamente, aunque les ponen sobre las sepulturas una alabarda o morrión si es soldado, un martillo si platero, y si cazador, un arco y flechas. Para los ingas y señores hacen grandes hoyos o bóveda, que cubren de mantas, donde cuelgan muchas joyas, armas y plumajes; ponen dentro vasos de plata y oro con agua y vino y cosas de comer. Meten también algunas de sus amadas mujeres, pajes y otros criados que los sirvan y acompañen; mas éstos no van en carne, sino en madera. Cúbrenlo todo de tierra, y echan de contino por encima de aquéllos sus vinos. Cuando españoles abrían estas sepulturas y desparcían los huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen, por que juntos estuviesen al resucitar, ca bien creen la resurrección de los cuerpos y la inmortalidad de las almas.

CXXV

La conquista de Quito.

Ruminagui, que con cinco mil hombres huyó de Caxamalca cuando Atabaliba fué preso, caminó derecho al Quito, y alzóse con él, barruntando la muerte de su rey. Hizo muchas cosas como tirano. Mató a Illescas por que no le impidiese su tiranía, yendo por los hijos de Atabaliba, su hermano de padre y madre, y a rogalle mantuviese lealtad y paz y justicia en aquel reino. Desollóle, y hizo del cuero un atambor, que no hacen más los diablos. Desenterraron el cuerpo de Atabaliba dos mil indios de guerra, y lleváronlo al Quito, como él mandara. Ruminagui los recibió en Liribamba muy bien, y con la pompa y cerimonias que a los huesos de tan gran príncipe acostumbran. Hízoles un banquete y borrachera, y matólos, diciendo que por haber dejado matar a su buen rey Atabaliba. Tras esto juntó mucha gente de guerra, y corrió la provincia de Tumebamba. Pizarro escribió a Sebastián de Benalcázar, que por su teniente estaba en Sant Miguel, fuese al Quito a castigar a Ruminagui y remediar a los cañares, que se quejaban y pidían ayuda. Benalcázar se partió luego con docientos peones españoles y ochenta de caballo, y los indios de servicio y carga que le paresció. Acudían al Perú con la fama del oro tantos españoles, que aína se despoblaran Panamá, Nicaragua, Cuauhtemallán, Cartagena y otros pueblos e islas, y a esta jornada fueron de buena gana, porque decían ser el Quito tan rico como el Cuzco, aunque habían de caminar ciento y veinte leguas antes de llegar allá, y pelear con hombres mañosos y esforzados. Ruminagui, que desto aviso tuvo, esperó los españoles a la raya de su tierra con doce mil hombres bien arma-

dos a su manera; hizo muchas cavas y albarradas en un mal paso, que guardar propuso: llegaron los españoles allí, acometieron el fuerte los de pie, rodearon los de caballo y pasaron a las espaldas, y en breve espacio de tiempo rompieron el escuadrón y mataron muchos indios. Ellos hirieron muchos españoles y mataron algunos, y tres o cuatro caballos, con cuyas cabezas hicieron alegrías, ca preciaban más degollar un animal de aquéllos, que tanto los perseguía, que diez hombres, y siempre las ponían después donde las viesen cristianos, con muchas flores y ramos, en señal de vitoria. Rehizo su ejército Ruminagui, y probando ventura, dióles batalla en un llano, en la cual le mataron infinitos, ca los caballos pudieron bien correr y revolverse allí. Empero no perdió por eso ánimo, aunque no osó pelear más en batalla ni de cerca. Hincó una noche muchas estacas agudas por arriba en un llano, y dió muestra de batalla para que arremetiesen los caballos y se mancasen. Benalcázar lo supo de las espías que traía, y desvióse de la estacada. Los indios entonces se retiraron primero que llegase y hicieron en otro valle muchos hoyos grandes para que cayesen los caballos, y enramados para que no los viesen. Los españoles pasaron muy lejos dellos, ca fueron avisados, y quisieron pelear, mas no tuvieron lugar. Hicieron luego los indios en el camino mesmo infinitos hoyuelos del tamaño de la pata de caballo, y pusiéronse cerca para que los acometiesen y mancasen los caballos allí. Mas como ni en aquel ni en los otros sus primeros ardides no pudieron engañar los españoles, se fueron al Quito, diciendo que los barbudos eran tan sabios como valientes. Dijo Ruminagui a sus mujeres: «Alegráos, que ya vienen los cristianos, con quien os podréis holgar.» Riyéronse algunas, como mujeres, no pensando quizá mal ninguno. El entonces degolló las risueñas, quemó la recámara de Atabaliba con mucha y rica ropa y desamparól a ciudad. Entró en Quito Be-

nalcázar con su ejército, sin estorbo; empero no halló la riqueza publicada, que mucho desplugo a todos los españoles. Desenterraron muertos, y ganaron para la costa. Ruminagui, o enojado desto, o arrepentido por no haber quemado a Quito, o por matar los cristianos, trasnochó con su gente y puso fuego a la ciudad por muchos cabos, y sin esperar al día ni a los españoles, se volvió antes que amaneciese.

CXXVI

Lo que acontesció a Pedro de Alvarado en el Perú.

Publicada la riqueza del Perú, negoció Pedro de Alvarado con el emperador una licencia para descubrir y poblar en aquella provincia donde no estuviesen españoles: y habida, envió a Garci Holguín con dos navíos a entender lo que allá pasaba; y como volvió loando la tierra y espantado de las riquezas que con la prisión de Atabaliba todos tenían, y diciendo que también eran muy ricos Cuzco y el Quito, reino cerca de Puerto Viejo, determinóse de ir allá él mismo. Armó en su gobernación, el año de 1535, más de cuatrocientos españoles y cinco naos, en que metió muchos caballos. Tocó en Nicaragua una noche, y tomó por fuerza dos buenos navíos que se aderezaban para llevar gentes, armas y caballos a Pizarro. Los que habían de ir en aquellos navíos holgaron de pasar con él antes que esperar otros; y así tuvo quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto Viejo con todos ellos y caminó hacia Quito, preguntando siempre por el camino. Entró en unos llanos de muy espesos montes, donde aína perescieran sus hombres de sed, la cual remediaron acaso, ca toparon unas muy grandes cañas llenas de agua. Mataron la hambre con

carne de caballos, que para eso degollaban, aunque valían a mil y más ducados. Llovióles muchos días ceniza, que lanzaba el volcán del Quito a más de ochenta leguas, el cual echa tanta llama y trae tanto ruido cuando hierve, que se ve más de cien leguas, y según dicen, espanta más que truenos y relámpagos. Abrieron a manos buena parte del camino: tales boscajes había. Pasaron también unas muy nevadas sierras, y maravilláronse del mucho nevar que hacía tan debajo la Equinocial. Heláronse allí sesenta personas; y cuando fuera de aquellas nieves se vieron, daban gracias a Dios, que dellas los librara, y daban al diablo la tierra y el oro, tras que iban hambrientos y muriendo. Hallaron muchas esmeraldas y muchos hombres sacrificados, ca son los de allí muy crueles, idólatras, viven como sodomitas, hablan como moros y parescen judíos.

CXXVII

Cómo Almagro fué a buscar a Pedro de Alvarado.

Quizquiz, capitán de Atabaliba, viendo enajenarse el imperio de los ingas, procuró restaurarlo cuanto en su mano fué, ca tenía gran autoridad entre los orejones. Dió la borla a Paulo, hijo de Guaynacapa. Recogió mucha gente que andaba descarriada con la pérdida del Cuzco y púsola en la provincia que llaman Condesuyo, para dañar los cristianos. Pizarro envió allá a Hernando de Soto con cincuenta caballos; mas cuando llegó era partido Quizquiz a Jauja con pensamiento de matar y robar los españoles que allí estaban con el tesorero Alonso Riquelme. Acometiólos, mas defendiéronse. Fué Pizarro avisado desto, y despachó corriendo a Diego de Almagro con muchos de caballo, ca le mucho escocía haber dejado en Jauja gran di-

nero con chico recado, y también para que fuese, después de socorrido Jauja, a saber de Pedro de Alvarado, que tenía nueva cómo venía al Perú con mucha gente; y, o no consentirle desembarcar, o comprarle la armada. Fué, pues, Almagro, juntóse con Soto y corrieron entrambos de Jauja a Quizquiz: y con tanto se partió para Tumbez a mirar si venía o andaba por aquella costa Pedro de Alvarado con su flota. Supo allí cómo Alvarado desembarcara en Puerto Viejo. Volvió a Sant Miguel por más hombres y caballos, y caminó a Quito. En llegando allá se le sometió Benalcázar. Comenzó a capitanear, conquistó algunos pueblos y palenques de aquel reino que no se habían podido ganar; pasó el río de Liribamba con mucho peligro, por ir muy crescido y por haber quemado los indios la puente, los cuales estaban a la otra ribera con armas. Peleó con ellos, venció y prendió al capitán, que le dijo cómo a dos jornadas de allí estaban quinientos cristianos combatiendo un peñol del señor Zopozopagui. Almagro envió luego siete de caballo a ver si aquello era verdad, para proveer lo que conviniese siendo Alvarado o alguno otro que quisiese usurpar aquella tierra. Alvarado cogió los siete corredores, informóse dellos muy por entero de todo lo que Francisco Pizarro había hecho y hacía y del mucho oro y gente que tenía y cuántos eran los españoles que con Almagro estaban. Soltólos, y acercóse al real de Almagro, con propósito de pelear con él y echarlo de allí. Almagro que lo supo, temió; y por no arriscar su vida y su honra si a las manos viniesen, ca tenía doblada gente menos, acordó irse al Cuzco y dejar allí a Benalcázar, como primero estaba. Filipillo de Pohechos, que descontento y enojado estaba, se pasó al real de Alvarado con un indio cacique y le dijo la determinación de Almagro; y si le quería prender, que fuese luego aquella misma noche y hallaría poca resistencia, y él sería la guía. Ofrecióle asimesmo de acabar con los seño-

res y capitanes de toda aquella tierra que fuesen sus amigos y tributarios, que ya lo había recabado con los que tenía presos Almagro. Holgó Alvarado con tales nuevas; caminó con su gente, y fué a Liribamba con las banderas tendidas y orden de pelear. Almagro, que sin gran vergüenza suya no podía partirse, esforzó sus españoles, hizo dos escuadras dellos y aguardó los contrarios entre unas paredes, por más fuerte. Ya estaban a vista unos de otros para romper, cuando comenzaron muchos de ambas partes a decir: «Paz, paz.» Estuvieron todos quedos, y pusieron treguas por aquel día y noche para que se viesen y hablasen entrambos capitanes. Tomó la mano del negocio el licenciado Caldera, de Sevilla, y concertólos así: que diese Alvarado toda su flota, como la traía, a Pizarro y Almagro por cien mil pesos de buen oro, y que se apartase de aquel descubrimiento y conquista, jurando de nunca volver allá en vida dellos; el cual concierto no se publicó entonces por no alterar los de Alvarado, que bravos y deseosos eran; antes dijeron que habían hecho compañía en todo, con que Alvarado prosiguiese el descubrimiento por mar y ellos las conquistas de tierra; y con esto no hubo escándalo ninguno. Aceptó Alvarado este partido, por no ver tan rica tierra como le decían; y Almagro ganó mucho en darle tantos dineros.

CXXVIII

La muerte de Quizquiz.

No tuvo Almagro de qué pagar los cien mil pesos de oro a Pedro de Alvarado por su armada en cuanto se halló en aquella conquista, aunque hubieran en Caramba un templo chapado de plata, o no quiso sin Pizarro, o por llevarlo primero donde no pudiese desha-

cer la venta, así que se fueron ambos a Sant Miguel de Tangarara. Alvarado dejó muchos de su compañía a poblar en Quito con Benalcázar, y llevó consigo los más y mejores. Benalcázar pasó mucho trabajo en su conquista, así por ser la gente muy guerrera, que también pelean con honda las mujeres como sus maridos. Almagro y Alvarado supieron en Tumebamba cómo Quizquiz iba huyendo de Soto y de Juan y de Gonzalo Pizarro, que lo perseguían a caballo, y que llevaba una gran presa de hombres y ovejas (1), y más de quince mil soldados. Almagro no lo creyó, ni quiso llevar los cañares que se le ofrecían dar en las manos a Quizquiz con todo su ejército y cabalgada. Cuando llegaron a Chaparra toparon a deshora con Sotaurco, que iba con dos mil hombres descubriendo el camino a Quizquiz, y prendiéronle peleando. Sotaurco dijo cómo Quizquiz venía detrás una gran jornada con el cuerpo de ejército, y a los lados y espaldas cada dos mil hombres recogiendo vituallas, que así acostumbraba caminar en tiempo de guerra. Aguijaron presto los de caballo, por llegar a Quizquiz antes que la nueva. Era el camino tan pedregoso y cuesta abajo, que se desherraron casi todos los caballos. Herráronse a media noche con lumbre, y aun con miedo no los tomasen los enemigos embarazados. Otro día en la tarde llegaron a vista del real de Quizquiz; el cual, como los vió, se fué con el oro y mujeres por una parte, y echó por otra que muy agra era toda la gente de guerra con Guaypalcón, hermano de Atabaliba. Guaypalcón se hizo fuerte en unas altas peñas, y echaba galgas, que dañaron mucho a los nuestros. Mas fuese luego aquella noche, porque se vió sin comida y atajado. Corrieron tras él los de caballo y no lo pudieron desbaratar, aunque le mataron algunos. Quizquiz y Guaypalcón se juntaron y se fueron a Quito, pensando que pocos o ningunos españoles que-

(1) Son estas ovejas las llamas del Perú. *(Nota D).*

daron allá, pues venían allí tantos. Hubieron un rencuentro con Sebastián de Benalcázar, y fueron perdidosos. Dijeron los capitanes a Quizquiz que pidiese paz a los españoles, pues eran invencibles, y que le guardarían amistad, pues eran hombres de bien, y no tentase más la fortuna, que tanto los perseguía. El los amenazó porque mostraban cobardía, y mandó que le siguiesen para rehacerse. Replicaron ellos que diese batalla, pues les sería más honra y descanso morir peleando con los enemigos que de hambre por los despoblados. Quizquiz los deshonró por esto, jurando castigar los amotinadores. Guaypalcón entonces le tiró un bote de lanza por los pechos; acudieron luego con hachas y porras otros muchos, y matáronlo; y así acabó Quizqniz con sus guerras, que tan famoso capitán fué entre orejones.

CXXIX

Alvarado da su armada y recibe cien mil pesos de oro.

A pocas leguas de camino, ya que Quizquiz iba huyendo, toparon nuestros españoles su retaguarda, que como los vido se puso a defender que no pasasen un río. Eran muchos, y unos guardaron el paso y otros pasaron el río por muy arriba a pelear, pensando matar y tomar en medio los cristianos. Tomaron una serrezuela muy áspera por ampararse de los caballos. Y allí pelearon con ánimo y ventaja. Mataron algunos caballos, que con la maleza de la tierra no podían revolverse, e hirieron muchos españoles, y entre ellos a Alonso de Alvarado, de Burgos, en un muslo, que se le pasaron, y aína mataran a Diego de Almagro. Quemaron la ropa que no pudieron llevar. Dejaron quince mil ovejas y cuatro mil personas que por fuerza llevaban,

y subiéronse a lo alto. Eran las ovejas (1) del Sol, ca tenían los templos, cada uno en su tierra, grandes rebaños dellas. Y nadie las podía matar, so pena de sacrilegio, salvo el rey en tiempo de guerra y caza. Inventaron esto los reyes del Cuzco para tener siempre bastimento de carne en las continuas guerras que hacían. Llegados que fueron los nuestros a Sant Miguel, despachó Alvarado a Garci Holguín a Puerto Viejo a entregar los navíos de su flota a Diego de Mora, capitán de Almagro, el cual entonces hizo grandes dádivas y socorros en dineros, armas y caballos a los suyos y a los de Alvarado. Fundó luego a Trujillo, como Pizarro escribió. Dejó por teniente a Miguel de Astete, y vínose a Pachacama, donde Francisco Pizarro recibió muy bien a Pedro de Alvarado y le pagó de contado los cien mil pesos de oro que Almagro prometió por la flota. No faltaron ruines que dijesen a Pizarro prendiese a Alvarado por haber entrado con mano armada en su juridición y lo enviase a España, y que no le pagase; e ya que pagar le quisiese, no le diese sino cincuenta mil pesos, pues más no valían los navíos, dos de los cuales eran suyos. Pizarro no lo quiso hacer, antes le dió otras muchas cosas y lo dejó ir libremente, como supo estar las naos en Sant Miguel y en poder de Diego de Mora. Fuese Alvarado a Cuauhtemallán casi solo, y quedaron en el Perú los suyos, que como eran nobles y valientes, y aun bravosos, llegaron a ser después muy principales en aquella tierra.

---

(1) Los españoles llamaron «ovejas del Perú» a las llamas, pacas y vicuñas. *(Nota D).*

CXXX

Nuevas capitulaciones entre Pizarro y Almagro.

Francisco Pizarro pobló tras esto la ciudad de Los Reyes, a la ribera de Lima, río fresco y apacible, cuatro leguas de Pachacama, y cerca de la mar. Pasó a ella los vecinos de Jauja, que no era tan buena vivienda. Envió al Cuzco a Diego de Almagro con muchos españoles a regir la ciudad. Y él fuése a Trujillo a repartir la tierra e indios entre los pobladores. Tuvo nueva y cartas Almagro, estando en el Cuzco, de cómo el emperador le había hecho mariscal del Perú y gobernador de cien leguas de tierra más adelante que Pizarro gobernaba; y quiso serlo luego y antes de tener la provisión. Y como el Cuzco no entraba en la gobernación de Pizarro y había de caer en la suya, comenzó a repartir la tierra y mandar y vedar por sí, dejando los poderes del compañero y amigo; y le faltaron para ello favor y consejo de muchos, entre los cuales era Hernando de Soto. Envió corriendo Pizarro a Verdugo con poder para Juan Pizarro y revocación de Almagro. Contradijéronle reciamente Juan y Gonzalo Pizarro y los más del regimiento; y así no salió con su intento. Llegó Pizarro en esto por la posta, y apaciguólo todo amigablemente. Juraron de nuevo sobre la hostia consagrada Pizarro y Almagro su vieja compañía y amistad, y concertaron que Almagro fuese a descubrir la costa y tierra de hacia el estrecho de Magallanes, porque decían los indios ser muy rica tierra el Chili, que por aquella parte estaba; y que si buena y rica tierra hallase, que pedirían la gobernación della para él, y si no, que partirían la de Pizarro, como la demás hacienda, entre sí; harto buen concierto era, si engañoso no fuera. Juraron, empero, entrambos de

nunca ser el uno contra el otro, por bien ni mal que les fuese, y aun afirman muchos que dijo Almagro, cuando juraba, que Dios le confundiese cuerpo y alma si lo quebrantaba ni entraba con treinta leguas en el Cuzco, aunque el emperador se lo diese. Otros, que dijo: «Dios le confunda el cuerpo y alma al que lo quebrantare.»

CXXXI

La entrada que Diego de Almagro hizo al Chili.

Aderezóse Almagro para ir al descubrimiento de Chili, como estaba concertado. Dió y emprestó muchos dineros a los que iban con él, porque llevasen buenas armas y caballos, y así juntó quinientos y treinta españoles muy lucidos y que de buena gana querían ir tan lejos por su liberalidad y por la gran fama de oro y plata de aquellas tierras. Muchos también hubo que dejaron su casa y repartimientos por ir con él, pensando mejorarlos. Almagro, pues, dejó allí en el Cuzco a Juan de Rada, criado suyo, haciendo más gente. Envió delante a Juan de Saavedra, de Sevilla, con ciento, y él partióse luego con los otros cuatrocientos y treinta, y con Paulo y Villaoma, gran sacerdote, Filipillo y otros muchos indios honrados y de servicio y carga. Topó Saavedra en los Charcas ciertos chileses, que traían al Cuzco, no sabiendo lo que pasaba, su tributo en tejuelas de oro fino, que pesaron ciento y cincuenta mil pesos. Fué principio de jornada, si tal fin tuviera. Quiso prender allí al capitán Grabiel de Rojas, que por Pizarro estaba. Mas él se guardó y se volvió al Cuzco por otro camino con su gente. De los Charcas al Chile pasó Almagro mucho trabajo, hambre y frío, ca peleó con grandes hombres de cuerpo, y diestros flecheros. Heláronsele muchos

hombres y caballos, pasando unas grandes sierras nevadas, donde también perdió su fardaje. Halló ríos que corren de día y no de noche, a causa que las nieves se derriten con el Sol y se hielan con la Luna. Visten los de Chile cueros de lobos marinos; son altos y hermosos; usan arcos en la guerra y caza; es la tierra bien poblada y del temple que nuestra Andalucía, sino que allá es noche cuando acá día, y su verano cuando nuestro invierno. En fin, podemos decir que son antípodes nuestros. Hay muchas ovejas, como en el Cuzco, y muchos avestruces. Españoles los mataban a caballo, poniéndose en paradas; que un caballo no corre tanto como trota un avestruz (1).

CXXXII

Vuelta de Fernando Pizarro al Perú.

Poco después que Almagro se partió a Chili, llegó Fernando Pizarro a Lima, ciudad de Los Reyes. Llevó a Francisco Pizarro título de marqués de los Atavillos, y a Diego de Almagro la gobernación del nuevo reino de Toledo, cien leguas de tierra contadas de la raya de la Nueva Castilla, juridición y distrito de Pizarro, hacia el sur y levante. Pidió servicio a los conquistadores para el emperador, que decía pertenescerle, como a rey, todo el rescate de Atabaliba, que también era rey. Ellos respondieron que ya le habían dado su quinto, que le venia de derecho, y aína hubiera motin, porque los motejaban de villanos en España y Corte, y no merecedores de tanta parte y riquezas; y no digo

---

(1) Para detalles de la conquista del Perú y exploración de Chile, léase Cieza de León (P.), *La Crónica del Perú,* en la colección de *Viajes clásicos,* editada por Calpe.

entonces, pero antes y después lo acostumbran decir acá los que no van a Indias; hombres que por ventura merescen menos lo que tienen, y que no se habían de escuchar. Francisco Pizarro los aplacó diciendo que merescían aquello por su esfuerzo y virtud, y tantas franquezas y preeminencias como los que ayudaron al rey Don Pelayo y a los otros reyes a ganar a España de los moros. Dijo a su hermano que buscase otra manera para cumplir lo que había prometido, pues ninguno quería dar nada, ni él les tomaría lo que les dió. Fernando Pizarro entonces tomaba un tanto por ciento de lo que hundían, por lo cual incurrió en gran odio de todos; mas él no alzó la mano de aquello, antes se fué al Cuzco a otro tanto, y trabajó de ganar la voluntad a Mango, inga, para sacarle alguna gran cuantía de oro para el emperador (1), que muy gastado estaba con las jornadas de su coronación, del turco en Viena y de Túnez; y para sí también.

CXXXIII

La rebelión de Mango, inga, contra españoles.

Mango, hijo de Guaynacapa, a quien Francisco Pizarro dió la borla en Vilcas, se mostró bullicioso y hombre de valor, por lo cual fué metido en la fortaleza del Cuzco en prisiones de hierro. Mas desde allí, y aun antes que le prendiesen, tramó de matar los españoles y hacerse rey como su padre fué. Hizo hacer muchas armas de secreto y grandes sementeras para tener el pan abasto en las guerras y cercos que poner esperaba. Concertó con su hermano Paulo, con Villaoma y Filipillo, que matasen a Diego de Almagro

(1) El emperador Carlos V.

con todos los suyos en los Charcas, o donde más aparejo hallasen, que así haría él a Pizarro y a cuantos estaban en Lima, Cuzco y las otras poblaciones. No podía Mango ejecutar su propósito estando preso; y rogó a Juan Pizarro, que conquistando andaba el Collao, lo soltase antes que viniese Fernando Pizarro, prometiendo ser muy leal y obediente al gobernador. Como se vió suelto, hízose muy familiar de Fernando Pizarro, que le pidía dineros, para huir del Cuzco a su salvo con su amistad y favor. Así que pidió licencia a Fernando Pizarro para ir a una solemne fiesta que se hacía en Hincay, y que le traería de allá una estatua de oro maciza, que al propio y tamaño de su padre estaba labrada. Fuése la Semana Santa del año de 1536. Cuando en Hincay estuvo, mofaba y blasfemaba de los españoles. Convocó muchos señores y otras personas, y dió conclusión en el alzamiento que pensaba. Hizo matar muchos españoles que andaban en las minas, y cuantos indios los servían. Envió un capitán con buen ejército al Cuzco; el cual llegó y entró tan súbito, que tomó la fortaleza, sin que los españoles estorbarlo pudiesen, y la sostuvo seis o siete días. En fin de los cuales la recobraron los nuestros, peleando reciamente. Murieron sobre ella algunos, y Juan Pizarro, de una pedrada que de noche le dieron en la cabeza. Sobrevino Mango, cercó la ciudad, púsole fuego, y combatíala cada lleno de Luna.

CXXXIV

Almagro tomó por fuerza el Cuzco a los Pizarros.

Estando Almagro guerreando a Chile, llegó Joan de Rada con las provisiones de su gobernación, que había traído Fernando Pizarro, con las cuales, aunque

le costaron la vida, se holgó más que con cuanto oro ni plata había ganado, ca era codicioso de honra. Entró en consejo con sus capitanes sobre lo que hacer debía, y resumióse, con parecer de los más, de volver al Cuzco a tomar en él, pues en su juridición cabía, la posesión de su gobernación. Bien hubo muchos que le dijeron y rogaron poblase allí o en los Charcas, tierra riquísima, antes que ir, y enviase a saber entre tanto la voluntad de Francisco Pizarro y del cabildo del Cuzco, porque no era justo descompadrar primero. Quien más atizó la vuelta fueron Gómez de Alvarado, Diego de Alvarado y Rodrigo Orgoños, su amigo y privado. Almagro, en fin, determinó de volver al Cuzco a gobernar por fuerza, si de grado los Pizarros no quisiesen, y también porque decían estar alzado el inga, lo cual se publicó por huir del campo Paulo y Villaoma, no hallando gente ni coyuntura para matar los cristianos, como traían urdido. Almagro envió tras Filipillo, que, como participante de la conjuración, también huyera, y hízolo cuartos porque no lo avisó y porque se pasó a Pedro de Alvarado en Liribamba. Confesó el malvado, al tiempo de su muerte, haber acusado falsamente a su buen rey Atabaliba, por yacer seguro con sus mujeres. Era un mal hombre Filipillo de Puechos, liviano, inconstante, mentiroso, amigo de revueltas y sangre, y poco cristiano, aunque baptizado. Tuvo Almagro muchos trabajos a la vuelta; comió los caballos que se murieron a la ida, cosa bien de notar, porque al cabo de cuatro meses o más tiempo estaban por corromper, y tan frescos, según dicen, como recién muertos. Estábanse también los españoles arrimados a las peñas con las riendas en las manos, que parescían vivos. Proveyó de agua su ejército en los despoblados con ovejas, que llevaban a cuatro y más arrobas della en odres y zaques de otras ovejas, y aun muchos españoles fueron cabalgando en ellas; aunque no es caballería, para su cólera. Maravi-

lláronse mucho los de Almagro, cuando al Cuzco llegaron, en lo ver cercado de los indios; y él trató con el inga la paz, diciendo, si alzaba el cerco, que le perdonaría lo hecho, como gobernador, y si no, que lo destruiría, que a eso venía. Mango respondió que se viesen, y que holgaba de su venida y gobernación. Almagro, sin pensar en la malicia, fué a recaudo por otros inconvenientes, dejando en guarda de su real a Juan de Saavedra. Fernando Pizarro, que supo estas vistas, salió a hablar con Saavedra. Dábale cincuenta mil castellanos porque se metiese con él dentro el Cuzco. No le osó enojar, que tenía mucha gente y muy fuerte plaza, y tornóse bien triste y desconfiado. Tampoco pudo Mango prender a Almagro y perdió esperanza de recobrar el Cuzco. E porque no le tomasen entre puertas los de Almagro y Pizarro, dejó el cerco y fuése a los Andes, que llaman una gran montaña sobre Guamanga. Llegó Almagro su ejército al Cuzco, las banderas altas. Requirió al regimiento y hermanos de Francisco Pizarro que lo rescibiesen luego pacíficamente por gobernador, conforme a las provisiones reales del emperador. Fernando Pizarro, que mandaba, respondió que sin voluntad de Francisco Pizarro, gobernador de aquella tierra, por cuyo poder él allí estaba, no podía ni debía, según honra y consciencia, admitirlo por gobernador. Mas, si entrar quería como privado y particular, que lo aposentaría muy bien con todos los que traía; y entre tanto avisarían a su hermano, si vivo era, que estaba en Los Reyes, de su llegada y pedimento; y que confiaba en su antigua y buena amistad que se conformarían, declarando la raya y mojones de cada gobernación a dicho de sabios cosmógrafos. Tuvo Almagro por dilación esta respuesta e insistió en su demanda; y como hallaba contraste en Fernando Pizarro, entróse dentro una noche de gran niebla y escuridad. Cercó la casa donde los Pizarros y cabildo estaban fuertes, y púsole fuego

porque no se daban. Ellos, por no quemarse, rindiéronse. Echó Almagro presos a Fernando y Gonzalo Pizarro y a otros. El regimiento y vecinos lo rescibieron luego en siendo de día por gobernador. Dicen unos que Almagro quebró las treguas que habían puesto, para entre tanto esperar la respuesta de Francisco Pizarro; otros, que no las hubo ni las quiso, porque no le habían de rescebir sino por fuerza; otros, que tuvo favor de los vecinos para entrar; y como fueron bandos, cada uno habla en favor del suyo. Y es cierto que por fuerza entró, y que murieron dos españoles, uno de cada parte, y que Almagro matara a Fernando Pizarro, según voluntad de casi todos, sino por Diego de Alvarado. Esto y el alzamiento del inga pasó año de 1536, sin que Francisco Pizarro lo supiese.

CXXXV

Los muchos españoles que indios mataron por socorrer al Cuzco.

Bien temió Pizarro, cuando supo la rebelión del inga y el cerco del Cuzco; mas no pensó al principio que tan de veras era, ni con tanta gente como fué; y así, envió luego a Diego Pizarro con setenta españoles, que los más eran peones. A todos los cuales mataron indios en la cuesta de Parcos, cincuenta leguas del Cuzco; mataron ansimesmo al capitán Morgovejo, con muchos españoles que al socorro llevaba, en un mal paso donde los atajaron; hicieron el estrago con galgas, que no se atrevieron venir a las lanzadas. Algunos se escaparon con la escuridad de la noche, mas ni pudieron ir al Cuzco, ni tornar a Los Reyes; envió también Pizarro a Gonzalo de Tapia con otros ochenta españoles, y también los mataron indios de puro cansados. Mataron eso mesmo al capitán Gaete con

cuarenta españoles en Jauja. Pizarro estaba espantado cómo no le escrebían sus hermanos ni aquellos sus capitanes, y temiendo el mal que fué, despachó cuarenta de caballo con Francisco de Godoy, para que le trajese nuevas de todo; el cual volvió, como dicen, rabo ante piernas, trayendo consigo dos españoles de Gaete que se habían escapado a uña de caballo y que dieron a Pizarro las malas nuevas; las cuales lo pusieron en muy gran cuita. Llegó luego a Los Reyes huyendo Diego de Agüero, que dijo cómo los indios andaban todos en armas y le habían querido quemar en sus pueblos, y que venía muy cerca un gran ejército dellos. Nueva que atemorizó mucho la ciudad, y tanto más cuanto menos españoles había; Pizarro envió a Pedro de Lerma, de Burgos, con setenta de caballo y muchos indios amigos e cristianos a estorbar que los enemigos no llegasen a Los Reyes, y él salió detrás con los demás españoles que allí había. Peleó Lerma muy bien, y retrajo los enemigos a un peñol, y allí los acabaran de vencer y deshacer si Pizarro a recoger no tañera. Murió aquel día y batalla un español de caballo; fueron heridos muchos otros, y a Pedro de Lerma quebraron los dientes; los indios dieron muchas gracias al Sol, que los escapó de tanto peligro, haciéndole grandes sacrificios y ofrendas, y pasaron su real una sierra cerca de Los Reyes, el río en medio, do estuvieron diez días haciendo arremetidas y escaramuzas con españoles, que con otros indios no querían, y muchos indios cristianos, mozos de españoles, iban a comer y estar con los contrarios, y aun a pelear contra sus amos, y se tornaban de noche a dormir en la ciudad.

CXXXVI

El socorro que vino de muchas partes a Francisco Pizarro,

Como Pizarro se vido cercado, y muertos cerca de cuatrocientos españoles y docientos caballos, temió la furia y muchedumbre de los enemigos, y aun creyó que habían muerto a Diego de Almagro en Chili, y a sus hermanos en el Cuzco. Envió a decir a Alonso de Alvarado que dejase la conquista de los cachapoyas y se viniese luego con toda su gente a socorrerle; envió un navío a Trujillo para en que llevasen de allí las mujeres, hijos y hacienda, mandando a los hombres desamparasen el lugar y viniesen a Los Reyes; despachó a Diego de Ayala en los otros navíos a Panamá, Nicaragua y Cuauhtemallán por socorro, y escribió a las islas de Santo Domingo y Cuba, y a todos los otros gobernadores de Indias, el estrecho en que quedaba. Alonso de Fuenmayor, presidente y obispo de Santo Domingo, envió con Diego de Fuenmayor, su hermano, natural de Yanguas, muchos españoles arcabuceros que habían llegado entonces con Pedro de Veragua; Fernando Cortés envió, con Rodrigo de Grijalva, en un propio navío suyo, desde la Nueva España, muchas armas, tiros, jaeces, aderezos, vestidos de seda y una ropa de martas; el licenciado Gaspar de Espinosa llevó de Panamá, Nombre de Dios y Tierra Firme buena copia de españoles; Diego de Ayala volvió con harta gente de Nicaragua y Cuauhtemallán. También vinieron otros de otras partes, y así tuvo Pizarro un florido ejército y más arcabuceros que nunca; y aunque no los hubo mucho menester para contra indios, aprovecháronle infinito para contra Diego de Almagro, como después diremos; por lo cual acertó a pedir estos socorros, aunque fué notado entonces de pusilanimidad por pedirlos.

CXXXVII

Dos batallas con indios, que Alonso de Alvarado dió y venció.

A la hora en que Alonso de Alvarado rescibió las cartas de Pizarro, en que lo llamaba para socorro, dejó la empresa de los cachapoyas, que muy adelante iba, y se fué a Trujillo, que camino era para Los Reyes. Hizo quedar los vecinos, que ya tenían fuera su hato y mujeres y se querían ir a Pizarro, desamparando la ciudad; llegó a Los Reyes con alegría de todos, por ser el primero que al socorro venía, y Pizarro lo hizo su capitán general, quitando el cargo a Pedro de Lerma, el cual lo tuvo a deshonra, y como valiente, y que lo había hecho bien, desmandóse de lengua; era de Burgos, y conoscía al Alvarado. Descansó Alvarado, y aderezó trecientos españoles a pie y a caballo para echar de allí los indios, y no parar hasta los deshacer y destruir y descercar el Cuzco, no sabiendo lo que allá pasaba entre los españoles; hubo una batalla cerca de Cachacama con Tizoyo, capitán general de Mango, y aun dicen que se halló en ella el mesmo Mango, inga, la cual fué muy recia y sangrienta, ca los indios pelearon como vencedores, y los españoles por vencer; en Jauja lo alcanzó Gómez de Tordoya, de Barcarrota, con docientos españoles que Pizarro le enviaba para engrosar el campo. Alvarado caminó sin embarazo hasta Lumichaca, puente de piedra, con todos quinientos españoles; allí cargaron muchísimos indios, pensando matar los cristianos al paso, a lo menos desbaratallos; mas Alvarado y sus compañeros, aunque rodeados por todas partes de los enemigos, pelearon de tal manera, que los vencieron, haciendo en ellos muy gran matanza. Costaron estas batallas hartos españoles y muchos indios amigos que los servían y ayudaban; de Lumi-

chaca a la puente de Abancay, que habrá veinte leguas, hubo muchas escaramuzas, mas no que de contar sean; supo Alvarado allí las revueltas y mudanzas del Cuzco y la prisión de Fernando y Gonzalo Pizarro, y paró a esperar lo que Pizarro mandaba sobre aquello, pues ya los indios eran idos del Cuzco; fortificó su real entre tanto que la respuesta e instrucción venía, por amor de muchos indios que bullían por allí con Tizoyo y Mango, y por si viniese Almagro.

CXXXVIII

Almagro prende al capitán Alvarado, y rehusa los partidos de Pizarro.

Como Almagro entendió que Alvarado estaba con tanta gente y pujanza en Abancay, pensó que iba contra él, y apercíbióse; envióle a requerir con las provisiones no estuviese con ejército en su gobernación, o le obedeciese. Alvarado prendió a Diego de Alvarado con otros ocho españoles, que fué al requerimiento, y respondió que las habían de notificar a Francisco Pizarro, y no a él; Almagro se volvió del camino, que también salió con gente, no tornando sus mensajeros, a guardar el Cuzco, ca podía ir Alvarado allá por otro cabo. Mas luego tuvo aviso y cartas que Pedro de Lerma se le quería pasar con más de sesenta compañeros, por enojo que tenía de Pizarro por haberle quitado el cargo de capitán general y haberlo dado al Alonso de Alvarado, y tornó con ejército sobre Alvarado, y prendió a Perálvarez Holguín, que andaba corriendo el campo, en una celada. Alvarado, desque lo supo, quiso prender a Pedro de Lerma; empero él se huyó del real aquel mesmo punto de la noche, con las firmas de sus amigos, que a ellos no pudo llevar por la prisa; llegó

Almagro con la escuridad a la puente, sabiendo que le aguardaban Gómez de Tordoya y Villalva y otros, y echó buena parte de los suyos por el vado, a do estaban los que se le habían de pasar. Cuando Alvarado sintió los enemigos en el real, comenzó a pelear tocando al arma; pero como tenía muchos guardando los pasos fuera del fuerte y muchos sin picas, que se las habían echado al río los amigos de Lerma, no pudo resistir la carga del contrario, y fué roto y preso sin sangre ninguna, aunque de una pedrada quebraron los dientes a Rodrigo de Orgoños. Recogió Almagro el campo y tornóse al Cuzco, tan ufanos los suyos, que decían que no dejarían pizarra ninguna en todo el Perú en que tropezar, y que se fuese Francisco Pizarro a gobernar los manglares de la costa. Usó Almagro de la victoria piadosamente, aunque dicen que trataba mal los prisioneros. Pizarro, que iba con seiscientos españoles a descercar el Cuzco, supo en Nasca cuanto atrás dicho habemos, e hizo gran sentimiento dello, y volvióse a Los Reyes para aderezarse mejor, si guerra hubiese de haber, ca el competidor era recio y tenía muchos españoles. Entre tanto que se apercebía quiso concertarse de bien a bien, pues era mejor mala concordia que próspera guerra, y envió al licenciado Gaspar de Espinosa a lo negociar; el cual se declaró, porque otros no gozasen sus trabajos las manos enjutas, a que fuesen amigos y que Almagro soltase a Fernando y Gonzalo Pizarro y a Alfonso de Alvarado y se estuviese en el Cuzco gobernando, sin bajar a los llanos, hasta tener declaración por el emperador de lo que cada uno hubiese de gobernar. Murió el licenciado entendiendo en esto, y aun pronosticando la destrución y muertes de ambos gobernadores. Almagro, con la pujanza y consejeros que tenía, rehusó aquel partido, diciendo que había de dar y no tomar leyes en su juridición y prosperidad. Dejó a Grabiel de Rojas en guarda del Cuzco y de los presos, y lle-

vando consigo a Fernando Pizarro, bajó con ejército y quinto del rey a la marina. Hizo un pueblo en término de Los Reyes, como en posesión, y asentó el real en Chincha.

CXXXIX

Vistas de Almagro y Pizarro en Mala sobre concierto.

Sabiendo esto Pizarro, sonó atambor en Los Reyes, dió grandes pagas y ventajas y juntó más de setecientos españoles con muchos caballos y arcabuces, que daban reputación al ejército; y casi toda esta gente era venida y llamada contra indios en socorro del Cuzco y de Los Reyes. Hizo capitanes de arcabucería a Nuño de Castro y a Pedro de Vergara, que la trajera de Flandes, donde casado estaba; hizo capitán de piqueros a Diego de Urbina, y de caballos a Diego de Rojas y a Peranzures y a Alonso de Mercadillo. Puso por maestre de campo a Pedro de Valdivia, y por sargento mayor a Antonio de Villalva; estando en esto, llegaron Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado, e hízolos generales, a su hermano de la infantería y al otro de la caballería. Estaban presos en el Cuzco, sobornaron hasta cincuenta soldados, y con su ayuda salieron de la prisión, quitaron las sogas de las campanas, porque no repicasen tras ellos, y huyeron a caballo con aquellos cincuenta y con Grabiel de Rojas, que prendieron; publicaba Pizarro que hacía esta gente para su defensa como hombre acometido, y habló en concierto a consejo de muchos. Almagro vino luego también en ello, y envió con poder para tratar del negocio a don Alonso Enríquez, Diego de Mercado, fator, y Juan de Guzmán, contador. Hablaron con Pizarro, y él lo comprometió en Francisco de Bobadilla, provincial de la Merced, y ellos en fray Francisco Hu-

sando; los cuales sentenciaron que Almagro soltase a Fernando Pizarro y restituyese al Cuzco; que deshiciesen entrambos los ejércitos, enviasen la gente a conquistas, escribiesen al emperador y se viesen y hablasen en Mala, pueblo entre Los Reyes y Chincha, con cada doce caballeros, y que los frailes se hallasen a las pláticas. Almagro dijo que holgaba de verse con Pizarro, aunque tenía por muy grave la sentencia, y cuando se partió a las vistas con doce amigos, encomendó a Rodrigo Orgoños, su general, que con el ejército estuviese a punto, por si algo Pizarro hiciese, y matase a Fernando Pizarro, que le dejaba en poder, si a él fuerza le hiciesen. Pizarro fué al puesto con otros doce, y tras él Gonzalo Pizarro con todo el campo; si lo hizo con voluntad de su hermano, o sin ella, nadie creo que lo supo. Es empero cierto que se puso junto a Mala, y que mandó al capitán Nuño de Castro se emboscase con sus cuarenta arcabuceros en un cañaveral junto al camino por donde Almagro tenía de pasar; llegó primero a Mala Pizarro, y en llegando Almagro se abrazaron alegremente y hablaron en cosas de placer. Acercóse uno de Pizarro, antes que comenzasen negocios, a Diego de Almagro y díjole al oído que se fuese luego de allí, ca le iba en ello la vida; él cabalgó presto y volvióse sin hablar palabra en aquello ni en el negocio a que viniera. Vió la emboscada de arcabuceros, y creyó; quejóse mucho de Francisco Pizarro y de los frailes, y todos los suyos decían que de Pilatos acá no se había dado sentencia tan injusta. Pizarro, aunque le consejaban que lo prendiese, lo dejó ir, diciendo que había venido sobre su palabra, y se disculpó mucho en que ni mandó venir a su hermano ni sobornó los frailes.

CXL

La prisión de Almagro.

Aunque las vistas fueron en vano y para mayor odio e indinación de las partes, no faltó quien tornase a entender muy de veras y sin pasión entre Pizarro y Almagro. Diego de Alvarado, en fin, los concertó, que Almagro soltase a Fernando Pizarro, y que Francisco Pizarro diese navío y puerto seguro a Almagro, que no lo tenía, para que libremente pudiese enviar a España sus despachos y mensajeros; que no fuese ni viniese uno contra otro, hasta tener nuevo mandado del emperador. Almagro soltó luego a Fernando Pizarro sobre pleitesía que hizo, a ruego y seguro de Diego de Alvarado, aunque Orgoños lo contradijo muy mucho, sospechando mal de la condición áspera de Fernando Pizarro, y el mesmo Almagro se arrepintió y lo quisiera detener. Mas acordó tarde, y todos decían que aquél lo había de revolver todo, y no erraron, ca, suelto él, hubo grandes y nuevos movimientos, y aun Pizarro no anduvo muy llano en los conciertos, porque ya tenía una provisión real en que mandaba el emperador que cada uno estuviese donde y como la tal provisión notificada les fuese, aunque tuviese cualquiera dellos la tierra y jurisdición del otro. Pizarro, pues, que tenía libre y por consejero a su hermano, requirió a Almagro que saliese de la tierra que había él descubierto y poblado, pues era ya venido nuevo mandamiento del emperador. Almagro respondió, leída la provisión, que la oía y cumplía estándose quedo en el Cuzco y en los otros pueblos que al presente poseía, según y como el emperador mandaba y declaraba por aquella su real cédula y voluntad, y que

con ella mesma le requería y rogaba lo dejase estar en paz y posesión como estaba. Pizarro replicó que, teniendo él poblado y pacífico el Cuzco, se lo había tomado por fuerza, diciendo que caía en su gobernación del nuevo reino de Toledo; por tanto, que luego se lo dejase y se fuese; si no, que lo echaría, sin quebrar el pleito homenaje que había hecho, pues teniendo aquella nueva provisión del rey era cumplido el plazo de su pleitesía y concierto. Almagro estuvo firme en su respuesta, que concluía llanamente; y Pizarro fué con todo su ejército a Chincha, llevando por capitanes los que primero, y por consejero a Fernando Pizarro, y por color que iba a echar sus contrarios de Chincha, que manifiestamente era de su gobernación. Almagro se fué la vía del Cuzco por no pelear; empero, como lo seguían, cortó muchos pasos del mal camino y reparó en Gaitara, sierra alta y áspera. Pizarro fué tras él, que tenía más y mejor gente; y una noche subió Fernando Pizarro con los arcabuceros aquella sierra, que le ganaron el paso. Almagro entonces, que malo estaba, se fué a gran prisa y dejó a Orgoños detrás, que se retirase concertadamente y sin pelear. El lo hizo como se lo mandó, aunque, según Cristóbal de Sotelo y otros decían, mejor hiciera en dar batalla a los pizarristas, que se marearon en la sierra, ca es ordinario a los españoles que de nuevo o recién salidos de los calorosos llanos suben a las nevadas sierras, marearse. Tanta mudanza hace tan poca distancia de tierra. Así que Almagro, recogida su gente al Cuzco, quebró las puentes, labró armas de plata y cobre, arcabuces, otros tiros de fuego, basteció de comida la ciudad y reparóla de algunos fosados. Pizarro se volvió a los llanos por el inconveniente que digo, y dende a dos meses a Los Reyes; empero solo, porque envió todo su ejército al Cuzco, con achaque de restituir en sus casas y repartimientos a ciertos vecinos que Almagro había despojado, y para esto hizo justi-

cia mayor a Fernando Pizarro, que gobernaba el campo, siendo general su hermano Gonzalo. Fué, pues, Fernando Pizarro al Cuzco por otro camino que Almagro, y llegó allá a los 26 de abril de 1538 años. Almagro, que tan determinados los vió venir, metió los aficionados a Pizarro en dos cubos de la fortaleza, donde algunos se ahogaron, de muy apretados. Envió al encuentro a Rodrigo Orgoños con toda su gente y muchos indios, ca él no podía pelear, de flaco y enfermo. Orgoños se puso en el camino real entre la ciudad y la sierra, orilla de una ciénaga. Puso la artillería en conveniente parte, y los caballos también, que llevaban a cargo Francisco de Chaves, Vasco de Guevara y Juan Tello. Por hacia la sierra echó muchos indios con algunos españoles que socorriesen a la mayor necesidad y peligro. Fernando Pizarro, dicha la misa, bajó al llano en ordenanza, con pensamiento de tomar un alto que sobre la ciudad estaba, y que no lo aguardarían los contrarios llevando tanta pujanza. Mas como los vió quedos y con semblante de no rehusar batalla, mandó al capitán Mercadillo que con sus caballos anduviese sobresaliente, o para contra los indios contrarios, o para remediar otra cualquier necesidad; y dijo a sus indios que arremetiesen a los otros, y por allí se comenzó la batalla que llaman de las Salinas, obra de media legua del Cuzco. Entraron en la ciénaga los arcabuceros de Pedro de Vergara y desbarataron una compañía de caballos contrarios, que fué gran desmán para los de Orgoños, que, conosciendo el daño, hizo soltar un tiro, el cual mató cinco españoles de Pizarro y atemorizó los otros; pero Fernando Pizarro los animó bien y a sazón, y dijo a los arcabuceros que tirasen a las picas arboladas, y quebraron más de cincuenta dellas, que mucha falta hicieron a los de Almagro. Orgoños hizo señal de romper con los enemigos; y como se tardaban algo los suyos, arremetió con su escuadrón solamente a Fer-

nando Pizarro, que guiaba el lado izquierdo de su ejército con Alonso de Alvarado. Esperó dos españoles con su lanza, tiró una estocada a un criado de Fernando Pizarro, pensando que su amo fuese, y metióle por la boca el estoque. Hacía Orgoños maravillas de su persona; mas duró poco tiempo, porque cuando arremetió le pasaron la frente con un perdigón de arcabuz, de que vino a perder la fuerza y la vista. Fernando Pizarro y Alonso de Alvarado encontraron los enemigos de través, y derribaron cincuenta dellos, y los más juntamente con los caballos. Acudieron luego los de Almagro y Gonzalo Pizarro por su parte, y pelearon todos, como españoles, bravísimamente, mas vencieron los Pizarros y usaron cruelmente de la vitoria, aunque cargaron la culpa dello a los vencidos con Alvarado en el puente de Abancay, que no eran muchos y queríanse vengar. Estando Orgoños rendido a dos caballeros, llegó uno que lo derribó y degolló. Llevando también uno tendido y a las ancas al capitán Rui Díaz, le dió otro una lanzada que lo mató, y así mataron otros muchos después que sin armas los vieron; Samaniego, a Pedro de Lerma a puñaladas en la cama, de noche. Murieron peleando los capitanes Moscoso, Salinas y Hernando de Alvarado, y tantos españoles, que si los indios, como lo habían platicado, dieran sobre los pocos y heridos que quedaban, los pudieran fácilmente acabar. Mas ellos se embebieron en despojar los caídos, dejándolos en cueros, y en robar los reales, que nadie los guardaba, porque los vencidos huían y los vencedores perseguían. Almagro no peleó por su indisposición; miró la batalla de un recuesto, y metióse en la fortaleza como vió vencidos los suyos. Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado lo siguieron y prendieron, y lo echaron en las prisiones en que los había tenido.

CXLI

Muerte de Almagro.

Con la vitoria y prendimiento de Almagro enriquescieron unos y empobrecieron otros, que usanza es de guerra, y más de la que llaman civil, por ser hecha entre ciudadanos, vecinos y parientes. Fernando Pizarro se apoderó del Cuzco sin contradición, aunque no sin murmuración. Dió algo a muchos, que a todos era imposible; mas como era poco para lo que cada uno que con él se halló en la batalla pretendía, envió los más a conquistar nuevas tierras, donde se aprovechasen; y por no quedar en peligro ni cuidado, enviaba los amigos de Almagro con los suyos. Envió también a Los Reyes, en son de preso, a don Diego de Almagro, porque los amigos de su padre no se amotinasen con él. Hizo proceso contra Almagro, publicando que para enviarlo juntamente con el preso a Los Reyes y de allí a España; mas como le dijeron que Mesa y otros muchos habían de salir al camino y soltarlo, o porque lo tenía en voluntad, por quitarse de ruido sentencíólo a muerte. Los cargos y culpas fueron que entró en el Cuzco mano armada; que causó muchas muertes de españoles; que se concertó con Mango contra españoles; que dió y quitó repartimientos sin tener facultad del emperador; que había quebrado las treguas y juramentos; que había peleado contra la justicia del rey en Abancay y en las Salinas. Otras hubo también que callo, por no ser tan acriminadas. Almagro sintió grandemente aquella sentencia. Dijo muchas lástimas y que hacían llorar a muy duros ojos. Apeló para el emperador; mas Fernando, aunque muchos se lo rogaron ahincadamente, no quiso otorgar la apelación. Rogóselo él mesmo, que por amor

de Dios no le matase, diciendo que mirase cómo no le había él muerto, pudiendo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los había tenido en poder; que mirase cómo él había sido la mayor parte para subir Francisco Pizarro, su caro hermano, a la cumbre de honra y riqueza que tenía; díjole que mirase cuán viejo, flaco y gotoso estaba, y que revocase la sentencia por apelación para dejalle vivir en la cárcel siquiera los pocos y tristes días que le quedaban, para llorar en ellos y allí sus pecados. Fernando Pizarro estuvo muy duro a estas palabras, que ablandaran un corazón de acero, y dijo que se maravillaba que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte. El replicó que, pues Cristo la temió, no era mucho temella él; mas que se conhortaría con que, según su edad, no podía vivir mucho. Estuvo Almagro recio de confesar, pensando librarse por allí, ya que por otra vía no podía. Empero confesóse, hizo testamento y dejó por herederos al rey y a su hijo don Diego. No quería consentir la sentencia, de miedo de la ejecución, ni Fernando Pizarro otorgar la apelación, por que no la revocasen en Consejo de Indias y porque tenía mandamiento de Francisco Pizarro. En fin la consintió. Ahogáronle, por muchos ruegos, en la cárcel, y después lo degollaron públicamente en la plaza del Cuzco, año de 1540. Muchos sintieron mucho la muerte de Almagro y lo echaron menos; y quien más lo sintió, sacando a su hijo, fué Diego de Alvarado, que se obligó al muerto por el matador y que libró de la muerte y de la cárcel al Fernando Pizarro, del cual nunca pudo sacar virtud sobre aquel caso, por más que se lo rogó; y así vino luego a España a querellar de Francisco Pizarro y de sus hermanos y a demandar la palabra y pleitesía a Fernando Pizarro delante el emperador, y andando en ello murió en Valladolid, donde la corte estaba; y porque murió en tres o cuatro días, dijeron algunos que fué de yerbas. Era Diego

de Almagro natural de Almagro; nunca se supo de cierto quién fué su padre, aunque se procuró. Decían que era clérigo y no sabía leer. Era esforzado, diligente, amigo de honra y fama; franco, mas con vanagloria, ca quería supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y manos. Perdonó más de cien mil ducados, rompiendo las obligaciones y conoscimientos, a los que fueron con él al Chili. Liberalidad de príncipe más que de soldado; pero cuando murió no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero. Tanto pareció peor su muerte, cuanto él menos cruel fué, ca nunca quiso matar hombre que tocase a Francisco Pizarro. Nunca fué casado, empero tuvo un hijo en una india de Panamá, que se llamó como él y que se crió y enseñó muy bien, mas acabó mal, como después diremos.

CXLII

Las conquistas que se hicieron tras la muerte de Almagro.

Pedro de Valdivia fué con muchos españoles a continuar la conquista de Chili, que Almagro comenzó. Pobló y comenzó a contratar con los naturales, que lo habían recebido pacíficamente, aunque con engaño, ca luego en cogiendo el grano y cosas de comer se armaron y dieron tras los cristianos, y mataron catorce españoles que andaban fuera de poblado. Valdivia fué al socorro, dejando en la ciudad la mitad de la gente con Francisco de Villagrán y Alonso de Monroy. Entre tanto vinieron hasta ocho mil chileses sobre la ciudad. Salieron a ellos Villagrán y Monroy con treinta de caballo y otros algunos de pie, y pelearon desde la mañana hasta que los despartió la noche, y

todos holgaron dello, los nuestros de cansados y heridos con flechas, los indios por la carnicería que de los suyos había y por las fieras lanzadas y cuchilladas que tenían, aunque no por eso dejaron las armas, antes daban guerra siempre a los españoles y no les dejaban indio de servicio, a cuya falta los nuestros mesmos cavaban, sembraban y hacían las otras cosas que para se mantener son necesarias. Mas con todo este trabajo y miseria descubrieron mucha tierra por la costa, y oyeron decir que había un señor, dicho Leuchen Golma, el cual juntaba docientos mil combatientes para contra otro rey vecino suyo y enemigo, que tenía otros tantos, y que Leuchen Golma poseía una isla, no lejos de su tierra, en que había un grandísimo templo con dos mil sacerdotes, y que más adelante había amazonas, la reina de las cuales se llamaba Guanomilla, que suena cielo oro, de donde argüían muchos ser aquella tierra muy rica; mas pues ella está, como dicen, en cuarenta grados de altura, no terná mucho oro; empero ¿qué digo yo, pues aún no han visto las amazonas, ni el oro, ni a Leuchen Golma, ni la isla de Salomón, que llaman por su gran riqueza? Gómez de Alvarado fué a conquistar la provincia de Guanuco; Francisco de Chaves, a guerrear los conchucos, que molestaban a Trujillo y a sus vecinos, y que traían un ídolo en su ejército, a quien ofrescían el despojo de los enemigos, y aun sangre de cristianos. Pedro de Vergara fué a los Bracamoros, tierra junto al Quito por el norte; Juan Pérez de Vergara fué hacia los Chachapoyas, y Alonso de Mercadillo, a Mullubamba, y Pedro de Candía, a encima del Collao; el cual no pudo entrar donde iba por la maleza de aquella tierra o por la de su gente, ca se le amotinó mucha della; que amigos eran de Almagro, con Mesa, capitán de la artillería de Pizarro. Fué allá Fernando Pizarro y degolló al Mesa por amotinador y porque había dicho mal de Pizarros y tratado de ir

a soltar a Diego de Almagro si a Los Reyes lo llevasen. Dió los trescientos hombres de Candía a Peranzures y envióle a la mesma tierra y conquista. Desta manera se desparcieron los españoles y conquistaron más de setecientas leguas de tierra en largo, leste o casi oeste, con admirable presteza, aunque con infinitas muertes. Fernando y Gonzalo Pizarro sujetaron entonces el Collao, tierra rica de oro, que chapan con ello los oratorios y cámaras, y abundante de ovejas, que son algo acamelladas de la cruz adelante, aunque más parescen ciervos. Las que llaman pacos crían lana muy fina; llevan tres y cuatro arrobas de carga, y aun sufren hombres encima, mas andan muy despacio: cosa contra la impaciente cólera de los españoles. Cansadas, vuelven la cabeza al caballero y échanle una hedionda agua. Si mucho se cansan, cáense, y no se levantan hasta quedar sin peso ninguno, aunque las matasen a palos. Viven en el Collao los hombres cien años y más; carescen de maíz y comen unas raíces que parescen turmas de tierra y que llaman ellos papas (1). Tornóse Fernando Pizarro al Cuzco, donde se vió con Francisco Pizarro, que hasta entonces no se habían visto desde antes que Almagro fuese preso. Hablaron muchos días sobre lo hecho y en cosas de gobernación. Determinaron que Fernando viniese a España a dar razón de ambos al emperador, con el proceso de Almagro y con los quintos y relaciones de cuantas entradas habían hecho. Muchos de sus amigos, que sabían las verdades, aconsejaron al Fernando Pizarro que no viniese, diciendo que no sabían cómo tomaría el emperador la muerte de Almagro, especial estando en corte Diego de Alvarado, que los acusaba, y que muy mejor negociarían desde allí que allá. Fernando Pizarro decía que le había de hacer grandes mercedes el emperador por

(1) Son las patatas, que apenas si merecieron atención de los españoles a la fecha del descubrimiento. *(Nota D.)*

sus muchos servicios y por haber allanado aquella tierra, castigando por justicia a quien la revolviera. A la partida rogó a su hermano Francisco que no se fiase de almagrista ninguno, mayormente de los que fueron con él al Chile, porque los había él hallado muy constantes en el amor del muerto, y avisólo que no los dejase juntar, porque le matarían, ca el sabía cómo en estando juntos cinco dellos trataban de lo matar. Despidióse con tanto, vino a España y a la corte con gran fausto y riqueza; mas no se tardó mucho que lo llevaron de Valladolid a la Mota de Medina del Campo, de donde aún no ha salido.

CXLIII

La entrada que Gonzalo Pizarro hizo a la tierra de la Canela.

Entre las otras cosas que Fernando Pizarro tenia de negociar con el emperador era la gobernación del Quito para Gonzalo, su hermano, y con tal confianza hizo Francisco Pizarro gobernador de aquella provincia al susodicho Gonzalo Pizarro. El cual para ir allá y a la tierra que llamaban de la Canela armó docientos españoles, y a caballo los ciento, y gastó en su persona y compañeros bien cincuenta mil castellanos de oro, aunque los más prestó. Tuvo en el camino algunos rencuentros con indios de guerra. Llegó al Quito, reformó algunas cosas del gobierno, proveyó su ejército de indios de carga y servicio y de otras muchas cosas necesarias a su jornada y partióse en demanda de la Canela, dejando en Quito por su teniente a Pedro de Puelles, con docientos y más españoles, con ciento y cincuenta caballos, con cuatro mil indios y tres mil ovejas y puercos. Caminó hasta Quijos, que es al norte de Quito y la postrera tierra que Guayna-

capa (1) señoreó. Saliéronle allí muchos indios como de guerra, mas luego desaparescieron. Estando en aquel lugar tembló la tierra terriblemente y se hundieron más de sesenta casas y se abrió la tierra por muchas partes. Hubo tantos truenos y relámpagos, y cayó tanta agua y rayos, que se maravillaron. Pasó luego unas sierras, donde muchos de sus indios se quedaron helados, y aun, allende del frío, tuvieron hambre. Apresuró el paso hasta Cumaco, lugar puesto a las faldas de un volcán, y bien proveído. Allí estuvo dos meses, que un solo día no dejó de llover, y ansí se les pudrieron los vestidos. En Cumaco y su comarca, que cae bajo o cerca de la Equinocial, hay la canela que buscaban. El árbol es grande y tiene la hoja como de laurel, y unos capullos como de bellotas de alcornoque. Las hojas, tallos, corteza, raíces y fruta son de sabor de canela, mas los capullos es lo mejor. Hay montes de aquestos árboles, y crían muchos en heredades para vender la especería, que muy gran trato es por allí. Andan los hombres en carnes, y atan lo suyo con cuerdas que ciñen al cuerpo; las mujeres traen solamente pañicos. De Cumaco fueron a Coca, donde reposaron cincuenta días y tuvieron amistad con el señor. Siguieron la corriente del río que por allí pasa y que muy caudaloso es. Anduvieron cincuenta leguas sin hallar puente ni paso; mas vieron cómo el río hacía un salto de docientos estados con tanto ruido, que ensordecía, cosa de admiración para los nuestros. Hallaron una canal de peña tajada, no más ancha que veinte pies, por do entraba el río, la cual, a su parescer, era honda otros docientos estados. Los españoles hicieron una puente sobre aquella canal y pasaron a la otra parte, que les decían ser mejor tierra, aunque algo se lo defendieron los de allí; fueron a

(1) O sea el Inca *Huayna Ccapac,* que en 1480 sucedió a su padre *Tupac Yupanqui. (Nota D.)*

Guema, tierra pobre y hambrienta, comiendo frutas, yerbas y unos como sarmientos, que sabían a ajos. Llegaron, en fin, a tierra de gente de razón, que comían pan y vestían algodón; mas tan lloviosa, que no tenían lugar de enjugar la ropa. Por lo cual, y por las ciénagas y mal camino, hicieron un bergantín, que la necesidad los hizo maestros. La brea fué resina; la estopa, camisas viejas y algodón, y de las herraduras de los caballos muertos y comidos labraron la clavazón, y a tanto llegaron, que comieron los perros. Metió Gonzalo Pizarro en el bergantín el oro, joyas, vestidos y otras cosillas de rescate, y diólo a Francisco de Orellana en cargo, con ciertas canoas en que llevase los enfermos y algunos sanos para buscar provisión. Caminaron docientas leguas, según les paresció, Orellana por agua y Pizarro por la ribera, abriendo camino en muchas partes a fuerza de manos y fierro. Pasaba de una ribera a otra por mejorar camino; mas siempre paraba el bergantín do él hacia su rancho. Como en tanta tierra no hallase comida ni riqueza ninguna de aquellas del Cuzco, Collado, Jauja y Pachacama, renegaban los suyos. Preguntó si había el río abajo algún pueblo abastado, donde reposar y comer pudiesen. Dijéronle que a diez soles había una buena tierra, y dieron por señal que se juntaba en ella otro gran río con aquél. Con esto envió a Orellana que le trajese comida de allí, o le esperase a la junta de los ríos; mas ni volvió ni esperó, sino fuese, como en otra parte se dijo, el río abajo, y él caminó sin parar y con gran trabajo, hambre y peligro de ahogarse en ríos que topó. Cuando llegó al puesto y no halló el bergantín en que llevaba su esperanza y hacienda, cuidaron él y todos perder el seso, ca no tenían pies ni salud para ir adelante, y temían el camino y montañas pasadas, donde habían muerto cincuenta españoles y muchos indios. Dieron finalmente la vuelta para Quito, tomando a la ventura otro camino, el cual, aunque be-

llaco, no fué tan malo como el que llevaron. Tardaron en ir y volver año y medio. Caminaron cuatrocientas leguas. Tuvieron gran trabajo con las continuas lluvias. No hallaron sal en las más tierras que anduvieron. No volvieron cien españoles, de docientos y más que fueron. No volvió indio ninguno de cuantos llevaron, ni caballo, que todos se los comieron, y aun estuvieron por comerse los españoles que se morían, ca se usa en aquel río. Cuando llegaron donde había españoles, besaban la tierra. Entraron en Quito desnudos y llagadas las espaldas y pies, por que viesen cuáles venían, aunque los más traían cueras, caperuzas y abarcas de venado. Venían tan flacos y desfigurados, que no se conoscían; y tan estragados los estómagos del poco comer, que les hacía mal lo mucho y aun lo razonable.

CXLIV

La muerte de Francisco Pizarro

Vuelto que fué Francisco Pizarro a Los Reyes, procuró hacer su amigo a don Diego de Almagro; mas él no quería, ni aun mostró serlo, porque de suyo y por consejo de Juan de Rada, a quien el padre le encomendara cuando murió, estaba puesto en tomar venganza dél, matándole. Pizarro le quitó los indios, por que no tuviese qué dar de comer a los de Chile que se llegaban, pensando necesitarlo por allí a que viniese a su casa y estorbar la junta y monipodio que contra él podían hacer. El y ellos se indignaron mucho más por esto, y traían, aunque a escondidas, cuantas armas podían a casa de don Diego. Avisaron dello a Pizarro; mas él no hizo caso, diciendo que harta mala ventura tenía sin buscar más. Ataron una noche tres sogas de la picota, y pusiéronlas una en derecho de

casa de Pizarro, otra del teniente y doctor Juan Velázquez y otra del secretario Antonio Picado; mas ningún castigo ni pesquisa por ello se hizo, que dió mucha osadía a los almagristas, y así vinieron de docientas y más leguas muchos a tratar con don Diego la muerte de Pizarro; que a río vuelto, ganancia de pescadores. No querían matarle, aunque determinados estaban, hasta ver primero respuesta de Diego de Almagro, que, como dije, había ido a España a acusar a los Pizarros; mas apresuráronse a ello con la nueva que iba el licenciado Vaca de Castro, y con que les decían que Pizarro los quería matar; lo cual, si verdad no era, fué malicia de algunos que, deseando la muerte de Pizarro, tiraban la piedra y escondían la mano. Tornaron a decir a Pizarro cómo sin duda ninguna le querían matar, que se guardase. El respondió que las cabezas de aquellos guardarían la suya, y que no quería traer guarda, porque no dijese Vaca de Castro que se armaba contra él. Fué Juan de Rada con cuatro compañeros a casa de Pizarro a descobrir lo que allá pasaba. Preguntóle por qué quería matar a don Diego y a sus criados. Juró Pizarro que tal no quería ni pensaba; mas antes ellos lo querían matar a él, según muchos le certificaban, y para eso compraban armas. Rada respondió que no era mucho que comprasen ellos corazas, pues él compraba lanzas. Atrevida y determinada respuesta y gran descuido y desprecio del Pizarro, que oyendo aquello y sabiendo lo otro no lo prendía. Pidióle Rada licencia para irse don Diego de aquella tierra con sus criados y amigos. Pizarro, que no entendía la disimulación, cogió unas naranjas, ca se paseaba en el jardín, y dióselas, diciendo que eran de las primeras de aquella tierra, y si tenía necesidad, que la remediaría. Con tanto Rada se despidió y se fué a contar esta plática a los conjurados, que juntos estaban, los cuales determinaron de matar a Pizarro estando en misa el día de Sant Juan. Uno de los

determinados descubrió la conjuración al cura de la iglesia Mayor, el cual habló luego aquella noche a Pizarro, y al mesmo Pizarro, dándole noticia de la traición. Pizarro, que cenando estaba con sus hijos, se demudó algo; mas de ahí a un poco dijo que no lo creía, porque no había mucho que Juan de Rada le habló, y que el descubridor decía aquello por echarle cargo. Envió con todo por Juan Velázquez, su teniente; y como no vino, por estar en la cama malo, fué luego allá con solo Antonio Picado y unos pajes con hachas, y dijo al doctor que remediase aquel monipodio. El respondió que podía estar seguro, teniendo él la vara en la mano. De Picado me maravillo, que no avivó la tibieza del gobernador ni del teniente en remediar tan notorio peligro. Pizarro descuidó con su teniente, y no fué a la iglesia, siendo día de Sant Juan, por los conjurados, que propuesto tenían de matarlo en misa; mas oyóla en casa. El teniente Francisco de Chaves y otros caballeros se fueron, saliendo de misa mayor, a comer con Pizarro, y cada vecino a su casa. Viendo los conjurados que Pizarro no salió a misa, entendieron cómo eran descubiertos y aun perdidos si no hacían presto. Eran muchos los de Chile que favorescían a don Diego, y pocos los escogidos y ofrecidos al hecho, ca no querían mostrarse hasta ver cómo salía el trato que traía Juan de Rada. El, que mañoso era y esforzado, tomó luego once compañeros muy bien armados, que fueron Martín de Bilbao, Diego Méndez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Narváez, San Millán, Porras, Velázquez, Francisco Núñez; y como todos estaban comiendo, fué adonde Pizarro comía, las espadas sacadas, y voceando por medio de la plaza: «Muera el tirano, muera el traidor, que ha hecho matar a Vaca de Castro.» Esto decían por indignar la gente. Pizarro, sintiendo las voces y ruido, conosció lo que era, cerró la puerta de la sala. Dijo a Francisco de Chaves que la guardase con hasta veinte hombres

que dentro había, y entróse a armar. Rada dejó un compañero a la puerta de la calle, que dijese cómo ya era muerto Pizarro, para que acudiesen a lo favorescer todos los de Chile, que serían docientos, y subió con los otros diez. Chaves abrió la puerta, pensando detenerlos y amansarlos con su autoridad y palabras. Ellos, por entrar antes que cerrasen, diéronle una estocada por respuesta. El echó mano a la espada, diciendo: «¡Cómo, señores!, ¿y a los amigos también?» Y diéronle luego una cuchillada que le llevó la cabeza a cercén, y rodó el cuerpo las escaleras abajo. Como esto vieron los que dentro estaban, descolgáronse por las ventanas a la huerta, y el doctor Velázquez el primero, con la vara en la boca, por que no le embarazase las manos. Solamente quedaron y pelearon en la sala siete; los dos quedaron heridos y los cinco muertos: Francisco Martín de Alcántara, medio hermano de Pizarro; Vargas y Escandón, pajes de Pizarro; un negro, y otro español criado de Chaves. Defendieron la puerta de la cámara do se armaba Pizarro una pieza. Cayeron los pajes muertos. Salió Pizarro bien armado, y como no vió más de a Francisco Martín, dijo: «¡A ellos, hermano; que nosotros bastamos para estos traidores!» Cayó luego Francisco Martín, y quedó solo Francisco Pizarro, esgrimiendo la espada tan diestro, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese. Reempujó Rada a Narváez, en que se ocupase. Embarazado Pizarro en matar aquél, cargaron todos en él y retrujéronlo a la cámara, donde cayó de una estocada que por la garganta le dieron. Murió pidiendo confesión y haciendo la cruz, sin que nadie dijese «Dios te perdone», a 24 de junio, año de 1541.

Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitán en Navarra. Nasció en Trujillo, y echáronlo a la puerta de la iglesia. Mamó una puerca ciertos días, no se hallando quien le quisiese dar leche. Reconosciólo después el padre, y traíalo a guardar los puercos, y así no supo

leer. Dióles un día mosca a sus puercos, y perdiólos. No osó tornar a casa de miedo, y fuése a Sevilla con unos caminantes, y de allí a las Indias. Estuvo en Santo Domingo, pasó a Urabá con Alonso de Hojeda, y con Vasco Núñez de Balboa a descubrir la mar del Sur, y con Pedrarias a Panamá. Descubrió y conquistó lo que llaman el Perú, a costa de la compañía que tuvieron él y Diego de Almagro y Hernando Luque. Halló y tuvo más oro y plata que otro ningún español de cuantos han pasado a Indias, ni que ninguno de cuantos capitanes han sido por el mundo. No era franco ni escaso; no pregonaba lo que daba. Procuraba mucho por la hacienda del rey. Jugaba largo con todos, sin hacer diferencia entre buenos y ruines. No vestía ricamente, aunque muchas veces se ponía una ropa de martas que Fernando Cortés le envió. Holgaba de traer los zapatos blancos y el sombrero, porque así lo traía el Gran Capitán. No sabía mandar fuera de la guerra, y en ella trataba bien los soldados. Fué grosero, robusto, animoso, valiente y honrado; mas negligente en su salud y vida.

CXLV

Lo que hizo don Diego de Almagro después de muerto Pizarro.

Al ruido que mataban al gobernador Pizarro acudieron sus amigos, y a las voces de que ya era muerto venían los de Almagro; y así hubo muchas cuchilladas y muertes entre pizarristas y almagristas; mas cesaron presto, porque los matadores hicieron que don Diego cabalgase luego por la ciudad, diciendo que no había otro gobernador ni aun rey sino él en el Perú. Saquearon la casa de Pizarro, que rica estaba, y la de Antonio Picado y otros muchos y ricos hombres. Tomaron

las armas y caballos a cuantos vecinos no querían decir «Viva don Diego de Almagro», aunque pocos osaron contradecir al vencedor. Hicieron también que los del regimiento y oficiales del rey recibiesen y jurasen por gobernador al don Diego hasta mandar otra cosa el emperador. Todo lo pudieron hacer a su salvo, por estar Fernando Pizarro en España y Gonzalo en lo de la canela; que si entrambos o el uno estuviera allí, quizá no le mataran. Estaba en tanto por enterrar el cuerpo de Francisco Pizarro, y había muchos llantos de mujeres allí en Los Reyes, por los maridos que tenían muertos y heridos; y no osaban tocar a Francisco Pizarro sin voluntad de don Diego y de los que lo mataron. Juan de Barbarán y su mujer hicieron a sus negros llevar los cuerpos de Francisco Pizarro y de Francisco Martín a la iglesia; y con licencia de don Diego los sepultaron, gastando de suyo la cera y ofrenda, y aun escondieron los hijos, porque no los matasen aquellos que andaban encarnizados. Don Diego quitó y puso las varas de justicia como le plugo; echó preso al doctor Velázquez y Antonio Picado, Diego de Agüero, Guillén Juárez, licenciado Caravajal, Barrios, Herrera y otros. Hizo su capitán general a Juan de Rada, y dió cargos y capitanías a García de Alvarado, a Juan Tello, a otro Francisco de Chaves y a otros, en el ejército que juntó, de ochocientos españoles. Tomó los bienes de los defuntos y ausentes y los quintos del rey, que fueron muchos, para dar a los soldados y capitanes. Hubo entrellos pasión sobre mandar, y quisieron matar a Juan de Rada, que lo mandaba todo. Y por eso hizo don Diego dar un garrote a Francisco de Chaves y castigó a muchos otros, y aun degolló a Antonio de Origüela, recién llegado de España, porque dijo en Trujillo que todos aquéllos eran tiranos. Escribió don Diego a todos los pueblos que lo admitiesen por gobernador, y muchos dellos lo admitieron por amor de su padre, y algunos

por miedo. Alonso de Alvarado, que con cien españoles estaba en los Chachapoyas, prendió los mensajeros que tales nuevas y recado llevaban. Don Diego despachó luego que lo supo a García de Alvarado por mar a Trujillo y a Sant Miguel para tomar las armas y caballos a los vecinos que favorescían a Alonso de Alvarado, con las cuales fuese sobre él. García de Alvarado tomó en Piura mucha plata y oro, que los vecinos tenían en Santo Domingo, y lo dió a los soldados, y ahorcó a Montenegro, y prendió a muchos; y en Trujillo quitó el cargo a Diego de Mora, teniente de Pizarro, porque avisaba de todo a Alonso de Alvarado, y en Sant Miguel cortó las cabezas a Villegas, a Francisco de Vozmediano y Alonso de Cabrera, mayordomo de Pizarro, que con los españoles de Guanuco huían de don Diego. Diego Méndez, que fué a la villa de la Plata con veinte de caballo, tomó en Porco once mil y setenta marcos de plata cendrada, y puso en cabeza de don Diego las minas y haciendas de Francisco, Fernando y Gonzalo Pizarro, que riquísimas eran, y las de Peranzures, Diego de Rojas y otros.

CXLVI

Lo que hicieron en el Cuzco contra don Diego.

Diego de Silva, de Ciudad-Rodrigo, y Francisco de Caravajal, alcaldes del Cuzco, usaron de maña con don Diego, ca le demandaron más cumplidos deberes que los que había enviado para le recebir por gobernador, y entre tanto apellidaron gente de la comarca. Gómez de Tordoya supo, andando a caza, la muerte de Pizarro y el pedimiento de don Diego. Torció la cabeza de su halcón, diciendo que más tiempo era de pelear que de cazar. Entró en la ciudad de noche,

habló con el cabildo de secreto, partió antes del día para do estaba Nuño de Castro, y avisaron entrambos de todas estas cosas a Peranzures, que residía en los Charcas, y a Perálvarez Holguín, que andaba conquistando en Choquiapo, y a Diego de Rojas, que estaba en la villa de la Plata, y a los de Arequipa y otros lugares. Trataban esto secretamente, porque había en el Cuzco muchos almagristas, que procuraban por don Diego, tomando la voz del rey, y hicieron su capitán y justicia mayor a Perálvarez Holguín, y se obligaron a pagar el dinero del rey, que tomaban para sustentar la guerra, si el emperador no lo diese por bien gastado. Perálvarez hizo su maestre de campo a Gómez de Tordoya; capitanes de caballo, a Peranzures y a Garcilaso de la Vega, y de infantería, a Nuño de Castro y a Martín de Robles, alférez del pendón real. Matriculáronse a la reseña ciento y cincuenta de caballo, noventa arcabuceros y otros docientos y más peones. Como los que hacían por don Diego vieron esto, ciscábanse de miedo y saliéronse huyendo más de cincuenta. Fueron tras ellos Nuño de Castro y Hernando Bachicao con muchos arcabuceros, y trajéronlos presos. Perálvarez, que avisado era del intento de don Diego, salió del Cuzco a recoger los que andaban remontados por miedo, y a juntarse con Alonso de Alvarado para ir a Los Reyes a dar batalla a don Diego, entendiendo que se le pasarían muchos a su parte de los que con él estaban. Don Diego, que supo esto, envió por García de Alvarado, y en viniendo se partió de Los Reyes con cien arcabuceros, ciento y cincuenta piqueros y trecientos de caballo y muchos indios de servicio. Y por que con su ausencia no se alzasen, echó de allí los hijos de Francisco Pizarro. Atormentó reciamente a Picado por saber de los dineros de su amo, y matóle. Llegó a Jauja y paró allí, porque adolesció y murió Juan de Rada, que su deseo y seguro era desbaratar a Perálvarez antes que

se juntase con Alvarado ni con Vaca de Castro, que ya estaba en el Quito, y escrito a Jerónimo de Aliaga, Francisco de Barrionuevo y fray Tomás de San Martín, provincial dominico. De allí se le fueron el provincial, Gómez de Alvarado, Guillén Juárez de Caravajal, Diego de Agüero, Juan de Saavedra y otros muchos; y Perálvarez le tomó ciertas espías, que lo informaron de todo. Ahorcó tres dellas, y prometió tres mil castellanos a otra porque espiase lo que don Diego hacía, diciendo que quería dar con él por un atajo despoblado y nevado; mas era engaño para los descuidar. Don Diego prendió al hombre en llegando, por sospecha de la tardanza, dióle tormento, confesó la verdad y ahorcólo por espía doble. Fuése luego a poner en aquella traviesa nevada y estuvo allí tres días con su campo, sufriendo gran frío. Entre tanto se le pasó Perálvarez y se juntó con Alvarado en Guaraiz, tierra de los Guaylas, y escribieron ambos a Vaca de Castro que viniese a tomar el ejército y la tierra por el emperador. Don Diego siguió diez leguas a Perálvarez, y como no lo podía alcanzar, tiró la vía del Cuzco, robando lo que hallaba.

CXLVII

Cómo Vaca de Castro fué al Perú.

Sabidas por el emperador las revueltas y bandos del Perú y la muerte de Almagro y otros muchos españoles, quiso entender quién tenía la culpa, para castigar los revoltosos; que castigados aquéllos se apaciguarían los demás. Envió allá con bastante poder e instrucción al licenciado Vaca de Castro, natural de Mayorga, que oidor era de Valladolid; y porque fuese le dió el consejo real y el hábito de Santiago y otra

mercedes, y todo a intercesión del cardenal fray García de Loaisa, arzobispo de Sevilla y presidente de Indias, que le favoreció mucho por amor del conde de Siruela, su amigo. Fué, pues, Vaca de Castro al Perú, y con tormenta que tuvo después que salió de Panamá paró en puerto de Buenaventura, gobernación de Benalcázar y tierra desesperada, como los manglares de Pizarro. No quiso o no pudo ir por mar a Lima, y caminó al Quito. Pensó perescer, antes de llegar allá, de hambre, dolencias y otros veinte trabajos. Rescibióle muy bien Pedro de Puelles, que Gonzalo Pizarro aun no era vuelto de la Canela, y avisó de su venida a muchos pueblos. Vaca de Castro descansó en Quito, proveyó algunas cosas y partióse a Trujillo a tomar la gente que tenía Perálvarez y Alvarado para resistir a don Diego. Cuando llegó allá llevaba más de docientos españoles, con Pedro de Puelles, Lorenzo de Aldana, Pedro de Vergara, Gómez de Tordoya, Garcilaso de la Vega y otros principales hombres que acudían al rey. Presentó sus provisiones al cabildo y ejército, y fué recebido por justicia y gobernador del Perú. Volvió las varas y oficios de regimiento a quien se las entregó y las banderas y compañías a los mesmos capitanes, reservando para sí el estandarte real. Envió a Jauja con el cuerpo del ejército a Perálvarez, maestro de campo. Dejó allí en Trujillo a Diego de Mora por su teniente, y él fuése a Los Reyes, donde hizo armas y gente para engrosar el ejército, y para lo pagar tomó prestados cien mil ducados de los vecinos de allí, los cuales se pagaron después de quintos y haciendas reales. Puso por teniente a Francisco de Barrionuevo, de Soria, y por capitán de los navíos a Juan Pérez de Guevara, mandándoles que si don Diego viniese allí se embarcasen ellos con todos los de la ciudad, y él partió a Jauja con la gente que había armado y con muchos arcabuces y pólvora. En llegando hizo alarde, y halló seiscientos españoles, de los cuales eran

ciento y setenta arcabuceros, y trecientos y cincuenta de caballo. Nombró por capitanes de caballo a Perálvarez, Alonso de Alvarado, Gómez de Alvarado, Pedro de Puelles y otros; y a Pedro de Vergara, Nuño de Castro, Juan Vélez de Guevara, de arcabuceros. Hizo maestro de campo al mesmo Perálvarez Holguín y alférez mayor a Francisco de Caravajal, por cuya industria y seso se gobernó el ejército. Estando en esto vinieron cartas del Quito cómo era vuelto Gonzalo Pizarro y quería venir a ver a Vaca de Castro; mas él mandó luego que no viniese hasta que se lo escribiese, porque no estorbase los tratos de don Diego, que andaba por concertarse, o quizá porque le alzasen los del ejército por cabeza y gobernador por respecto de su hermano Francisco Pizarro, cuyo amor y memoria estaban en las entrañas de los más capitanes y soldados.

CXLVIII

Apercebimiento de guerra que hizo don Diego en el Cuzco.

Al tiempo que don Diego llegó al Cuzco andaban revueltos los vecinos porque fué Cristóbal Sotelo delante con despachos y gente, estando ya dentro Gómez de Rojas, que tenía la posesión por Vaca de Castro; mas estuvieron quedos todos, y él apoderóse de la ciudad y tierra. Hizo luego pólvora y artillería y muchas armas de cobre y plata, y dió cuanto pudo a sus capitanes y soldados. Riñeron en aquel medio tiempo García de Alvarado y Cristóbal Sotelo, y el García mató al Cristóbal a estocadas. Intentó matar a don Diego, robar la ciudad e irse al Chile con sus amigos. Y para lo hacer a su salvo convidólo a comer a su casa. Supo don Diego la traición, y hízose malo aquel día, y metió en su recámara secretamente a Juan Bal-

sa, Diego Méndez, Alonso de Sayavedra, Juan Tello y otros amigos de Sotelo. García de Alvarado tomó ciertos amigos suyos y fué a llamar y traer a don Diego, y no se quiso tornar del camino aunque Martín Carrillo y Salado le avisaron de la celada. Rogó a don Diego que se fuese a comer, pues era hora y estaba guisado. Dijo él: «Mal dispuesto me siento, señor Alvarado; empero, vamos.» Levantóse de sobre la cama y tomó la capa. Comenzaron a salir los de Alvarado, y uno de don Diego cerró la puerta, dejando dentro y solo al García de Alvarado, y matáronlo, y aun dicen que don Diego le hirió el primero. Alborotóse mucho la gente por su muerte, que tenía grandes amigos, mas luego don Diego la puso en paz, aunque algunos se le fueron a Jauja. Aderezó su ejército, que serían obra de setecientos españoles, los docientos con arcabuces, otros docientos y cincuenta con caballos y los demás con picas y alabardas, y todos tenían corazas o cotas, y muchos de caballos arneses. Gente tan bien armada no la tuvo su padre ni Pizarro. Tenía también mucha artillería y buena, en que confiaba, y gran copia de indios, con Paulo, a quien su padre hiciera inga. Salió del Cuzco muy triunfante, y no paró hasta Vilcas, que hay cincuenta leguas. Llevó por su general a Juan Balsa y por maestro de campo a Pedro de Oñate, que Juan de Rada ya se había muerto.

CXLIX

La batalla de Chupas entre Vaca de Castro y don Diego.

Fué Vaca de Castro de Jauja a Guamanga con todo su ejército, que hay doce leguas, a gran priesa, por entrar allí primero que don Diego, ca le decían cómo venían los enemigos a meterse dentro. Es fuerte Gua-

manga por las barrancas que la cercan e importante para la batalla. Escribió a don Diego, con Idiáquez y Diego de Mercado, que le perdonaría cuantas muertes, robos, agravios e insultos había hecho si entregaba su ejército, y le daría diez mil indios donde los quisiese, y que no procedería contra ninguno de sus amigos y consejeros. Respondió que lo haría si le daba la gobernación del nuevo reino de Toledo y las minas y repartimientos de indios que su padre tuvo. Andando en demandas y respuestas llegó a Guaraguaci un clérigo, que dijo a don Diego cómo venía de Panamá, y que lo había perdonado el emperador y hecho gobernador del nuevo Toledo; por tanto, que le diese las albricias. Dijo asimesmo que Vaca de Castro tenía pocos españoles, mal armados y descontentos, nuevas que, aunque falsas y no creídas, animaron mucho a sus compañeros. Tomaron también los corredores del campo a un Alonso García, que iba en hábito de indio con cartas del rey y Vaca de Castro para muchos capitanes y caballeros, en que les prometía grandes repartimientos y otras mercedes. Ahorcólo don Diego por el traje y mensaje, y quejóse mucho de Vaca de Castro porque, tratando con él de conciertos, le sobornaba la gente. Fué gran constancia o indinación la del ejército de don Diego, porque ninguno lo desamparó. Escribieron desvergüenzas a los del rey, y que no fiasen de Vaca de Castro ni del cardenal Loaisa, que lo enviaba, pues no traía provisiones del emperador; y si las traía, no valían, por ser hechas contra la ley, pues le hacían gobernador si muriese Pizarro. Don Diego, si le dieran un perdón general firmado del rey, se diera por la renta y gobierno del padre, según dicen; mas, o enojado o confiado, publicó la batalla en presencia de Idiáquez y Mercado. Y prometió a sus soldados las haciendas y mujeres de los contrarios que matasen: palabra de tirano. Movió luego el real y artillería de Vilcas, y fué a ponerse en una loma dos leguas de Guamanga. Vaca

de Castro, que supo su determinación y camino, dejó a Guamanga, por ser áspera para los caballos, que tenía muchos más que don Diego, y púsose en un llano alto, que llamaban Chupas, a 15 de setiembre, año de 1542. Estaban los ejércitos cerquita y los corazones lejos, ca los de don Diego deseaban la batalla y los otros la temían; y así decían que Fernando Pizarro estaba preso porque dió la batalla de las Salinas, y que venía él a castigar los demás. Vaca de Castro los animó a la batalla, y porque peleasen condenó a muerte a don Diego de Almagro y a todos los que le seguían. Firmó la sentencia y pregonóla; y así repartió luego a otro día, con voluntad de todos, los caballos en seis escuadras. Echó delante a Nuño de Castro con cincuenta arcabuceros que trabase una escaramuza, y él subió un gran recuesto a mucho trabajo, donde asentó su artillería Martín de Valencia el capitán. Y si don Diego les defendiera la subida, los desbaratara, según iban desordenados y cansados. No habia entre los ejércitos más de una lomilla, y escaramuzaban ligeramente, hablándose unos a otros. Don Diego estaba en aventajado lugar y orden, si no se mudara. Tenía la infantería en medio, y a los lados los de caballo, y delante la artillería en parte rasa y anchurosa para jugar de hito en los enemigos que le acometiesen. Puso también a su mano derecha a Paulo, inga, con muchos honderos y que llevaban dardos y picas. Vaca de Castro hizo un largo razonamiento a los suyos y se puso en la delantera con la lanza en puño para romper de los primeros, pues así lo quería don Diego. Ellos, respondiendo fiel y animosamente, le rogaron y hicieron que fuese detrás; y así quedó en la retaguardia con treinta de caballo. Puso a la mano derecha los medios caballos con Alonso de Alvarado y con el pendón real, que llevaba Cristóbal de Barrientos, y los otros a la izquierda con Perálvarez y los otros capitanes, y en medio a los peones. Mandó a Nuño de Castro que

anduviese sobresaliente con cincuenta arcabuceros. Era ya muy tarde cuando esto pasaba, y jugaba tan recio la arrtillería de don Diego, que hacía temer a muchos; y un mancebo, por guardarse de ella, se puso tras una gran piedra; dióle la pelota en ella, saltó un pedazo y matóle. Quisiera Vaca de Castro dejar la batalla para otro día, con parescer de algunos capitanes; mas Alonso de Alvarado y Nuño de Castro porfiaron que la diese, aunque peleasen de noche, diciendo que si la dilataba se resfriarían los soldados y se pasarían a don Diego, pensando que de miedo la dejaba, por ser más y mejores los enemigos. Tuvieron otro inconveniente para no pelear, y era que no podían ir derechos sin rescebir mucho daño de los tiros. Francisco de Caravajal y Alonso de Alvarado guiaron el ejército por un vallejo o quebrada que hallaron a la parte izquierda, por donde subieron a la loma de don Diego sin rescebir golpe de artillería, que se pasaba por alto, y aun dejaron la suya por la subida y porque un tiro della mató cinco personas de las que la llevaban. Don Diego caminó hacia los enemigos con la orden que tenía, por no mostrar flaqueza, que así fué aconsejado de sus capitanes; empero fué contra la de Pero Suárez, sargento mayor, que sabía de guerra más que todos. Y dicen por muy cierto que si quedo estuviera, él venciera esta batalla. Mas vino a ponerse a la punta de la loma, y no pudo aprovecharse de su artillería. Comenzaron los indios de Paulo a descargar sus hondas y varas con mucha grita. Fué a ellos Castro con sus arcabuceros, y retrájolos. Socorrióles Marticote, capitán de arcabucería, y comenzóse la escaramuza. Comenzaron a subir a lo alto y llano los escuadrones de Vaca de Castro al son de sus atambores. Disparó en ellos la artillería y llevó una hilera entera, y los hizo abrir y aun ciar; mas los capitanes los hicieron cerrar y caminar adelante con las espadas desnudas, y por romper fueran rompidos, si Francisco de Caravajal, que

regía las haces, no los detuviera hasta que acabase de tirar la artillería. Mataron en esto los arcabuceros de don Diego a Perálvarez Holguín y derribaron a Gómez de Tordoya, por lo cual, y por el daño que los tiros hacían en la infantería, dió voces Pedro de Vergara, que también herido estaba, a los de caballo que arremetiesen. Sonó la trompeta, y corrieron para los enemigos. Don Diego salió al encuentro con gran furia. Cayeron muchos de cada parte con los primeros golpes de lanza y muchos más con los de espada y hacha. Estuvo en peso buen rato la batalla sin declarar vitoria por ninguna de las partes, aunque los peones de Vaca de Castro habían ganado la artillería y los de don Diego habían muerto muchos contrarios y tenían dos banderas enteras. Anochecía ya y cada uno quería dormir con vitoria; y así peleaban como leones, y mejor hablando como españoles, ca el vencido había de perder la vida, la honra, la hacienda y señorío de la tierra, y el vencedor ganarlo. Vaca de Castro arremetió con sus treinta caballeros al cuerno izquierdo contrario, donde muy enteros y como vencedorcs estaban los enemigos, y trabóse allí como de nuevo otra pelea; mas al fin venció, aunque le mataron al capitán Jiménez, a Mercado de Medina y otros muchos. Don Diego, viendo los suyos de vencida, se metió en los enemigos, porque le matasen peleando, mas ninguno lo hirió, o porque no lo conocieron o porque peleaba animosísimamente. Huyó, en fin, con Diego Méndez, Juan Rodríguez Barragán, Juan de Guzmán y otros tres al Cuzco, y llegó allá en cinco días. Cristóbal de Sosa se nombraba también, y Martín de Bilbao, diciendo: «Yo maté a Francisco Pizarro»; y así los hicieron pedazos combatiendo. Muchos se salvaron por ser de noche, y hartos por tomar a los caídos de Vaca de Castro las bandas coloradas que por señal llevaban. Los indios, que como los lobos aguardaban la fin de la batalla, mataron a Juan Balsa,

a un comendador de Rodas, su amigo, y muy muchos otros que huyendo iban a otro inga. Murieron trecientos españoles de la parte del rey, y muchos, aunque no tantos, de la otra; así que fué muy carnicera batalla, y pocos capitanes escaparon vivos: tan bien pelearon. Quedaron heridos más de cuatrocientos, y aun muchos dellos se helaron aquella noche: tanto frío hizo.

CL

La justicia que hizo Vaca de Castro en don Diego de Almagro y en otros muchos.

Gran parte de la noche gastó Vaca de Castro en hablar y loar sus capitanes y otros caballeros y hombres principales que a él llegaban a darle la norabuena de la vitoria, y a la verdad ellos merescían ser loados y él ensalzado. Saquearon el real de don Diego, que mucha plata y oro tenía, no sin muertes de los que lo guardaban. No dejaron las armas, con recelo de los enemigos, ca no sabían por entero cuán de veras habían huído. Pasaron frío y hambres, y aun lástima por las voces y gemidos y quejas que los heridos daban sintiéndose morir de hielo y desnudar de los indios, ca los achocaban también algunos con porras que usan, por despojarlos. Corrieron el campo en amaneciendo, curaron los heridos y enterraron los muertos, y aun llevaron a sepultar en Guamanga a Perálvarez Holguín, a Gómez de Tordoya y otros pocos. Arrastraron y descuartizaron el cuerpo de Martín de Bilbao, que mataron en la batalla, según dije, porque mató a Francisco Pizarro. Otro tanto hicieron por la mesma causa Martín Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Velázquez y otros; en lo cual gastaron todo aquel día, y otro siguiente en ir a Guamanga, donde Vaca de Castro co-

menzó a castigar los almagristas, que presos y heridos estaban; ca bien más de ciento y sesenta se recogieron allí, y entregaron las armas a los vecinos que los prendieron. Cometió la causa al licenciado de la Gama, y en pocos días se hicieron cuartos los capitanes Juan Tello, Diego de Hoces, Francisco Peces, Juan Pérez, Juan Diente, Marticote, Basilio, Cárdenas, Pedro de Oñate, maestro de campo, y otros treinta que por brevedad callo. Vaca de Castro desterró también algunos y perdonó los demás. Envió a sus casas casi todos los que con él estaban que tenían repartimiento y cargo. Envió a Pedro de Vergara a poblar los Bracamoros, que había conquistado, y fuese al Cuzco, que lo llaman, porque no les quitasen a don Diego algunos que bien lo querían. Acogióse don Diego con solos cuatro al Cuzco, pensando rehacerse allí. Mas su teniente Rodrigo de Salazar, de Toledo, y Antón Ruiz de Guevara, alcalde, y otros vecinos, lo echaron preso, como lo vieron vencido y solo. Vaca de Castro lo degolló en llegando, ahorcó a Juan Rodríguez Barragán y al alférez Enrique y a otros. Diego Méndez Orgoños se soltó y se fué al inga, que estaba en los Andes, y allá le mataron después los indios. Con la muerte de don Diego quedó tan llano el Perú como antes que su padre y Pizarro descompadrasen, y pudo muy bien Vaca de Castro regir y mandar los españoles. Loaban muchos el ánimo de don Diego, aunque no la intención y desvergonza que tuvo contra el rey, ca siendo tan mozo vengó, a consejo de Juan de Rada, la muerte de su padre, sin querer tomar nada de Pizarro, aunque tuvo necesidad. Supo conservar los amigos y gobernar los pueblos que lo admitieron, aunque usó algún rigor y robos por amor de los soldados. Peleó muy bien y murió cristianamente. Era hijo de india, natural de Panamá, y más virtuoso que suelen ser mestizos, hijos de indias y españoles, y fué el primero que tomó armas y que peleó con-

tra su rey. También se maravillaban de la constante amistad que los suyos le tuvieron, ca nunca lo dejaron hasta ser vencidos, por más perdón y mercedes que les daban: tanto puede el amor y bandos una vez tomados. Había muchos soldados que no tenían hacienda ni qué hacer; y porque no causasen algún bullicio como los pasados, y también por conquistar y convertir los indios, envió Vaca de Castro muchos capitanes a diversas partes, como fué a los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez, de Madrid, y Nicolás de Heredia, que llevaron mucha gente. Envió a Monroy en socorro de Valdivia, que tenía gran necesidad en el Chili; y también fué a Mullubamba Joan Pérez de Guevara, tierra comenzada a conquistar y rica de minas de oro, y entre los ríos Marañón y de la Plata, o por mejor decir nacen en ella, y crían unos peces del tamaño y hechura de perros, que muerden al hombre. Anda la gente casi desnuda, usan arco, comen carne humana y dicen que cerca de allí, hacia el norte, hay camellos, gallipavos de Méjico y ovejas menores que las del Perú, y amazonas de Orellana. Llamó a Gonzalo Pizarro y dióle licencia que fuese a sus pueblos y repartimiento de los Charcas. Encomendó los indios que vacos estaban, aunque muchos se quejaban por no les alcanzar parte. Hizo muchas ordenanzas en gran utilidad de los indios, los cuales comenzaron a descansar y cultivar la tierra, ca en las guerras civiles pasadas habían sido muy mal tratados, y aun dicen que murieron y mataron millón y medio dellos en ellas, y más de mil españoles. Residió Vaca de Castro en el Cuzco año y medio, y en aquel tiempo se descubrieron riquísimas minas de oro y de plata.

CLI

Visita del Consejo de Indias.

De las revueltas del Perú que contado habemos resultó visita del Consejo de Indias y nuevas leyes para regir aquellas tierras, causadoras de grandes muertes y males, no por ser muy malas, sino por ser rigorosas, como luego diremos. Hizo la visita el doctor Juan de Figueroa, oidor del Consejo y Cámara del Rey. Eran oidores de aquel Consejo el doctor Beltrán, el licenciado Gutiérrez Velázquez, el doctor Juan Bernal de Luco y el licenciado Juan Suárez de Caravajal, obispo de Lugo; fiscal, el licenciado Villalobos; secretario, Juan de Sámano, y presidente, fray García de Loaisa, cardenal y arzobispo de Sevilla. El emperador, vista la información y testigos, quitó de la audiencia al doctor Beltrán y obispo de Lugo. El obispo perseveró en corte, y dende a cuatro o cinco años lo hizo el rey comisario general de la Cruzada. El doctor Beltrán se fué a Nuestra Señora de Gracia, de Medina del Campo, donde tenía casa, y también le perdonó el emperador y le mandó dar su hacienda y salario acostumbrado en su casa; mas la cédula destas mercedes llegó con la muerte. Daba gracias a Dios que lo dejó morir sin negocios, sin juegos ni trapazas. Era agudo y resoluto; tuvo muchos y grandes salarios siendo abogado; dejólos por el Consejo Real, y removiéronle dél. Vile llorar sus desventuras, quejándose de sí mesmo porque dejó la abogacía por la audiencia. Fué muy tahur, y jugaban mucho su mujer e hijos, que lo destruyeron. A toda suerte de hombres está mal el juego, y peor a los que tienen negocios, y negocios de rey y reinos. No faltó quien tachase al cardenal, pensando suceder en la presidencia; mas él era libre, acepto al

emperador y amigo del secretario Francisco de los Cobos, que tenía la masa de los negocios.

CLII

Nuevas leyes y ordenanzas para las Indias.

Sabiendo el emperador las desórdenes del Perú y malos tratamientos que se hacían a los indios, quiso remediarlo todo, como rey justiciero y celoso del servicio de Dios y provecho de los hombres. Mandó al doctor Figueroa tomar sobre juramento los dichos de muchos gobernadores, conquistadores y religiosos que habían estado en Indias, así para saber la calidad de los indios como el tratamiento que se les hacía, y aun porque le decían algunos frailes que no podía hacer la conquista de aquellas partes. Así que buscó personas de ciencia y de consciencia que ordenasen algunas leyes para gobernar las Indías buena y cristianamente; las cuales fueron el cardenal fray García de Loaisa, Sebastián Ramírez, obispo de Cuenca y presidente de Valladolid, que había sido presidente en Santo Domingo y en Méjico; don Juan de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe y comendador mayor de Castilla; el secretario Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon; don García Manrique, conde de Osorno y presidente de Ordenes, que había entendido en negocios de Indias mucho tiempo, en ausencia del cardenal; el doctor Hernando de Guevara y el doctor Juan de Figueroa, que eran de la Cámara, y el licenciado Mercado, oidor del Consejo Real; el doctor Bernal, el licenciado Gutierre Velázquez, el licenciado Salmeron, el doctor Gregorio López, que oidores eran de las Indias, y el doctor Jacobo González de Artiaga, que a la sazón estaba en consejo de Orde-

nes. Juntábanse a tratar y disputar con el cardenal, que posaba en casa de Pero González de León, y ordenaron, aunque no con voto de todos, obra de cuarenta leyes, que llamaron ordenanzas, y firmólas el emperador en Barcelona y en 20 de noviembre, año de 1542.

CLIII

La grande alteración que hubo en el Perú por las ordenanzas.

Tan presto como fueron hechas las ordenanzas y nuevas leyes para las Indias, las enviaron los que de allá en corte andaban a muchas partes: isleños a Santo Domingo, mejicanos a Méjico, peruleros al Perú. Donde más se alteraron con ellas fué en el Perú, ca se dió un traslado a cada pueblo; y en muchos repicaron campanas de alboroto, y bramaban leyéndolas. Unos se entristecían, temiendo la ejecución; otros renegaban, y todos maldecían a fray Bartolomé de las Casas (1), que las había procurado. No comían los hombres, lloraban las mujeres y niños, ensoberbescíanse los indios, que no poco temor era. Carteáronse los pueblos para suplicar de aquellas ordenanzas, enviando al emperador un grandísimo presente de oro para los gastos que había hecho en la ida de Argel y guerra de Perpiñán. Escribieron unos a Gonzalo Pizarro y otros a Vaca de Castro, que holgaban de la suplicación, pensando excluir a Blasco Núñez por aquella vía y quedar ellos con el gobierno de la tierra, no digo entrambos juntos, sino cada uno por sí, que también fuera malo, porque hubiera sobre ello grandes revolucio-

---

(1) Tuvo fray Bartolomé de las Casas espíritu evangélico suficiente para oponerse en todo momento a la dureza de los conquistadores. *(Nota D.)*

nes. Platicaban mucho la fuerza y equidad de las nuevas leyes entre sí y con letrados que había en los pueblos para lo escribir al rey y decirlo al virrey que viniese a ejecutarlas. Letrados hubo que afirmaron cómo no incurrían en deslealtad ni crimen por no las obedescer, cuanto más por suplicar dellas, diciendo que no las quebrantaban, pues nunca las habían consentido ni guardado; y no eran leyes ni obligaban las que hacían los reyes sin común consentimiento de los reinos que les daban la autoridad, y que tampoco pudo el emperador hacer aquellas leyes sin darles primero parte a ellos, que eran el todo del reino del Perú: esto cuanto a la equidad. Decían que todas eran injustas, sino la que vedaba cargar los indios, la que mandaba tasar los tributos, la que castiga los malos y crueles tratamientos, la que dice sean enseñados los indios en la fe con mucho cuidado, y otras algunas. Y que ni era ley, ni habían de aconsejar al emperador que firmase, con las otras, la que manda se ocupen ciertas horas cada día los oidores y oficiales a mirar cómo el rey sea más aprovechado, ni la que nombra por presidente al licenciado Maldonado, y otras que más eran para instrucciones que para leyes, y que parescían de frailes. Con esto, pues, se animaban mucho los conquistadores y soldados a suplicar de las ordenanzas, y aun a contradecirlas, y también porque tenían dos cédulas del emperador que les daba los repartimientos para sí y a sus hijos y mujeres porque se casasen, mandándoles expresamente casar; y otra, que ninguno fuese despojado de sus indios y repartimientos sin primero ser oído a justicia y condemnado.

CLIV

De cómo fueron al Perú Blasco Núñez Vela y cuatro oidores.

Cuando fueron hechas las ordenanzas de Indias, dijeron al emperador que enviase hombre de barba con ellas al Perú, por cuanto eran recias y los españoles de allí revoltosos. El, que bien lo conoscía, escogió y envió, con título de virrey y salario de deciocho mil ducados, a Blasco Núñez Vela, caballero principal y veedor general de las guardas, hombre recio, que así se requería para ejecutar aquellas leyes al pie de la letra. Hizo también una Chancillería en el Perú, que hasta allí a Panamá iban con las apelaciones y pleitos. Nombró por oidores al licenciado Diego de Cepeda, de Tordesillas; al doctor Lisón de Tejada, de Logroño; al licenciado Pero Ortiz de Zárate, de Orduña, y al licenciado Juan Alvarez. Y porque nunca se había tomado cuenta a los oficiales del rey después que se descubrió el Perú, envió a tomárselas a Augustín de Zárate, que era secretario del Consejo Real. Partió, pues, Blasco Núñez con la Audiencia y llegó al Nombre de Dios a 10 de enero de 1544. Halló allí a Cristóbal de Barrientos y otros peruleros de partida para España, con buena cantidad de oro y plata, y requirió a los alcaldes embarazasen aquel oro hasta que se averiguase de qué lo llevaban, ca le dijeron cómo aquellos hombres habían vendido indios y traídolos en minas, cosa de que mucho se alteraron y quejaron los vecinos y los dueños del oro, así por el daño como por no ser aquella ciudad de su juridición y gobierno. Y si por los oidores no fuera, se lo confiscara, conforme a la instrucción y cédula que llevaba contra los que hubiesen traído indios en minas. Fué a Panamá, puso en libertad cuantos indios pudo haber de las

provincias del Perú, y enviólos a sus tierras a costa de los amos y del rey. Algunos hubo que se escondieron por no ir, diciendo que mejor estaban con dueño que sin él. Otros se quedaron en Puerto-Viejo y por allí a ser putos, que se usa mucho, y se cortaron el cabello a la usanza bellaca. Desembargó Blasco Núñez el oro a los del Nombre de Dios, y porque no se alborotasen más los españoles de aquellos dos pueblos, dijo que solamente procedería contra Vaca de Castro, que traía y mandaba traer indios a las minas. Comenzaron a diferir él y los oidores en algunas cosas. Estuvieron malos ellos y ocupados, y él partióse sin esperarlos, aunque mucho se lo rogaron y aconsejaron, porque supo la negociación y escándalo del Perú. Llegó a Túmbez a 4 de marzo, libertó los indios, quitó las indias que por amigas españoles tenían, y mandóles que ni diesen comida sin paga, ni llevasen carga contra su voluntad, lo cual entristeció tanto a los españoles cuanto alegró a los indios. Entrando en Sant Miguel mandó a unos españoles pagar los indios de carga que llevaban, ya que no se podía excusar el cargallos. Pregonó las ordenanzas, despobló los tambos, dió libertad a los indios esclavos y forzados, tasó los tributos y quitó los indios de repartimiento a Alonso Palomino, porque había sido allí teniente de gobernador, que así lo disponían las nuevas leyes; por lo cual le quitaban la habla y la comida, como a descomulgado, y a la salida del lugar le dieron gritas las españolas y lo maldijeron como si llevara consigo la ira de Dios. Y en Piura dijo que ahorcaría a los que suplicaban de sus provisiones, refrendadas de un su criado, que no era escribano del rey; y los vecinos de allí se escandalizaban más de sus palabras y aspereza que de las ordenanzas.

CLV

Lo que pasó Blasco Núñez con los de Trujillo.

Entró Blasco Núñez en Trujillo con gran tristeza de los españoles; hizo pregonar públicamente las ordenanzas, tasar los tributos, ahorrar los indios y vedar que nadie los cargase por fuerza y sin paga. Quitó los vasallos que por aquellas ordenanzas pudo, y púsolos en cabeza del rey. Suplicó el pueblo y cabildo de las ordenanzas, salvo de la que mandaba tasar los tributos y pechos y de la que vedaba cargar los indios, aprobándolas por buenas. Él no les otorgó la apelación, antes puso muy graves penas a las justicias que lo contrario hiciesen, diciendo que traía expresísimo mandamiento del emperador para las ejecutar, sin oír ni conceder apelación alguna. Díjoles, empero, que tenian razón de agraviarse de las ordenanzas; que fuesen sobre ello al emperador, y que él le escribiría cuán mal informado había sido para ordenar aquellas leyes. Visto por los vecinos su rigor y dureza, aunque buenas palabras, comenzaron a renegar. Unos decían que dejarían las mujeres, y aun algunos las dejaran si les valiera, ca se habían casado muchos con sus amigas, mujeres de seguida, por mandamiento que les quitaran las haciendas si no lo hicieran. Otros decían que les fuera mucho mejor no tener hijos ni mujer que mantener, si les habían de quitar los esclavos, que los sustentaban trabajando en minas, labranza y otras granjerías; otros pedíanle pagase los esclavos que les tomaba, pues los habían comprado de los quintos del rey y tenían su hierro y señal. Otros daban por mal empleados sus trabajos y servicios, si al cabo de su vejez no habían de tener quien los sirviese; éstos mostraban los dientes caídos de comer maíz tostado en la conquista

del Perú; aquéllos, muchas heridas y pedradas; aquellotros, grandes bocados de lagartos; los conquistadores se quejaban que, habiendo gastado sus haciendas y derramado su sangre en ganar el Perú al emperador, les quitaban esos pocos vasallos que les había hecho merced. Los soldados decían que no irían a conquistar otras tierras, pues les quitaban la esperanza de tener vasallos, sino que robarían a diestro y a siniestro cuando pudiesen; los tenientes y oficiales del rey se agraviaban mucho que los privasen de sus repartimientos sin haber maltratado los indios, pues no los hubieron por el oficio, sino por sus trabajos y servicios. Decían también los clérigos y frailes que no podrían sustentarse ni servir las iglesias si les quitaban los pueblos; quien más se desvergonzó contra el virrey y aun contra el rey fué fray Pedro Muñoz, de la Merced, diciendo cuán mal pago daba su majestad a los que tan bien le habían servido, y que olían más aquellas leyes a interese que a santidad, pues quitaban los esclavos que vendió sin volver los dineros, y porque tomaban los pueblos para el rey, quitándolos a monesterios, iglesias, hospitales y conquistadores que los habían ganado, y, lo que peor era, que imponían doblado pecho y tributo a los indios que así quitaban y ponían en cabeza del rey, y aun los mesmos indios lloraban por esto. Estaban mal aquel fraile y el virrey porque lo acuchilló una noche en Málaga siendo corregidor.

CLVI

La jura de Blasco Núñez y prisión de Vaca de Castro.

Vaca de Castro, que había visto las ordenanzas y cartas en el Cuzco, donde residía, se aderezó para ir a Los Reyes a recebir a Blasco Núñez; empero, con mu-

chos españoles en orden de guerra, que dió gran sospecha de su voluntad, ca los vecinos de Los Reyes, como supieron que con armas venía, le enviaron a decir que no viniese, pues ya no era gobernador, temiendo algún castigo por no haber admitido los días atrás un su tiniente, y escribieron a Blasco Núñez algunos particulares que apresurarse el paso para entrar primero que Vaca de Castro, porque si se tardaba quizá no le recibirían a la gobernación. Vaca de Castro dejó las armas, y casi todos los que traía, donde supo la voluntad de aquéllos; fué requerido de los suyos se volviese al Cuzco y lo tuviese por el rey, suplicando de las ordenanzas; nunca quiso sino llegar primero a Lima, donde halló diversas intenciones, ca unos querían al virrey y otros no. Gaspar Rodríguez, viendo venir cerca a Blasco Núñez, dejó a Vaca de Castro y tornóse al Cuzco, llevando consigo muchos vecinos dél, y las armas que habían quedado en el camino, para levantar la tierra por quien pudiese; Blasco Núñez partió de Trujillo aprisa, llegó al tambo que dicen de la Barranca, donde no halló qué comer, mas halló un mote que decía: «El que me viniere a quitar mi hacienda, mire por sí, que podrá ser que pierda la vida.» Maravillóse de tal dicho, y preguntando quién lo pudo escrebir, le dijeron ciertos malsines que Juárez de Caravajal, fator del rey, que poco antes había estado allí. En este tambo estuvo Gómez Pérez con cartas del inga Mango y de Diego Méndez y otros seis españoles del bando de don Diego de Almagro, en las cuales pedían licencia y salvoconducto para se venir a Blasco Núñez con el inga; él holgó de perdonarlos y que viniesen; mas ellos fueron muertos a cuchillo por ceguedad del Gómez Pérez. Solían jugar a la bola él y Mango, y jugaron como llegó; era porfiado el Gómez y mal comedido en medir las bolas, por lo cual dijo Mango a su criado que lo matase la primera vez que porfiase, abajándose a medir la bola; avisó

desto al Gómez una india. El, sin mirar adelante, dió de estocadas al inga. Como los indios vieron muerto a su señor, matáronle a él y a los otros españoles y tomaron por inga un hijuelo del muerto, con el cual se han estado en unas asperísimas montañas sin querer más amistad con cristianos. Antes de llegar a Lima entendía Blasco Núñez cómo los de aquella ciudad estaban con propósito de no lo recibir dentro si primero no les otorgaba la suplicación de las ordenanzas, jurando de no las ejecutar, y si no, que lo enviarían preso y atado fuera del Perú; supo asimismo que todos estaban indignados contra él por ejecutar las ordenanzas tan de hecho, y que decían mil males de su recia condición. Para deshacer esto y otras veinte cosas que publicaban, envió delante a Diego Agüero, regidor de Los Reyes, el cual aplacó algo la indignación del pueblo, diciendo cómo Blasco Núñez traía mudado el rigor en mansedumbre, por ver el daño y descontento que todos recebían con la ejecución de las ordenanzas. Antes de entrar en Los Reyes Blasco Núñez, le tomó juramento en nombre del cabildo el fator Guillén Juárez que les guardaría los privilegios, franquezas y mercedes que del emperador tenían los conquistadores y pobladores del Perú, y que les otorgaría la suplicación de las nuevas ordenanzas que traía; él juró que haría todo lo que cumpliese al servicio del emperador y bien de la tierra; los vecinos y españoles que allí estaban dijeron luego que había jurado con cautela, entendiendo la ejecución de las ordenanzas ser bien de los indios y servicio del emperador. Entró en la ciudad con gran silencio y tristeza de todo el pueblo; nunca hombre así fué aborrecido como él, en do quiera que del Perú llegase, por llevar aquellas ordenanzas. Pregonó las ordenanzas y comenzó a las ejecutar, aunque muy mucho le rogaron no lo hiciese, diciendo que se alborotarían los españoles y querían conservar sus repartimientos;

mas él se hizo sordo a todo, por cumplir la voluntad y mandado del emperador. Procuró saber qué intención era la de Vaca de Castro, qué trataba Gonzalo Pizarro en el Cuzco, quiénes y cuántos se mostraban de veras contra las ordenanzas. Habló a los indios que se amotinaban y querían alzarse sin hacer las sementeras. Encarceló a Vaca de Castro, diciendo que firmaba cédulas de repartimiento y pleitos como gobernador, estando él allí, y que indignaba la gente hablando mal de las ordenanzas, y porque dejó volver al Cuzco a Gaspar Rodríguez y a los otros. Hubo gran ruido y división sobre la prisión de Vaca de Castro, don Luis de Cabrera y de los otros que con él prendió.

CLVII

Lo que Gonzalo Pizarro hizo en el Cuzco contra las ordenanzas.

Tantas cosas escrebieron a Gonzalo Pizarro muchos conquistadores del Perú, que lo despertaron allá en Los Parcas, do estaba, y le hicieron venir al Cuzco después que Vaca de Castro se fué a Los Reyes. Acudieron muchos a él como fué venido, que temían ser privados de sus vasallos y esclavos, y otros muchos que deseaban novedades por enriquecer, y todos le rogaron se opusiese a las ordenanzas que Blasco Núñez traía y ejecutaba sin respecto de ninguno, por vía de apelación, y aun por fuerza, si necesario fuese; que ellos, que por cabeza lo tomaban, lo defenderían y seguirían. El, por los probar o por justificarse, les dijo que no se lo mandasen, pues contradecir las ordenanzas, aunque por vía de suplicación, era contradecir al emperador, que tan determinadamente ejecutarlas mandaba, y que mirasen bien cuán ligeramente se co-

menzaban las guerras, que tenían sus medios trabajosos y dudosos los fines; y no quería complacellos en deservicio del rey, ni aceptar cargo de procurador ni de capitán. Ellos, por persuadirlo, le dijeron muchas cosas en justificación de su empresa: unos decían que siendo justa la conquista de Indias, lícitamente podían tener por esclavos los indios tomados en guerra; otros, que no podía justamente quitarles el emperador los pueblos y vasallos que una vez les dió durante el tiempo de la donación, en especial que se los dió a muchos como en dote por que se casasen; otros, que podían defender por armas sus vasallos y privilegios como los hidalgos de Castilla sus libertades, las cuales tenían por haber ayudado a los reyes a ganar sus reinos de poder de moros, como ellos por haber ganado el Perú de manos de idólatras; decían, en fin, todos que no caían en pena por suplicar de las ordenanzas, y muchos, que ni aun por las contradecir, pues no les obligaban antes de consentirlas y recebirlas por leyes. No faltó quien dijese cuán recio y loco consejero era emprender guerra contra su rey so color de defender sus haciendas, y hablar aquellas cosas que no eran de su arte ni de sus lealtad; empero aprovecha poco hablar a quien no quería escuchar, ca no solamente decían aquello que algo en su favor era, pero desmandábanse, como soldados, a decir mal del emperador y rey, su señor, pensando torcerle el brazo y espantarlo por fieros. Decían eso mesmo que Blasco Núñez era recio, ejecutivo, enemigo de ricos, almagrista, que había ahorcado en Túmbez un clérigo y hecho cuartos un criado de Gonzalo Pizarro, porque fué contra Diego de Almagro; que traía expreso mandado para matar a Pizarro y para castigar los que fueron con él en la batalla de las Salinas; y para conclusión de ser mal acondicionado, decían que vedaba beber vino y comer especias y azúcar, y vestir seda y caminar en hamacas. Con estas cosas, pues, parte fingidas, parte ciertas,

holgó Pizarro ser capitán general y procurador, pensando, como lo deseaba, entrar por la manga y salir por el cabezón. Así que lo eligieron por general procurador el cabildo del Cuzco, cabeza del Perú, y los cabildos de Guamanga y de la Plata y otros lugares, y los soldados por capitán, dándole todos su poder cumplido y llenero. El juró en forma lo que en tal caso se requiría; alzó pendón, tocó atambores, tomó el oro de la arca del rey, y como había muchas armas de la batalla de Chupas, armó luego hasta cuatrocientos hombres a caballo y a pie, de que se mucho escandalizaron y arrepintieron los del regimiento de lo que habían hecho, pues Gonzalo Pizarro se tomaba la mano dándole solamente el dedo. Pero no le revocaron los poderes, aunque de secreto protestaron muchos del poder que le habían dado; entre los cuales fueron Altamirano, Maldonado, Garcilaso de la Vega.

CLVIII

La asonada de guerra que hizo Blasco Núñez Vela.

Como Blasco Núñez vió alterados a los vecinos y gente que estaban en Los Reyes porque no consintió la apelación y por la prisión de Vaca de Castro y los otros, hizo cincuenta soldados arcabuceros y diólos al capitán Diego de Urbina, que lo acompañase con ellos. Envió al Cuzco, luego que supo la junta, al provincial dominico fray Tomás de San Martín, y tras él a fray Jerónimo de Loaisa, primer obispo y arzobispo de Los Reyes, a certificar a Gonzalo Pizarro que no traía provisión ninguna en su daño, sino que antes tenía voluntad el emperador de gratificalle muy bien su servicio y trabajos, y que le rogaba se dejase de aquello y se viniese llanamente a ver con él y hablarían del

negocio. Gonzalo Pizarro no dejaba entrar al obispo ni aun le quiso escuchar después de haber entrado, antes trató que lo proveyesen de gobernador, y envió por veinte piezas de artillería a Guamanga, y aderezó muchas cosas de guerra. Blasco Núñez, que supo la ruin intención de Pizarro, que comenzaba la gente a temer, hizo llamamiento de gente e juntó cerca de mil hombres, ca luego acudieron a él los almagristas y muchos pueblos, especial los setentrionales a la ciudad de Los Reyes, y ordenó ejército y paga con gana de muchos, y con parecer de los oidores y oficiales del rey, que firmaron la guerra en el libro del acuerdo; hizo general a Vela Núñez, su hermano; alférez del pendón, a Francisco Luis de Alcántara; capitanes de caballo, a don Alonso de Montemayor y a Diego Cueto, su cuñado, y capitanes de peones, a Pablo de Meneses y a Martín de Robles y a Gonzalo Díez; maestro de campo, a Diego de Urbina, que tenía muchos arcabuceros, y a otros, ca tenía docientos caballos y otros tantos arcabuces, y la ciudad fortalecida para defensa. Dió grandes pagas y socorros a los soldados y gente, en que gastó los quintos y oro del rey que Vaca de Castro tenía para enviar a España, y aun tomó prestados buenos dineros de mercaderes para el ejército. Llegaron en esto allí Alonso de Cáceres y Jerónimo de la Serna en dos naos, de Arequipa. El Serna venía del Cuzco, enviado por Gaspar Rodríguez a decir a Blasco Núñez lo que allá pasaba y a pedirle un mandamiento para matar o prender a Gonzalo Pizarro, ca se ofrecían a ello el Rodríguez con ayuda de sus amigos; y de camino persuadió al Cáceres que se viniese al virrey con aquellas dos naos, y no a Pizarro, como quería. Blasco Núñez holgó con su venida; mas pesóle de que Pizarro tuviese tantas armas y artillería e la gente tan favorable. Suspendió las ordenanzas por dos años y hasta que otra cosa el emperador mandase; aunque se dijo luego el protesto

que hizo y asentó en el libro del acuerdo cómo la suspensión era por fuerza, y que ejecutaría las ordenanzas en apaciguando la tierra: cosa de odio para todos. Dió mandamiento, y pregonólo, para que pudiesen matar a Pizarro y a los otros que traía, y prometió al que los matase sus repartimientos y hacienda, cosa que indignó mucho a los del Cuzco y que no agradó a todos los de Lima, y aun dió luego algunos repartimientos de los que se habían pasado a Pizarro. Decía públicamente que todos eran traidores sino los de Chili; y decía a éste que era traidor aquél, y a aquél, que éste, y que los había de castigar a todos. Tuvo mandado que matasen a Diego de Urbina y a Martín de Robles, cuando a su casa viniesen, si señalaba con el dedo; mas como el Robles le habló sabrosamente, que era gracioso y avisado, no hizo la señal, y así no murieron; empero díjoles a ellos mismos el concierto, como no sabía tener secreto, por lo cual ellos y aun otros no osaban dormir en sus casas.

CLIX

La muerte del fator Guillén Juárez de Carvajal.

Temiendo Blasco Núñez el suceso de los negocios por la gente de Gonzalo Pizarro, envió a muchas partes por españoles; como decir a Hernando de Alvarado a Trujillo y a Villegas a Guanuco. Vinieron muchos de diversos pueblos, y entre ellos Gonzalo Díez de Pinera con hartos del Quito, y Pedro de Puelles, de Guanuco, do era corregidor; los cuales, aunque traían poderes de sus pueblos para negociar con el virrey, se pasaron a Pizarro; el Puelles con quince amigos, en que fueron Francisco de Espinosa, de Valladolid, y el Serna, que lo llamara Gonzalo Díez con su

compañía, yendo tras Puelles con Vela Núñez. De los Chachapoyas también se fué al Cuzco entonces Gómez de Solís, de Cáceres, con Diego Bonifaz, Villalobos y otros veinte hombres escogidos. Desconfió con esto Blasco Núñez de dar ni ganar batalla y tapió las calles de Lima, dejando troneras y traveses, a guisa de hombre cercado, por do acabó de desanimar a los suyos y a los vecinos, y no le tuvieron por tan esforzado como decían. Trujo antes e a vueltas de esto Luis García, de San Mamés, que por corregidor estaba en Jauja, unas cartas en cifra del licenciado Benito de Caravajal al fator Guillén Juárez, su hermano; el virrey sospechó mal de la cifra, ca no estaba bien con el fator, y mostró las cartas a los oidores, preguntando si lo podría matar; dijeron que no, sin saber primero lo que contenían, y para saberlo enviaron por él. Vino el fator; no se demudó por lo que dijeron, aunque fueron palabras recias, y leyó las cartas, notando el licenciado Juan Alvarez. La suma de la cifra era la gente, armas y intención que traía Pizarro, quién y cuáles estaban mal con él, y que luego se vernía él a servir al señor virrey, en pudiendo descabullirse, como el mismo fator se lo mandaba. Envió luego por el abecedario, y concertó con lo que leyera; y así vino a Lima el licenciado Caravajal dos o tres días después que Blasco Núñez fué preso, sin saber la muerte del fator. Dende a ciertos días que Gonzalo Díez huyera, se fueron a Pizarro Jerónimo de Caravajal y Escovedo, sobrinos del fator, con Diego de Caravajal, el Galán, vecino de Plasencia, que posaban en casa del mismo fator y que también fueron causa de su muerte. Fuéronse también con ellos don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera; Pedro Caravajal y Rojas, de Antequera; Gaspar Mejía, de Mérida; Pero Martín, de Sicilia; Rodrigo de Salazar, el Corcovado, toledano, y otros veinte buenos soldados que hacían falta en el ejército. Hubo muy gran enojo e ira el virrey con la ida de és-

tos, y mayormente porque se fueron de casa del fator y con sus sobrinos. Envió tras ellos al capitán don Alonso de Montemayor con cincuenta de caballo, al cual prendieron los huídos por malicia de sus compañeros. Envió a llamar al fator aquella misma noche, domingo, a 14 de diciembre, y viniendo, díjole: «Señor, ¿qué traición es ésta, pecador de mí?» O según otros: «En mal hora vengas, traidor.» Respondió el fator: «Yo soy tan buen criado y servidor del rey como vuestra señoría»; y otras cosas. El virrey, que tenía cólera, replicó: «Traiciones y bellaquerías son enviar vuestros sobrinos con tanta gente de bien a Pizarro y escribir aquello en el tambo, y no dar mula a Baltasar de Loaisa en que llevase mis despachos al Cuzco, y justificar vuestro hermano el licenciado la causa de Gonzalo Pizarro.» Tras esto, como replicaba el fator en disculpa de aquellas cosas, dióle dos puñaladas con una daga, voceando: «Mátenle, mátenle.» Llegaron sus criados y acabáronle, aunque algunos otros le echaban ropa encima para que no le matasen. Mandó echarlo por los corredores abajo, y unos negros le sacaron por los pies arrastrando. Alonso de Castro, teniente de alguacil mayor por Vela Núñez, lo hizo llevar a enterrar en un repostero. De esta manera lo contaban Lorenzo Mejía de Figueroa, Lorenzo de Estopiñán, Rivadeneyra y otros caballeros que se hallaron presentes a todo lo susodicho, aunque Blasco Núñez juraba que no le hirió ni quisiera que muriera. Causó mucho bullicio la muerte del fator, que tan principal persona era en aquellas partes, y tanto miedo, que se ausentaban de noche los vecinos de Lima de sus proprias casas; y aun el mismo Blasco Núñez dijo a los oidores y otros muchos cómo aquella muerte lo había de acabar, conociendo el yerro que había hecho.

CLX

La prisión del virrey Blasco Núñez Vela.

Murmuraban en Lima reciamente la muerte del fator, diciendo que otro día mataría el virrey a quien se le antojase, y deseaban a Pizarro. Blasco Núñez sentía mucho esto, y por no estar donde tan mal le querían, cuando viniese, propuso de irse a Trujillo con toda la Audiencia y la Contaduría del rey; y para llevar las mujeres y hacienda armó dos o tres naos, y hizo capitán de ellas a Jerónimo de Zurbano, vizcaíno, y aun para guardar la costa; que decían cómo armaba Pizarro dos navíos en Arequipa para señorear la mar. Metió en aquella naos al licenciado Vaca de Castro y a los hijos del marqués Francisco Pizarro, con don Antonio de Ribera, de Soria, que los tenía en cargo, juntamente con su mujer doña Inés, y encomendó la guarda de todos ellos a Diego Alvarez Cueto. Habló a los oidores tres días después de muerto el fator, persuadiéndoles la ida de Trujillo con llevar sus mujeres y todo el oro y fierro que había; que llevar las mujeres de los oidores y vecinos de Los Reyes era para obligallos a seguirle, y el oro y plata, para sustentar el ejército, y el fierro, para que no lo hubiese Pizarro, que tenía falta de ello para herraduras y para arcabuces. Contradijéronle los oidores, diciendo que ni debían ni podían salir de aquella ciudad de Los Reyes, por cuanto les mandaba el emperador en las ordenanzas residir allí, y por no mostrar temor a Gonzalo Pizarro, que aun estaba setenta leguas de ellos y no se sabía que viniese a prenderlos, y por no desanimar a los vecinos y a los que allí estaban para servir y seguir al rey. Por estas razones y otras que le dijeron les prometió de no irse; pero en saliendo ellos de su casa, do tenían au-

diencia, envió por los oficiales del rey y capitanes del ejército, y vinieron Alonso Riquelme, tesorero; Juan de Cáceres, contador; García de Saucedo, veedor; Diego Alvarez Cueto, Vela Núñez, don Alonso de Montemayor, Diego de Urbina, Pablo de Meneses, Martín de Robles, Jerónimo de la Serna, que hubo la bandera de Gonzalo Díez, y Pedro de Vergara, que aun no tenía compañía; a los cuales dijo el virrey su intención y las causas que le movian para dejar a Los Reyes y irse a Trujillo; y mandóles estar a punto para otro día, que sin duda se partirían, él por la mar, y mujeres y Vela Núñez por tierra con la gente de guerra. Ninguno de ellos le contradijo, de pusilánimes, ca si le contradijeran como los oidores, no se determinara a irse tan total y prestamente; y así, ni entonces le prendieran, ni después lo mataran. Fueron, empero, a decirlo a todos los oidores, los cuales se juntaron en casa de Cepeda y se resumieron, después de bien pensado el negocio, en no salir de allí, ni dejar ir a los vecinos, creyendo que Pizarro no traía tan dañadas entrañas como después mostró; y ordenaron un requerimiento para el virrey por que no se fuese, y una provisión para que no le dejasen los vecinos embarcar sus mujeres, ya que él se fuese. Pretendían ellos, estando quedos en Los Reyes, que se iria Blasco Núñez a España a dar cuenta al emperador del negocio, viéndose solo, y que Gonzalo Pizarro desharía su campo otorgándole la suplicación de las ordenanzas; y si no quisiese, qué fácilmente le prenderían o le matarían, pues quedarían ellos con el mando y con el palo. Ordenaron esta provisión Cepeda y Alvarez; escribióla Acebedo, sellóla Bernaldino de San Pedro, que era chanciller, el cual trujo en blanco dos sellos, con Tejada, que fué por ellos; eran amigos y naturales de Logroño. En esto pasaron los oidores aquel día, y el virrey en cargar los navíos y aderezar cabalgaduras. Cepeda forneció luego aquella noche una torre

que había en su casa de armas y vitualla, con diez o doce amigos y criados, para si menestcr le fuese. Tejada, que tuvo miedo, pidió diez arcabuceros al virrey. En la mañana se juntaron los oidores a casa de Cepeda; y como parecía casa de munición más que de audiencia, fué corriendo un arcabucero de aquellos de Tejada a decir al virrey que se armaban los oidores contra él. Levantóse luego el virrey a tales nuevas y mandó tocar arma por la ciudad. Acudieron a su casa Vela Núñez, Meneses y Serna con sus compañías de infantes, y Francisco Luis de Alcántara con la caballería. De suerte que se juntaron en breve cuatrocientos españoles de los más principales y bien armados de Lima; algunos de los cuales, que les pesaba con la estada del virrey en el Perú, le rogaron que se metiese dentro en casa y no se pusiese a peligro. El se metió, que no debiera, con obra de cincuenta caballeros, de lo cual unos se holgaron y otros desmayaron; y cierto si él no se metiera en casa, que pareció cobardía, no le prendieran, ca su presencia los animara y detuviera. Quedó Vela Núñez con el escuadrón, esperando lo que sería, ca se hundía la ciudad a gritos de las mujeres. Los oidores, que no tenían treinta hombres, se vieron perdidos, y pregonaron la provisión que dije. Francisco de Escobar, natural de Sahagún (que llamaban el Tío), les dijo: «Salgamos, cuerpo de Dios, señores, a la calle, y muramos peleando como hombres, y no encerrados como gallinas.» Salieron, pues, los oidores fuera, y caminaron para la plaza. Martín de Robles y Pedro de Vergara acudieron a los oidores, o por no ser con el virrey, o por cumplir la provisión real, o porque, como dicen, estaban de acuerdo con ellos; acudieron asimismo muchos otros a pie y a caballo, y aun apellidando *libertad*, a lo que oí decir, para levantar el pueblo. Tiráronse algunos arcabuzazos de la boca de la calle que sale a la plaza, y si Vela Núñez acometiera, los rompiera y

prendiera. Estando así, salió Ramírez el Galán, alférez de Martín de Robles, y campeó la bandera en la plaza; arremetió delante el capitán Vergara con su espada y adarga; salieron luego todos muy determinadamente. Los capitanes del virrey huyeron a su casa, y los más soldados se pasaron con los oidores, que estaban asentados en un escaño, a la puerta de la iglesia; no hubo sangre, como se temía. Unos ponen la culpa de huir a los capitanes, que tuvieron poca gana de pelear; otros a los soldados y vecinos, que volvían las picas y arcabuces hacia atrás. Combatieron la casa del virrey, que se defendía bien, y algunos con ánimo de hacerle mal y afrenta, según la pasión que sobre esto se hizo después, donde dicen: «Su sangre sobre nos y sobre nuestros hijos», y otras cosas tan verdaderas como graciosas. Ventura Beltrán y otros decían: «¡Al combate!» que se guardaban para aquel día. Antonio de Robles entró solo dentro de la casa, y hizo que abriesen las puertas, diciendo al virrey que se diese. Blasco Núñez, que al no podía hacer, se entregó a Martín de Robles, Pedro de Vergara, Lorenzo de Aldana y Jerónimo de Aliaga, rogando que lo llevasen a Cepeda. Algunos dicen cómo el virrey quería morir antes de rendirse; mas que se dió a ruegos de frailes y caballeros, que lo aseguraron si se iba del Perú. Algunos de los que llevaban a Blasco Núñez iban diciendo: «Viva el Rey». «Pues, ¿quién me mata?», preguntaba él; y Pardave, criado del fator Guillén Juárez, encaró el arcabuz para matarle, y le matara, sino que no soltó ni prendió, aunque ardió el polvorín: otras befas y escarnios hicieron de él por la calle. El virrey, como fué delante los oidores, que muy acompañados estaban, se demudó y dijo: «Mirad por mí, señor Cepeda, no me maten»; él respondió no tuviese miedo, porque no le tocarían mas que a su vida; y así, lo llevaron a casa de Cepeda, aunque dicen que no le quitaron las armas.

CLXI

La manera cómo los oidores repartieron los negocios.

Grande arrepentimiento mostraron al virrey los oidores de su prisión, y le decían palabras de tristeza, si ya no eran fingidas, jurando que no habían sido en prendelle ni lo habían mandado, y que a qué árbol se arrimarían faltándoles él, y otras cosas tales; mas no que le soltarían; antes le dijo Cepeda delante Alonso Riquelme, Martín de Robles y otros: «Señor, juro por Dios que mi pensamiento nunca fué de prender a vuestra señoria; pero ya que está preso, entienda que lo tengo de enviar al emperador con la información de lo que se ha hecho; y si tentare de amotinar la gente o revolverla más, sepa que le daré de puñaladas, aunque yo me pierda; y si estuviere paciente, servirle y darle su hacienda.» Blasco Núñez respondió: «Por nuestro Señor, que es vuestra merced hombre, y que siempre le tuve por tal, y no esos otros, que, habiéndolo ellos urdido, han llorado conmigo»; y rogóle que vendiese su ropa entre los vecinos, que valía muchos dineros, para gastar por el camino. Diego de Agüero y el licenciado Niño, de Toledo, y otros le dijeron muchas cosas; mas dejando esto, por cosa larga y enojosa, digo que los oidores, para despachar negocios con más brevedad y atender a todo, partieron los oficios desta manera: que Cepeda, como más entendido y animoso, atendiese a las cosas de la gobernación y de la guerra, por donde algunos dijeron que se llamaba presidente, gobernador y capitán; Tejada y Zárate, que entendiesen en las cosas de justicia; y que Juan Alvarez ordenase los despachos para España y la información contra el virrey. Tras esto, luego aquel mismo día que fué preso llevó Juan Alvarez al virrey

a la mar para meterlo en las naos, y tomarlas y tenerlas a su mandado, por que nadie escribiese a España primero que ellos y por que no las hubiese Pizarro. Llevaron también a Vela Núñez, que, como no pudo entrar en casa de su hermano, con la priesa o con el miedo, se acogiera a Santo Domingo, el cual fué a las naves y se quedó dentro sin volver con respuesta. Blasco Núñez dió al licenciado Alvarez por el camino, sabiendo que lo había de llevar a España, una esmeralda de quinientos castellanos, que pidió y no pagó, a Nicolás de Ribera. Cueto y Zurbano soltaron a los hijos del marqués Francisco Pizarro con todos los otros presos, sino a Vaca de Castro, que no quiso salir; mas no quisieron recebir al virrey ni entregar las naos, por concierto que había entre ellos. Voceaban de tierra que diese los navíos; si no, que matarían al virrey; y hacían tantas cosas, que vino Zurbano con el batel bien esquifado de hombres y tiros a preguntar qué querían. Y como le respondieron que las naos o la muerte del virrey, dijo que no se las daría, mas que tomaría al virrey. Reprehendiólos mucho, y soltó un tiro y algunos arcabuces, dando vuelta para los navíos. Ellos entonces le deshonraron tirándole de arcabuzazos, y aun maltrataron al virrey, diciendo: «Hombre que tales leyes trujo, tal gualardón merece. Si viniera sin ellas, adorado fuera. Ya la patria es libertada, pues está preso el tirano.» E con estos villancicos lo volvieron a Cepeda, que posaba en casa de María de Escobar, donde le tuvieron sin armas y con guarda, que le hacía el licenciado Niño; empero comía con Cepeda y dormía en su mesma cama. Blasco Núñez, temiéndose de yerbas, dijo a Cepeda la primera vez que comieron juntos, y estando presentes Cristóbal de Barrientos, Martín de Robles, el licenciado Niño y otros hombres principales: «¿Puedo comer seguramente, señor Cepeda? Mirad que sois caballero.» Respondió él: «¡Cómo, señor! ¿tan ruin soy yo que si

le quisiese matar no lo haría sin engaño? Vuestra señoría puede comer como con mi señora doña Brianda de Acuña (que era su mujer); y para que lo crea, yo haré la salva de todo.» Y así la hizo todo el tiempo que lo tuvo en su casa. Entró un día fray Gaspar de Caravajal a Blasco Núñez y díjole que se confesase, que así lo mandaban los oidores. Preguntóle el virrey si estaba allí Cepeda cuando se lo dijeron, y respondió que no, mas de los otros tres señores. Hizo llamar a Cepeda, y se le quejó. Cepeda lo conhortó y aseguró, diciendo que ninguno tenía poder para tal cosa sino él; lo cual decía por la partición que habían hecho de los negocios. Blasco Núñez entonces lo abrazó y besó en el carrillo delante el mesmo fraile.

CLXII

De cómo los oidores embarcaron al virrey para España.

Estaban presos muchos españoles de cuando el virrey. Don Alonso de Montemayor, Pablo de Meneses, Jerónimo de la Serna y otros de aquellos presos ordenaron un motín por salir de la cárcel y librar al virrey. Mas sintiéronlo los oidores y remediáronlo. También hubo muchos de los de Chili que importunaron a los oidores que matasen al virrey. Cepeda prendió los más culpados para mostrar cómo no quería matarlo; empero luego los soltó porque Pizarro no los matase cuando viniese, que eran grandes enemigos suyos; y aun ayudó para el camino a Juan de Guzmán, Saavedra y a otros. Andaban las cosas revueltas en Los Reyes con la prisión de Blasco Núñez y venida de Gonzalo Pizarro, ca unos querían que llegase Pizarro, otros no querían. Muchos querían matar o echar de allí al virrey, y muchos soltalle. Quién holga-

ba con los oidores, e quién no. El virrey temía la muerte y sospiraba por España. Los oidores no sabían qué hacerse, en especial los tres que no se les diera mucho por aquella muerte. Mas al cabo determinaron enviarlo a España, según al principio pensaron, confiando de sí que se darían tan buena maña en allanar y gobernar la gente que se tuviese por bien servido el emperador; y en que el mesmo virrey se tenía la culpa de su prisión, según la información que enviaban. Acordaron que lo llevase o el licenciado Rodrigo Niño o Antonio de Robles o Jerónimo de Aliaga, vecinos de Los Reyes; pero Cepeda porfió que lo llevase Juan Alvarez, oidor, que lo tenía por más amigo y por más letrado para saber hablar en Castilla e informar al emperador. Contradijéronle terriblemente los otros dos oidores; y el licenciado Zárate le dijo delante los oidores y de Alonso Requelme, Juan de Cáceres y García de Saucedo, que estaban en la consulta, que era muy confiado y que no conocía como él a Juan Alvarez; y que los había de vender. Y quejándose desto el Alvarez, replicó Zárate: «Sí, juro a Dios que vos nos tenéis de vender; y si vos no quedárades acá, Cepeda lo había de llevar.» Llegó a Lima en este medio Aguirre, gran amigo del fator Guillén Juárez, y dijo malas palabras al virrey; el cual, oyéndolas y entendiendo que llegaba el licenciado Benito de Caravajal, temió que le matasen, y rogó a Cepeda, según dicen, que lo enviase a España. Cepeda, que lo deseaba, lo envió a la isla que está en el puerto de Lima, mandando al licenciado Niño que lo guardase con otros ciertos vecinos de Los Reyes. Cuando Blasco Núñez vió que lo embarcaban, dijo a Simón de Alcate, escribano, que le diese por testimonio cómo lo enviaban sus proprios oidores a una isla despoblada y en una balsilla de juncos para que se ahogase, y que lo echaban de la tierra del rey para darla a Gonzalo Pizarro. Cepeda mandó al mesmo escribano que asen-

tase cómo llevaban al señor virrey porque así lo pidía su señoría, por que no lo matasen sus enemigos por lo que había hecho; y que aquellas barcas de paja eran los navíos que usan allí; y que iban con él Juan de Salas, hermano de Fernando Valdés, presidente del Consejo Real de Castilla: el licenciado Niño y otros muchos vecinos de Lima. Así que lo llevaron a la isla y lo tuvieron ocho días o más. Estaba Cepeda congojado por no tener navíos para enviar a España a Blasco Núñez ni para tener la mar libre y segura. Temía no viniesen Zurbano, Cueto y Vela Núñez a tomar al virrey de la isla y juntando gente le matasen. Encargó al capitán Pedro de Vergara que con cincuenta buenos soldados procurase de coger las naos de Zurbano, que estaban en Guaura, diez y ocho leguas de Lima. Escogió Vergara cincuenta compañeros y comenzó a buscar en qué ir entre los barcos del puerto que quemara Jerónimo Zurbano; y por no hallar ni saber hacer en qué ir, ca era poco ingenioso, o por ser cinco las naos, volvió diciendo que no hallaba quien quisiese ir con él a tal empresa. Cepeda hizo llevar muchas carretas de tablas y otros materiales a la mar, de casa del veedor García de Saucedo, con las cuales adobó de presto algunos barcos y mandó a su maestre de campo Antonio de Robles que enviase luego gente para tomar las naos. A la noche dijo Antonio de Robles, cenando, a Cepeda que no hallaba soldados para ir a tan peligroso negocio. Respondió Cepeda que tomar cinco naos con trecientos mil ducados de Vaca de Castro y del virrey y de otros, que guardaban veinte hombres, no era mucho; mas que él hallaría quien fuese, y que no irían sino aquellos a quien él quisiese enriquecer. A la voz de tanto ducado hubo luego más de cincuenta soldados que se ofrecieron a ir. Cepeda entonces encomendó el negocio a García de Alfaro, que era hombre diestro en mar, el cual fué a Guaura con veinte y cuatro compañeros, ca en los barcos no

cupieron más, y escondióse entre unas peñas, llegando de noche, a esperar los que iban por tierra. Fueron por tierra Ventura Beltrán, señor de Guaura, don Juan de Mendoza y otros pocos; capearon a los navíos. Pensaron los de las naos que eran algunos amigos y salió a recogerlos Vela Núñez en dos barcos con la más gente que tenían. Mas en pasando de las peñas arremetieron a él los de García de Alfaro, y tornóse atrás. Alcanzáronlo, y rendióse por no aventurar la vida, aunque hizo muestra de quererse defender; y un Piniga, vizcaíno, hizo todo su posible por defender el barco en que venía. Con medio de Vela Núñez tomó Alfaro cuatro naos, que la otra llevara poco antes Zurbano. Llevaron al virrey a Guaura, y metiéronlo en una nave con muy buen recaudo. Fué luego el licenciado Alvarez a guardarlo y llevarlo a España con una larga información. Diéronle porque fuese seis mil ducados, repartidos entre vecinos de Lima, y todo el salario de un año; con lo cual, y con otras cosas suyas que vendió, hizo hasta diez mil castellanos; riqueza, que nunca pensó. Dieron también a los soldados y marineros de la nao dos mil ducados porque no fuesen descontentos. De la mesma manera que dicho habemos fué preso y echado el virrey Blasco Núñez Vela, al cabo de siete meses que llegó al Perú.

CLXIII

Lo que Cepeda hizo tras la prisión del virrey.

Luego que fué preso el virrey partieron los oidores, según ya dije, los negocios, y Cepeda, que gobernaba, deshizo las albarradas de la ciudad que hizo Blasco Núñez, dió pagas a los soldados y comida; repartió a cada vecino como tenía, hizo y aderezó arcabuces y

otras armas; nombró por capitanes de la infantería a Pablo de Meneses, Martín de Robles, Mateo Ramírez, Manuel Estacio, y a Jerónimo de Aliaga de los caballos; por maestre de campo, a Antonio de Robles, y a Ventura Beltrán por sargento mayor. Ordenó dos provisiones, con acuerdo de los oidores y oficiales del rey, para Gonzalo Pizarro, en que le mandaba dejar y deshacer la gente de guerra, so pena de ser traidor, si quería venir a Los Reyes; y si no quería venir, que enviase procurador con poderes e instrucciones bastantes a suplicar de las ordenanzas, como publicaba; que la Audiencia le oiría y guardaría justicia, pues el virrey, de quien se temía, no estaba allí; envió la una de aquellas provisiones con Lorenzo de Aldana, el cual se comió la provisión sin presentarla; porque si la presentara en el real de Pizarro o guardara en el pecho, lo ahorcara Francisco de Caravajal, maestro de campo, y aun así lo quiso ahorcar; mas valióle Gonzalo Pizarro, que fueran amigos y prisioneros de Almagro. La otra envió con Augustín de Zárate, contador mayor de cuentas, dándole por acompañado a don Antonio de Ribera, amigo y cuñado de Pizarro, ca era casado con doña Inés, mujer que fué de Francisco Martín, hermano de madre del marqués Francisco Pizarro. Cuando las provisiones llegaron había muerto Pizarro a Felipe Gutiérrez, Arias Maldonado y Gaspar Rodríguez, y no osó o no quiso fiarse de los oidores ni deshacer su gente. Envió a Hierónimo de Villegas que detuviese y atemorizase al contador Zárate para que cuando llegase al real no osase hacer sino lo que él y sus capitanes quisiesen; y por esto Zárate no pudo hacer otra diligencia ni traer más recaudo del que ellos mesmos le dieron; la suma del cual fué que hiciesen los oidores gobernador a Gonzalo Pizarro; si no, que los mataría.

CLXIV

De cómo Gonzalo Pizarro se hizo gobernador del Perú.

Al tiempo que pasaba en Los Reyes lo que dicho es entre Blasco Núñez y los oidores, se aderezó Gonzalo Pizarro en el Cuzco de lo que menester hubo para la jornada que comenzaba. Partióse para el virrey, publicando ir a suplicar de las ordenanzas, como procurador general del Perú, mas otro tenía en el corazón, y aun lo mostraba en la gente y artillería que llevaba, y en que no quiso acetar los partidos del virrey, que le hacía el provincial. Uno de los cuales era que por el otorgamiento de la suplicación de las ordenanzas hiciesen al emperador un buen presente, y otro, que pagasen los gastos hechos sobre aquel caso. De Xaquixaguana se le huyeron a Pizarro Grabiel de Rojas, Pedro del Barco, Martín de Florencia, Juan de Saavedra, Rodrigo Núñez y otros; mas cuando llegaron a Los Reyes estaba ya preso el virrey. Grande alboroto causó la ida de aquellos en el real de Pizarro, que eran principales hombres, y aun el Pizarro temió mucho. Volvió al Cuzco, rehízose de más gente y para la pagar tomó dineros y caballos a los vecinos que se quedaban. Dejó por su lugarteniente a Diego Maldonado, y caminó para Los Reyes. Topó a Pedro de Puelles y a Gómez de Solís, que le dieron grande ánimo y esperanza, con la mucha gente que llevaban. Vió los despachos del virrey, que llevaba Baltasar de Loaisa, clérigo de Madrid; a Gaspar Rodríguez y a otros, ca se los tomaron los Caravajales cuando de Los Reyes huyeron. Vino Loaisa por un perdón o salvoconducto para muchos que se querían pasar al virrey y temían, y a dar aviso del camino, gente y ánimo que Pizarro traía. El virrey se le dió para todos, salvo para

Pizarro, Francisco de Caravajal y licenciado Benito de Caravajal, y otros así; de que mucho se enojaron Pizarro y su maestre de campo; y dieron garrote a Gaspar Rodríguez, Felipe Gutiérrez y Arias Maldonado, que se carteaban con el virrey. Este fué el comienzo de la tiranía y crueldad de Gonzalo Pizarro. Quemó dos caciques cerca de Parcos, y tomó hasta ocho mil indios para carga y servicio, de los cuales escaparon pocos, con el peso y trabajo. Espantó a Zárate y a Lorenzo de Aldana, según poco ha contamos, y amenazó a los oidores si no lo hacían gobernador, que era muy contrario al pleito homenaje que no mucho antes les enviara con el provincial fray Tomás de Sant Martín y con Diego Martín, su capellán; donde juraba cómo su voluntad ni la de los suyos era de apelar solamente de las ordenanzas y obedecer a la Audiencia como a señora, e informar al emperador de lo que a su majestad cumplía, contándole toda verdad; y que si por sobrecarta mandase guardar y ejecutar sus nuevas leyes, que lo haría llanamente aunque viese perder la tierra y los españoles, y que de solo virrey se temía, por ser hombre recio y favorecedor de las cosas de Almagro. Muchos tuvieron este homenaje por engaño. Llegó Pizarro a la ciudad de Los Reyes y asentó real a media legua, como si la hubiera de cercar y combatir. Pidió la gobernación, amenazando el pueblo; los más que dentro estaban querían que se diesen, temiendo la muerte o el saco, y porque deseaban desterrar para siempre las ordenanzas por aquella vía. Cepeda quisiera darle batalla, pues ya no le aprovechaban mañas, por estar suelto el virrey; requirió la gente y capitanes, y como le dijeron que no la podían dar, por habérseles ido a Pizarro muchos de sus soldados, ni convenía al servicio del rey ni a la seguridad de la tierra, por las muertes que haber podía, lo dejó. Entró Francisco Caravajal en la ciudad, sin contradición ninguna de noche. Prendió a Martín de Florencia, Pedro de Barco y

Juan de Saavedra, y ahorcólos, porque dejaron a Pizarro, y aun por tomar sus repartimientos, que muy buenos eran; y dijo que así haría a los que no quisiesen al señor Pizarro por gobernador. Mucho temor puso esta crueldad a muchos, y sospecha en algunos, y en otros deseo de Blasco Núñez; y todos en fin dijeron que recibiesen por gobernador a Gonzalo Pizarro. Cepeda rehusaba, por quedar él en el gobierno y por no saber cómo lo trataría Gonzalo Pizarro. Mas empero, como no podía ofender ni resistir al contrario, y temía más al virrey, que libre andaba, que no a otro ninguno, fué del parescer que todos. Entró, pues, Gonzalo Pizarro en la ciudad de Los Reyes por orden de guerra, con más de seiscientos españoles bien armados, llevando su artillería delante, y con más de diez mil indios. Plantó los tiros en la plaza, y hizo alto allí con los soldados. Envió por los oidores, que estaban en audiencia en casa de Zárate, por estar enfermo, y dióles una petición, firmada de Diego Centeno y de todos los procuradores del Perú, que con él venían, en la cual les pedían que hiciesen gobernador a Gonzalo Pizarro, por cuanto así cumplía al servicio del rey, sosiego de los españoles y bien de los naturales. Ellos entonces le dieron una provisión de gobernador con el sello real, y a los cabildos otra para que le obedeciesen por consejo y voto de los oficiales del rey y de los obispos del Quito, Cuzco y Reyes y del provincial de los dominicos, y tomáronle pleito homenaje que dejaría el cargo en mandándolo el emperador, y que ejercitaría el oficio bien y fielmente a servicio de Dios y del rey y al provecho de los indios y españoles, conforme a las leyes y fueros reales. Pizarro lo juró asi, y dió fianzas dello ante Jerónimo de Aliaga. Protestaron del nombramiento y elección los oidores Cepeda y Zárate, diciendo cómo lo habían hecho de miedo, y asentáronlo en el libro de acuerdo. Tejada dijo que lo hacía de su voluntad y no

forzado, ca temió que lo matarían si contradecía, aunque sospecharon algunos que se hablaban con Pizarro y que todo aquello era fingido.

CLXV

Lo que Gonzalo Pizarro hizo en siendo gobernador.

Proveía oficios Gonzalo Pizarro y despachaba negocios por audiencia, en nombre del rey; empero, recelándose mucho de Cepeda, ca pensó que la prisión del virrey fuese trato doble, pues ya estaba suelto y hacía gente en Túmbez con el oidor Juan Alvarez, y porque Juan de Salas, el licenciado Niño y otros, por congraciarse, le decían cuán mañoso, entendido y animoso era, y que lo prendería o mataría cuando menos pensase, ca por eso sustentó la gente de guerra y procuró darle batalla, y así dicen que entendía mejor que todos los del Perú la guerra y gobernación. Dicen también cómo Francisco de Caravajal, que gobernaba al gobernador, y otros capitanes del ejército trataron de matar los oidores, y nombradamente a Cepeda, temiendo que, o los mataría o desprivaría si tuviese cabida con el gobernador. Pizarro dijo que tenía por amigo a Cepeda, y que los otros no eran para nada; pero que lo tentasen, preguntándole algo en la consulta de lo que a él y a ellos tocase, y si respondiese a su gusto, que se fiasen dél, y si no, que le matasen. Fué Cepeda avisado desto por Cristóbal de Vargas, regidor de Lima, y por don Antonio de Ribera, cuñado y alférez de Pizarro, y hablaba en las consultas tan a favor de ellos, que luego ganó la gracia del gobernador y vino después a mandarlo todo y a tenerlos debajo el pie y tener ciento y cincuenta mil ducados de renta. No se daba Pizarro buena maña en conten-

tar la gente, y así se le huyeron en un barco Iñigo Cardo, Pero Antón, Pero Vello, Juan de Rosas y otros, y se fueron al virrey, que hacía gente en Túmbez, y hubo sobre ello algún bullicio, y Francisco de Caravajal ahogó al capitán Diego de Gumiel en su casa una noche, y lo sacó después a degollar a la picota, diciendo que con aquello escarmentaría, y lo colgó con un título a los pies: «por amotinador». Paresce que había hablado libremente contra el gobernador y maestro de campo, y reprehendido a un soldado que entrando en Los Reyes matara a un señor indio con arcabuz por su pasatiempo, el cual miraba la entrada de Pizarro en una ventana de Diego de Agüero. Tomó Pizarro cuarenta mil ducados de la caja del rey, con acuerdo de los oidores, oficiales y capitanes, para pagar los soldados, diciendo que los pagaría de sus rentas, y que lo hacía también por tenerlos sujetos, pues metían prendas, votando que los tomase y diese para contra el rey. También dicen que repartió un empréstito entre los que tenían indios para sustentación del ejército; proveyó a muchos, de quien se confiaba, por sus tenientes, como fueron Alonso de Toro al Cuzco, Francisco de Almendras a los Charcas, Pedro de Fuentes a Arequipa, Hernando de Alvarado a Trujillo, Jerónimo de Villegas a Piura, Gonzalo Diez al Quito, y otros a otras villas; muchos de los cuales hicieron por el camino robos y muertes. Armó el navío do estaba preso Vaca de Castro, para enviar a Tumbez contra el virrey; mas Vaca de Castro se fué con él a Panamá, enviando a decir a Pizarro con un Hurtado cuán mal lo había hecho en hacerse gobernador y en descoyuntar con tormentos a sus criados Bobadilla y Pérez, por saber del tesoro que no había. Sacó también Pizarro poderes de todos los cabildos para el doctor Tejada y Francisco Maldonado, que los escogió por sus procuradores para enviar al emperador sobre la revocación de las ordenanzas y por confirmación del

oficio de gobernador, y a informar a su majestad cómo todo lo sucedido en aquellos reinos fuera culpa del virrey.

CLXVI

De cómo Blasco Núñez se libró de la prisión, y lo que tras ello hizo.

El oidor Juan Alvarez, que, como dicho queda, tomó encargo de llevar preso a España al virrey, lo soltó en Guaura, juntamente con Vela Núñez y Diego de Cueto, por perdón que le dió, por ganar mercedes del rey y porque ya estaba rico. Pensó ganar con él como con cabeza de lobo, y aun Blasco de Núñez pensó que lo tenía todo hecho en verse puesto en libertad; mas después se arrepintió muchas veces, diciendo que Juan Alvarez lo había destruido en soltalle; que si lo llevara a España, el emperador se tuviera por muy bien servido dél y el Perú quedara en paz porque Cepeda se aviniera con Pizarro de otra manera que se avino, si el virrey no se soltara, y Pizarro estuviera por el rey si el virrey se fuera a España; de manera que a todos hizo mal la libertad del virrey, y más a él mesmo que a otro, y luego a Juan Alvarez, que murió por ello. El daño vióse por el suceso, que la intención y principios buenos fueron. Fuése, pues, Blasco Núñez, como estaba suelto, a Tumbez, donde hizo gente y audiencia, llamando los pueblos comarcanos. Tomó todo el dinero del rey y de mercaderes que pudo, en Túmbez, Puerto-Viejo, Piura, Guayaquil y otros. Envió a Vela Núñez por dineros a Chira, el cual se hubo mal en el camino, y ahorcó un soldado bracamoro dicho Argüello. Envió a Juan de Guzmán por su gente y caballos a Panamá; despachó a Diego Alvarez Cueto a España con una muy larga carta para el em-

perador de cuanto le había sucedido hasta entonces con los oidores y con Gonzalo Pizarro y con los otros españoles que perseguido le habían. Muchos acudieron a Túmbez a la fama de la libertad y ejército del virrey, y otros a su llamamiento. Vino Diego de Ocampo con muchos de Quito, don Alonso de Montemayor con los que se huyeron de Pizarro, y Gonzalo Pereira con los que estaban en los Bracamoros, al cual saltearon una noche Jerónimo de Villegas, Gonzalo Diez de Pinera y Hernando de Alvarado y lo ahorcaron, tomando los de Bracamoros que venían al virrey, y en Túmbez comenzaron a temer con esto. Sobrevino Hernando Bachicao por mar, y acometiólos con más ánimo que gente, por lo cual huyó de allí Blasco Núñez, y aun por desconfiar de los que con él estaban, ca ciertos dellos le hacían y hicieron tratos dobles con Pizarro. Llegó a Quito Blasco Núñez muy fatigado porque no hallara de comer en más de cien leguas que hay de Túmbez allá; pero fué bien recibido y proveído de dineros, armas y caballos; por lo cual prometió de no ejecutar las ordenanzas. Hizo arcabuces y pólvora; envió por Sebastián de Benalcázar y por Juan Cabrera, que trajeron muchos españoles; por manera que allegó en poco tiempo tiempo más de cuatrocientos españoles y muchos caballos. Hizo general a Vela Núñez; capitanes de caballo, a Diego de Ocampo y a don Alonso de Montemayor, y de peones, a Juan Pérez de Guevara, Jerónimo de la Serna y Francisco Hernández de Aldana, y maestre de campo, a Rodrigo de Ocampo. Llegaron en aquesto a Quito ciertos soldados de Pizarro, que dijeron cómo estaba muy malquisto de todos los de Lima, y que si el virrey fuese allá se le pasarían los más del ejército; y a la verdad ello fué así al principio que entró en la gobernación; mas entonces era muy al contrario. Blasco Núñez lo creyó, y queriendo probar ventura, caminó para Los Reyes a grandes jornadas. Supo cómo en

la sierra de Piura estaban Jerónimo de Villegas, Hernando de Alvarado y Gonzalo Díez, capitanes de Pizarro, con mucha gente, mas no junta. Fué callando, amaneció sobre ellos, y como los tomó a sobresalto, desbaratólos fácilmente. Usó de clemencia con los soldados, por cobrar fama y amor, ca les volvió su ropa, armas y caballos, con tal que le ayudasen. Quedó Blasco Núñez con este vencimiento muy ufano, y los suyos muy soberbios, que así es la guerra. Entró en San Miguel, hizo justicia de algunos pizarristas, que de los suyos no osó, aunque saquearon el lugar; reparó las armas, haciendo algunas de cuero de bueyes, y acrecentó su gente de tal manera que pudiera defenderse del contrario, y aun ofenderle.

CLXVII

Lo que Hernando Bachicao hizo por la mar.

No se hallaba seguro Gonzalo Pizarro con saber que Blasco Núñez Vela estaba suelto y juntaba gente y armas en Tumbez, y para se asegurar de la Audiencia, que siempre la temía, pensó cómo la deshacer, y deshízola con enviar a España, so color de su procuración, al dotor Alisón de Tejada, y por que fuese dióle cinco mil y quinientos castellanos en rieles de oro y pedazos de plata, y el repartimiento de Mesa, vecino del Cuzco, que con Blasco Núñez estaba. Casó a su hermano de madre, Blas de Soto, con doña Ana de Salazar, hija del licenciado Zárate, por tenerlo de su mano; aunque por vía de temor poco caso hacía dél, que andaba muy malo. A Cepeda traíale consigo. Quiso también Pizarro señorear la mar por asegurar la tierra; y como no tenía naos ni las había, armó dos bergantines con cincuenta buenos soldados e

hizo capitán dellos a Hernando Bachicao, hombre de gentil denuedo y apariencia, que lo escogieran entre mil para cualquiera afrenta, pero cobarde como libre; y así solía él decir: «Ladrar, pese a tal, y no morder.» Era hombre bajo, mal acostumbrado, rufián, presuntuoso, renegador, y que se había encomendado al diablo, según él mismo decía; gran allegador de gente baja y mayor amotinador; buen ladrón por su persona, con otros, así de amigos como enemigos, y nunca entró en batalla que no huyese. Tal lo pintan a Bachicao; pero él hizo una jornada por mar de animo so capitán; porque partiendo de Lima con dos bergantines y cincuenta compañeros, entró en Panamá con veintiocho navíos, cuatrocientos soldados. De Lima fué Bachicao a Trujillo, y allí tomó y robó tres navíos. En Tumbez salió a tierra con cien hombres, y tan denodadamente, que hizo huir al virrey Blasco Núñez Vela, que tenía doblada gente y mejor armada: muchas veces quien acomete vence. Pensó el virrey que traía Bachicao trecientos soldados, y no se confiaba de algunos que consigo tenía y que después castigó de muerte. Robó el pueblo y no mató a nadie; pero dicen que llevaba mandamiento de matar al virrey. Tomó luego siete mil y ochocientos pesos de oro a Alonso de Sant Pedro, natural de Medellín. Tomó después una nao, y prendió a Bartolomé Pérez, capitán della por el virrey. Hubo en Guayaquil la ropa del licenciado Juan Alvarez, ya que a él no pudo, por huir a uña de caballo. En Puerto-Viejo tomó los navíos que había, saqueó el lugar, soltó a Joan de Olmos y a sus hermanos; prendió a Santillana, teniente del virrey; afrentaba a quien no le daba obediencia y comida; iba tan soberbio, que temblaban dél doquiera que llegaba. En Panamá hubo gran miedo de Bachicao, porque Juan de Llanes, que fué huyendo dél, contó sus maldades, aunque no las sabía todas. Juan de Guzmán, que hacía gente para el virrey, y otros muchos, no lo querían

acoger en el puerto. Los vecinos y mercaderes no se querían poner en armas por no perder las mercaderías que allí y en el Perú tenían. Estando en esto, envióles a decir Bachicao que no iba más de a poner allí los procuradores del Perú que pasaban al emperador, y que luego se volvería sin les hacer daño ni enojo. Pedro de Casaos, que gobernaba la ciudad, dijo que no debían impedir el paso a los embajadores ni dar ocasión que hubiese guerra ni muertes de hombres; y así se salieron Juan de Guzmán en un bergantín y Juan de Llanes en su nao, viendo cerca a Bachicao, el cual entró en el puerto con seis o siete naos, llevando colgado de una antena a Pedro Gallego, de Sevilla, porque no amainó las velas de su nao a *viva Pizarro,* y aun mató dos hombres combatiendo aquella nao. Apoderóse de más de veinte navíos que allí estaban; huyeron muchos vecinos viendo tales principios; echó en tierra sus soldados, y entró en Panamá en ordenanza con son de atambores, pífanos y chirimías, y tirando arcabuces por alto, y aun uno pasó el brazo a Francisco de Torres, que los miraba de su ventana. Apañó luego la artillería, y atrajo los soldados que Juan de Guzmán hacía, dándoles de comer a costa del pueblo y ofreciéndoles pasaje franco al Perú, y así tuvo en breve más de cuatrocientos soldados y veinte y ocho navíos. Tomaba los dineros y ropa que se le antojaba a los vecinos y mercaderes; vendía licencias para ir al Perú; comía a discreción; en fin, hacía como capitán de tiranía. El doctor Tejada, que a todo esto fué presente, y Francisco Maldonado, se fueron al Nombre de Dios y luego a España; mas el doctor se murió antes de llegar a ella. Visto cuán disoluto y dañoso andaba Bachicao, trataron muchos de matarle. Adelantóse Bartolomé Pérez por ganar la honra, o porque lo había querido ahorcar en Tumbez, y conjuróse con el capitán Antonio Hernández y con el alférez Cajero, los cuales, no se atreviendo, requi-

rieron a un Marmolejo, que descubrió el secreto. Bachicao, desque lo supo, degollólos a todos tres el mesmo día que matarlo querían, y degollara a Luis de Torres, a don Pedro de Cabrera, a Cristóbal de Peña, a Hernando Mejía y a otros, que los hallaba culpados, si no huyeran. Con tanto se volvió Bachicao para el Perú en cabo de cuatro meses que a costa y daño de los vecinos estuvo en Panamá. Desembarcó en Guayaquil con cuatrocientos hombres, por carta que de Pizarro tuvo para ir contra el virrey.

CLXVIII

De cómo Gonzalo Pizarro corrió a Blasco Núñez Vela.

Determinó Gonzalo Pizarro, después de partido Bachicao, de ir contra el virrey, ca le iba su vida en la muerte o destierro de Blasco Núñez. Puso tenientes en todos los pueblos que tuviesen la tierra por él; dijo a los más principales de cada lugar que le siguiesen, por meterlos en la culpa; y así fueron con él Pedro de Hinojosa, Cristóbal Pizarro, Juan de Acosta, Pablo de Meneses, Orellana y otros vecinos de los Charcas. De Guamanga, Vasco Juárez, Garcí Martínez, Garay y Sosa. De Arequipa, Lucas Martínez con otros. Del Cuzco, Diego Maldonado el Rico, Pedro de los Ríos, Francisco de Caravajal, que era maestre de campo, Garcilaso de la Vega, Martín de Robles, Juan de Silvera, Benito de Caravajal, García Herrezuelo, Juan Díez, Antonio de Quiñones, Porras y otros muchos. De Lima, Guanuco, Chachapoyas y otros pueblos fueron los más vecinos. Vino a Los Reyes Pedro Núñez, un fraile buen arcabucero, de quien ya en otra parte hablamos, que solicitaba el bando de Pizarro, con la nueva del desbarato que habían hecho Hernando de

Alvarado, Gonzalo Díez, Hierónimo de Villegas, de la gente de los Bracamoros que llevaba Gonzalo Pereira al virrey; por lo cual se partió luego Pizarro, dejando en Lima por su lugarteniente a Lorenzo de Aldana. Fué por mar hasta Santa Marta en un bergantín con los licenciados Cepeda, Niño, León, Caravajal y bachiller Guevara, y con Pedro de Hinojosa, Blasco de Soto y otros criados suyos. El mesmo día que llegó a Trujillo llegó también Diego Vázquez, natural de Avila, con la nueva que Blasco Núñez desbaratara a Gonzalo Díez, Hernando de Alvarado y Hierónimo de Villegas cerca de Piura, y se tomara la más gente, y que habían muerto Gonzalo Díez de hambre, por huir, y Alvarado a manos de indios. Pesóle mucho desto a Pizarro, por las fuerzas que iba cobrando el virrey. Llamó a consejo sus letrados y capitanes sobre lo que hacer debía, y determinaron ir al virrey, que estaba en Sant Miguel, con los pocos que eran, y porque no fuesen sentidos, enviaron al capitán Juan Alonso Palomino con doce buenos soldados a tomar el camino. Hubo muchos hombres ricos que de miedo dijeron cómo era locura ir sobre Blasco Núñez con tan poca gente, y que enviasen primero por Bachicao; mas como llegase a otro día Francisco de Caravajal y confirmase lo acordado, salieron de Trujillo. En Colbique se les juntaron Gómez de Alvarado y Juan de Saavedra con los que traían de Guanuco, Levanto y Chachapoyas; de Motupe envió Pizarro a Juan de Acosta con veinte y cuatro de caballo, hombres de confianza, por el camino de los Xuagueyes, que es el real, pero sin agua; y él con todo el campo fué por Cerrán, que es otro camino para ir a Piura, más a la sierra, a fin que Blasco Núñez acudiese a Juan de Acosta, pensando que iba por allí todo el ejército; mas deshízole su ardid un yanacona de Joan Rubio que iba con Joan de Acosta, ca fué preso de los contrarios yéndose a Piura, su naturaleza, y dijo lo que hacía Pizarro. Blasco

Núñez tuvo miedo de que lo supo y huyó al Quito por el camino de Cajas. Salieron a él los de Sant Miguel, que andaban por los montes, y tomáronle gran parte del bagaje, diciendo que se pagaban del saco. Pizarro dijo luego aquella tarde a Francisco de Caravajal, delante Hinojosa y Cepeda, cómo quería enviar a Joan de Acosta con ochenta buenos arcabuceros tras el virrey, que le dijese su parecer. El respondió que le parescía tan bien, que lo había querido hacer él; y preguntado cómo lo pensaba hacer, dijo: «¿A mí me lo dice vuestra señoría? (que era su manera de hablar). Yo los tomaré a todos como en red barredera.» Díjole Pizarro entonces que tenía ganado el juego si lo alcanzaba; por tanto, que caminase toda la noche, ca si hallaba sin centinelas a los enemigos podía matar cuantos quisiese, y si en la sierra, que los entretuviese por aquellos estrechos pasos hasta el día, que todo el campo sería con él. Fué, pues, Caravajal con más de cincuenta de caballo y alcanzó los enemigos, tres horas de noche, durmiendo tan descuidadamente, que certísimo los mataba y prendía si quisiera. Mas él no quería acabar la guerra, sino sustentarla, por tener mando y señorío. Tocó arma con un trompeta que llevaba, contra el parecer de los suyos, que alancearlos querían viéndolos adormidos. Blasco Núñez sintió el negocio, diciendo que Caravajal usaba de maña, y, como valiente hombre se puso a la defensa, tomando a la par de sí a su primo Sancho Sánchez de Avila y a Figueroa de Zamora, que eran muy esforzados; mas viendo ciar los contrarios, se fué a su paso y orden. Caravajal, que lo vió ido, prendió ciertos del virrey, ahorcó algunos y esperó al ejército. Estuvieron tan mal con él porque no peleó con Blasco Núñez, Pizarro y todos, que le mandaban cortar la cabeza; y se la cortaran, sino por Cepeda y Benito de Caravajal, que se les encomendó. Pizarro mandó seguir el virrey al licenciado Caravajal con docientos hombres,

por serle tan enemigo, que haría el deber. El licenciado fué muy alegre dello, así por tornar en gracia de Pizarro como por ir a vengar la muerte del fator su hermano, ca le quitara el repartimiento de indios y le pusiera la soga a la garganta, mandándole confesar. Pidió a Francisco de Caravajal un escogido puñal que tenía; juró si alcanzaba al virrey de matarlo con él. Caminó mucho, y antes de Atabaca, que son catorce leguas desde Cajas y de áspero camino, tomó mucha gente del virrey, y él se le escapó con hasta setenta, muchos de los cuales le siguieron por miedo de Pizarro y no por amor del rey, siendo los de Chili y de los renegados que llamaban. El maestre de campo Caravajal, que iba con el licenciado, ahorcó en Ayabaca a Montoya, que traía cartas del virrey a Pizarro; a Rafael Vela, mulato, pariente de Blasco Núñez, y a otros tres vecinos de Puerto-Viejo y de allí. Leyó Pizarro las cartas del virrey públicamente, y contenían que le pagase lo que había gastado suyo y del rey y de particulares en las guerras, y que se iría a España, de lo cual, o por otras cosas que dirían, se enojó y mandó matar al Montoya y envió tras Blasco Núñez a Juan de Acosta, con sesenta compañeros de caballo a la ligera, por que aguijasen. El virrey anduvo lo posible hasta Tumebamba con tanto trabajo y hambre cuanto miedo; alanceó a Jerónimo de la Serna y a Gaspar Gil, sus capitanes, sospechando que se carteaban con Pizarro, y diz que no hacían, a lo menos Pizarro nunca recibió carta dellos entonces. Hizo también matar a estocadas, por la mesma sospecha, a Rodrigo de Ocampo, su maestre de campo, que no le tenía culpa, según todos decían, y que no se lo merecía, habiéndole sustentado y seguido. Llegado a Quito, mandó al licenciado Alvarez que ahorcase a Gómez Estacio y Alvaro de Caravajal, vecinos de Guayaquil, porque conjuraron de matarle, y de hecho lo mataran, que eran valientes y osados y no les faltaba favor, sino

que manifestó la traición Sarmiento, cuñado del Gómez, y sin esto merecía cualquiera castigo, ca en Tumbez se fué a Bachicao, y viendo la poca y ruin gente que traía, se volvió al virrey con achaque que iba por sus caballos. Supo luego el virrey cómo Bachicao se había juntado con Pizarro en Muliambato y que caminaban al Quito a perseguirle, y fuése a Pasto, cuarenta o más leguas de Quito, que es en la provincia de Popayán, pensando que no irían más tras él. Pizarro fué también a Pasto con su ejército; mas cuando llegó era ido Blasco Núñez a Popayán casi sin gente. Envió en seguimiento dél al licenciado Caravajal, aunque deseó ir Francisco de Caravajal por enmendar lo de la otra vez; mas el licenciado se volvió presto con algunos hombres y ganado que tomó al virrey; y con tanto se volvió Pizarro al Quito, habiendo corrido a Blasco Núñez de todo el Perú. Quiso también matar entonces el virrey un Olivera, que había sido su paje, y aun por mandado de Pizarro (según la fama), el cual no siendo cuerdo, ni aun valiente, se descubrió a Diego de Ocampo para que le ayudase, con decir que así vengaría la muerte de su tío Rodrigo de Ocampo. El virrey lo mandó matar, por más que prometía de matar él a Gonzalo Pizarro.

CLXIX

Lo que hizo Pedro de Hinojosa con el armada.

Eran tantas las quejas que daban a Pizarro sobre los agravios y robos de Bachicao, que se determinó en consejo que fuese otro capitán hombre de bien a pagarlos, o en la mesma ropa o en dineros del mesmo Pizarro. Llamaban de Pizarro todo lo que tenía entonces. Hubo dificultad y negociación sobre quién iría,

ca Pizarro y los más querían que fuese Pedro de Hinojosa, hombre de bien y valiente. Francisco de Caravajal y Guevara, capitán de arcabuceros; Bachicao, que tenía las voluntades de la mayor parte del ejército, y otras principales personas querían que volviese el mesmo Bachicao; así que Pizarro no todas veces hacía lo que quería, sino lo que podía. Habló a Martín de Robles y a Pedro de Puelles, que mal estaban con Caravajal y Bachicao, porque llevaban tras sí los más soldados, para que hiciesen, juntamente con Cepeda, en la consulta, que Bachicao no fuese. Cepeda, teniendo palabra dellos que serían con él, dijo muchas razones por do no cumplía que volviese Bachicao, sino Hinojosa; y así, lo eligieron. Bachicao, que a todo fué presente, calló; Caravajal replicó, pero no prevaleció. Tomó Pedro de Hinojosa la armada para ir a Panamá y pagar buenamente lo que Bachicao tomara y para no dejar juntar un navío con otro en toda aquella costa; ya tenían por cierto, como era, que, siendo señor del mar, señorearía la tierra. Llegando a Buenaventura, prendió a Vela Núñez, que hacía gente para su hermano, y a otros muchos, y cobró un hijo de Gonzalo Pizarro que allí tenían y veinte mil castellanos, con que compraban caballos y armas para el virrey. Antes de llegar a Panamá escribió al cabildo con Rodrigo de Caravajal la intención que llevaba; mas no le creyeron, y Joan de Llanes, Joan Fernández de Rebolledo, Joan Vendrell, catalán; Baltasar Díez, Arias de Acebedo y Muñoz de Avila, vecinos de la ciudad, llamaron a Pedro de Casaos que trajese gente del Nombre de Dios, donde estaba; el cual vino y se puso a la defensa con los que trajo y con los que allí había; y respondieron que, hostigados de Bachicao, no le querían recebir con toda la gente y flota; mas que, dejando los navíos en Taboga, isla, y viniendo con solos cuarenta hombres que bastaban para compañía, lo recibirían y hospedarían en tanto que pagaba los

robos de Bachicao. El, no aceptando tal condición, tomó los navíos del puerto y requirió a los de la ciudad con un fraile que lo acogiesen de paz, pues no venía a les hacer mal, sino bien. Ellos, no fiándose del fraile, pidieron caballeros y hombres honrados con quien tratar el negocio: él les envió a Pablo de Meneses y al mesmo Rodrigo de Caravajal; mas antojándosele que tardaban, caminó para la ciudad, topólos, y como le dijeron que los de Panamá en armas estaban, desembarcó una legua de la ciudad, sacó la gente a tierra, caminó con ella en escuadrón, llevando cerca las barcas con artillería. Pedro de Casaos, Juan de Llanes y otros capitanes sacaron su gente y artillería hacia Hinojosa. Como a vista unos de otros llegaron, se ordenaron todos a la batalla; los de Panamá eran más personas; los de la flota, más arcabuceros y tenían ventaja en el sitio y barcas. Ya los escuadrones querían arremeter, cuando don Pedro de Cabrera y Andrés de Areiza, diciendo: «Paz, paz», fueron a demandar treguas al Hinojosa para entre tanto dar un buen corte en aquel negocio, y concertaron con él que enviase toda la flota y gente a Taboga y entrase con cincuenta compañeros en la ciudad. El lo hizo así, y otro día entró, con placer de todos, y comenzó a entender a lo que iba: envió a Lima presos a Vela Núñez, Rodrigo Mejía, Lerma, Saavedra, que después degolló Pizarro; hacía o decía cosas por donde los soldados de la ciudad se fueron a Taboga. Llanes se le quejó dello; y viendo que todos acostaban al bando de Pizarro, entregó las armas, munición y artillería que tenía al cabildo y al doctor Ribera, juez de residencia, y fuese a Santa Marta con algunos que seguirle quisieron. Estaba entonces en Nicaragua Melchor Verdugo haciendo gente para Blasco Núñez, el cual había tomado dineros y un navío a los de Trujillo, con mandamiento del virrey; e ido allí Hinojosa, por ser contra Pizarro, envió allá a Joan Alonso Palomino con una

nao bien armada de hombres y tiros, para echar a fondo los navíos de Nicaragua si no quisiesen dárselo. Palomino fué y tomó los navíos que halló, y volvióse; Verdugo metió en ciertas barcas ochenta españoles y fuése por el desaguadero de la laguna al Nombre de Dios, con propósito de dañar por allí el partido de Pizarro y de Francisco de Caravajal, que mal quería; entró casi sin que lo viesen, cercó y puso fuego a las casas de Hernando Mejía y de su suegro don Pedro de Cabrera, que allí estaban con gente por Hinojosa y Pizarro: ellos huyeron a Panamá, y él se apoderó del lugar y hizo lo que quiso con trecientos soldados que juntó. Quejáronse los vecinos del Nombre de Dios al doctor Ribera de los daños, costa y agravios que Verdugo les hacía en su jurisdicción: él pidió favor a Hinojosa para lo castigar; Hinojosa le dió ciento e cuarenta arcabuceros y se fué con él: tomaron las escuchas de Verdugo, y sabiendo cuán pujante y fuerte estaba, lo requirió el doctor que se fuese de allí, haciendo primero enmienda de los daños y gastos hechos; y como le respondió soberbiamente, arremetieron a ellos arcabuceros de Hinojosa y retrajéronlo a la mar, donde tenía una nao y barcos a tierra pegados, hiriendo y matando. Verdugo, aunque peleó bien con sus trecientos hombres, se metió en la nao e huyó; Hinojosa dejó allí a don Pedro de Cabrera y a Hernán Mejía como antes los tenía, y volvióse a Panamá.

CLXX

Robos y crueldades de Francisco de Caravajal con los del bando del rey.

Lope de Mendoza, enojado porque le habían quitado su repartimiento, empuso a Diego Centeno, de Ciudad-Rodrigo, alcalde de la villa de la Plata, en que

matasen a Francisco de Almendras, teniente de Pizarro, y se alzasen por el rey. Centeno, que muy contento se estaba, vino en ello por no ser notado de traidor y cobarde, ca era valiente hombre, y juntó en su casa secretamente a Lope de Mendoza, Luis de León, Diego de Rivadeneyra, Alonso Pérez de Esquivel, Luis Perdomo, Francisco Negral y otros cuatro o cinco, y díjoles que quería matar a Francisco de Almendras, que había quitado los repartimientos a muchos y muerto a don Gómez de Luna, y alzarse por el rey con aquella villa y tierra. Ellos, loando la determinación, respondieron que le ayudarían; él entonces se fué con Lope de Mendoza, que le había puesto en aquello, a casa del Francisco de Almendras, su vecino y amigo; díjole que había sabido cómo el virrey tenía preso a Gonzalo Pizarro en el Quito; y como se turbó con la nueva, abrazóse con él diciendo: «Sed preso.» Sobrevinieron sus diez compañeros, e degolláronlo, con un criado suyo y con otros que loaran la prisión del virrey; pusieron la justicia y bandera por el emperador, e hicieron capitán general a Diego Centeno, el cual convocó gente de guerra; dióle paga de su hacienda y de la del rey; tomó por maestro de campo a Lope de Mendoza y por sargento a Hernán Núñez de Segura; pregonó guerra contra Pizarro, y caminó para el Cuzco con docientos españoles a caballo y a pie, pensando hacer allí otro tanto; mas como salió a él Alonso de Toro, teniente del Cuzco por Pizarro, con trecientos hombres, dió la vuelta, y como le dejaron por ella los soldados, metióse a las montañas, no osando parar en los Charcas. Alonso de Toro lo siguió, robó los Charcas, puso en la Plata con gente a Alonso de Mendoza, y tornóse al Cuzco, donde ahorcó a Luis Alvarez y degolló a Martín de Candía porque hablaban mal de Pizarro. Diego Centeno, desque lo supo, volvió sobre la Plata, rogó a Alonso de Mendoza que, pues era caballero, siguiese al rey; y como no

lo quiso escuchar, ganó la villa, reformó el pueblo, rehizo el ejército, púsose en campo. Alonso de Mendoza se retiró con treinta hombres casi cien leguas sin perder un hombre. Es Alonso de Mendoza uno de los señalados hombres de guerra que hay en el Perú, con quien ninguna comparación tenía Centeno ni Caravajal. Sabiendo Gonzalo Pizarro la muerte de Francisco de Almendras y alzamiento de Centeno, por carta de Alonso de Toro, que trujo Machín de Vergara, envió del Quito a la Plata, que hay quinientas leguas, a Francisco de Caravajal con gente a castigar a Centeno y a los otros que contra él se habían mostrado. Caravajal fué robando la tierra so color de pagar su gente y los gastos de Pizarro hechos contra Blasco Núñez; ahorcó en Guamanga cuatro españoles sin culpa, y en el Cuzco cinco, entre los cuales fueron Diego de Narváez, Hernando de Aldana y Gregorio Setiel, hombres riquísimos y honrados; tomóles sus repartimientos, diólos a sus soldados y caminó para Centeno, publicando que no le quería hacer mal, sino reducirlo en gracia de Pizarro. Centeno rehusó su vista y habla; dejó en Chaian, donde tenía el real, a Lope de Mendoza con la infantería, y salióle al camino con ciento de caballo; dió sobre Caravajal una noche apellidando al rey, ca pensaba que se le pasarían muchos oyendo aquella voz, entre tanto que decían: «¡Arma, arma!» Empero ninguno se le pasó. Trabó una escaramuza, como fué salido el sol, por el mesmo efeto; mas como los vió tan firmes, tornóse a Chaian, desconfiado de poder guardar la tierra por el rey. Caravajal corrió tras él, desbaratóle y siguióle hasta Arequipa, que hay ochenta leguas; ahorcó en el alcance doce españoles, y los más sin confesión. Diego Centeno, aunque iba huyendo, levantaba la tierra contra Pizarro, diciendo que se guardasen del cruel Caravajal; hizo escrebir a don Martín de Utrera una carta para el Cuzco, en que decía cómo Diego Cente-

no había muerto a Francisco de Caravajal, y que iba sobre ellos. Alonso de Toro creyó la carta, por ser vecino de aquella ciudad el don Martín, y huyó dende con los más que pudo; pero luego tornó, sabida la verdad, y ahorcó a Martín de Salas, que alzó banderas por el rey, y a Martín Manzano, Hernando Díez, Martín Fernández, Baptista el Galán y Sotomayor, y otros que mostrado se habían contra Pizarro. De que Centeno tan perseguido se vió de Caravajal y con no más de cincuenta compañeros, envió los quince con Diego de Rivadeneyra por un navío en que salvarse; mas no le dió tanto vagar su enemigo; y como se vido perdido y casi en las manos de Caravajal, lloró con sus treinta compañeros la desventura del tiempo; abrazólos, y rogándoles que se guardasen del tirano, se partió dellos y se fué a esconder con un su criado y con Luis de Ribera a unos lugares de indios que tenía Cornejo, vecino de Arequipa: cada uno echó por do mejor le pareció, temiendo morir presto a cuchillo o hambre. Lope de Mendoza se fué con doce o quince dellos a unos pueblos suyos; juntó hasta cuarenta españoles; y queriendo meterse con ellos en los Andes, que son asperísimas sierras, supo de Nicolás de Heredia, que venía con ciento y cuarenta hombres, de la entrada que hicieron Diego de Rojas y Felipe Gutiérrez el río de la Plata abajo en tiempo de Vaca de Castro, y juntóse con él, y entrambos se hicieron fuertes y a una contra los pizarristas. Caravajal fué con sus cuatrocientos soldados en sabiéndolo, y púsose a vista como en cerco. Lope de Mendoza, confiando en muchos caballos que tenía, dejó el lugar fuerte, por ser áspero o porque no le cercasen y tomasen por hambre, y asentó real en un llano. Caravajal con un ardid que hizo se metió en la fortaleza, escarnesciendo la ignorancia de los enemigos. Lope de Mendoza, queriendo enmendar aquel error, con osadía acometió la fortaleza luego aquella noche con los

peones por una puerta, y Heredia por otra con los caballos: los de pie entraron gentilmente y pelearon matando y muriendo; los de caballo no atinaron a la puerta con la gran oscuridad de la noche, y convínoles retirar y huir. Caravajal fué herido de arcabuz en una nalga malamente; mas ni lo dijo ni se quejó hasta vencer y echar fuera los enemigos: curóse y corrió tras ellos; alcanzólos a cinco leguas, orillas de un gran río; y como estaban cansados y adormidos, desbaratólos fácilmente; prendió muchos, ahorcó hartos y degolló al Lope de Mendoza y a Nicolás de Heredia; despojó los Charcas, saqueó la Plata, ahorcando y descuartizando en ella nueve o diez españoles de Lope de Mendoza que halló allí; fué a Arequipa, robóla y ahorcó otros cuatro; caminó luego al Cuzco y ahorcó otros tantos. Hacía tantas crueldades y bellaquerías, que nadie osaba contradecirle ni parecer delante.

CLXXI

La batalla en que murió Blasco Núñez Vela.

Después de lanzado el virrey y despachados Hinojosa a Panamá y Caravajal contra Centeno, se estuvo Gonzalo Pizarro en Quito festejando damas y cazando, y aun dijeron que matara un español por gozar de su mujer; y Francisco de Caravajal le dijo, a la que se partía, que se hiciese y llamase rey si quería bien librar, o porque siempre fué deste consejo, o por soldar la quiebra de no acabar al virrey en Caxas; tomó aviso de lo que Blasco Núñez hacía en Popayán, y procuró de engañarlo, y engañólo desta manera: tomó los caminos para que nadie pasase a él sino por su mano; publicó que se volvía a Lima, y por que lo creyesen en Popayán hizo a unas mujeres de Quito escrebir a

sus maridos, que allá estaban, cómo era vuelto. Esto negoció Puelles, que por ausencia de Caravajal era maestre de campo. Lo mesmo escribió una espía del virrey, que tomaron por dádivas y por miedo. Blasco Núñez creyó, por las muchas cartas, que Pizarro era vuelto a lo de Centeno, considerando la razón que había para no dejar la riqueza y grandeza del Perú en aquellas alteraciones por guardar la frontera de Quito. Había llegado Blasco Núñez a Popayán muy destrozado, y aun en el camino se comiera ciertas yeguas por hambre. Maldijo la hora que al Perú viniera y los hombres que halló en él, tan corajudos y desleales. Quería vengar su saña, y no tenía posibilidad; sintía mucho la prisión de su hermano Vela Núñez y pérdida de los veinte mil castellanos que Hinojosa tomara. No confiaba de todos los que tenía; pero no perdía esperanza de prevalecer en el Perú, entrando en Quito y después en Trujillo; y así como creyó que Pizarro se había tornado a Los Reyes aderezó para entrar al Quito con hasta cuatrocientos españoles, que bastaban para trecientos que había allá, según decían; y por mucho que algunos se lo contradijeron, no quiso otra mayor certidumbre, ca el tiempo descubre los secretos. Estaba Joan Marqués en un su lugarejo con ciertos soldados, veinte y cuatro leguas de Quito; espiaba con sus indios a Blasco Núñez y avisaba a Pizarro cada día. Nunca Blasco Núñez supo de Pizarro, que fué grandísimo descuido, hasta Otavalo, nueve leguas de Quito, o más cerca, que se lo dijo Andrés Gómez, espía. Pizarro, dejando a Quito, se fué a poner real cuatro leguas de la ciudad, a par del río Guailabamba, en lugar fortísimo, por seguridad y por impedir o vencer allí al enemigo. Blasco Núñez entendió el intento, reconoció el sitio, hizo muestra de subir, mandando bajar al río alguna gente; encendió muchos fuegos para desmentir los enemigos, y fuése a prima noche por lugares asperísimos y sin camino;

anduvo toda la noche con gran diligencia, y a mediodía entró en Quito, que sin guarnición estaba. Informado de la gente y fortaleza de Pizarro, temió él y su ejército. Aconsejábanle el adelantado Sebastián de Benalcázar, el oidor Juan Alvarez y otros que se entregase a Pizarro con ciertos buenos partidos. Blasco Núñez, respondiendo que más quería morir, y animando a los soldados, fué contra Pizarro con más ánimo que prudencia, ca si en Quito se fortificara se defendiera, a lo que dicen; pero él no quería que le cercasen, por no ser preso y muerto, sino pelear en campo, por salvarse si vencido fuese; ordenó desta manera su gente: puso todos los peones en un escuadrón, dejando algunos arcabuceros sobresalientes, que trabasen la escaramuza y encomendólos a Juan Cabrera, su maestre de campo, y a los capitanes Sancho Sánchez de Avila, Francisco Hernández de Cáceres, Pedro de Heredia, Rodrigo Núñez de Bonilla, tesorero. Hizo de los caballos dos escuadrones: el mayor y mejor tomó él, y dió el otro a Cepeda, de Plasencia, y a Benalcázar y a Bazán. Pizarro siguió aquella mesma orden, porque la reconoció primero. Tenía setecientos españoles; los docientos eran arcabuceros y los ciento y cuarenta de caballo; puso a la mano izquierda delante a Guevara con sus arcabuceros y luego los piqueros, tras quien iba el licenciado Cepeda, Gómez de Alvarado y Martín de Robles, con hasta ciento de caballo, los más principales de la hueste. Llevaron la mano derecha Juan de Acosta, con arcabuces, y tras él los piqueros, y al cabo el licenciado Caravajal, Diego de Urbina, Pedro de Puelles, que capitaneaban cada trece o cada quince de caballo. Cubrió Pizarro por esta forma la caballería con las picas, que fué ardid, y estúvose quedo. Blasco Núñez, que traía cólera, comenzó la pelea. Jugaron sus arcabuces los pizarristas y mataron muchos contrarios, y entrellos a Juan de Cabrera, a Sancho Sánchez y al capitán Cepeda. Des-

atinaron con esto los de caballo, y juntáronse todos con el virrey, y juntos arremetieron al escuadrón del licenciado Caravajal, y rompiéronlo, derribando algunos; y Blasco Núñez derrocó a Alonso de Montalvo, zamorano. Viendo esto, arremetió a ellos el escuadrón de Cepeda por detras de su infantería, y como los tomó de través, fácilmente los desbarató. Huyeron, viéndose perdidos; siguiéronlos Cepeda, Alvarado y Robles, y no se les fué hombre dellos, si no fueron Iñigo Cardo y un Castellanos; mas después trajeron de Pasto al Castellanos y lo ahorcaron, y al Iñigo Cardo mató el licenciado Polo en los Charcas. Húbose Pizarro con los vencidos piadosamente; no mató sino a Pedro de Heredia, Pero Bello, Pero Antón, Iñigo Cardo, que lo dejaron por el virrey; fué también fama que dieron yerbas al oidor Juan Alvarez, con que murió. Desterró a cuantos pensaba que le serían contrarios, por no matarlos, como algunos se lo aconsejaron; y después se arrepintió. Soltó a los demás, y ayudó con armas y dineros a muchos, como fué Sebastián de Benalcázar, para volver a su gobernación de Popayán, no mirando a lo que había hecho contra su hermano Francisco Pizarro, que se le alzó; así que ni la batalla ni la vitoria fué cruel, ni murieron mas de cinco o seis de los de Pizarro. Hernando de Torres, vecino de Arequipa, encontró y derrocó a Blasco Núñez, y aun en el alcance, según algunos, sin conocerlo, ca llevaba una camisa india sobre las armas. Llególe a confesar Herrera, confesor de Pizarro, como lo vió caido; preguntóle quién era, que tampoco lo conocía; díjole Blasco Núñez: «No os va en eso nada; haced vuestro oficio.» Temíase alguna crueldad. El caballo en que peleó tenía catorce clavos en cada herradura, por do pensaron muchos que quisiera huir viéndose desbaratado. Un soldado que fuera suyo lo conoció y lo dijo a Pedro de Puelles, y Puelles al licenciado Caravajal, para que se vengase. Caravajal mandó a un

negro que le cortase la cabeza porque Puelles no le dejó apear, diciendo ser bajeza; y el mesmo Puelles tomó la cabeza y la llevó a la picota, mostrándola a todos. Dicen que le pelaron las barbas algunos capitanes y las guardaron y trajeron por empresa. Pizarro mandó llevar casa de Vasco Juárez, que era de Avila, el cuerpo y la cabeza, como supo que estaba en la picota, y otro día lo enterraron honradamente; y trajo luto Pizarro. También pagaron después en dinero la muerte del virrey a sus hijos los que le mataron.

CLXXII

Lo què Blasco Núñez dijo y escribió a los oidores.

Decía muchas veces Blasco Núñez que le habían dado el emperador y su Consejo de Indias un mozo, un loco, un necio, un tonto por oidores, y que así lo habían hecho, como ellos eran. Mozo era Cepeda, y llamaba loco a Joan Alvarez, y necio a Tejada, que no sabía latín. Desde Panamá comenzaron a estar mal los oidores y el virrey sobre si era su superior o no y sobre la manera del proveer cosas de justicia y gobernación, a causa que unas provisiones hablaban con presidente y oidores y otras con sólo èl virrey. Trajo Joan Alvarez su amiga, que de Castilla llevaba, del Nombre de Dios a Panamá en hamaca, y enojóse del virrey porque se lo afeó. Libraron pleitos, soltaron y prendieron hombres sin ser recebidos por oidores; y Joan Alvarez tuvo en Trujillo a un caballero sobre un asno, y le diera cien azotes sino por buenos rogadores. Cargaban indios de su ropa sin pagarlos, contra las ordenanzas. Porque Alonso Palomino, alcalde ordinario de Sant Miguel, no se apeó y acompañó a Joan Alvarez, fué reprehendido y aun afrentado de palabra.

Comieron muchos días a costa de sus huéspedes, hombres ricos y que se habían de reformar por sus excesivos repartimientos, como era Cristóbal de Burgos, y aun echar del Perú los cristianos nuevos, conforme a una provisión del emperador. Decían por el camino que no eran justas las ordenanzas, y que no las pudo hacer el rey con derecho, ni ejecutar el virrey, y que no valía nada cuanto sin ellos se hacía, por más que lo autorizase con el nombre del emperador. Salíanse al campo a tratar contra el virrey, como que iban a pasearse, por que no les impidiese él la congregación. Nunca holgaron que hubiese concordia entre Blasco Núñez y Gonzalo Pizarro, ni firmaron de buena gana el perdón y seguro que llevó el provincial dominico para los que se pasasen al rey, ni el que pidió Baltasar de Loaisa, porque exceptaba a Pizarro y al licenciado Caravajal y a otros pocos, diciendo que semejantes delitos sólo el rey perdonarlos podía. Loaban a don Diego de Almagro porque se había puesto en otro tanto como Gonzalo Pizarro, cuyo partido justificaban. Dejáronse sobornar de Benito Martín, capellán de Pizarro, y pidieron cada seis mil castellanos de salario por año, si no, que no harían más audiencia de cuanto durase el de 44. Oían pleitos sobre indios antes y después de haber prendido al virrey, contra la cédula, ordenanza y voluntad del emperador, diciendo que no podían negar justicia a quien la pedía. Tomaron a Blasco Núñez todas sus escripturas, por se aprovechar de las que hablaban con presidente y oidores. Pidió Blasco Núñez el guión, estando preso, porque no lo podía traer sino virrey y capitán general, y Cepeda dijo que lo había él menester, pues era gobernador, presidente y capitán general. Estas y otras cosas escribió al emperador Blasco Núñez, y ellos mesmos confirmaron muchas dellas con los desatinos que hicieron, según la historia cuenta. Aunque también decían ellos que no podían sufrir la

recia condición de Blasco Núñez, que los apocaba y ultrajaba de palabra, y que no le mandaron prender y que no le soltaron pensando acertar a servir mejor al emperador, y que no pudieron hacer al Con Gonzalo Pizarro, que los matara. Pero no fueron tan creídos, con el fin que tuvieron los negocios, como fué Blasco Núñez en la carta que escribió al emperador con Diego Alvarez Cueto, su cuñado, desde Tumbez.

CLXXIII

Que Gonzalo Pizarro se quiso llamar rey.

Nunca Pizarro, en ausencia de Francisco de Caravajal, su maestre de campo, mató ni consentió matar español sin que todos o los más de su consejo lo aprobasen, y entonces con proceso en forma de derecho, y confesados primero. Mandó con prisiones que no cargasen indios, que era una de las ordenanzas, ni rancheasen, que es tomar a los indios su hacienda por fuerza y sin dineros, so pena de muerte. Mandó asimismo que todos los encomenderos tuviesen clérigos en sus pueblos para enseñar a los indios la dotrina cristiana, so pena de privación del repartimiento. Procuró mucho el quinto y hacienda del rey, diciendo que así lo hacía su hermano Francisco Pizarro. Mandó que de diez se pagase uno solamente, y que, pues ya no había guerra, muerto Blasco Núñez, que sirviesen todos al rey, por que revocase las ordenanzas, confirmase los repartimientos y les perdonase lo pasado. Todos entonces loaban su gobernación, y aun Gasca dijo, después que vió los mandamientos, que gobernaba bien para ser tirano. Este buen gobierno duró, como al principio dije, hasta que Pedro de Hinojosa entregó la armada a Gasca, que fué poco tiempo; que después

muy al revés anduvieron las cosas, ca escribieron a Pizarro Francisco de Caravajal y Pedro de Puelles que se llamase rey, pues lo era, y no curase de enviar procuradores al emperador, sino tener muchos caballos, coseletes, tiros y arcabuces, que eran los verdaderos procuradores, y que se aplicase a sí los quintos, pueblos y rentas reales, y los derechos que Cobos, sin merecellos, llevaba. No le pesó desto a Pizarro, ca todos querrían ser reyes; mas no osó declararse por rey, aunque muchos otros lo acosaban por ello, a causa de algunos grandes amigos suyos que se lo afeaban, o por esperar que viniesen Caravajal de los Charcas y Puelles de Quito, que eran los que lo habían de hacer. Entonces no salía nadie del Perú sin su licencia, ni sacaba oro ni plata sin perder la vida. Mataban sin justicia ni confesión; quitaban las vidas por las haciendas; quitaron los derechos de la escobilla a Cobos, que valían treinta mil castellanos. Unos decían que no darían al rey la tierra si no les daba repartimientos perpetuos; otros, que harían rey a quien les pareciese, que así habían hecho en España a Pelayo y Garci Jiménez; otros, que llamarían turcos si no daban a Pizarro la gobernación del Perú y soltaban a su hermano Fernando Pizarro; y todos, en fin, decían cómo aquella tierra era suya y la podían repartir entre sí, pues la habían ganado a su costa, derramando en la conquista su propia sangre.

CLXXIV

De cómo Pizarro degolló a Vela Núñez.

Hizo Pizarro justicias de tres vecinos de Quito, que seis meses había estaban condenados por el licenciado León, cuyos repartimientos y mujeres dió luego a

otros, según dicen algunos. Otros, que loan su clemencia, lo niegan. Ordenó las cosas de aquella ciudad y territorio, y fuése a Los Reyes como cabeza del Perú, para residir allí y gobernar todo lo demás. Tres leguas antes de llegar a Lima, donde le hiciera grandes fiestas don Antonio de Ribera, lo alcanzó Diego Velázquez, mayordomo de Hernando Pizarro, con cartas de Pedro de Hinojosa y de otros capitanes que estaban en Panamá, en las cuales le avisaban el vencimiento de Verdugo y la venida de Gasca. Alababa mucho Hinojosa a Gasca en dos cartas, y ofrecíase a sacarle lo que traía, por más callado ni astuto que fuese, con buenos medios que ternía; y si no trujese lo que les cumplía, que lo mataría de presto. Estas cartas destruyeron a Pizarro, que se confió y descuidó, teniendo su negocio por hecho, o con firmeza de Hinojosa, o con partido que hiciera, ca ciertamente si Hinojosa le escribiera que obedeciera a Gasca, lo hiciera, porque ya él estaba determinado a ello por consejo de sus capitanes y letrados, que podían mucho con él, en ausencia de Francisco Caravajal; así que, confiado de Hinojosa, no temía revés ninguno de la fortuna, ni hacía caso de Gasca, sino que todo era fiestas, juegos de cañas y pasatiempos, aunque con atención al gobierno. Acusaron en este tiempo a Vela Núñez, hermano del virrey, y cortáronle la cabeza. El trato salió de Juan de la Torre. Tenía Joan de la Torre más de cien mil castellanos en barrillas y tejuelos de oro limpio y un cofre de esmeraldas finas que había habido de los indios por su gentil astucia, sin les hacer mal, ca les halló una riquísima sepultura y tesoro. Deseaba venirse a España con ello, y no se atrevía por Pizarro, o por no confiarse de nadie. Trató el negocio con Vela Núñez, para que se fuesen ambos en un navío de Pizarro. Sobrevino en esto la nueva que iba Pero Hernández Paniagua con despachos de Gasca, en que hacía gobernador a Pizarro, y acordó de vender a

Vela Núñez por ganar la gracia de Pizarro, y para más engañarle puso en poder del guardián de Sant Francisco veinte y cinco mil castellanos, y juróle sobre una hostia consagrada, delante el mesmo fraile, de no lo descobrir, ca Vela Núñez se recelaba mucho de lo que fué; y dende a tres o cuatro días lo dijo a Pizarro. El le mandó que continuase el trato para saber quiénes eran con Vela Núñez. Prendieron algunos, que con tormento confesaron el negocio, y degollaron a Vela Núñez sin darle tormento, que lo tuvo en mucho, y más aína que muchos querían, a persuasión del licenciado Caravajal, que le temía por haber usado de crueldad con su hermano Blasco Núñez.

CLXXV

Ida del licenciado Pedro Gasca al Perú.

Como el emperador entendió las revueltas del Perú sobre las nuevas ordenanzas y la prisión del virrey Blasco Núñez, tuvo a mal el desacato y atrevimiento de los oidores que lo prendieron y a deservicio la empresa de Gonzalo Pizarro; mas templó la saña por ser con apelación de las ordenanzas, y por ver que las cartas y Francisco Maldonado, que Tejada muriera en la mar, echaban la culpa al virrey, que rigorosamente ejecutaba las nuevas leyes sin admitir suplicación, y también porque le había él mesmo mandado ejecutarlas, sin embargo de apelación, informado o engañado que así cumplía al servicio de Dios, al bien y conservación de los indios, al saneamiento de su conciencia y augmentación de su rentas. Sintió eso mesmo pena con tales nuevas y negocios, por estar metido y engolfado en la guerra de Alemania y cosas de luteranos, que mucho le congojaban; mas conociendo cuánto le

iba en remediar sus vasallos y reinos del Perú, que tan ricos y provechosos eran, pensó de enviar allá hombre manso, callado y negociador, que remediase los males sucedidos, por ser Blasco Núñez bravo, sin secreto y de pocos negocios; finalmente, quiso enviar una raposa, pues un león no aprovechó, y así escogió al licenciado Pedro Gasca, clérigo de Navarregadilla (1), del Consejo de la Inquisición, hombre de muy mejor entendimiento que dispusición y que se había mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia. Dióle los poderes que pidió y las cartas y firmas en blanco que quiso. Revocó las ordenanzas y escribió a Gonzalo Pizarro, desde Venlo, en Alemaña, por hebrero de 1546 años. Partió, pues, Gasca con poca gente y fausto, aunque con título de presidente, mas con mucha esperanza y reputación. Gastó poco en su flete y matalotaje, por no echar en costa al emperador y por mostrar llaneza a los que del Perú con él iban. Llevó consigo por oidores a los licenciados Andrés de Cianca y Rentería, hombres de quien se confiaba. Llegó al Nombre de Dios y, sin decir a lo que iba, respondía a quien en su ida le hablaba conforme a lo que dél sentía, y con esta sagacidad los engañaba, y con decir que si no le recibiese Pizarro se volvería al emperador, ca él no iba a guerrear, que no era de su hábito, sino a poner paz, revocando las ordenanzas y presidiendo en la Audiencia. Envió a decir a Melchior Verdugo, que venía con ciertos compañeros a servirle, no viniese, sino que se estuviese a la mira. Ordenó algunas otras cosas y fuése a Panamá, dejando allí por capitán a García de Paredes con la gente que le dieron Hernando Mejía y don Pedro de Cabrera, capitanes de Pizarro, porque se sonaba cómo

---

(1) En la provincia de Avila, partido del Barco de Avila. Otros dicen que fué natural de Navarredondilla, de la misma provincia de Avila. *(Nota D.)*

franceses andaban robando aquella costa y querían dar sobre aquel pueblo; mas no vinieron, ca los mató el gobernador de Santa Marta en un banquete.

CLXXVI

Lo que Gasca escribió a Gonzalo Pizarro.

Como Gasca llegó a Panamá, entendió mejor el estado en que la armada estaba y lo que se decía de Pizarro. Negociaba de callada cuanto podía, y viendo las fuerzas de Pizarro, que o se tenían de deshacer con otras mayores o con maña, escribió a Quito, a Nicaragua, a Méjico, a Santo Domingo y a otras partes por hombres, caballos y armas, y envió al Perú a Pedro Fernández Paniagua, de Plasencia, con cartas para los cabildos, haciéndoles saber su llegada con revocación de las ordenanzas, y dióle una carta del emperador para Gonzalo Pizarro, de creencia, en que disimulaba sus cosas, y otra suya muy larga y llena de razones y ejemplos, para que, dejando las armas y gobernación, se pusiese en manos del emperador, cuya suma era que traía revocación de las ordenanzas, perdón de todo lo pasado, comisión de ordenar los pueblos, con parecer de los regimientos, en provecho de los españoles e indios, licencia de hacer conquistas donde los que no tenían tuviesen repartimientos, oficios y de comer, y que no confiase en los que hasta allí le habían seguido y amado, por cuanto lo dejarían, con el perdón que les daba el rey, o le matarían por servir a su alteza; y también le apuntó guerra si la paz despreciaba.

CLXXVII

El consejo que Pizarro tuvo sobre las cartas de Gasca.

Entró Paniagua en Los Reyes y dió a Pizarro los despachos de Gasca a tiempo que solo estaba. Pizarro lo trató mal de palabra y no le mandó sentar, de que Paniagua se afrentó. Envió a llamar a Cepeda, que Francisco de Caravajal aun no era venido de los Charcas, para comunicalle las cartas. Cepeda, hallando enojado al uno y corrido al otro, hizo sentar a Paniagua y reprehendió a Pizarro, el cual le respondió, riendo: «Por Nuestra Señora que me enojé porque me dijo que no podría salir con lo que había empezado.» Cepeda se salió, de que hubieron platicado un buen rato sobre muchos negocios, llevó consigo a Paniaga y aposentóle en casa de Ribera el viejo, donde fué muy regalado, y le dió caballos en que anduviese, que era amigo de correr una carrera y parecer bien a caballo. Hubo muchos corrillos con la venida de Paniagua, y cada uno decía lo que deseaba. Pizarro no dió crédito a las cartas de Gasca ni a las palabras de Paniagua, creyendo muy cierto que todas eran para engañarlo. Llamó todas las personas principales, leyóles las cartas, pidióles sus pareceres, juró sobre una imagen de Nuestra Señora que cada uno podía decir libremente su parecer, y propuso el caso. No se confiaron todos; y así no hablaron muchos dellos con libertad, que si osaran, o si hubiera cartas de Hinojosa, que se dieran; Pizarro se ponía sin duda ninguna en manos de Gasca, porque no estaba allí Francisco de Caravajal para estorbar, lo, que era quien le aconsejaba se hiciese rey sin curar del rey. Lo que más altercaron fué si dejarían llegar a Gasca o no, y dónde lo matarían, o allí después de venido, no haciendo lo que quisiesen ellos, o en Pa-

namá. El parecer más común fué que no le dejasen llegar, por ser así la voluntad de Pizarro, que tenía su esperanza en Hinojosa, y aun su fuerza. Algunos dijeron que también sería bueno despoblar a Panamá y Nombre de Dios, con otros muchos lugares, para que los reales no tuviesen comida ni servicio, y apoderarse de cuantos navíos hubiese en toda la mar del Sur, para que nadie pudiese entrar en el Perú, y echar quinientos o más arcabuceros en Nicaragua, Guatimala, Tecoantepec y Jalisco, que levantasen por Pizarro la Nueva España y todas aquellas provincias, confiando hallar favor en muchos pobres y descontentos; y si no lo hallasen, robar y quemar los pueblos de la marina, para que tuviesen harto en sus duelos sin curar de los ajenos; empresa peor que la comenzada. Estando, pues, todos conformes, respondieron juntos en una carta, que así lo quiso Pizarro por autorizar su negocio, y que viese Gasca cómo toda la tierra era con él, y por estar más seguro dellos, pues metían prendas firmando la respuesta. Firmaron la carta sesenta o más hombres principalísimos, y Cepeda el primero, como teniente general de Pizarro en guerra y en justicia.

«Muy magnífico señor: Por cartas del capitán de la flota Pedro de Hinojosa supimos la venida de vuestra merced y el buen celo que trae al servicio de Dios nuestro señor y del emperador y al bien desta tierra. Si fuera en tiempo que no hubieran acontecido tantas cosas en esta tierra como han, después que a ella vino Blasco Núñez Vela, fuera bien, y todos holgáramos. Mas, empero, habiendo habido tantas muertes y batallas entre los que vivos somos y los que murieron, no solamente no sería segura la entrada de vuestra merced en estos reinos, pero sería total causa que del todo se asolasen. Ninguno hay de parecer que vuestra merced entre en ellos, ni aun sabemos si podríamos escapar la vida al que otro dijese, ni sería parte para ello el señor gobernador Pizarro, según en lo que todos

están puestos. Todos estos reinos envían procuradores al emperador y rey nuestro señor, con entera información de cuanto en ellos ha pasado hasta hoy desde que Blasco Núñez (que Dios perdone) vino; donde claramente muestran y prueban su inocencia y justificación y la culpa y braveza de Blasco Núñez, que no les quiso conceder la suplicación de las ordenanzas, sino ejecutarlas con todo rigor, haciendo guerra y fuerza en lugar de justicia. Suplican al emperador confirme al señor Gonzalo Pizarro en la gobernación del Perú, como al presente la tiene, pues él es por sus virtudes y servicios merecedor dello, amado de todos y tenido por padre de la patria, mantiene la tierra en paz y justicia, guarda los quintos y derechos del rey, entiende las cosas de acá muy bien, con la larga experiencia que tiene; lo que otro no entendería sin primero haber recebido la tierra y gente muy grandes daños. Confiamos en el emperador que nos hará esta merced, porque no hemos faltado a su real servicio con cuantos desconciertos y guerras furiosas nos han hecho sus jueces y gobernadores, que han robado y destruído las haciendas y rentas reales; y que aprobará todo lo que hecho habemos en defensa nuestra y en prosecución de la apelación de las ordenanzas. Perdón, ninguno de nosotros le pide, porque no hemos errado, sino servido a nuestro rey, conservando nuestro derecho como sus leyes permiten; y certifican a vuestra merced que si Fernando Pizarro, a quien mucho queremos, viniera como vuestra merced viene, no le consintiéramos entrar acá, o antes muriéramos todos sin faltar uno, ca no estimamos en esta tierra aventurar la vida por la honra en cosas aun no de mucho peso, cuanto más en esta que nos va la hacienda, honra y vida. A vuestra merced suplicamos, por el celo y amor que siempre ha tenido y tiene al servicio de Dios y del rey, se vuelva a España e informe al emperador de lo que a esta tierra conviene, como de su pruden-

cia se espera, y no dé ocasión que muramos en guerra y matemos los indios que de las pasadas han quedado, pues de la determinación de todos otro fruto salir no puede. El capitán Lorenzo de Aldana va a negociar por estos reinos. Vuestra merced le dé todo crédito. Nuestro Señor la muy magnífica persona de vuestra merced guarde e ponga en el descanso que desea. Desta ciudad de Los Reyes, y de octubre a 14 del año de 46.»

CLXXVIII

Hinojosa entrega la flota de Pizarro a Gasca.

Había muchos días que Pizarro andaba por enviar procuradores a España, y estaban hechos los poderes de todos los cabildos para Lorenzo de Aldana. Mas nunca lo despachaba, por estorbarlo Francisco de Caravajal, que no quería paz ni España; y despachólo entonces con esta carta para Gasca, dándole por compañero a Gómez de Solís. Envió también con él a Pero López, ante quien habían pasado todos o los más autos. Rogó a fray Hierónimo de Loaisa, obispo de Los Reyes, y a fray Tomás de Sant Martín, provincial de los predicadores, que fuesen con él, por que abonasen su partido con Gasca y con el emperador, o por echallos del Perú. Ofrecía Pizarro muchos dineros al emperador, y pedía que le diese la gobernación, y que no llevase quinto, sino diezmo por ciertos años. Esto iba con las otras cosas de la embajada. Escribió a Hinojosa, y dijo a Lorenzo de Aldana que diesen cincuenta o más millares de castellanos a Gasca por que se volviese a España, o le matasen como mejor pudiesen; y con tanto los despidió. Ellos fueron a Panamá, dieron la carta a Gasca y avisáronle cómo lo querían matar, para que se guardase. Certificáronle

que Pizarro no lo recibiría y còmo había muchos en el Perú que lo deseaban ver allá para pasarse a él en servicio de su rey. Gasca, que antes también se temía no le matasen, temió reciamente. E con la carta de los de Pizarro y nuevas que le daban se declaró en todo lo que llevaba y en todo lo que hacer pensaba. Hinojosa entonces dióle las naos de su voluntad, que fuerza nadie se la podía hacer, y por grandísima negociación de Gasca y promesas. Por aquí comenzó la destruición de Gonzalo Pizarro. Gasca tomó la flota e hizo general della al mesmo Pedro de Hinojosa, y volvió las naos y banderas a los capitanes que las tenían por Pizarro, que fué hacerse fieles de traidores. No cabía de gozo en verse con la armada, creyendo haber ya negociado muy bien, y a la verdad sin ella tarde o nunca saliera con la empresa, ca no pudiera ir por mar al Perú, e yendo por tierra, como al principio pensara, pasara muchos trabajos, hambre y frío y otros peligros antes de llegar allá. Luego, pues, que Gasca se apoderó de la flota, envió por la artillería que había en el Nombre de Dios al oidor Cianca, para mejor artillar las naos y para tener algunos tiros en el ejército. Puso en las islas a Pablo de Meneses, Juan de Llanes y Joan Alonso Palomino, con ciertos navíos que guardasen la costa, por que no fuese aviso a Pizarro de la entrega de la flota y aparato de guerra que se hacía contra él, los cuales tomaron a Gómez de Solís, que iba tras Aldana, y que declaró más por entero la intención de Pizarro. Envió también Gasca por gente y comida a Nicaragua, Nueva-España, nuevo reino de Granada, Santo Domingo y otras partes de Indias, avisando cómo tenía ya en su poder la armada de Pizarro, principalísima fuerza del tirano; ordenó un hospital (a fuer de corte) con su médico y boticario, que fué gran remedio para los enfermos que allí y en la guerra hubo, y dió el cargo dél a Francisco de la Rocha, de Badajoz, fraile de la Trinidad. Buscó dineros para pagar los

soldados y socorrer los caballeros, y tan afable, tan cortés, franco y animoso se mostró, que lo tuvieron en harto más que hasta allí los pizarristas, cotejando especialmente su prudencia con la presencia de hombre. Despachó asimesmo a Lorenzo de Aldana, Joan Alonso Palomino, Juan de Llanes y Hernán Mejía en cuatro naos con cartas para los del Perú, y mandó a Lorenzo de Aldana, que iba por general, que no tocasen en tierra hasta llegar a Lima; y que, dando allí las cartas de perdón general y revocación de las ordenanzas, apellidasen al rey y corriesen la costa, yendo unos a Arequipa y volviendo otros a Trujillo. Dicen que para tener color a mover primero la guerra hizo una información contra Pizarro y sus consortes de cómo habían prendido a Paniagua, y de su dañada intención y rebeldía; de suerte que se entendían los dos, y no se llevaban más de los barriles.

CLXXIX

Los muchos que se alzaron contra Pizarro, sabiendo que Gasca tenía la flota.

Hubo gran mudanza en los del Perú cuando supieron la negociación de Gasca y la buena manera que tenía y usaba, y mayor con los despachos que llevó Paniagua; y así se levantaron muchos luego que supieron cómo Hinojosa había entregado a Gasca la armada; entre los cuales fué Diego de Mora, en Trujillo, que se fué a Caxamalca, donde recogió gran compaña de hombres que huyeron de Pizarro, y envió cartas de Gasca y de otros, que Aldana le dió, a muchos pueblos, para que tuviesen por el rey. Gómez de Alvarado, de Zafra, se alzó en Levanto de Chachapoyas, y Juan de Saavedra, que estaba en Guanuco, y Juan Por-

cel, que de los Chiquimayos iba a Los Reyes, los de Guamanga con otros, y todos se juntaron con Diego de Mora en Caxamalca. También se alzaron Alonso Mercadillo en Zarza, y Francisco de Olmos en Guayaquil, matando a Manuel de Estacio, que por Pizarro estaba, y Rodrigo de Salazar en Quito, dando de puñaladas a Pedro de Puelles, que pensaba declararse otro día por el rey, según dijera Diego de Urbina. Diego Alvarez de Almendral se alzó con hasta veinte compañeros cerca de Arequipa, y llamó a Diego Centeno, que aun se estaba escondido en ciertos pueblos de Cornejo, como en otra parte se dijo. Centeno se fué alegremente con Luis de Ribera a Diego Alvarez, y en breve se le juntaron más de cuarenta españoles, y entrellos algunos de caballo que andaban remontados, holgando que Centeno fuese parecido. Fueron todos al Cuzco para levantarlo por el rey; Antonio de Robles desque lo supo se puso en la plaza con trecientos hombres que tenía para llevar a Pizarro, pensando que traía muchos Centeno, pues osaba tal cosa. Centeno entró de noche secretamente y salteó los enemigos. Murieron seis o siete peleando, y él quedó herido. Entrepuso su autoridad el obispo fray Joan Solano, y diéronse los que al rey querían; cortó en amaneciendo la cabeza al Antonio de Robles, y hubo los demás. Dejó por el rey la ciudad, y fué a los Charcas sobre Alonso de Mendoza e Joan de Silvera, que con cuatrocientos hombres estaban en la Plata, de camino para Gonzalo Pizarro; el Mendoza y Silvera se fueron para él, por lo que les escribió y por ver que llevaba cerca de quinientos españoles. Como Diego Centeno los tuvo en su ejército, fué a poner real en el desaguadero de Tiquicaca, para esperar lo que Gasca hacer le mandase.

CLXX

Cómo Pizarro desamparaba el Perú.

No hay para qué decir la tristeza y pena que Pizarro y los suyos sintieron sabiendo cómo su armada estaba en poder de Gasca. Quejábanse de la confianza y amistad de Pedro de Hinojosa, arrepintiéndose por no haber enviado con la flota a Bachicao; y aun él decía burlando que la bondad y esfuerzo de Hinojosa tenían de parar en aquello, y que eran buenos los perros que ladraban y no mordían, porque nadie se les llegaba. Todavía mostraban buen corazón, como estaban enseñoreados en la tierra y como no venían por mar contra ellos. Envió Pizarro al Quito por la gente que tenía Pedro de Puelles; a Trujillo, por la de Diego de Mora; al Cuzco, por la de Antonio de Robles; a Arequipa, por la de Lucas Martin; a los Charcas, por la de Joan de Silvera; a Levanto de Chachapoyas, por la de Gómez de Alvarado; a Guanuco, por la de Joan de Saavedra, y a otras partes también. Mandó a Juan de Acosta ir con treinta de caballo a correr la costa, el cual fué hasta Trujillo y lo tomó, que se había rebelado. Empero estaba sin casi gente, ca se había ido a la sierra con Diego de Mora, y si tuviera docientos, fuera allá y lo deshiciera. En Santa prendió cerca de treinta hombres de Aldana, engañando la celada que le tenían puesta, y llevólos a Lima. Dicen algunos que no eran soldados de Aldana, sino marineros que cogían agua. Pizarro se informó dellos particularmente del aparato y ánimo de Gasca. Tornó a enviar al mesmo Acosta con más de docientos sobre Aldana y sobre Mora. Mas acordó tarde, porque ya Diego de Mora estaba muy pujante y las voluntades muy declaradas de los que llevaba por el rey, y se le huyeron Diego de Soria,

Raodona y otros, y él degolló a Rodrigo Mejía porque se quería ir con otros a Caxamalca. Llamó del camino Pizarro a Joan de Acosta, reforzólo de más gente y enviólo contra Centeno, que, tomando el Cuzco, iba sobre la Plata. Llegó luego al puerto Lorenzo de Aldana con cuatro naos, y causó turbación en la ciudad y novedades entre soldados y amigos de Pizarro, ca envió al capitán Peña con los despachos de Gasca y traslados de las provisiones del emperador. Pizarro quiso sobornar a Aldana con un Fernández, y no pudo. Leyó las cartas, y aconsejóse qué se haría. Halló rebotados a muchos y desfalleció algo, aunque siempre dijo que con diez amigos que le quedasen había de conservarse y conquistar de nuevo el Perú, tanta era su saña o su soberbia. Fuéronsele, con tanto, Alonso Maldonado el rico, Vasco e Joan Pérez de Guevara, Grabiel y Gómez de Rojas, el licenciado Niño, Francisco de Ampuero, Hierónimo Aliaga, de Segovia; Francisco Luis de Alcántara, Martín de Robles, Alonso de Cáceres, Ventura Beltrán, Francisco de Retamoso y otros muchos; pero éstos eran los principales. Entonces cantaba Francisco de Caravajal:

> Estos mis cabellicos, madre,
> Dos a dos se los lleva el aire.

Estuvo Pizarro en grandísimo afán y desesperación viendo sus amigos por enemigos, unos en el puerto, otros en casa. No sabía de quién confiarse, temiéndose de todos, según maldición de tiranos. No sabía dónde ir, estando en Caxamalca Diego de Mora y Diego Centeno en el Cuzco, y todos los pueblos contra él. Así que, dejando a Lima, se fué a Arequipa, teniendo siempre gran cuidado que ninguno se le huyese. Mas todavía se le huyó el licenciado Caravajal con sus parientes y amigos. Envió por Juan de Acosta para tener copia de gente, el cual se volvió, vista la carta y necesidad de Pizarro, desde Guamanga. Dejáronlo en el

camino Páez de Sotomayor, su maestre de campo, y el capitán Martín de Olmos con buena parte de su compañía; Garci Gutiérrez de Escobar, Gaspar de Toledo y otros muchos, por sonrüirse que huía Pizarro. Desta manera desamparó Pizarro a Lima, cabeza del Perú, y llegó en Arequipa con propósito de irse fuera de lo conquistado. Aldana se metió en Lima, e Joan Alonso Palomino y Hernán Mejía se fueron a Jauja para recoger su gente y esperar a Gasca y su ejército.

CLXXXI

Vitoria de Pizarro contra Centeno.

Llegado que Joan de Acosta fué a Arequipa, consultó Pizarro lo que hacer debían para guardar las vidas y dineros, ya que la tierra no podían, ca no eran mas de cuatrocientos y ochenta y todos los del Perú eran contra ellos. Determinados, pues, de irse a Chili, donde nunca hubiesen ido españoles, o para conquistar nuevas tierras, o para rehacerse contra Gasca, quisieron abrir camino por do estaba Centeno, que por fuerza tenían de pasar por entre sus contrarios, y también quería Pizarro ponerse en salvo y saber cuántos y cuáles permanecerían con él, y tratar desde allí en concierto con Gasca, según Cepeda le aconsejaba. De Cabaña envió a Francisco de Espinosa con treinta de caballo, por el camino del desaguadero de la laguna de Tiquicaca, que mandase a los indios proveer de comida para que Centeno pensase que iban por allí, y él echó con toda su gente por Orcosuyo, camino más allegado a los Andes. Tomó algunos que andaban desmandados, y un clérigo que venía con respuesta de Centeno para Aldana, y ahorcólos su maestre de campo Caravajal. Tuvo Centeno aviso del intento de

Pizarro por criados de Paulo, inga, que andaba con él, y porque por el capitán Olea, que se pasó por consejo de algunos mancebos, dejó y cortó la puente del Desaguadero, donde muy fuerte y seguro estaba, e fuese a Pucarán del Collao a esperar y dar batalla, creyendo tener la vitoria en la mano y ganar el prez de matar o vencer a Pizarro. Reparó y ordenó allí su gente como tenía de pelear; y por acercarse al enemigo, que estaba en Guarina, cinco leguas de Puracán, y por tomar y tener a su parte la agua, se fué a poner su real a medio el camino, en un llano, aunque en lugar fuerte. Y otro día, que fué de las once mil vírgines, año de 47, repartió mil y docientos y doce hombres que tenía de aquesta manera: hizo dos escuadrones de la caballería, que serían docientos y sesenta; del mayor, que puso al lado derecho, dió cargo a Luis de Ribera, su maestre de campo, y a Alonso de Mendoza y Hierónimo de Villegas; del otro, a Pedro de los Ríos, de Córdoba; Antonio de Ulloa, de Cáceres, y Diego Alvarez, del Almendral. La infantería estuvo junta, y eran capitanes Juan de Silvera, Diego López de Zúñiga, Rodrigo de Pantoja, Francisco de Retamoso y Juan de Vargas, hermano de Garcilaso de la Vega, que estaba con Pizarro. Centeno, que estaba con dolor de costado y sangrado, a lo que dicen, se puso a mirar la batalla con el obispo del Cuzco, fray Joan Solano, encomendando la hueste y la vitoria a Joan de Silvera y a Alonso de Mendoza. Pizarro, que sabía cuán a punto estaban por sus espías, salió de Guarina con cuatrocientos y ochenta españoles. Dió cargo de ochenta de caballo, que solamente tenía, a Cepeda y a Joan de Acosta, aunque Acosta trocó su lugar con Guevara, capitán de arcabuceros, que estaba cojo. De los peones fueron capitanes, sin Joan de Acosta, Diego Guillén, Joan de la Torre y Hernando Bachicao, que huyó al tiempo de arremeter. Estando para encontrarse, huyeron los más de Pizarro que a caballo

estaban. Cepeda y Guevara pusieron entonces obra de veinte arcabuceros entre los caballeros de las primeras hileras, y estuviéronse quedos, e lo mesmo hizo su infantería. Alonso de Mendoza y los de su escuadrón corrieron hacia los caballos de Pizarro y fueron desordenados por los veinte arcabuceros y rompidos por Cepeda. El otro escuadrón acometió los peones; mas como los arcabuceros derribaron a Pedro de los Ríos y a otros que iban delante, dejáronlos y fueron a ayudar a sus compañeros, y todos juntos desbarataron la caballería de Pizarro, no dejando casi hombre de ellos sin matar y herir, o que no se rindiesen. Los de Centeno calaron sus picas algo lejos; aguijaron mucho, con la priesa que les daba un clérigo vizcaíno, pensando vencer así más aína. Descargaron de golpe los arcabuces y sin tiempo, sintiendo tirar a los contrarios; así que al tiempo de la afrenta estaban cansados y medio desordenados. Los de Pizarro jugaron a pie quedo sus arcabuces dos o tres veces, aunque Joan de Acosta se adelantara con treinta dellos por más los desordenar, y lo derribaron a picazos e hirieron malamente. Fué Joan de la Torre a valerle con setenta arcabuceros, y valióle matando a Joan de Silvera con otros muchos. Llegó por otra parte Diego Guillén, y brevemente mataron cuatrocientos contrarios y desbarataron los demás. Visto que sus caballeros eran vencidos, fué a socorrellos Joan de la Torre con muchos arcabuceros. Tiró a bulto, que así se lo aconsejó Caravajal, porque andaban mezclados unos con otros, y a dos cargas los desbarató, aunque mató algunos amigos con los enemigos. Desta manera vencieron los que pensaron ser vencidos, aunque pelearon bien los de Centeno. Murieron ciento de Pizarro, y entre ellos Gómez de León y Pedro de Fuentes, capitanes. Quedaron heridos Cepeda, Acosta, Diego Guillén y otros. Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo. Murieron cuatrocientos y cincuenta de Cen-

teno, con los capitanes Luis de Ribera, Joan de Silvera, Pedro de los Ríos, Diego López de Zúñiga, Joan de Vargas y Francisco Negral. Huyó Diego Centeno, sin esperar al obispo, y todos los que quisieron, ca no siguieron el alcance los vencedores, tan deshechos quedaron.

CLXXXII

En lo que Pizarro entendió tras esta vitoria.

Otro día después de la vitoria envió Pizarro a Joan de la Torre con treinta arcabuceros de caballo al Cuzco tras los vencidos, y a Diego de Caravajal el Galán con otros tantos a Arequipa, y a Dionisio de Bobadilla con otros treinta a los Charcas, para recoger la gente y tener los caminos; y él, tomando el despojo, caminó para el Cuzco por el Desaguadero con todo el ejército. Mas primero hizo matar al capitán Olea porque se pasó a Centeno. Justiciaron también otros cuatro o cinco, y Francisco de Caravajal se alabó haber muerto por su contentamiento, el día de la batalla, cien hombres, y entre ellos un fraile de misa; crueldad suya propia, si ya no lo decía por gloria de la vitoria, que se atribuía el vencimiento a sí; todo es de creer, pues era batalla civil y peleaban unos hermanos contra otros. En Pucarán hubieron enojo Pizarro y Cepeda sobre tratar del concierto con Gasca, diciendo Cepeda ser entonces tiempo y trayéndole a la memoria que se lo había prometido en Arequipa. Pizarro, siguiendo el parecer de otros y su fortuna, dijo que no convenía, porque tratando en ello se lo ternían a flaqueza y se le irían los que allí tenía, y le faltarían los muchos amigos que con Gasca estaban. Garcilaso de la Vega con algunos fueron del parecer de Cepeda En Juli, lugar del rey, mataron a Bachicao, y Francisco.

de Caravajal se fué a Arequipa por el camino de la mar, entendiendo que huyera por allí Diego Centeno, y para traer las mujeres al Cuzco, por que no avisasen con indios a sus maridos que andaban con Gasca, e por que se viniesen ellos a ellas. Entró Pizarro en el Cuzco con gran admiración del pueblo; ahorcó a Herrezuelo, al licenciado Martel, a Joan Vázquez y otros, con acuerdo de sus letrados. Puso mucha guarda en todo, y aun quiso enviar a Joan de Acosta con docientos de caballo, arcabuceros, a dar en Gasca, publicando que iban todos contra él, para que no se le fuese nadie. Hizo muchos arcabuceros y seis piezas de artillería, muchas armas de fierro y muchas picas. En fin, él atendió más a labrar armas que a ganar voluntades. Trajo Caravajal las mujeres de Arequipa y otros muchos, y todo el oro, plata y piedras que pudo sacar, ca tan amigo era de robar como de matar; y así dicen que despojó toda aquella tierra sin que Pizarro hablase. Mas el lobo y la vulpeja todos eran de una conseja.

CLXXXIII

Lo que hizo Gasca en llegando al Perú.

Gasca se partió de Panamá mucho después que Aldana, con todos los navíos y hombres que pudo; y por ser verano, tiempo contrario para navegar de allí a Tumbez, tuvo ruin navegación y fué a Gorgona contra la gran corriente de la mar. En fin, llegó a Tumbez con mucho trabajo, aunque con buenas nuevas, porque supiera en el camino cómo ciertos soldados de Blasco Núñez habían tomado a Puerto Viejo, matando al capitán Morales, que Bachicao allí dejó, y prendiendo a Lope de Ayala, teniente de Pizarro; y cómo estaban por el rey Francisco de Olmos en Guayaquil

y Rodrigo de Salazar, el corcovado, de Toledo, en Quito. Luego, pues, que llegó, tuvo mensajeros de Diego de Mora, Joan Porcel, Joan de Saavedra y Gómez de Alvarado, que con mucha gente estaban en Caxamalca, de la cual era maestre de campo Joan González. El les respondió loando mucho su fidelidad y ánimo. Supo también la pujanza de Centeno y la huída de Pizarro, de que holgó infinito, creyendo estar el juego entablado de suerte que no le podría perder. Escribió a Centeno que no diese batalla hasta juntarse con él. Aderezó las armas y arcabuces, que venían tomados y perdidos. Envió a don Joan de Sandoval a recoger en Sant Miguel los que de Pizarro y otros cabos acudían. Llamó a Mercadillo que trajese la gente de Bracamoros, y a otros capitanes, a cuyo mandado y fama vinieron muchos de muchas partes, Sebastián de Benalcázar, Francisco de Olmos, Rodrigo de Salazar y otros capitanes. Viendo, pues, que todos venían y estaban por el emperador, envió Gasca un mensajero a la Nueva España, que no enviase el virrey a don Francisco, su hijo, con los seiscientos hombres que a punto tenía, pues no eran menester. No vino por esto don Francisco de Mendoza, mas vino Gómez Arias y el oidor Ramírez con los de Nicaragua y Cuauhtemallan. Así que de Tumbez fué Gasca a Trujillo con parte de los que tenía, y envió los demás a Caxamalca por la sierra con el adelantado Pascual de Andagoya y Pedro de Hinojosa, su general, para llevar los que allí estaban a Jauja, donde se juntaron todos, por ser tierra proveída de mantenimientos. Pasaron gran trabajo los unos y los otros con las nieves y sierras, hasta llegar allí. Llegó primero él; y como supo el vencimiento y perdición de Centeno, recelóse algo y envió al mariscal Alonso de Alvarado a Los Reyes por los españoles que Aldana tenía, con dineros emprestados para socorrer y pagar los soldados. Recorrió las armas, aderezó los arcabuces y tiros,

hizo pelotas y pólvora, coseletes, picas, lanzas jinetas y de armas con una solicitud admirable. Envió a correr y espiar el camino del Cuzco a Alonso Mercadillo, y tras él a Lope Martín, portugués, que se adelantó y fué a tierra de Andagoalas, e dió de noche sobre cierta gente de Pizarro que había venido por bastimentos y por los caciques. Peleó y venciólos, aunque eran muchos más; ahorcó algunos, y trajo hartos que informaron a Gasca del estado, ánimo y pensamientos de Gonzalo Pizarro; y por su información envió allá a Mercadillo y a Palomino con sus arcabuceros que ocupasen y defendiesen aquel valle de Andagoalas, que por ser proveído era importante para la guerra. Llegaron en aquella sazón Alonso de Mendoza, Hierónimo de Villegas, Antonio de Ulloa y otros que se habían escapado de la de Guarina, con el obispo del Cuzco, y dende a poco Hinojosa y Andagoya con toda la gente de Caxamalca, y luego Alvarado con la de Los Reyes. Así que Gasca, como tuvo junta toda la gente, nombró capitanes a los que ya lo eran, general a Hinojosa, maestro de campo al mariscal Alvarado, y alférez del estandarte real al licenciado Benito Juárez de Caravajal, y dió la artillería a Grabiel de Rojas. Pagó a muchos soldados, que descontentos andaban y aun solevantados con la gran vitoria de Pizarro, que lo tenían por invencible en el Perú y por señor de todo él. Y porque había novedades ahorcaron al capitán Pedro de Bustinca y otros noveleros y pizarristas. Pasaron alarde más de dos mil españoles, harto lucida gente. Algunos desminuyen y otros acrecientan este número. Había quinientos caballos y novecientos y cincuenta arcabuceros, y muchos coseletes y arneses. De Jauja fueron a Guamanga, donde comenzaron a sentir falta de vituallas; y en Bilcas repartió la comida el oidor Cianca. Llegados en Andagoalas, comieron mejor; mas como el maíz era verde, adoleció la cuarta parte del ejército, y entonces se conoció el pro-

vecho del hespital que Gasca ordenara. Llovió tanto sin descampar, treinta noches y días que allí estuvieron, que se pudrían las tiendas de campo y se hinchaban y tollían los hombres con la humedad y frío. Llegaron allí Diego Centeno y Pedro de Valdivia, que venía de Chili a pedir gente de socorro; con los cuales se holgó Gasca y todo el campo, y corrieron cañas y sortija de placer. Hizo Gasca a Valdivia coronel de la infantería. Estaban todos ganosos de pelear, y Gasca de concluir la guerra; y así caminaron a buscar los enemigos en comenzando las aguas de avadar.

CLXXXIV

Cómo Gasca pasó el río Apurima sin contraste.

Partió Gasca de Andagoalas por marzo, y pasó la puente de Abancay con increíble alegría de todo su ejército. Llevaba buen concierto y consejo de guerra, y mucha reputación con los obispos del Perú, y grandes espías, que dijeron cómo los enemigos habían quebrado las puentes de Apurima, que a veinte leguas está del Cuzco. Llegó, pues, al río y mandó traer madera y rama para hacer puentes, lo cual trajeron los indios con presteza y voluntad, aunque lloviendo. Era el río trecientos pies de ancho, y no bastaban vigas; era hondo, y no había manera de hincar postes; y por eso hicieron muchas criznejas de vergaza, que son unas largas y gordas maromas como sogas de anoria, las cuales atravesadas sirven de puente. Parecióles que sería bien, para encobrir su intención, comenzar tres puentes: una en el camino real; otra en Cotabamba, doce leguas el río arriba; otra más arriba, en ciertos pueblos de don Pedro Puertocarrero. Fueron a Cotabamba para pasar por allí, y cegaron algunos en

la sierra, que nevada estaba. Contradijeron aquel paso algunos capitanes, especialmente Lope Martín, dando razones cómo era mejor pasar el río más arriba. Fueron a verlo Pedro de Valdivia, Diego de Mora, Grabiel de Rojas y Francisco Hernández Aldana; y como dijeron ser mejor, hiciéronlo. Lope Martín, que guardaba la ribera y criznejas, como supo que llegaba el campo, echó las maromas sin que se lo mandasen. E ya que atadas tenía tres dellas a la otra parte, cargaron los indios y velas de Pizarro y cortaron o quemaron las dos sin mucha contradicción; y avisaron dello a Pizarro, llevándole treinta cabezas de españoles que habían muerto, según dicen. Gasca y todos recibieron gran pesar con tal nueva. Aguijaron con la infantería para remediar aquel error, y en llegando hizo Gasca pasar en balsas a los capitanes de arcabuceros, y luego piqueros y algunos caballos. Hartos pasaron a nado por sí y en sus caballos. Como iban pasando iban atando criznejas; y como nadie los estorbaba, hicieron la puente aquella noche y el día siguiente, por la cual pasó después a salvo todo el resto del ejército. Muchos pasaron a gatas aquella noche por las criznejas: tanta gana lo tenían, o tanta prisa Gasca les daba; y fué maravilla no caer, que hacía escuro, aunque la escuridad les valía para no desvanecer mirando el agua. Era muy agra la ribera por ambas partes, y mucha la prisa de pasar; y así, cayeron algunos rempujándose unos a otros, de los cuales se ahogaron hartos que no sabían ni podían nadar con la gran corriente del río; y también se ahogaron muchos caballos, que todo fué gran pérdida para tal tiempo. Mas pasar fué vencer. No se puede decir el alegría que todos tenían en haber ganado el río, muralla de los enemigos, y en no ver gente de Pizarro por allí. Fué don Joan de Sandoval a reconocer un gran cerro que a vista era y áspero de subir; y como vacío estaba, ocupáronlo a la hora Hinojosa y Valdivia con buen golpe de gente;

donde, si Joan de Acosta, que venía con cincuenta de caballo arcabuceros, llegara mas aína y trajera mayor compañía, los pudiera fácilmente deshacer, según iban cansados de subir legua y media de cuesta. Mas como trajese pocos, tornó por más, y entretanto casi pasaron todos y doce piezas de artillería, y se pusieron en lo alto del cerro.

CLXXXV

La batalla de Xaquixaguana, donde fué preso Gonzalo Pizarro.

Pizarro, entendiendo que Gasca venía a pasar el río de Apurima por Cotabamba, salió del Cuzco. Andaba en la ciudad días había la fama de la pujanza y venida de Gasca con gran ejército, y desmandábanse muchos en hablar. Y doña María Calderón, mujer de Hierónimo de Villegas, dijo que tarde o temprano se habían de acabar los tiranos. Fué allá Caravajal y dióle un garrote, y ahogóla estando en la cama, por lo cual chitaron todos. Salió, pues, Pizarro con mil españoles y más, de los cuales los docientos llevaban caballos, y los quinientos y cincuenta, arcabuces. Mas no tenian confianza de todos, por ser los cuatrocientos de aquellos de Centeno; y así, tenía mucha guarda en que no se le fuesen, y alanceaba a los que se iban. Envió Pizarro dos clérigos, uno tras otro, a requerir a Gasca por escripto que le mostrase si tenía provisión del emperador en que le mandase dejar la gobernación; porque mostrándosela originalmente, él estaba presto de la obedecer y dejar el cargo y aun la tierra; pero si no la mostrase, que protestaba darle batalla, y que fuese a su culpa y no a la suya. Gasca prendió los clérigos, avisado que sobornaban a Hinojosa y otros, y respondió que se diese, enviándole perdón para él y para todos sus secuaces, y diciéndole cuánta honra

ganado habría en hacer al emperador revocar las ordenanzas, si servidor y en gracia quedaba de su majestad, como solía, e cuánta obligación le ternían todos dándose sin batalla, unos por quedar perdonados, otros por quedar ricos, otros por quedar vivos, ca peleando suelen morir. Mas era predicar en el desierto, por su gran obstinación y de los que le aconsejaban, ca, o estaban como desesperados, o se tenían por invencibles; y a la verdad, ellos estaban en muy fuerte sitio y tenían gran servicio de indios y comida. Asentara Pizarro su real donde por un cabo lo cercaba una gran barranca, por otro una peña tajada, que no se podía subir a pie ni a caballo. La entrada era angosta, fuerte y artillada; de suerte que no podía ser tomado por fuerza, ni menos por hambre, ca tenía cierta, como dije, la comida con los indios. Salió Pizarro fuera entonces y dió una pavonada en gentil ordenanza, disparando sus tiros y arcabuces, y aun escaramuzaron los unos corredores con los otros y se deshonraban. Los nuestros decían: «¡traidores, desleales, crueles!»; y ellos: «¡esclavos, abatidos, pobres, irregulares!»; porque Gasca y los obispos y frailes predicadores batallaban. Empero no se conocían con la mucha niebla que hizo aquella tarde. Gasca y otros querían excusar batalla, por no matar ni morir, y pensaban que todos o los más de Pizarro se les pasarían; y así le sería forzado darse. Mas entrando aquella noche en consejo acordaron de darla, porque no tenían buen recado de agua ni pan ni leña, helando mucho, y porque no se pasasen de los suyos a Pizarro, que de todas aquellas cosas tenía gran abundancia. Así que todos estuvieron armados y en vela toda la noche y sin parar las tiendas, e con el gran frío se les cayeron a muchos las lanzas de las manos. Quiso Joan de Acosta ir con seiscientos hombres encamisados aquella noche, que fué domingo, a desbaratar a Gasca, teniendo por averiguado que lo desbaratara según el frío y miedo de los

suyos. Mas Pizarro se lo estorbó, diciendo: «Joan, pues lo tenemos ganado, no lo queráis aventurar»; que fué soberbia o ceguera para perderse. Cuando el alba vino, comenzaron a sonar los atambores y trompetas de Gasca: «arma, arma, cabalga, cabalga, que los enemigos vienen.» Iban ciertos de Pizarro con arcabuces subiendo el cerro arriba. Saliéronles al encuentro Joan Alonso Palomino y Hernando Mejía con sus trecientos arcabuceros, y escaramuzando con ellos les hicieron volver a su puesto. Enviaron Valdivia y Alvarado por el artillería; bajó luego todo el ejército al llano del valle de Xaquixaguana, por detrás de aquella mesma cuesta, y tan agra bajada tuvieron, que llevaban los caballos de rienda; y como abajaban, se ponían en hilera con sus banderas, según Diego de Villavicencio, de Jerez de la Frontera, sargento mayor, disponía. Hiciéronse dos escuadrones de la infantería, cuyos capitanes eran el licenciado Ramírez, don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Diego de Urbina, Gómez de Solís, don Fernando de Cárdenas, Cristóbal Mosquera, Hierónimo de Aliaga, Francisco de Olmos, Miguel de la Serna, Martín de Robles, Gómez de Arias y otros. Hiciéronse otros dos batallones de la caballería, que tomaron en medio de los peones. Del que iba al lado izquierdo eran capitanes Sebastián de Benalcázar, Rodrigo de Salazar, Diego de Mora, Joan de Saavedra y Francisco Hernández de Aldana. Del que iba al derecho con el pendón real, que llevaba el licenciado Caravajal, eran don Pedro de Cabrera, Gómez de Alvarado, Alonso Mercadillo, el oidor Cianca y Pedro de Hinojosa, que de todos era general. Iban también por aquel cabo, algo apartados y delanteros, Alonso de Mendoza y Diego Centeno por sobresalientes para las necesidades. Gasca y los obispos y frailes bajaron con Pardabe tras la artillería que llevaban Grabiel de Rojas, Alvarado, Valdivia, con Mejía y Palomino; los cuales dos capitanes se pusie-

ron por mangas de la batalla con cada ciento y cincuenta arcabuceros; Hernando Mejía y Pardabe a la diestra, por hacia el río, y a la siniestra, por hacia la montaña, Joan Alonso Palomino. Ordenadas, pues, las haces como dicho es para la batalla, caminó Hinojosa paso a paso hasta poner el ejército a tiro de arcabuz del enemigo, en un bajo donde no lo podía coger el artillería contraria. Pizarro dijo a Cepeda que ordenase la batalla. Cepeda, que deseaba pasarse a Gasca sin que le matasen, vió ser entonces su hora, y dándole a entender cómo no era bueno aquel lugar, por jugar de lleno en él la artillería de Gasca, pasó la barranca como que a tomar otro asiento bajo, donde no les dañase la artillería, y en viéndose allá puso las piernas a su caballo para irse a Gasca. Cayó luego, como iba alterado y medroso, en un aguacero, y si no le sacaran unos negros que enviara delante, lo alancearan los de Pizarro, que le seguían. Desmayaron mucho en el real de Pizarro con la ida de Cepeda, y con que tras él se fueron Garcilaso de la Vega y otros principales. Gasca abrazó y besó en el carrillo a Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido a Pizarro con su falta, ca, según pareció, Cepeda le hubo avisado con fray Antonio de Castro, prior de Santo Domingo, en Arequipa, que si Pizarro no quisiese concierto ninguno, él se pasaría al servicio del emperador a tiempo que le deshiciese. Pesóle mucho a Pizarro la ida de los unos y el desmayo de los otros, mas con buen esfuerzo se estaba quedo. Pizarro, viendo los enemigos cerca, envió muchos arcabuceros a picarlos; puso los indios, que muchos eran, en una ladera; dió cargo del artillería a Pedro de Soria; ordenó dos haces de su gente: una de los peones, que encomendó a Francisco de Caravajal, cuyos capitanes eran Joan Vélez de Guevara, Francisco Maldonado, Joan de la Torre, Sebastián de Vergara y Diego Guillén; otra de los caballeros, que quiso él regir, de

la cual estaban por capitanes el oidor Cepeda y Juan de Acosta. Estando, pues, así todos con semblante de pelear, jugaba el artillería de ambas partes; la de Pizarro se pasaba por alto, y la de Gasca tiraba como al hito; y así acertó de los primeros tiros una pelota al toldo de Pizarro y matóle un paje, por lo cual abatieron las tiendas los indios con mandamiento de Caravajal, el cual, que iba con los arcabuceros a escaramuzar, envió a decir a Pizarro que se apercibiese a la batalla, pensando que le acometerían los de Gasca con la furia y desorden que los de Centeno y Blasco Núñez; pero Hinojosa estuvo también quedo, porque se lo aconsejaban los que de Pizarro se le pasaban, afirmando que sin pelear vencerían. Estaban los ejércitos a tiro de arcabuz, y recogían Mendoza y Centeno, que a ese propósito se adelantaron un poco, los que se pasaban, entretanto que los unos y los otros arcabuceros escaramuzaban. Pedro Martín de Cecilia y otros alanceaban los que se iban de Pizarro; mas no podían detenerlos, ca se pasaron de un tropel treinta y tres arcabuceros, y luego arrojaron las armas en el suelo muchos, diciendo que no pelearían; y en breve se deshicieron los escuadrones. Y así embelesaron Pizarro y sus capitanes, que ni pudieron pelear ni quisieron huir, y fueron tomados a manos, como dicen. Preguntó Pizarro a Joan de Acosta qué harían, y respondiendo se fuesen a Gasca. «Vamos, dijo, pues, a morir como cristianos»; palabra de cristiano y ánimo de esforzado. Quiso rendirse antes que huir, ca nunca sus enemigos le vieron las espaldas. Viendo cerca a Villavicencio, le preguntó quién era; y como respondió que sargento mayor del campo imperial, dijo: «Pues yo soy el sin ventura Gonzalo Pizarro»; y entrególe su estoque. Iba muy galán y gentilhombre, sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas, con una sobrerropa de raso bien golpeada y un capacete de oro en la cabeza, con su barbote de

lo mesmo. Villavicencio, alegre con tal prisionero, lo llevó luego, así como estaba, a Gasca, el cual, entre otras cosas, le dijo si le parecía bien haberse alzado con la tierra contra el emperador. Pizarro dijo: «Señor, yo y mis hermanos la ganamos a nuestra costa, y en querella gobernar como su majestad lo había dicho no pensé que erraba.» Gasca entonces dijo dos veces que le quitasen de allí, con enojo. Dióle en guarda a Diego Centeno, que se lo suplicó. De la manera que dicho es venció y prendió Gasca a Gonzalo Pizarro. Murieron diez o doce de Pizarro y uno de Gasca. Nunca batalla se dió en que tantos capitanes fuesen letrados, ca fueron cinco licenciados, Cianca, Ramírez, Caravajal, Cepeda y Gasca, caudillo mayor, el cual iba en los delanteros con su zamarra, ordenaba la artillería y animaba los de caballo que corriesen tras los que huían. Fray Rocha lo acompañaba con una alabarda en las manos, y los obispos andaban entre los arcabuceses forzando los arcabuceros contra los tiranos y desleales. Saquearon al real de Pizarro, y muchos soldados hubo que tomaron a cinco y a seis mil pesos de oro, y mulas y caballos. Uno de Pizarro topó una acémila cargada de oro; derribó la carga y fuése con la bestia, no mirando el necio los líos.

CLXXXVI

La muerte de Gonzalo Pizarro por justicia.

Envió Gasca luego al Cuzco a Martín de Robles con su compañía que prendiese los huídos y guardase la ciudad de saco y fuego. Cometió la causa de Pizarro y de los otros presos al licenciado Cianca y mariscal Alvarado, los cuales, haciendo su proceso, sentenciaron trece dellos a muerte por traidores, y ejecutaron

la sentencia otro día de la batalla. Sacaron a Gonzalo Pizarro a degollar en una mula ensillada, atadas las manos y cubierto con una capa. Murió como cristiano, sin hablar, con gran autoridad y semblante. Fué llevada su cabeza y puesta en la plaza de Los Reyes, sobre un pilar de mármol, rodeado de una red de hierro, y escripto así: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que dió batalla campal en el valle de Xaquixaguana contra el estandarte real del emperador, lunes 9 de abril del año de 1548.» Así acabó Gonzalo Pizarro, hombre que nunca fué vencido en batalla que diese, e dió muchas. Diego Centeno pagó al verdugo las ropas, que ricas eran, por que no lo desnudase, y lo enterró con ellas en el Cuzco. Ahorcaron y descuartizaron a Francisco de Caravajal, de Ragama; a Joan de Acosta, Francisco Maldonado, Joan Vélez de Guevara, Dionisio de Bobadilla, Gonzalo Morales de Almajano, Joan de la Torre, Pedro de Soria, de Calatañazor; Gonzalo de los Nidos, que le sacaron la lengua por el colodrillo, y otros tres o cuatro. Azotaron y desterraron muchos a las galeras y al Chili. Francisco de Caravajal estuvo duro de confesar. Cuando le leyeron la sentencia que lo mandaban ahorcar, hacer cuartos y poner la cabeza con la de Pizarro, dijo: «Basta matar.» Fué Centeno a verle la noche antes que lo matasen, y él hizo que no lo conocía; y como le dijeron quién era, respondió que, como siempre lo había visto por las espaldas, no lo conocía, dando a entender que siempre le huyó. Largo sería de contar sus dichos y hechos crueles; los contados bastan para la declaración de su agudeza, avaricia e inhumanidad. Había ochenta y cuatro años; fué alférez en la batalla de Rávena y soldado del Gran Capitán, y era el más famoso guerrero de cuantos españoles han a Indias pasado, aunque no muy valiente ni diestro. Dicen por encarecimiento: «Tan cruel como Caravajal»; porque de cuatrocientos españoles que Pizarro mató fuera de

batallas, después que Blasco Núñez entró en el Perú, él los mató casi todos con unos negros que para eso traía siempre consigo. Murieron casi otros mil sobre las ordenanzas, y más de veinte mil indios llevando cargas e huyendo a los yermos por no las llevar, do perecían de hambre y sed. Por que no huyesen, ataban muchos dellos juntos y por los pescuezos, y cortaban la cabeza al que se cansaba o adolecía, por no pararse ni detenerse; cosa que los buenos podían mirar y no castigar.

CLXXXVII

El repartimiento de indios que Gasca hizo entre los españoles.

En siendo degollado Pizarro, se fué Gasca al Cuzco con todo el ejército para dar asiento en los negocios tocantes al sosiego y contento de los españoles, al bien y descanso de los indios y al servicio del rey y de Dios, que lo más principal era. Como llegó, derribaron las casas de Pizarro y de otros traidores y sembráronlas de sal, y pusieron otra piedra con letras que dicen: «Estas casas eran del traidor de Gonzalo Pizarro.» Envió Gasca al capitán Alonso de Mendoza con gente a los Charcas a prender los pizarristas que allí huído habían y traer los quintos y tributos del rey. Envió eso mesmo a Grabiel de Rojas, a Diego de Mora y a otros, por toda la tierra, a recoger las rentas y quinto real. Hizo un pueblo entre el Cuzco y el Collao, que llaman Nuevo. Despachó al Chili a Pedro de Valdivia con la gente que seguirle quiso, y al capitán Benavente a su conquista, tierra hacia Quito, y rica de ganado y minas de oro. Proveyó a Diego Centeno para las minas de Potosí, que caen en los Charcas y que son las mejores del Perú, y aun del mundo, ca de un quintal de mineral sale medio de plata y

mucho más, y una cuesta hay allí, toda veteada de plata, que tiene media legua de alto y una de circuito. Dió licencia que se fuesen a sus casas y pueblos todos los que tenían vecindad, vasallos y hacienda. Era todo esto para desecharlos de sí, que lo fatigaban pidiéndole repartimientos y en qué vivir. Salióse, pues, a Apurima, doce leguas del Cuzco, y allí consultó el repartimiento con el arzobispo de Los Reyes, Loaisa, y con el secretario Pero López, y dió millón y medio de renta, y aun más, a diversas personas, y ciento y cincuenta mil castellanos en oro, que sacó a los encomenderos. Casó muchas viudas ricas con hombres que habían bien servido al rey. Mejoró a muchos que ya tenían repartimientos, y tal hubo que llevó cien mil ducados por año, renta de un príncipe, si no se acabara con la vida; mas el emperador no la da por herencia. Quien más llevó fué Hinojosa. Fuése Gasca a Los Reyes por no oír quejas, reniegos y maldiciones de soldados, y aun de temor, enviando al Cuzco al arzobispo a publicar el repartimiento y a cumplir de palabra con los que sin dineros y vasallos quedaban, prometiéndoles grandes mercedes para después. No pudo el arzobispo, por bien que les habló, aplacar la saña de los soldados a quien no les alcanzó parte del repartimiento, ni la de muchos que poco les cupo. Unos se quejaban de Gasca porque no les dió nada; otros, porque poco, y otros, porque lo había dado a quien desirviera al rey y a confesos, jurando que lo tenían de acusar en Consejo de Indias; y así, hubo algunos, como el mariscal Alonso de Alvarado y Melchior Verdugo, que después escribieron mal del al fiscal, por vía de acusación. Finalmente, platicaron de amotinarse, prendiendo al arzobispo, al oidor Cianca, a Hinojosa, a Centeno y Alvarado, y rogar al presidente Gasca reconociese los repartimientos y diese parte a todos, dividiendo aquellos grandes repartimientos o echándoles pensiones, y si no, que se los tomarían

ellos. Descubrióse luego esto, y Cianca prendió y castigó las cabezas del motín, con que todo se apaciguó.

CLXXXVIII

La tasa que de los tributos hizo Gasca.

Asentó Gasca en Los Reyes Audiencia real, y presidió como presidente a todas las causas y negocios de gobernación. Eran oidores los licenciados Andrés de Cianca, Pedro Maldonado Santillán y el doctor Melchior Bravo de Saravia, natural de Soria, caballero de ciencia y conciencia, que tenía la segunda silla y audiencia. Procuró Gasca la conversión de los indios que aun no eran baptizados, e que continuasen la predicación y doctrina cristiana los obispos, frailes y clérigos porque con las guerras habían aflojado. Vedó, so grandísimas penas, que no cargasen indios contra su voluntad ni los tuviesen por esclavos, que así lo mandaban el papa y el emperador; mas por la gran falta de bestias de carga, proveyó en muchas partes que se cargasen como lo hacían en tiempo de idolatría, sirviendo a sus ingas y señores, que fué un pecho personal, por el cual les quitaron la tercia parte del tributo. Empero mandóse que no los sacasen de su natural, por que no se destemplasen y muriesen, sino que los criados en los llanos, tierra caliente, sirviesen allí, e los serranos, hechos al frío, no bajasen al llano, y que los remudasen a tiempos, por que no llevasen siempre unos la carga. También dejó muchos que llaman matimaes (1) y que son como esclavos, según y de la manera que Guainacapa los tenía, y mandó a los demás

---

(1) Léase Cieza de León (P.), *La Crónica del Perú,* en la colección de *Viajes clásicos* editada por Calpe.

ir a sus tierras; pero muchos dellos no quísieron sino estarse con sus amos, diciendo que se hallaban bien con ellos, y aprendían cristiandad con oír misa y sermones, y ganaban dineros con vender, comprar y servir. Dicen que faltan los medios de lo conquistado en el Perú por cargarlos mucho y a menudo; que los encomenderos no lo podían ni osaban contradecir a los soldados, que sin piedad ninguna los llevaban, o mataban si no iban; y aun en presencia de Gasca, durante la guerra y camino, lo hacían. Escogió Gasca muchas personas de bien que visitasen la tierra. Dióles ciertas instrucciones; encargóles la conciencia y tomóles juramento en manos del sacerdote, que les dijo una misa del Espíritu Santo, que harían bien y fielmente su oficio. Aquellos visitadores anduvieron todos los pueblos del Perú que sujetos están al emperador, unos por un cabo y otros por otro. Tomaron juramento a los encomenderos o sus personeros, aunque fuesen del rey, que declarasen cuántos indios, sin viejos y niños, había en sus lugares y repartimientos, y qué y cuánto pechaban. Echábanlos fuera de su tierra, y examinaban los caciques e indios sobre las vejaciones y demasías que sus dueños les hacían, y sobre qué cosas se criaban y cogían en su territorio; qué solían tributar a los ingas; dónde llevaban los tributos, ca tributaban a sus ingas lagartijas, ranas y tales cosas, si al no tenían; y lo que al presente pagaban, pagar podrían en adelante, dándoles a entender la merced que les hacía el emperador en moderar el tributo y dejarlos casi francos y señores de sus propias haciendas y granjerías, ca muchos indios del llano, que viven sin casas ni población, como entendieron la visita y tasa, huyeron, pensando que cuanto menos personas hallasen los visitadores, menos pechos pornían, e así quedarían libres en la hacienda como en la persona. Vueltos, pues, que fueron los visitadores, encomendó Gasca la tasación al arzobispo Loaisa y a Tomás Sant

Martín y Domingo de Santo Tomás, frailes dominicos. Los cuales tomando el parecer de los visitadores, y cotejando los dichos de los señores y de los vasallos, tasaron los tributos mucho menos que los mesmos indios decían que podrían buenamente pagar. Gasca lo mandó así, y que cada pueblo pagase su pecho en aquello que su tierra producía: si oro, en oro; si plata, en plata; si coca, en coca; si algodón, sal y ganado, en ello mesmo, aunque mandó a muchos pagar en oro y plata no teniendo minas, por razón que se diesen al trabajo y trato para haber aquel oro, criando aves, seda, cabras, puercos y ovejas e llevándolo a vender a los pueblos y mercados, juntamente con leña, yerba, grano y tales cosas; y por que se vezasen a ganar jornal trabajando y sirviendo en las casas y haciendas de los españoles e aprendiesen sus costumbres y vida política cristiana, perdiendo la idolatría y borracherías a que con la gran ociosidad mucho se dan. Publicóse, pues, la tasa, y quedaron muy alegres los indios y contentos, que de antes no descansaban ni dormían, pensando en los cogedores; y si dormían, los soñaban. Quedóles puesta pena si dentro de cierto tiempo de cada un año, en veinte días después, no pagasen sus tributos y pechos. E al encomendero que llevase más de la tasa, el cuatro tanto por la primera vez, y por la segunda, que perdiese la encomienda y repartimiento.

CLXXXIX

Los gastos que Gasca hizo, y el tesoro que juntó.

No entró Gasca en el Nombre de Dios con más de cuatrocientos ducados; empero buscó prestados y a cambio cuantos dineros menester hubo para la guerra, cuando Pizarro se puso en resistencia; con los cuales

compró armas, artillería, caballos y matalotaje; pagó el sueldo y dió socorros, e hizo otros muchos gastos, en que, echada cuenta por pluma, gastó novecientos mil pesos de oro desde que llegó hasta que salió del Perú, ca fué necesario gastar largo con los españoles, y valían carísimo las cosas de Castilla, no solamente las de comer y vestir, pero las de guerrear, como eran caballos, arcabuces y coseletes, y es de notar que, siendo aquella tierra tan cara y lejos, hay tantas y tan buenas armas y caballos; mas allá van mercaderías do quieren dineros. Recogió Gasca las rentas y quintos del rey y el oro y plata de los traidores y condenados, y allegó tanto tesoro, que pagó los novecientos mil pesos, y le quedaron para traer al emperador un millón y trecientos mil castellanos en plata y oro, cosa de que mucho se maravillaron todos, y no por el dinero, sino por la manera con que lo juntó. Nunca procuró ni tomó para sí un real, y así, digo que nunca pasó al Perú español, con cargo ni sin él, que no tomase algo, sino Gasca, que no le conocieron, aunque lo miraron, señal de avaricia, por la cual se perdieron y mataron cuantos habemos contado en las guerras del Perú. Saco, empero, a Blasco Núñez Vela, que realísimamente fué servidor del emperador y libre de tal vicio, aunque porfió algo los negocios por sus diez y ocho mil ducados de salario. Grabriel de Rojas sacó demasiado a los indios vacos en cabeza del rey, e a los españoles que favorecieron a Pizarro y a los que no le favorecieron, diciendo que se habían estado a la mira, todo lo cual pasó de un millón; y como murió en el camino casi súbitamente, dijeron que por juicio de Dios, y que se aparecía espantosamente a ciertos frailes de Santo Domingo de Lima. E pues hablamos de tesoro, bien es decir la riqueza del Perú que hasta aquí nuestros españoles han habido, ansí en lo que hallaron en poder de los indios como en lo que sacaron de minas, que mucho es. Augustín de Zárate, que

tomó las cuentas, halló cargados a los oficiales del rey, en los libros de cuentas, un millón y ochocientos mil pesos de oro, y seiscientos mil marcos de plata del quinto y rentas reales, y toda esta plata y oro ha venido en España de una o de otra manera, porque allá no la quieren para más de traerla, y danse tanta prisa a traerla como a sacarla y haberla. Aunque don Diego de Almagro, Vaca de Castro, Blasco Núñez, Gonzalo Pizarro, Gasca y otros capitanes gastaron mucho de lo del rey en las guerras; mas todo al fin, como dije, es venido a España, y es una cuantidad increíble, pero cierta.

CXC

Consideraciones.

De cuantos españoles han gobernado el Perú no ha escapado ninguno, sino es Gasca, de ser por ello muerto o preso, que no se debe poner en olvido. Francisco Pizarro, que lo descubrió, y sus hermanos, ahogaron a Diego de Almagro; don Diego de Almagro, su hijo, hizo matar a Francisco Pizarro; el licenciado Vaca de Castro degolló a don Diego; Blasco Núñez Vela prendió a Vaca de Castro, el cual aun no está fuera de prisión; Gonzalo Pizarro mató en batalla a Blasco Núñez; Gasca justició a Gonzalo Pizarro y echó preso al oidor Cepeda, que los otros sus compañeros ya eran muertos; los Contreras, como luego declararemos, quisieron matar a Gasca. También hallaréis que han muerto más de ciento y cincuenta capitanes y hombres con cargo de justicia, unos a manos de indios, otros peleando entre sí, y los más ahorcados. Atribuyen los indios, y aun muchos españoles, estas muertes y guerras a la constelación de la tierra y riqueza; yo lo echo a la malicia y avaricia de

los hombres. Dicen ellos que nunca después que se acuerdan (algunos han cien años) faltó guerra en el Perú; porque Guainacapa y Opangui, su padre, tuvieron continuamente guerras con sus comarcanos por señorear solos aquella tierra. Guaxcar y Atabaliba pelearon sobre cuál sería inga y monarca, y Atabaliba mató a Guaxcar, su hermano mayor, y Francisco Pizarro mató y privó del reino al Atabaliba por traidor, e cuantos su muerte procuraron y consintieron han acabado desastradamente, que también es otra consideración. Ya leistes la fin de Diego de Almagro, Francisco y Gonzalo Pizarro. A Joan Pizarro, que de todos sus hermanos era el más valiente, mataron indios en el Cuzco, y Joan de Rada y sus consortes, a Francisco Martín de Alcántara. Los isleños de Puna mataron a palos al obispo fray Vicente de Valverde, que huía de don Diego de Almagro, y al doctor Velázquez, su cuñado, y al capitán Joan de Valduneso, con otros muchos. Almagro ahorcó a Felipillo allá en Chili; Hernando de Soto pereció en la Florida (1), y otros en otras partes. Algunos viven de aquéllos, como es Fernando Pizarro, que, si bien no se halló en la muerte de Atabaliba, está en la Mota de Medina del Campo por la muerte de Almagro y batalla de las Salinas y otras muchas cosas.

---

(1) Hernando de Soto, figura noble y desinteresada en la conquista del Perú, explorador más tarde del territorio de los actuales Estados Unidos, pereció a orillas del río Mississipí—que había remontado hasta su confluencia con el Missouri—y en el que fué sepultado. *(Nota D.)*

CXCI

Otras consideraciones.

Comenzaron los bandos entre Pizarro y Almagro por ambición y sobre quién gobernaría el Cuzco; empero crecieron por avaricia y llegaron a mucha crueldad por ira e invidia; e plega a Dios que no duren como en Italia güelfos y gebelinos. Siguieron a Diego de Almagro porque daba, y a Francisco Pizarro porque podía dar. Después de ambos muertos, han seguido siempre el que pensaban que les daría más y presto. Muchos han dejado al rey porque no les tenía de dar, y pocos son los que fueron siempre reales, ca el oro ciega el sentido, y es tanto lo del Perú, que pone admiración. Pues así como han seguido diferentes partes, han tenido doblados corazones y aun lenguas; por lo cual nunca decían verdad sino cuando hallaban malicia. Corrompían los hombres con dineros para jurar falsedades; acusaban unos a otros maliciosamente por mandar, por haber, por venganza, por envidia y aun por su pasatiempo; mataban por justicia sin justicia, y todo por ser ricos. Así que muchas cosas se encubrieron que convenía publicar y que no se pueden averiguar en tela de juicio, probando cada uno su intención. Muchos hay también que han servido al rey de los cuales no se cuenta mucho, por ser hombres particulares y sin cargos; que aquí solamente se trata de los gobernadores, capitanes y personas señaladas, y porque sería imposible decir de todos, y porque les vale más quedar en el tintero. Quien se sintiere, calle, pues está libre y rico; no hurgue por su mal. Si bien hizo y no es loado, eche la culpa a sus compañeros; y si mal hizo y es mentado, échela a sí mesmo.

CXCII

El robo que los Contreras hicieron a Gasca volviendo a España.

Dióse Gasca muy gran prisa y maña, después que castigó a Pizarro y a los otros revoltosos y bandoleros, a poner en concierto la justicia, a gratificar los soldados, a tasar los tributos, a recoger dineros y a dejar la gente y tierra llana, pacífica y mejorada para volverse a España: cosa que mucho deseaba. Embarcó millón y medio para el rey, y otro tanto y más de particulares, y fuése a Panamá; dejó allí seiscientos mil pesos por no tener en qué llevarlos, y caminó al Nombre de Dios. Llegaron luego a Panamá con docientos soldados españoles dos hijos de Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, y tomaron aquellos seiscientos mil castellanos que Gasca dejó y cuanto más dineros y ropa pudieron, entrando por fuerza en la ciudad y en las casas. El uno dellos se fué con la presa en dos o tres naos, y el otro echó tras Gasca por quitarle todo el oro y plata que llevaba, y la vida: tan ciego y soberbio estaba. Habían estos Contreras muerto al obispo de Nicaragua, fray Antonio de Valdivieso, porque escribió mal de su padre a Castilla, donde andaba en negocios. Andaban homicianos, pobres e huidos; recogieron los pizarristas que iban huyendo de Gasca y otros perdidos, y acordaron de hacer aquel salto por enriquecer, diciendo que aquel tesoro y todo el Perú era suyo y les pertenecía como a nietos de Pedrarias de Avila, que tuvo compañía con Pizarro, Almagro y Luque, y los envió y se alzaron: color malo, empero bastante para traer a ruines a su propósito. En fin, ellos hicieron un salto y hurto calificado si con él se contentaran, aunque no escaparan de las manos del rey, que alcanzan mucho.

Supo Gasca lo uno y lo otro de vecinos de Panamá, puso en cobro el tesoro y volvió con gente. Peleó con los de Contreras y venciólos; prendió y justició cuantos quiso. Huyó el Contreras, y ahogóse cerca de allí pasando un río. Despachó Gasca naos tras el otro Contreras bien armadas de tiros y arcabuceros; los cuales se dieron tan buena diligencia y cobro, que lo alcanzaron. Tomáronle las naos y los dineros peleando, mataron cuantos con él iban, sino fueron diez o doce, en el combate e justicia que luego hicieron, y así cobró Gasca su hurto y castigó los ladrones: cosas tan señaladas como dichosas para su honra y memoria. Embarcóse con tanto en el Nombre de Dios y llegó a España por julio del año de 1550, con grandísima riqueza para otros y reputación para sí. Tardó en ir y venir y hacer lo que habéis oído poco más de cuatro años. Hízolo el emperador obispo de Palencia y llamólo a Augusta, de Alemaña, para que le informase a boca y entera y ciertamente de aquella tierra y gente del Perú.

CXCIII

La calidad y temple del Perú.

Llaman Perú todas aquellas tierras que hay del mesmo río al Chili, y que nombrado habemos muchas veces en su conquista y guerras civiles, como son Quito, Cuzco, Charcas, Puerto-Viejo, Tumbez, Arequipa, Lima y Chili. Divídenlo en tres partes: en llano, sierras y Andes. Lo llano, que arenoso es y muy caliente, cae a orillas del mar; entra poco en la tierra, pero extiéndese grandemente por junto al agua. De Tumbez allá no llueve ni truena ni echa rayos en más de quinientas leguas de costa y diez o veinte de tierra que duran los llanos. Viven aquí los hombres riberas

de los ríos que vienen de las sierras, por muchos valles, los cuales tienen llenos de frutales y otros árboles, so cuya sombra y frescura duermen y moran, ca no hacen otras casas ni camas. Críanse allí cañas, juncos, espadañas y semejantes yerbas de mucha verdura para tomar por cama, y unos arbolejos cuyas hojas se secan en tocándolas con la mano. Siembran algodón, que de suyo es azul, verde, amarillo, leonado y de otras colores; siembran maíz y batatas y otras semillas y raíces, que comen, y riegan las plantas y sembrados por acequias que sacan de los ríos, y cae también algún rocío. Siembran asimesmo una yerba dicha coca, que la precian más que oro ni pan, la cual requiere tierra muy caliente, y tráenla en la boca todos y siempre, diciendo que mata la sed y la hambre: cosa admirable, si verdadera (1). Siembran y cogen todo el año; no hay lagartos o crocodilos en los ríos ni costa destos llanos de Lima allá; y así, pescan sin miedo y mucho. Comen crudo el pescado, que así hacen la carne por la mayor parte; toman muchos lobos marinos, que los hallan buenos de comer, y límpianse los dientes con sus barbas, por ser buenas para la dentadura; y aun dicen que quitan el dolor de muelas los dientes de aquellos lobos, si los calientan y los tocan. Comen estos lobos piedras, puede ser que por lastre; los buitres matan también estos lobos cuando salen a tierra, que mucho es de ver, e se los comen. Acometen a un lobo marino muchos buitres, y aun dos solamente se atreven; unos lo pican de la cola y pies, que todo parece uno, y otros de los ojos, hasta que se los quiebran, y así lo matan después de ciego y cansado. Son grandes los buitres, y algunos tienen doce y quince y

---

(1) La coca—de que hoy se extrae la cocaína—pasa por ser un alimento de ahorro. Para más detalles, léase P. de Cieza de León *La Crónica del Perú,* en la colección de *Viajes clásicos* editada por Calpe.

aun diez y ocho palmos de una punta de ala a otra. Hay garzas blancas y pardas, papagayos, mochuelos, pitos, ruiseñores, codornices, tórtolas, patos, palomas, perdices y otras aves que nosotros comemos, excepto gallipavos, que no crían de Chira o Tumbez adelante. Hay águilas, halcones y otras aves de rapiña, y de muy extraña y hermosa color; hay un pajarico del tamaño de cigarra, con linda pluma entre colores, que admira la gente; hay otras aves sin pluma, tan grandes como ansarones, que nunca salen del mar; tienen empero un blando y delgado vello por todo el cuerpo. Hay conejos, raposas, ovejas, ciervos y otros animales, que cazan con redes y arcos y a ojeo de hombres, trayéndolos a ciertos corrales que para ello hacen. La gente que habita en estos llanos es grosera, sucia, no esforzada ni hábil; viste poco y malo; cría cabello, y no barba; y como es gran tierra, hablan muchas lenguas. En la sierra, que es una cordillera de montes bien altos y que corre setecientas y más leguas, y que no se aparta de la mar quince, o cuando mucho veinte, llueve y nieva reciamente, y así es muy fría. Los que viven entre aquel frío y calor son por la mayor parte tuertos o ciegos, que por maravilla se hallan dos personas juntas que la una no sea tuerta. Andan rebozados y tocados por esto, y no por cobrir, como algunos decían, unos rabillos que les nacían al colodrillo. En muchas partes desta fría sierra no hay árboles, y hacen fuego de cierta tierra y céspedes que arden muy bien. Hay sierras de colores, como es Parnionga, Guarimei; unas coloradas, otras negras, de que sin otra mezcla hacen tinta; otras amarillas, verdes, moradas, azules, que se devisan de lejos y parecen muy bien. Hay venados, lobos, osos negros y unos gatos que parecen hombres negros. Hay dos suertes de pacos, que llaman los españoles ovejas, y son, como en otro cabo dijimos, unas domésticas y otras silvestres. La lana de las unas es grosera, y de las otras fina, de la cual

hacen vestidos, calzado, colchones, mantas, paramentos, sogas, hilo y la borla que traen los ingas. Tienen grandes hatos y granjería dellas en Chincha, Caxamalca y otras muchas tierras, y las llevan y traen de un extremo a otro como los de Soria y Extremadura. Críanse nabos, altramuces, acederas y otras yerbas de comer, y una como apio de flor amarilla que sana toda llaga podrida, y si la ponen donde no hay mal, come la carne hasta el hueso; y así, es buena para lo malo y mala para lo bueno. No tengo que decir del oro ni de la plata, pues do quiera se halla. En los valles de la sierra, que son muy hondos, hay calor y se hace la coca y otras cosas que no quieren tierra fría. Los hombres traen camisas de lana y hondas ceñidas por la cabeza sobre el cabello. Tienen más fuerza, esfuerzo, cuerpo, razón y policía que los del llano arenoso. Las mujeres visten largo y sin mangas, fájanse mucho y usan mantellinas sobre los hombros, prendidas con alfileres cabezudos de oro y plata, a fuer del Cuzco. Son grandes trabajadoras y ayudan mucho a sus maridos; hacen casas de adobes y madera, que cubren de uno como esparto. Estas son asperísimas montañas, si las hay en el mundo, y vienen de la Nueva España, y aun de más allá, por entre Panamá y el Nombre de Dios, y llegan al estrecho de Magallanes. De aquéstos, pues, nascen grandísimos ríos, que caen en la mar del Sur, y otros mayores en la del Norte, como son el río de la Plata, el Marañón y el de Orellana, que aun no está averiguado si es el mesmo que Marañón. Los Andes son valles muy poblados y ricos de minas y ganado; pero aun no hay dellos tanta noticia como de las otras tierras.

CXCIV

Cosas notables que hay y que no hay en el Perú.

Oro y plata hay donde quiera, mas no tanto como en el Perú, y húndenlo en hornillos con estiércol de ovejas, y al aire, peñas y cerros de colores; no sé dó los hay como aquí; aves hay diferentes de otras partes, como la que no tiene pluma y la que pequeñísima es, según poco antes contamos. Los osos, las ovejas y gatos gesto de negros son propios animales desta tierra. Gigantes dicen que hubo en tiempos antiguos, cuyas estatuas halló Francisco Pizarro en Puerto Viejo, y diez o doce años después se hallaron no muy lejos de Trujillo grandísimos huesos y calabernas con dientes de tres dedos en gordo y cuatro en largo, que tenían un verdugo por de fuera y estaban negros; lo cual confirmó la memoria que dellos anda entre los hombres de la costa (1). En Colli, cerca de Trujillo, hay una laguna dulce que tiene el suelo de sal blanca y cuajada. En los Andes, detrás de Jauja, hay un río que, siendo sus piedras de sal, es dulce. Una fuente está en Chinca cuya agua convierte la tierra en piedra, y la piedra y barro en peña. En la costa de San Miguel hay grandes piedras de sal en la mar, cubiertas de ovas. Otras fuentes o mineros hay en la punta de Santa Elena que corren un licor el cual sirve por alquitrán y por pez. No había caballos, ni bueyes, ni mulos, asnos, cabras, ovejas, perros, a cuya causa no hay rabia allí ni en todas las Indias. Tampoco había ratones hasta en tiempo

(1) Estos huesos no serían sino de mamíferos gigantes extintos y fósiles. Antes de que se supiera de fósiles, siempre que se hallaban huesos gigantes se atribuían, sin otra averiguación, a razas de hombres de estatura descomunal. *(Nota D.)*

de Blasco Núñez: remanescieron tantos de improviso en San Miguel y otras tierras, que royeron todos los árboles, cañas de azúcar, maizales, hortaliza y ropa sin remedio ninguno, y no dejaban dormir los españoles y espantaban los indios. Vino también langosta muy menuda en aquel mesmo tiempo, nunca vista en el Perú, y comió los sembrados. Dió asimesmo una cierta sarna en las ovejas y otros animales del campo, que mató como pestilencia las más dellas en los llanos, que ni las aves carniceras las querían comer. De todo esto vino gran daño a los naturales y extranjeros, que tuvieron poco pan y mucha guerra. Dicen también que no hay pestilencia, argumento de ser los aires sanísimos, ni piojos, que lo tengo a mucho; mas los nuestros bien los crían. No usaban moneda, teniendo tanta plata, oro y otros metales; ni letras, que mayor falta y rudeza era; pero ya las saben y aprenden de nosotros, que vale más que sus desaprovechadas riquezas. No es de callar la manera que tienen en hacer sus templos, fortalezas y puentes: traen la piedra rastrando a fuerza de brazos, que bestias no hay, y piedras de diez pies en cuadro, y aun mayores. Asiéntanlas con cal y otro betún, arriman tierra a la pared, por do suben la piedra, y cuanto el edificio cresce, tanto levantan la tierra, ca no tienen ingenios de grúas y tornos de cantería; y así, tardan mucho en semejantes fábricas, y andan infinitas personas; tal edificio era la fortaleza del Cuzco, la cual era fuerte, hermosa y magnífica. Las puentes son para reír y aun para caer; en los ríos hondos y raudos, que no pueden hincar postes, echan una soga de lana o verga de un cabo a otro por parte alta; cuelgan della un cesto como de vendimiar, que tiene las asas de palo, por más recio; meten allí dentro el hombre, tiran de otra soga y pásanlo. En otros ríos hacen una puente sobre pies de un solo tablón, como las que hacen en Tajo para las ovejas; pasan por allí los indios sin caer ni turbarse, que lo continúan mucho; mas peligran los españo-

les, desvanesciendo con la vista del agua y altura y temblor de la tabla; y así, los más pasan a gatas. También hacen buenas puentes de maromas sobre pilares que cubren de trenzas, por las cuales pasan caballos, aunque se bambalean. La primera que pasaron fué entre Iminga y Guaillasmarca, no sin miedo, la cual era de dos pedazos: por el uno pasaban los ingas, orejones y soldados y por el otro los demás, y pagaban pontazgos, como pecheros, para sustentar y reparar la puente, aunque los pueblos más vecinos eran obligados a tener en pie las puentes. Donde no había puente de ninguna suerte hacían balsas y artesas, mas la reciura de los ríos se las llevaba; y así, les convenía pasar a nado, que todos son grandes nadadores. Otros pasan sobre una red de calabazas, guiándola uno y rempujándola otro, y el español o indio y ropa que va encima se cubre de agua. Por defecto, pues, y maleza de puentes se han ahogado muchos españoles, caballos, oro y plata; que los indios a nado pasan. Tenían dos caminos reales del Quito al Cuzco, obras costosas y notables; uno por la sierra y otro por los llanos, que duran más de seiscientas leguas; el que iba por llano era tapiado por ambos lados, y ancho veinte y cinco pies; tiene sus acequias de agua, en que hay muchos árboles, dichos molli (1). El que iba por lo alto era de la mesma anchura, cortado en vivas peñas y hecho de cal y canto, ca o abajaban los cerros o alzaban los valles para igualar el camino; edificio, al dicho de todos, que vence las pirámides de Egipto y calzadas romanas y todas obras antiguas. Guainacapa lo alargó y restauró, y no lo hizo, como algunos dicen; que cosa vieja es, y que no la pudiera acabar en su vida. Van muy derechos estos caminos, sin arrodear cuesta ni laguna, y tienen por sus jornadas y trechos de tierra unos gran-

(1) El *molli* o *molle* era la terebintácea medicinal *Schinus molle* L., llamada también *pimentero falso. (Nota D.)*

des palacios, que llaman tambos, donde se albergan la corte y ejército de los ingas; los cuales están bastecidos de armas y comida, y de vestidos y zapatos para los soldados; que los pueblos comarcanos los proveían de obligación. Nuestros españoles con sus guerras ceviles han destruído estos caminos, cortando la calzada por muchos lugares para impedir el paso unos a otros, y aun los indios deshicieron su parte cuando la guerra y cerco del Cuzco.

CXCV

Remate de las cosas del Perú.

Las armas que los del Perú comúnmente usan son hondas, flechas, picas de palma, dardos, porras, hachas, alabardas, que tienen los hierros de cobre, plata y oro. Usan también cascos de metal y de madera, y jubones embastados de algodón. Cuentan uno, diez, ciento, mil, diez cientos, diez cientos de miles, y así van multiplicando. Traen la cuenta por piedras y por ñudos en cuerdas de color; y es tan cierta y concertada, que los nuestros se maravillan. Juegan con un solo dado de cinco puntos, que no tienen mayor suerte. El pan es de maíz; el vino, también, y emborracha reciamente. Otras bebidas hacen de frutas e yerbas, como decir de molles, árboles fructíferos, de cuya fruta hacen también una cierta miel que aprovecha en los golpes y mataduras de bestias, y las hojas para dolor y llagas de hombres, y para aguapiernas y de barberos. Su vianda es fruta, raíces, pescado y carne, especialmente de oveja-ciervos, que tienen muchas en poblado y despoblado, proprias y comunes, y santas o sagradas, que son del Sol, ca los ingas inventaron un cierto diezmo, hato y pegujal de Pachacama y otras guacas para tener

carne los tiempos de guerra, vedando que nadie las matase ni corriese. Son muy borrachos; tanto, que pierden el juicio. No guardan mucho el parentesco en casamientos, ni ellas lealtad en matrimonio. Casan con cuantas se les antojan, y algunos orejones con sus hermanas. Heredan sobrinos, y no hijos, sino es entre ingas y señores; pero ¿qué han de heredar, pues el vulgo ni tiene, ni quiere, o no le dejan hacienda? Son mintrosos, ladrones, crueles, someticos, ingratos, sin honra, sin vergüenza, sin caridad ni virtud. Sepúltanse debajo la tierra, y algunos embalsaman echándoles un licor de árboles olorísimo por la garganta, o untándolos con gomas; en la sierra se conservan infinito tiempo con el frío; y así, hay mucha carne momia. Hartos hombres viven cien años en el Collao y en otras partes del Perú que son frías. Las tierras de pan llevar son fertilísimas; un grano de cebada echó trecientas espigas, y otro de trigo, docientas, que pienso fueron de los que primero sembraron. En San Joan, gobernación de Pascual de Andagoya, sembraron una escudilla de trigo y cogieron novecientas; en muchas partes han cogido docientas y más hanegas de una que sembraron, y así multiplicaban al principio las otras semillas de acá. Los rábanos se hacían tan gordos como un muslo, y aun como un cuerpo de hombre; pero luego disminuyeron sembrados de su mesma simiente, que así hicieron todas las cosas de grano que llevaron de Castilla. Ha multiplicado mucho la fruta de zumo y agro, como decir naranjas y las cañas de azúcar; multiplican eso mesmo los ganados, ca una cabra pare cinco cabritos, y cuando menos dos; y si no hubiese sido por las guerras ceviles, habría ya infinitas yeguas, ovejas, vacas, asnas y mulas que los relevasen de carga; mas presto, placiendo a Dios, habrá todas estas cosas y vivirán políticamente con la paz y predicación que tienen, en la cual entienden con gran hervor y caridad nuestros españoles, así eclesiásticos como

seglares, que tienen vasallos; y la solicitan los oidores, y la procura el virrey don Antonio de Mendoza, hecho a la conversión de los indios de Nueva España, de donde vino a gobernar al Perú. Hasta aquí han estado porfiados en su idolatría y vicios abominables, por ocuparse los obispos, clérigos y frailes en las guerras ceviles; y los convertidos fácilmente renegaban la religión cristiana viendo cómo iban las cosas, y aun muchos por malicia y por persuasión del diablo; y así, muchos dellos no se querían enterrar en las iglesias a fuer de cristianos, sino en sus templos y osares; y aun hartas veces hallaron nuestros sacerdotes bultos de paja y algodón en las andas queriendo echar el defunto en la fuesa; y otros decían, cuando les predicaban a Jesucristo bendito y su santísima fe y doctrina, que aquello era para Castilla y no para ellos, que adoraban a Pachacama, criador y alumbrador del mundo. No los apremian a más diezmo de cuanto ellos quieren dar, por que no se resabien ni sientan mal de la ley, que aún no entienden bien. Fray Jerónimo de Loaisa es arzobispo de Los Reyes, y hay otros tres obispados en el Perú: el Cuzco, que tiene fray Joan Solano, y el Quito, que tiene García Diez, y el de los Charcas, que tiene fray Tomás de San Martín.

CXCVI

Panamá.

Del río Perú al Cabo Blanco, que por otro nombre se dice Puerto de la Herradura, ponen de tierra, costa a costa, cuatrocientas menos diez leguas, contando así: De Perú, que cae dos grados acá de la Equinocial, hay sesenta leguas al golfo de San Miguel, que está en seis grados, y veinte y cinco leguas del otro golfo de Ura-

bá o Darién, y boja cincuenta. Descubrióle Vasco Núñez de Balboa el año de 13, buscando la mar del Sur, como en su tiempo dijimos, y halló en él muchas perlas. Deste golfo a Panamá hay más de cincuenta, que descubrió Gaspar de Morales, capitán de Pedrarias de Avila; de Panamá a la punta de Guera, yendo por Paris y Natán, ponen setenta leguas; de Guera, que cae a poco más de seis grados, hay cien leguas a Borica, que es una punta de tierra puesta en ocho grados, de la cual hay otras ciento hasta Cabo Blanco, que paresce uña de águila y que está en ocho grados y medio a esta parte de la Equinocial. Estas docientas y setenta leguas descubrió el licenciado Gaspar de Espinosa, de Medina del Campo, alcalde mayor de Pedrarias, año de 15 ó 16, juntamente con Diegarias de Avila, hijo del gobernador, aunque poco antes habían corrido por tierra Gonzalo de Badajoz y Luis de Mercado la costa de Paris y Natán por cincuenta leguas, y fué desta manera: Pedrarias de Avila envió muchos capitanes a descubrir y poblar en diversas partes, según en otro cabo conté, y entrellos fué Gonzalo de Badajoz, el cual partió del Darién por marzo del año de 1515 con ochenta compañeros y fué al Nombre de Dios, donde estuvo algunos días atrayendo de paz a los naturales; mas como el cacique no quería su amistad ni contratación, no pudo. Llegó también allí entonces Luis de Mercado con otros cincuenta españoles del mesmo Pedrarias, y acordaron entrambos de irse a la costa del Sur, que tenía fama de más rica tierra; así, que tomaron indios para guía y servicio, y subieron las sierras, en la cumbre de las cuales estaba Yuana, señor de Coiba, que llamaron la rica por hallar oro doquiera que cavaban. Huyó el cacique, de miedo de aquellos nuevos y barbudos hombres, y no quiso venir, por mensajeros que le hicieron; y así, saquearon y quemaron el pueblo, y pasaron adelante con buena presa de esclavos; no digo que los hicieron, sino que ya lo eran. Usan mucho por

allí tener esclavos para sembrar, coger oro y hacer otros servicios y provechos. Tráenlos herrados, las caras de negro y colorado; púnchanles los carrillos con hueso y espinas de peces, y échanles ciertos polvos, negros o colorados, tan fuertes, que por algunos días no les dejan mascar, y que nunca pierden la color. De Coiba fueron cinco días por el camino del agua, que otro no sabían, sin ver poblado ninguno. Al postrero toparon dos hombres con sendas talegas de pan, que los guiaron a su cacique, dicho Totonaga, que ciego era, el cual los hospedó amorosamente y les dió seis mil pesos de oro en granos, vasos y joyas; dióles también noticia de la costa y riqueza que buscaban. Ellos se despidieron dél alegres y contentos, y caminando hacia poniente llegaron a un lugar de Taracuru, reyezuelo rico, que les dió hasta ocho mil pesos de oro. Destruyeron a Pananome porque no los recebió el señor, aunque era hermano de Taracuru. Pasaron por Tavor, y fueron bien recebidos de Cheru, que les hizo un presente de cuatro mil pesos de oro; era rico por el trato de unas muy buenas salinas que tenía. Otro día entraron en un pueblo, y el señor Natán les dió quince mil pesos de oro. Reposaron allí por el buen acogimiento y amor de los vecinos. Había mucha comida y buenas casas con chapiteles y cubiertas de paja; los varales, de que son, entretejidos por gran concierto, y parescen harto bien. Tenían ya Badajoz y Mercado ochenta mil pesos de oro en granos, collares, bronchas, cercillos, cascos, vasos y otras piezas que les habían dado y ellos habían tomado y rescatado. Tenían también cuatrocientos esclavos para llevar el oro, ropa y españoles enfermos. Caminaron sin concierto ni cuidado, como no habían hallado hasta allí resistencia, en busca del rey Pariza, o Paris, como dicen otros, que tenía fama del más rico señor de aquella costa. El Pariza tuvo sentimiento y espías de su venida; armó gente, púsose al paso, paróles una celada, dió sobrellos,

y antes que se pudiesen revolver hirió y mató hasta ochenta españoles, que los demás huyeron; y tomó los ochenta mil pesos de oro y los cuatrocientos esclavos, con toda la ropa que llevaban. No gozó mucho Pariza el despojo, aunque goza de la fama; ca después lo despojaron a él y a su tierra en diversas veces aquel oro y dos tanto. No pudo ir Pedrarias a vengar la muerte de sus españoles, por enfermedad, y envió a Gaspar de Espinosa, su alcalde mayor, el cual conquistó aquella tierra, descubrió la costa que dije y pobló a Panamá. Es Panamá chico pueblo, mal asentado, mal sano, aunque muy nombrado por el pasaje del Perú y Nicaragua, y porque fué un tiempo chancillería; es cabeza de obispado y lugar de mucho trato. Los aires son buenos cuando son de mar; y cuando de tierra, malos; y los buenos de allí son malos en el Nombre de Dios, y al contrario. Es la tierra fértil y abundante; tiene oro, hay mucha caza y volatería, y por la costa, perlas, ballenas y lagartos, los cuales no pasan de Tumbez, aunque allí cerca los han muerto de más de cien pies en largo y con muchos guijarros en el buche: si los digeren, gran propriedad y calor es. Visten, hablan y andan en Panamá como en Darién y tierra de Culúa, que llaman Castilla de Oro. Los bailes, ritos y religión son algo diferentes, y parescen mucho a lo de Haití y Cuba. Entallan, pintan y visten a su Tavira, que es el diablo, como le ven y hablan, y aun lo hacen de oro vaciadizo. Son muy dados al juego, a la carnalidad, al hurto y ociosidad. Hay muchos hechiceros y brujos que de noche chupan los niños por el ombligo; hay muchos que no piensan que hay más de nacer y morir, y aquellos tales no se entierran con pan y vino ni con mujeres ni mozos. Los que creen inmortalidad del alma se entierran, si son señores, con oro, armas, plumas; si no lo son, con maíz, vino y mantas. Secan al fuego los cuerpos de los caciques, que es su embalsamar; meten con ellos en las sepulturas algunos de sus criados, para

servirlos en el infierno, y algunas de sus muchas mujeres que los amaban; bailan al enterramiento, cuecen ponzoña y beben della los que han de acompañar al defunto, que a las veces son cincuenta. También se salen muchos a morir al campo, donde los coman aves, tigres y otras animalias. Besan los pies al hijo o sobrino que hereda, estando en la cama, que vale tanto como juramento y coronación. Todo esto ha cesado con la conversión; y viven cristianamente, aunque faltan muchos indios, con las primeras guerras y poca justicia que hubo al principio.

CXCVII

Tararequi, isla de perlas.

Gaspar de Morales fué, año de 15, al golfo de Sant Miguel con ciento y cincuenta españoles, por mandado de Pedrarias, en demanda de la isla Tararequi, que tan abundante de perlas decían ser los de Balboa, e tan cerca la costa. Juntó muchas canoas y gente que le dieron Chiape y Tamuco, amigos de Vasco, y pasó a la isla con sesenta españoles. Salió el señor della a estorbarle la entrada con mucha gente y grita; peleó tres veces, igualmente que los nuestros, y a la cuarta fué desbaratado, y quisiera rehacerse para defender su isla; empero dejó las armas y hizo paz con Morales por consejo y ruego de los indios del golfo, que le dijeron ser invencibles los barbudos, amorosos con los amigos y ásperos con los enemigos, según lo habían mostrado a Ponca, Pocorosa, Cuareca, Chiape, Tumaco y a otros grandes caciques que se tomaron con ellos. Hechas, pues, las amistades, llevó el señor los españoles a su casa, que grande y buena era, dióles bien de comer y una cesta de perlas, que pesaron

ciento y diez marcos. Recibió por ellas algunos espejos, sartales, cascabeles, tijeras, hachas y cosillas de rescate, que las tuvo en más que tenía las perlas. Subiólos a una torrecilla y mostróles otras islas, tierras ricas de perlas y no faltas de oro, diciendo que todas las tenían a su mandar siempre que sus amigos fuesen. Baptizóse, y llamóse Pedrarias por tener el nombre del gobernador, y prometió de dar tributo al emperador, en cuya tutela se ponía, cien marcos de perlas en cada un año; y con tanto, se volvieron al golfo de Sant Miguel, y de allí al Darién. Está Tararequi en cinco grados de la Equinocial a nosotros. Abunda de mantenimientos, de pesca, aves y conejos; de los cuales hay tantos en poblado y despoblado, que a manos los toman. Hay unos árboles olorosos que tiran a especias, por lo cual creyeron estar cerca de allí la Especiería; y así, hubo quien pidiese el descubrimiento della para ir a su costa por allí a buscarla. Había gran pesquería de perlas, y eran las mayores y mejores del Mundo Nuevo. Muchas de las perlas que dió el cacique eran como avellanas, otras como nueces moscadas, y una hubo de veinte y seis quilates, y otra de treinta y uno, hechura de Cermeña, muy oriental y perfectísima, que compró Pedro del Puerto, mercader, a Gaspar de Morales en mil y docientos castellanos; el cual no pudo dormir la noche que la tuvo, de pensamiento y pesar por haber dado tanto dinero por una piedra; y así, la vendió luego el siguiente día a Pedrarias de Avila, para su mujer, doña Isabel de Bobadilla, en lo mesmo que le costó; y después la vendió la Bobadilla a la emperatriz doña Isabel.

CXCVIII

De las perlas.

El cacique Pedrarias hizo pescar perlas a sus nadadores delante los españoles, que se lo rogaron, y que se holgaron de tal pesca. Los que a pescar entraron eran grandes hombres de nadar a somorgujo, y criados toda la vida en aquel oficio. Fueron en barquillas estando mansa la mar, que de otra manera no entran. Echaron una piedra por ancla a cada canoa, atada con bejucos, que son recios y correosos como varas de avellano. Zabulléronse a buscar hostiones con sendas talegas y saquillos al cuello, y salieron una y muchas veces cargados dellos. Entran cuatro, seis y aun diez estados de agua, porque cuanto mayor es la concha tanto más hondo anda y está; y si alguna vez suben arriba las grandes, es con tormenta, aunque andan de un cabo a otro buscando de comer. Pero hallando su pasto, están quedas hasta que se les acaba o sienten que las buscan. Péganse tanto a las peñas y suelo, y unas con otras, que mucha fuerza es menester para las despegar, y hartas veces no pueden, y otras las dejan, pensando que son piedras. También se ahogan hartos pescándolas, o porque les falta el aliento forcejando por arrancarlas, o porque se les traba y entrica la soguilla, o los desbarrigan y comen peces carniceros que hay, como son los tiburones. Las talegas que meten al cuello son para echar las conchas; las soguillas, para atarse a sí, echándoselas por el lomo con dos cantos asidos dellas por pesga contra la fuerza del agua, que no los levante y mude. Desta manera pescan las perlas en todas las Indias; y porque morían muchos pescándolas con los peligros susodichos, y con los grandes y continuos trabajos, poca comida y

mal tratamiento que tenían, ordenó el emperador una ley, entre las que Blasco Núñez Vela llevó, que pone pena de muerte al que trajere por fuerza indio ninguno libre a pescar perlas, estimando en mucho más la vida de los hombres que no el interés de las perlas, si han de morir por ellas, aunque valen mucho. Ley digna de tal príncipe, y de perpetua memoria. Escriben los antiguos por gran cosa tener una concha cuatro o cinco perlas; pues yo digo que se han tomado en las Indias y Nuevo Mundo, por nuestros españoles, muchas dellas con diez, veinte y treinta perlas, y aun algunas con mas de ciento, empero menudas. Cuando no hay más de una, es mayor y mucho mejor. Dicen que las muchas están como huevos chiquiticos en la madre de las gallinas, y que paren las conchas, lo cual no creo; porque si pariesen, no serían tan grandes, si ya no van preñadas siempre jamás. Bien es verdad que a cierto tiempo del año se tiñe algo la mar en Cubagua, donde más perlas se han pescado, y de allí arguyen que desovan y que les viene su purgación como a mujeres. Las perlas amarillas, azules, verdes y de otros colores que hay, debe ser artificial, aunque puede natura diferenciallas, así como las otras piedras y como a los hombres, que, siendo una mesma carne, son de diversa color. Cuando asan las conchas para comer, dicen que las perlas se tornan negras; y así, entonces no vale cosa el nácar y berrueco, con lo cual suelen muchas veces engañar los bobos y locos. Los indios no las sabían horadar como nosotros, y por eso valían mucho menos aquellas que traían ellos sobre sus personas. La mejor y más preciada hechura y talle de perla es redonda, y no es mala la que paresce pera o bellota, ni desechan la hueca como media avellana, ni la tuerta ni chiquita. E ya todos traen perlas y aljófar, hombres y mujeres, ricos y pobres; pero nunca en provincia del mundo entró tanta perlería como en España; y lo que más es, en poco tiempo. En fin, col-

man las perlas la riqueza de oro y plata y esmeraldas que habemos traído de las Indias. Mas considero yo, qué razón hallaron los antiguos y modernos para estimar en tanto las perlas, pues no tienen virtud medicinal y se envejecen mucho, como lo muestran, perdiendo su blancura; y no alcanzo sino que por ser blancas, color muy diferente de todas las otras piedras preciosas; y así desprecian las perlas de cualquier otro color, siendo todas unas. Quizá es porque se traen del otro mundo, y se traían, antes que se descubriese, de muy lejos, o porque cuestan hombres.

CXCIX

Nicaragua.

Del Cabo Blanco a Chorotega cuentan ciento y treinta leguas de costa, que descubrió y anduvo Gil González de Avila el año 1522. Están en aquel trecho, golfo de Papagayos, Nicaragua, la Posesión y la bahía de Fonseca; y antes de Cabo Blanco está el golfo de Ortiña, que también llaman de Guetares, el cual vió y no tocó Gaspar de Espinosa, y por eso decían él y Pedrarias que Gil González les había usurpado aquella tierra. Armó, pues, Gil González en Tararequi cuatro carabelas, basteciólas de pan, armas y mercería, metió algunos caballos y muchos indios e españoles, llevó por piloto a Andrés Niño y partió de allí a 26 de enero del año sobredicho. Costeó la tierra que digo, y aun algo más, buscando estrecho por allí que viniese a estotro mar del Norte, ca llevaba instrucción y mandado para ello del Consejo de Indias. Andaba entonces el pleito y negocio de la especiería caliente, y deseaban hallar por aquella parte paso para ir a los Malucos sin contraste de portugueses, y muchos de-

cían al rey que había por allí estrecho, según el dicho de pilotos. Así que buscó con gran diligencia, hasta que comió los bastimentos y se le comieron los navíos de broma. Tomó posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en el río que llamó de la Posesión; y en gracia del obispo de Burgos, que le favorecía, como presidente de Indias, nombróla bahía de Fonseca, y a una isla que allí dentro está, Petronila, por causa de su sobrina. Del puerto de Sant Vicente fué a descubrir Andrés Niño, y entró Gil González por la tierra adentro con cien españoles y cuatro caballos, y topó con Nicoian, hombre rico y poderoso; requirióle con la paz, y fué bien recebido. Predicóle y convertiólo; y así el Nicoian se baptizó con toda su casa, y por su ejemplo se convertieron y cristianaron en diez y siete días casi todos sus vasallos. Dió Nicoian a Gil González catorce mil pesos de oro de trece quilates, y seis ídolos de lo mesmo, no mayores que palmo, diciendo que se los llevase, pues nunca más los tenía de hablar ni rogar como solía. Gil González le dió ciertas bujerías. Informóse de la tierra y de un gran rey llamado Nicaragua, que a cincuenta leguas estaba, y caminó allá. Envióle una embajada, que sumariamente contenía fuese su amigo, pues no iba por le hacer mal; servidor del emperador, que monarca del mundo era, y cristiano, que mucho le cumplía, e si no, que le haría guerra. Nicaragua, entendiendo la manera de aquellos nuevos hombres, su resoluta demanda, la fuerza de las espadas y braveza de los caballos, respondió, por cuatro caballeros de su corte, que aceptaba la amistad por el bien de la paz, y aceptaría la fe si tan buena le pareciese como se la loaban. Y así, acogió pacíficamente los españoles en su pueblo y casa, y les dió veinte y cinco mil pesos de oro bajo, y mucha ropa y plumajes. Gil González le recompensó aquel presente con una camisa de lienzo, un sayo de seda, una gorra de grana y otras cosas de rescate que

le contentaron, y le predicó, juntamente con un fraile de la Merced, de la fe de Cristo, reprobando la idolatría, borrachez, bailes, sodomía, sacrificio y comer de hombres; por lo cual se baptizó con toda su casa y corte y con otras nueve mil personas de su reino, que fué una gran conversión, aunque algunos dijeron no ser bien hecha; pero bastábales creer de corazón. De cuantas cosas Gil González dijo holgaron Nicaragua y sus caballeros, sino de dos, que fué una no hiciesen guerra, y otra que no bailasen con borrachera, ca mucho sentían dejar las armas y el placer. Dijeron que no perjudicaban a nadie en bailar ni tomar placer, y que no querían poner al rincón sus banderas, sus arcos, sus cascos y penachos, ni dejar tratar la guerra y armas a sus mujeres, para hilar ellos, tejer y cavar como mujeres y esclavos. No les replicó a esto Gil González, ca los vió alterados; mas hizo quitar del templo grande todos los ídolos y poner una cruz. Hizo fuera del lugar un humilladero de ladrillos con gradas; salió en procesión, hincó allí otra cruz con muchas lágrimas y música, adoróla subiendo de rodillas las gradas, y lo mesmo hicieron Nicaragua y todos los españoles e indios, que fué una devoción harto de ver.

CC

Las preguntas de Nicaragua.

Pasó grandes pláticas y disputas con Gil González y religiosos Nicaragua, que agudo era y sabio en sus ritos y antigüedades. Preguntó si tenían noticia los cristianos del gran diluvio que anegó la tierra, hombres y animales, e si había de haber otro; si la tierra se había de trastornar o caer el cielo; cuándo o cómo perderían su claridad y curso el Sol, la Luna y estre-

llas; qué tan grandes eran; quién las movía y tenía. Preguntó la causa de la escuridad de las noches y del frío, tachando la natura, que no hacía siempre claro y calor, pues era mejor; qué honra y gracias se debían al Dios trino de cristianos, que hizo los cielos y Sol, a quien adoraban por dios en aquellas tierras, la mar, la tierra, el hombre, que señorea las aves que volan y peces que nadan, y todo lo al del mundo. Dónde tenían de estar las almas, y qué habían de hacer salidas del cuerpo, pues vivían tan poco siendo inmortales. Preguntó asimesmo si moría el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de cristianos; y cómo Jesu, siendo Dios, es hombre, y su madre, virgen pariendo; y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaban, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban. Gil González y todos los suyos estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras a un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras, y ciertamente fué un admirable razonamiento el de Nicaragua, y nunca indio, a lo que alcanzo, habló como él a nuestros españoles. Respondióle Gil González como cristiano, y lo más filosóficamente que supo, y satisfízole a cuanto preguntó harto bien. No pongo las razones, que sería fastidioso, pues cada uno que fuere cristiano las sabe y las puede considerar, y con la respuesta lo convirtió. Nicaragua, que atentísimo estuvo al sermón y diálogo, preguntó a oído al faraute si aquella tan sotil y avisada gente de España venía del cielo, y si bajó en nubes o volando, y pidió luego el baptismo, consintiendo derribar los ídolos.

CCI

Lo que más hizo Gil González en aquellas tierras.

Viendo Gil González que lo recibían amorosamente, quiso calar los secretos y riquezas de la tierra y ver si confinaban con lo que Cortés conquistaba (1), pues en muchas cosas de los de allí semejaban a los de Méjico, según las nuevas que de allá tenían. Así que fué y halló muchos lugares no muy grandes, mas buenos y bien poblados. No cabían los caminos de los muchos indios que salían a ver los españoles, y maravillábanse de su traje y barbas, y de los caballos, animal nuevo para ellos. El principal de todos fué Diriangen, cacique guerrero y valiente, que vino acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, todos en ordenanza de guerra, aunque sin armas, y con diez banderas y cinco bocinas. Cuando llegó cerca, tañeron los músicos y desplegaron las banderas. Tocó la mano a Gil González, y lo mesmo hicieron todos los quinientos, ofreciéndole sendos gallipavos, y muchos cada dos. Las veinte mujeres le dieron cada veinte hachas de oro, que pesaban a deciocho pesos y algunas más. Fué más vistoso que rico aquel presente, porque no era el oro sino de catorce quilates, e aun menos. Usan aquellas hachas en la guerra y edificios. Dijo Diriangen que venía por mirar tan nueva y extraña gente, que tal fama tenía. Gil González se lo agradeció mucho, dióle algunas cosas de quinquillería y rogóle que se tornase cristiano. El dijo que le placía, pidiendo tres dias de término para comunicarlo

---

(1) Léase Hernán Cortés, *Cartas de relación de la conquista de Méjico,* especialmente el tomo II, en la colección de *Viajes clásicos* editada por CALPE.

con sus mujeres y sacerdotes, y era para juntar gente y robar los cristianos, despreciando su pequeño escuadrón, y diciendo que no eran más hombres que él. Fué, pues, y volvió muy armado y orgulloso, aunque muy callando, y dió sobre los nuestros una gran grita y arma de improviso, pensando espantarlos y romperlos, y aun comérselos. Gil González estaba muy a punto, siendo avisado por sus corredores, que sintieron los enemigos. Diriangen acometió y peleó animosamente todo casi un día. Tornóse la noche por do vino, con pérdida de muchos suyos, teniendo los barbudos por más que hombres, y comenzó a llamar amigos y comarcanos, injuriado que no venció. Gil González dió muchas gracias al Señor de los ejércitos, que libró tan pocos españoles de tantos indios. Y de miedo, o por guardar el oro que ya tenía, desvióse de aquel cacique e volvióse a la mar por otro camino, en el cual pasó grandes trabajos, hambre y peligro de morir ahogado o comido. Caminó más de docientas leguas andando de pueblo en pueblo. Baptizó treinta y dos mil personas, e hubo docientos mil pesos de oro bajo, dado y tomado. Otros dicen más, e algunos menos. Empero fué mucha riqueza, cual nunca él pensara, y que lo ensoberbeció. Halló en Sant Vicente a Andrés Niño, que, según afirmaba, había navegado trecientas leguas de costas hacia poniente sin hallar estrecho, e volvióse a Panamá, y de allí fué a Santo Domingo a dar cuenta de su viaje y a concertar otras naos para tornar a Nicaragua por Honduras y saber en qué parte de aquella costa era el desaguadero de la laguna. Mas ya en otros cabos está dicho cuándo y en qué fué, y cómo se perdió y le prendió Cristóbal de Olid.

CCII

Conquista y población de Nicaragua.

Volvieron tan contentos los españoles que fueron con Gil González de la frescura, bondad y riqueza de aquella tierra de Nicaragua, que Pedrarias de Avila pospuso el descubrimiento del Perú, en compañía de Pizarro y Almagro, por poblarla; y así, envió allá con gente a Francisco Hernández, el cual conquistó mucha tierra, hubo hartos dineros y pobló orilla de la laguna a Granada y a León, do está el obispado y chancillería. Otros lugares fundó, pero éstos son los principales. El puerto y trato es en la Posesión. Supo Gil González esto en Honduras o en cabo de Higueras y fué contra Francisco Hernández. Tomóle algún oro y peleó con él tres veces; mas al cabo se quedó el otro allí y se volvió él a sus navíos, donde Cristóbal de Olid lo prendió. Pedrarias, como lo removieron de Castilla de Oro, fuése a Nicaragua, que la tenía en gobernación, y degolló al Francisco Hernández, diciendo que trataba de alzársele con la tierra y gobierno, por tratos que traía con Fernando Cortés; pero fué achaque que tomó. Es cosa notable la laguna de Nicaragua por la grandeza, poblaciones e islas que tiene. Crece y mengua, y estando a tres o cuatro leguas de aquella mar del Sur, vacia su agua en estotra del Norte, cien leguas della, por lo que llaman Desaguadero, según en otro lugar dije, por el cual Melchior Verdugo bajó de Nicaragua al Nombre de Dios en barcas.

CCIII

El volcán de Nicaragua, que llaman Masaya.

Tres leguas de Granada y diez de León está un serrejón raso y redondo, que llaman Masaya, que echa fuego y es muy de notar, si hay en el mundo. Tiene la boca media legua en redondo, por la cual bajan docientas y cincuenta brazas, y ni dentro ni fuera hay árboles ni yerba. Crían, empero, allí pájaros y otras aves sin estorbo del fuego, que no es poco. Hay otro boquerón como brocal de pozo, ancho cuanto un tiro de arco, del cual hasta el fuego y brasa suele haber ciento y cincuenta estados más o menos, según hierve. Muchas veces se levanta aquella masa de fuego y lanza fuera tanto resplandor, que se devisa veinte leguas y aun treinta. Anda de una parte a otra, y da tan grandes bramidos de cuando en cuando, que pone miedo; mas nunca rebosa ascuas ni ceniza, sino es algún humo y llamas, que causa la claridad susodicha, cosa que no hacen otros volcanes; por lo cual, y porque jamás falta el licor ni cesa de bullir, piensan muchos ser oro derretido. Y así, entraron dentro el primer hueco fray Blas de Iñesta, dominico, y otros dos españoles, guindados en sendos cestos. Metieron un servidor de tiro con una larga cadena de hierro para coger de aquella brasa y saber qué metal fuese. Corrió la soga y cadena ciento y cuarenta brazas, y como llegó al fuego, se derritió el caldero con algunos eslabones de la cadena en tan breve, que se maravillaron; y así, no supieron lo que era. Durmieron aquella noche allá sin necesidad de lumbre ni candela. Salieron en sus cestos con harto temor y trabajo, espantados de tal hondura y extrañeza de volcán. Año de 1551

se dió licencia al licenciado y deán Joan Alvarez para abrir este volcán de Masaya y sacar el metal.

CCIV

Calidad de la tierra de Nicaragua.

La provincia de Nicaragua es grande, y más sana y fértil que rica, aunque tiene algunas perlas y oro de poca ley. Era de muchos jardines y arboledas. Agora no hay tantos. Crescen muchos árboles, y el que llaman ceiba engorda tanto, que quince hombres asidos de las manos no lo pueden abarcar. Hay otros hechura de cruz, e unos que se les seca la hoja si algún hombre la toca, y una yerba con que revientan las bestias, de la cual hay mucha en el Nombre de Dios y por allí. Hay muchos árboles que llevan como ciruelas coloradas, de que hacen vino. También lo hacen de otras frutas y de maíz. Los nuestros lo hacen de miel, que hay mucha, e que los conserva en su buena color. Las calabazas vienen a madurazón en cuarenta días, y es una gruesa mercadería, ca los caminantes no dan paso sin ellas por la falta de aguas, y no llueve mucho. Hay grandes culebras, e tómanse por la boca, como dicen de las víboras. En todas las Indias se han visto y muerto muchas y muy grandes sierpes, empero las mayores son en el Perú, e no eran tan bravas ni ponzoñosas como las nuestras y las africanas. Hay unos puercos con el ombligo en el espinazo (1), que luego hieden en matándolos, si no se lo cortan. Por la costa de Nicaragua suelen andar ballenas y unos mons-

---

(1) Son estos los pecaris, que poseen una glándula dorsal llamada ombligo por nuestros primitivos historiadores de Indias. *(Nota D.)*

truosos peces, que sacando el medio cuerpo fuera del agua sobrepujan los mástiles de naos: tan grandes son. Tienen la cabeza como un tonel, y los brazos como vigas, de veinte y cinco pies, con que patea y escarba. Hace tanto estruendo y hoyo en la agua, que asombra los mareantes, y no hay quien no tema su fiereza, pensando que ha de hundir o trastornar el navío. Hay también unos peces con escamas, no mayores que bogas, los cuales gruñen como puercos en la sartén, y roncan en la mar, y por eso los llaman roncadores. A Francisco Bravo y a Diego Daza, soldados de Francisco Hernández, les medio comieron lo suyo cangrejos, andando perdidos en una balsilla, en la cual navegaron o mejor diciendo nadaron nueve días o diez sin beber y sin comer otro que cangrejos, que tomaban en las ingles; y según ellos contaban en Tuenque, do aportaron, no comían ni mordían sino del miembro y sus compañeros.

CCV

Costumbre de Nicaragua.

No son grandes los pueblos, como hay muchos; empero tienen policía en el sitio y edificio, y mucha diferencia en las casas de los señores a las de vasallos. En lugares de behetría, que hay muchos, son iguales. Los palacios y templos tienen grandes plazas, y las plazas están cerradas de las casas de nobles, y tienen en medio della una casa para los plateros, que a maravilla labran y vacian oro. En algunas islas y ríos hacen casas sobre árboles como picazas, donde duermen y guisan de comer. Son de buena estatura, más blancos que loros, las cabezas a tolondrones, con un hoyo en medio por hermosura y por asiento para carga. Rápanse de medio adelante, y los valientes y bra-

vosos todo, salvo la coronilla. Agujéranse narices, labrios y orejas, y visten casi a la manera de mejicanos, sino que se precian más de peinar el cabello. Ellas traen gorgueras, sartales, zapatos, y van a las ferias y mercados. Ellos barren la casa, hacen el fuego y lo demás, y aun en Duraca y en Cobiores hilan los hombres. Mean todos do les toma la gana, ellos en cuclillas y ellas en pie. En Orotina andan los hombres desnudos y pintados en los brazos. Unos atan el cabello al cocote, otros a la coronilla, y todos lo suyo adentro por mejoría del engendrar y por honestidad, diciendo que las bestias lo traen suelto. Ellos traen solamente bragas, y el cabello largo, trenzado a dos partes. Todos toman muchas mujeres, empero una es la legítima, y aquélla con la cerimonia siguiente: ase un sacerdote los novios por los dedos meñiques, mételos en una camarilla que tiene fuego, háceles ciertas amonestaciones, y en muriéndose la lumbre quedan casados. Si la tomó por vírgen y la halla corrompida, deséchala, mas no de otra manera. Muchos las daban a los caciques que las rompiesen, por honrarse más o por quitarse de sospechas y afán. No duermen con ellas estando con su costumbre, ni en tiempo de las sementeras y ayunos, ni comen entonces sal ni ají, ni beben cosa que los embriague, ni ellas entran, teniendo su camisa, en algunos templos. Destierran al que casa dos veces cerimonialmente, y dan la hacienda a la primera mujer. Si cometen adulterio, repúdianlas, volviéndoles su dote y herencia, y no se pueden más casar. Dan palos, y no muerte, al adúltero. Los parientes dellas son los afrentados y los que vengan los cuernos. A la mujer que se va con otro no la busca su marido, si no la quiere mucho, ni recibe dello pena ni afrenta. Consiéntenlas echar con otros en ciertas fiestas del año. Antes de casar son comúnmente malas, y casadas, buenas. Pueblos de behetría hay donde las doncellas escogen marido entre muchos jóvenes que cenan jun-

tos en fiestas. Quien fuera vírgen, si quejan, es esclavo o paga el dote. Al esclavo y mozo que duerme con hija de su amo entierran vivo con ella. Hay rameras públicas a diez cacaos, que son como avellanas; y donde las hay apedrean los putos. No dormían con sus mujeres porque no pariesen esclavos de españoles. Y Pedrarias, como en dos años no nacían niños, les prometió buen tratamiento; y así, parían o no los mataban. Preguntaron a sus ídolos cómo echarían a los españoles, e díjoles el diablo que él se los echaría con echarles encima la mar, pero que también los anegaría a ellos; y por eso cesó. Los pobres no piden por Dios ni a todos, sino a los ricos, y diciendo: «hágolo por necesidad o dolencia». El que a vivir se va de un pueblo a otro no puede vender las tierras ni casas, sino dejarlas al pariente más cercano. Guardan justicia en muchas cosas, y traen los ministros della moscadores y varas. Cortan los cabellos al ladrón, y queda esclavo del dueño del hurto hasta que pague. Puédense vender y jugar, mas no rescatar sin voluntad del cacique o regimiento; y si mucho tarda, muere sacrificado. No hay pena para quien mata cacique, diciendo que no puede acontecer. Tampoco hay pena para los que matan esclavo. Mas el que mata hombre libre paga un tanto a los hijos o parientes. No puede haber junta ni consulta ninguna, especialmente de guerra, sin el cacique o sin el capitán de la república y behetría. Emprenden guerra sobre los términos y mojones, sobre la caza y sobre quién es mejor y podrá más, que así es doquiera, e aun por captivar hombres para sacrificios. Cada cacique tiene para su gente propia señal en la guerra y aun en casa. Eligen los pueblos libres capitán general al más diestro y experto que hallan, el cual manda y castiga absolutamente y sin apelación a la señoría. La pena del cobarde es quitarle las armas y echarle del ejército. Cada soldado se tiene lo que a los enemigos toma, salvo que ha de sacrificar

en público los que prende y no darlos por ningún rescate, so pena que lo sacrifiquen a él. Son animosos, astutos y falsos en la guerra, por coger contrarios para sacrificar; son grandes hechiceros y brujos, que, según ellos mesmos decían, se hacen perros, puercos y gimias. Curan viejas los enfermos, que así es en muchas islas y tierra firme de Indias, y echan melecinas con un cañuto, tomando la decoción en la boca y soplando. Los nuestros les hacían mil burlas, desventeando al tiempo que querían ellas soplar, o riyendo del artificio.

CCVI

Religión de Nicaragua.

Hay en Nicaragua cinco lenguajes muy diferentes: coribici, que loan mucho; chortega, que es la natural y antigua; y así, están en los que lo hablan los heredamientos y el cacao, que es la moneda y riqueza de la tierra, los cuales son hombres valerosos, aunque crueles y muy sujetos a sus mujeres; lo que no son los otros. Chondal es grosero y serrano; orotiña, que dice mama por lo que nosotros; mejicano, que es principal; y aunque están a trecientas y cincuenta leguas, conforman mucho en lengua, traje y religión; e dicen que habiendo grandes tiempos ha una general seca en Anauac, que llaman Nueva España, se salieron infinitos mejicanos de su tierra y vinieron por aquella mar Austral a poblar a Nicaragua. Sea como fuere, que cierto es que tienen éstos que hablan mejicano por letras las figuras que los de Culúa, y libros de papel y pergamino, un palmo anchos y doce largos, y doblados como fuelles, donde señalan por ambas partes de azul, púrpura y otros colores las cosas memorables que acontecen; e allí están pintadas sus leyes y ritos,

que semejan mucho a los mejicanos, como lo puede ver quien cotejare lo de aquí con lo de Méjico. Empero no usan ni tienen esto todos los de Nicaragua, ca los chorotegas tan diferentemente sacrifican a sus ídolos, cuanto hablan, y así hacen los otros. Contemos algunas particularidades que no hay en otras partes. Los sacerdotes se casan todos, sino los que oyen pecados ajenos, los cuales dan penitencia según la culpa, y no revelan la confesión sin castigo. Echan las fiestas, que son deciocho, como los meses, subidos en el gradario y sacrificadero que tienen delante los patios de los dioses; y teniendo en la mano el cuchillo de pedernal con que abren al sacrificado, dicen cuántos hombres han de sacrificar, y si han de ser mujeres o esclavos, presos en batalla o no, para que todo el pueblo sepa cómo tiene de celebrar la fiesta y qué oraciones y ofrendas debe hacer. El sacerdote que administra el oficio da tres vueltas alrededor del cativo, cantando en tono lloroso, y luego ábrelo por el pecho; rocíale la cara con sangre, sácale el corazón y desmiembra el cuerpo. Da el corazón al perlado, pies y manos al rey, los muslos al que lo prendió, las tripas a los trompetas, y el resto al pueblo para que todos lo coman. Pone la cabeza en ciertos árboles que allí cerca crían para colgarlas. Cada un árbol de aquéllos tiene figurado el nombre de la provincia con quien hacen guerra, para hincar en él las cabezas que toman en ella. Si el que sacrifican es comprado, sepultan sus entrañas con las manos y pies, metidos en una calabaza, y queman el corazón y lo demás, excepto la cabeza, entre aquellos árboles. Muchas veces sacrifican hombres y muchachos del pueblo y propria tierra, por ser comprados, ca lícito es al padre vender los hijos, y cada uno venderse a sí mesmo, y por esta causa no comen la carne de los tales. Cuando comen la carne de los sacrificados hacen grandísimos bailes y borracheras con vino y humo. Los sacerdotes y re-

ligiosos beben entonces vino de ciruelas. Al tiempo que unta el sacerdote los carrillos y boca del ídolo con la sangre del sacrificado, cantan los otros y ora el pueblo con mucha devoción y lágrimas, y andan después la procesión, aunque no en todas fiestas. Van los religiosos con unas como sobrepellices de algodón blanco y muchas chías colgando de los hombros hasta los talones, con ciertas bolsas por borlas, en que llevan navajas de azabache, puntas de metal, papeles, carbón molido y ciertas yerbas. Los legos, banderillas con el ídolo que más precian, y taleguillas con polvos y punzones. Los mancebos, arcos y flechas, o dardos y rodelas. El pendón y guía es la imagen del diablo puesta en una lanza, y llévala el más honrado y anciano sacerdote. Van en orden y cantando los religiosos hasta el lugar de la idolatría. Llegados, tienden mantas por el suelo o echan rosas y flores, por que no toque el diablo en tierra. Para el pendón, cesa el canto y anda la oración. Da una palmada el perlado, y sángranse todos; éstos de la lengua, aquéllos de las orejas, los otros del miembro, y finalmente, cada uno de donde más devoción tiene. Toman la sangre en papel o en el dedo y, como en ofrenda, fregan con ella la cara del diablo. Mientras dura esto, escaramuzan y bailan los mozos por honra de la fiesta. Curan las heridas con polvo de yerbas o carbón, que para eso llevan. En algunas destas procesiones bendicen maíz, y rociado con sangre de sus propias vergüenzas, lo reparten como pan bendito y lo comen.

CCVII

Cuauhtemallán.

Entretanto que Gil González de Avila estuvo rescatando y convertiendo en tierra de Nicaragua, según se dijo de suso, corrió el piloto Andrés Niño la costa hasta Tecoantepec, a lo que contaba, buscando estrecho, el año de 1522. Fernando Cortés la pobló y conquistó luego por capitanes que desde Méjico envió; el cual, como tuvo en su poder a Motezuma, procuró de saber de la mar del Sur para poblar en ella, pensando haber por allí grandes riquezas, así en especias como en oro, plata, perlas; mas no pudo poblar tan presto por la guerra y cerco de Méjico. Empero, como ganó aquella ciudad y otras, lo hizo, ca envió a buscarla cuatro españoles con guías de indios por dos caminos; los cuales llegaron a ella, tomaron posesión y volvieron con hombres de aquella costa y con muestra de oro, plata y otras riquezas. Cortés trató muy bien aquellos indios, dióles cosillas de rescate, rogóles que hiciesen con los señores de su tierra fuesen amigos de cristianos, que habrían por ellos mucho bien, y o viniesen a Méjico o recibiesen allá españoles. El señor de Tecoantepec aceptó la embajada y amistad. Envió docientos caballeros y criados con un presente a Cortés, y dende a poco envió a pedirle socorro contra los de Tututepec, diciendo que le hacían guerra por haberse dado por amigo de cristianos. Cortés entonces envió allá a Pedro de Alvarado con docientos españoles a pie y cuarenta de caballo, y con dos tirillos de campo. Entró Alvarado en Tututepec por marzo del año de 1523. Halló alguna resistencia; mas luego fué recebido en la ciudad, donde hubo algún oro, plata, perlas y ropa y un hijo del señor. Envió a Cuauhtemallán

dos españoles que hablasen con el señor y le ofresciesen su amistad y religión, el cual preguntó si eran de Malinge, que así llamaban a Cortés, dios caído del cielo, de quien ya tenía noticia; si venían por mar o por tierra, y si dirían verdad en todo lo que hablasen. Ellos respondieron que siempre hablaban verdad, y que iban a pie por tierra, y que eran de Cortés, capitán invencible del emperador del mundo, hombre mortal y no dios; pero que venían a mostrar el camino de la inmortalidad. Preguntóles si traía su capitán unos grandes monstruos marinos que habían pasado por aquella costa el año antes; y decíalo por las naos de Andrés Niño. Ellos dijeron que sí, y aun mayores; y el uno, que se llamaba Treviño y era carpintero de naos, debujó una carraca con seis mástiles en un gran patio. Los indios se maravillaron mucho de la grandeza, velas, jarcia, gavias y aparato de tal navío. Preguntóles asimesmo cómo eran los españoles tan valientes que nadie los vencía, no siendo mayores que otros hombres. Respondieron que vencían con ayuda de Dios del cielo, cuya santísima ley publicaban por aquellas partes, y con unos animales en que cabalgaban; y pintaron luego allí un caballo grandísimo con un hombre armado encima, que puso espanto en todos los indios que a verlo venían. El señor entonces dijo que quería ser amigo de tales hombres, y darles cincuenta mil soldados para que conquistasen unos sus vecinos que le destruían la tierra. A esto dijeron los dos españoles que lo harían saber a Pedro de Alvarado, capitán de Cortés, para que viniese. Y con tanto se despidieron, y él les dió cinco mil hombres cargados de ropa, cacao, maíz, ají, aves y otras cosas de comer, y veinte mil pesos de oro en vasos y joyas, que fué alegría para entrambos, aunque mala para el uno, porque hurtó no sé cuantas piezas de oro y fué por ello azotado y desterrado de la Nueva España. Esta fué la primera entrada y noticia de Cuauhtemallán. Entendien-

do Cortés cuán poblada y rica tierra era aquélla, y la mar muy a propósito para descubrir nuevas tierras y islas, envió cuarenta españoles, los más carpenteros e hombres de mar, a labrar navíos en Zacatula, que está cerca de Tututepec o Tuantepec, como dicen otros; y envió luego tras ellos a conquistar y poblar a Colima, riberas de aquel mar. Envió también dos españoles con algunos de Méjico y de Xochnuxco, que ya estaba poblado, a Cuauhtemallán, a convidar con su amistad al rey y vecinos; los cuales recibieron bien la embajada, y enviaron docientos hombres a confirmarla con un razonable presente. Tenían entonces guerra con los de Xochnuxco, y arreciáronla más, pensando que los cristianos, o les ayudarían, o no les contradirían con la nueva amistad. Hicieron sus mensajeros a los españoles que poblaban en Xochnuxco, en desculpa de aquella guerra, diciendo que no eran ellos los que la hacían, sino ciertos bandoleros. Quejáronse los de Xochnuxco a Cortés, y él envió allá a Pedro de Alvarado con cuatrocientos y veinte españoles, que llevaban ciento y setenta caballos, cuatro tiros, mucho rescate, y muchos caballeros y mucha gente mejicana. Partió de Méjico Pedro de Alvarado por deciembre del año de 1523. Anduvo mucho camino, ganó por fuerza a Utlatlán, y entró en Cuauhtemallán pacíficamente a 12 de abril del año siguiente. Salió a conquistar la tierra y costa por hacia Nicaragua, y en volviendo edificó allí la ciudad de Santiago, y después otros lugares, y conquistó mucha tierra, ca siempre Cortés le enviaba españoles, caballos, hierro, ropa, bohonería y cosas semejantes; y le favorescía, porque le había prometido de casarse con Cicilia Vázquez, su prima hermana, y le hizo su teniente en aquella provincia. Pedro de Alvarado vino a España con voluntad de Cortés. Casóse con doña Francisca de la Cueva, de Ubeda, por donde tuvo favor de Cobos, y negoció la gobernación de Cuauhtemallán.

Volvió a la Nueva España con muchos parientes y personas de guerra. Juntó más gente en Méjico, y fuése a Cuauhtemallán, y comenzó a conquistar y a poblar por sí como gobernador y adelantado; y hizo muchas cosas con los indios y aun con españoles, que a otro costaran caro.

CCVIII

Declaración de este nombre Cuauhtemallán.

Cuauhtemallán, que comúnmente llaman Guatimala, quiere decir árbol podrido, porque cuauh es árbol, y temali, podre. También podrá decir lugar de árboles, porque temi, de donde asimismo se puede componer, es lugar. Está Cuauhtemallán entre dos montes de fuego, que llaman vulcanes. El uno está cerca, y el otro, dos leguas; el cual es un serrejón redondo, alto y con una boca en la cumbre, por do suele rebosar humo, llama, ceniza y piedras grandísimas ardiendo. Tiembla mucho y a menudo, a causa de aquellas sierras; y sin esto, truena y relampaguea por allí demasiadamente. La tierra es sana, fértil, rica y de mucho pasto; y así, hay agora mucho ganado. De una hanega de maíz se cogen ciento y docientas, y aun quinientas en la vega que riegan; la cuales muy vistosa y apacible por los muchos árboles que tiene, de fruta y sin ella. El maíz de allí es de muy gran caña, mazorca y grano. Hay mucho cacao, que es grandísima riqueza, y moneda corriente por toda la Nueva España y por otras muchas tierras. Hay también mucho algodón y muy buen bálsamo, que llaman sierras de betún, y un cierto licor como aceite (1), y de alumbre y de azufre, que, sin afinar, vale por pólvora. Las mujeres son grandes hilanderas y

(1) Alusión al petróleo. *(Nota D.)*

buenas hembras; ellos, muy guerreros y diestros flecheros. Comen carne humana, e idolatran a fuer de Méjico. Estuvo esta provincia muy próspera en vida de Pedro de Alvarado, y agora está destruída y con pocos españoles, a causa, según muchos dicen, de haber mudado la gobernación.

CCIX

La desastrada muerte de Pedro de Alvarado.

Estando Pedro de Alvarado muy pacífico y muy próspero en su gobernación de Cuauhtemallán y de Chiapa, la cual hubo de Francisco de Montejo por la de Honduras, procuró licencia del emperador para ir a descubrir y poblar en el Quito del Perú, a fama de sus riquezas, donde no hubiese otros españoles; así que armó el año de 1535 unas cinco naves, en las cuales, y en otras dos que tomó en Nicaragua, llevó quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto Viejo, fué al Quito; pasó en el camino grandísimo frío, sed y hambre. Puso en cuidado y aun en miedo a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro. Vendióles los navíos y artillería en cien mil castellanos, según muy largo se dijo en las cosas del Perú, y volvióse rico y ufano a Cuauhtemallán. Hizo después diez o doce navíos, una galera y otras fustas de remo, con aquel dinero, para ir a la Especiería o descubrir por la punta de Ballenas, que otros llaman California. Entraron fray Marcos de Niza y otros frailes franciscos por tierra de Culhuacán año de 38. Anduvieron trecientas leguas hacia poniente, más allá de lo que ya tenían descubierto los españoles de Jalisco, y volvieron con grandes nuevas de aquellas tierras, encareciendo la riqueza y bondad de Sibola y otras ciuda-

des. Por relación de aquellos frailes, quisieron ir o enviar allá, con armada de mar y tierra, don Antonio Mendoza, virrey de la Nueva España, y don Fernando Cortés, marqués del Valle, capitán general de la mesma Nueva España y descubridor de la costa del sur; mas no se concertaron, antes riñeron sobre ello, y Cortés se vino a España y el virrey envió a Pedro de Alvarado, que tenía los navíos arriba dichos, para concertarse con él. Fué Alvarado con su armada al puerto, creo, de Navidad, y de allí a Méjico por tierra. Concertóse con el virrey para ir a Sibola, sin respecto del perjuicio e ingratitud que usaba contra Cortés, a quien debía cuanto era. A la vuelta de Méjico fuese por Jalisco para remediar y reducir algunos pueblos de aquel reino, que andaban alzados y a las puñadas con los españoles. Llegó a Ezatlán, do estaba Diego López de Zúñiga haciendo guerra a los rebeldes; fuése con él a un peñol donde estaban fuertes muchos indios. Combatieron los nuestros el peñol, y rebatiéronlos aquellos indios de tal manera que mataron treinta y les hicieron huir; y como estaban en alto y agro, cayeron muchos caballos la cuesta abajo. Pedro de Alvarado se apeó para mejor desviarse de un caballo que venía rodando derecho al suyo, y púsose en parte que le paresció estar seguro; mas como el caballo venía tumbando de muy alto, traía mucha furia y presteza. Dió un gran golpe en una peña, y resurtió adonde Pedro de Alvarado estaba, y llevóle tras sí la cuesta abajo, día de San Juan del año de 41, y dende a pocos días murió en Ezatlán, trecientas leguas de Cuauhtemallán, con buen sentido y juicio de cristiano. Preguntado qué le dolía, respondía siempre que la alma. Era hombre suelto, alegre y muy hablador; vicio de mentirosos. Tenía poca fe con sus amigos; y así le notaron de ingrato y aun de cruel con indios. Pasó muy mozo a las Indias; y porque llevaba un sayo y capa que le dió en Badajoz un su tío, del hábito de Santia-

go, le llamaban muchos el Comendador; y así, cuando vino a España procuró y hubo el hábito de aquella orden, por que de veras se lo llamasen. Estuvo en Cuba; fué con Juan de Grijalva, y después con Fernando Cortés, a la Nueva España, en cuya conquista y guerras tuvo los cargos que la historia mejicana cuenta. Fué mejor soldado que gobernador. Casó por dispensación con dos hermanas, habiendo conoscido la primera, que fueron doña Francisca y doña Beatriz de la Cueva, y de ninguna tuvo hijos. Dejó por ellas a Cecilia Vázquez, honradísima mujer, para ganar, como ganó, el favor de Francisco de los Cobos, secretario privado del emperador. Pocas veces suceden bien tales casamientos. No quedó hacienda ni memoria dél, sino ésta y una hija que hubo en una india, la cual casó con don Francisco de la Cueva.

CCX

La espantosa tormenta que hubo en Cuauhtemallán, donde murió doña Beatriz de la Cueva.

Hizo doña Beatriz de la Cueva grandes extremos, y aun dijo cosas de loca, cuando supo la muerte de su marido. Tiñó de negro su casa por dentro y fuera. Lloraba mucho; no comía, no dormía, no quería consuelo ninguno; y así, diz que respondía a quien la consolaba, que ya Dios no tenía más mal que hacerle; palabra de blasfemia, y creo que dicha sin corazón ni sentido; mas paresció muy mal a todos, como era razón. Hizo las honras pomposamente y con grandes llantos y lutos. Empero, en medio de aquella tristeza y extremos entró en regimiento y se hizo jurar por gobernadora: desvarío y presunción de mujer y cosa nueva entre los españoles de Indias. Comenzó a llover

día de Nuestra Señora de Setiembre, y llovió reciamente aquel y otros dos días siguientes; después de los cuales bajó del volcán, a dos horas de media noche, una avenida de agua tan grande y furiosa, que derribó muchas casas de la ciudad, y la del adelantado la primera. Levantóse al ruido la doña Beatriz, y por devoción y miedo entróse a un oratorio suyo con once criadas. Subióse encima del altar y abrazóse con una imagen, encomendándose a Dios. Cargó la fuerza del agua y derrocó aquella cámara y capilla, como a otras muchas de la casa, y ahogólas: fué muy gran desdicha, porque si ella estuviera queda en la cámara donde dormía no muriera, ca no se hundió, por tener mejores cimientos que las otras; y en quedar en pie aquello se tuvo a milagro por lo que había dicho y hecho. Todos son secretos de nuestro gran Dios, y dicen nuestras lenguas lo que sienten nuestros juicios. Unos escapan por huir del peligro, y otros mueren, como hizo esta señora. Murieron seiscientas personas en la ciudad, de aquella tormenta, y casa hubo en que se ahogaron cuarenta, y muchas que muy gran trecho se las llevaba enteras y en peso la corriente. Llevó también algunas personas de una casa a otra, y como venía muy crescida y con impetu, traía piedras y peñas tamañas como grandes cubas y como carabelas, que derribaban cuanto encontraban; las cuales quedaron allí para testimonio de tanto estrago. Vieron andar en la plaza y calles una vaca por medio del agua, con un cuerno quebrado y en el otro una soga rastrando, que arremetía a los que iban a socorrer la casa de doña Beatriz, y a un español que porfiaba lo atropelló dos veces, y no pensó escapar de sus pies y del cieno. Estaba otro español caído en tierra con su mujer y encima una gran viga: pasó por allí un negro no conoscido; rogáronle que les quitase la viga y ayudase a levantar. El negro preguntó si era Morales el caído, y como le dijo que sí, alzó la viga, sacó al marido,

dejó ahogar la mujer y fuése corriendo por el agua y lodo. También cuentan que vieron por el aire y oyeron cosas de gran espanto. Pudo ser; empero con el miedo todo se mira y piensa al revés. Tuvieron creído muchos que aquel negro era diablo, y la vaca, una Augustina, mujer del capitán Francisco Cava, hija de una que por alcahueta y hechicera azotaron en Córdoba; la cual había hechizado y muerto allí en Cuauhtemallán a don Pedro Portocarrero porque la dejaba, siendo su amiga; y el don Pedro traía siempre a cuestas o en ancas, cuando iba cabalgando, una mujer, y decía que no se podía valer de aquella carga y fantasma; y estando malo para morir, porfiaba que sanaría si Augustina lo viese; mas nunca ella lo quiso hacer, por enojo que dél tenía o por deshacer aquella ruin fama.

CCXI

Jalisco.

De Tecoantepec miden novecientas y treinta leguas hasta el cabo del Engaño, costeando el mar Bermejo; las cuales descubrieron Cortés y sus capitanes en diversos tiempos y navíos, salvo ciento y cincuenta leguas que descubrió Nuño de Guzmán en la costa de Jalisco. Fué Nuño de Guzmán gobernador en Panuco y presidente de Méjico; de donde, porque le quitaban del cargo por querellas que dél hubo, salió a conquistar a Jalisco, año de 31, con docientos y cincuenta caballos y quinientos españoles, muchos de los cuales llevó apremiados. Pasó por Mechuacán, do tomó al rey Cazoncín diez mil marcos de plata y mucho oro bajo, y otros seis mil indios para carga y servicio de su ejército y viaje, y aun lo quemó con otros muchos indios principales, por que no se pudiese quejar. Entró

luego en la provincia de Jalisco, y conquistó a Centliquipac, Chiametlán, Tonalla, Cuixco, Chamola, Culhuacán y otras tierras, en que le mataron hartos españoles, ca son valientes y muchos allí. Día le vino de pelear con veinte mil; mató también él y cativó asaz indios. Llamó a Centliquipac la Mayor España; a Jalisco, la Nueva Galicia, por ser región áspera y de gente recia. Pobló allí a Compostella, porque conformase el nombre con la de España; pobló en Tonalla a Guadalajara, por ser él natural de la nuestra; pobló las villas del Espíritu Santo, Concepción y Sant Miguel, que cae a treinta y cuatro grados. En Chiametlán visten las mujeres hasta en pies. Los hombres van con mantas cortas y traen zapatos de cuero, y llevan la carga en palos sobre los hombros, y una vez se rebelaron porque los cargaban en las espaldas, teniéndolo por afrenta. Ellas casi en todo este reino son grandes y hermosas; ellos, recios y belicosos: sus armas son como en Méjico; empero no traen los señores y capitanes arma ninguna en la guerra, sino unos bastones con que sacuden al que no pelea o se desmanda o no guarda orden. Cuando no tienen guerra siguen la caza, que son gentiles flecheros. Es la tierra fértil y rica de plata y de cera y miel. Adoran ídolos, comen hombres y usan otros malos pecados. Prendieron a Nuño de Guzmán por quejas y agravios, y pusieron una audiencia de cuatro alcaldes, a la manera de nuestra Galicia. El primer obispo de Jalisco fué Pero Gómez de Malaver.

CCXII

Sibola.

Ponen trecientas y veinte leguas del cabo del Engaño a Sierras Nevadas, que son lo postrero por allí que hasta agora sabemos, las cuales descubrieron capita-

nes y pilotos del virrey don Antonio el año de 42; y aun dicen algunos que corrieron la costa hasta se poner en cuarenta y cinco grados, y muchos piensan que se junta por allí la tierra con la China, donde han navegado portugueses hasta los mesmos cuarenta grados, y aun más, y puede haber del un cabo al otro, a la cuenta de marineros, mil leguas. Sería bueno para el trato y porte de la especiería si la costa de la Nueva España fuese a juntarse con la China; y por eso se debría costear aquello que falta por saber, aunque fuese a costa de nuestro rey, pues le va en ello muy mucho, y quien lo continuase medraría. Mas no se juntarán, por ser isla Asia, Africa y Europa, según al principio dijimos. Estas sierras nevadas están mil leguas leste-oeste del río de Sant Antón, que descubrió Esteban Gómez, y mil y setecientas del cabo del Labrador, por donde comencé a costear, medir y graduar las Indias. Por cuya distancia se puede conocer cuán grandísima tierra es la Nueva España por hacia el norte. Siendo, pues, aquella tierra tan grande, y estando ya convertida toda la Nueva España y Nueva Galicia, salieron frailes por muchas partes a predicar y convertir indios aun no conquistados; y fray Marcos de Niza e otro fraile francisco entraron por Culhuacán el año de 38. Fray Marcos solamente, ca enfermó su compañero, siguió con guías y lenguas el camino del sol, por más calor y por no alejarse de la mar, y anduvo en muchos días trecientas leguas de tierra, hasta llegar a Sibola. Volvió diciendo maravillas de siete ciudades de Sibola, y que no tenía cabo aquella tierra, y que cuanto más al poniente se extendía, tanto más poblada y rica de oro, turquesas y ganados de lana era. Fernando Cortés y don Antonio de Mendoza deseaban hacer la entrada y conquista de aquella tierra de Sibola, cada uno por sí y para sí; don Antonio, como virrey de la Nueva España, y Cortés, como capitán general y descubridor de la mar del Sur. Trataron

de juntarse para lo hacer ambos; y no se confiando el uno del otro, riñeron, y Cortés se vino a España, y don Antonio envió allá a Francisco Vázquez de Coronado, natural de Salamanca, con buen ejército de españoles e indios y cuatrocientos caballos. De Méjico a Culhuacán, que hay más de docientas leguas, fueron bien proveídos. De allí a Sibola, que ponen trecientas, pasaron necesidad, y se murieron de hambre por el camino muchos indios y algunos caballos. Toparon con mujeres muy hermosas y desnudas, aunque hay lino por allí. Padescieron gran frío, ca nieva mucho por aquellas sierras. Llegando a Sibola, requirieron a los del pueblo que los rescibiesen de paz, ca no iban a les facer mal, sino muy gran bien y provecho, y que les diesen comida, ca llevaban falta de ella. Ellos respondieron que no querían, pues iban armados y en son de les dar guerra, que tal semblante mostraban; así que combatieron el pueblo los nuestros. Defendiéronlo gran rato ochocientos hombres que dentro estaban. Descalabraron a Francisco Vázquez y a otros muchos españoles, mas al cabo se salieron huyendo. Entraron los nuestros, y nombráronla Granada, por amor al virrey, que es natural de la de España. Es Sibola de hasta docientas casas de tierra y madera tosca, altas cuatro y cinco sobrados, y las puertas como escotillones de nao. Suben a ellas con escaleras de palo, que quitan de noche y en tiempos de guerra. Tiene delante cada casa una cueva, donde, como en estufa, se recogen los inviernos, que son largos y de muchas nieves, aunque no está más de treinta grados y medio de la Equinocial; que si no fuese por las montañas, sería del temple de Sevilla. Las famosas siete ciudades de fray Marcos de Niza, que están en espacio de seis leguas, ternán obra de cuatro mil hombres. Las riquezas de su reino es no tener que comer ni que vestir, durando la nieve siete meses. Hacen con todo eso unas mantillas de pieles de conejos y liebres y de

venados, que algodón muy poco alcanzan. Calzan zapatos de cuero, y de invierno unas como botas hasta las rodillas. Las mujeres van vestidas de metal hasta en pies. Andan ceñidas, trenzan los cabellos y rodéanselos a la cabeza por sobre las orejas. La tierra es arenosa y de poco fruto; creo que por pereza dellos, pues donde siembran lleva maiz, frísoles, calabazas y frutas; y aun se crían en ella gallipavos, que no se hacen en todos cabos.

CCXIII

Quivira.

Viendo la poca gente y muestra de riqueza, dieron los soldados muy pocas gracias a los frailes que con ellos iban y que loaban aquella tierra de Sibola; y por no volver a Méjico sin hacer algo ni las manos vacías, acordaron de pasar adelante, que les decían ser mejor tierra. Así que fueron a Acuco, lugar sobre un fortísimo peñol, y desde allí fué don Garci López de Cárdenas con su compañía de caballos a la mar, y Francisco Vázquez con los demás a Tiguex, que está ribera de un gran río. Allí tuvieron nueva de Axa y Quivira, donde decían que estaba un rey dicho por nombre Tatarrax, barbudo, cano y rico, que ceñía un bracamarte, que rezaba en horas, que adoraba una cruz de oro y una imagen de mujer, señora del cielo. Mucho alegró y sostuvo esta nueva el ejército, aunque algunos la tuvieron por falsa y echadiza de frailes. Determinaron ir allá, con intención de invernar en tierra tan rica como se sonaba. Fuéronse los indios una noche, y amanecieron muertos treinta caballos, que puso temor al ejército. Caminando, quemaron un lugar, y en otro que acometieron les mataron ciertos españoles y hirieron cincuenta caballos, y metieron dentro

los vecinos a Francisco de Ovando, herido o muerto, para comer y sacrificar, a lo que pensaron, o quizá para mejor ver qué hombres eran los españoles, ca no se halló por allí rastro de sacrificio humano. Pusieron cerco los nuestros al lugar; pero no lo pudieron tomar en más de cuarenta y cinco días. Bebían nieve los cercados por falta de agua; y viéndose perdidos, hicieron una hoguera: echaron en ella sus mantas, plumajes, turquesas y cosas preciadas, por que no las gozasen aquellos extranjeros. Salieron en escuadrón, con los niños y mujeres en medio, para abrir camino por fuerza y salvarse. Mas pocos escaparon de las espadas y caballos y de un río que cerca estaba. Murieron en la pelea siete españoles, y quedaron heridos ochenta, y muchos caballos; porque veáis cuánto vale la determinación en la necesidad. Muchos indios se volvieron al pueblo con la gente menuda, y se defendieron hasta que se les puso fuego. Helóse tanto aquel río estando en treinta y seis grados de la Equinocial, que sufría pasar encima hombres a caballo y caballos con carga. Dura la nieve medio año. Hay en aquella ribera melones, y algodón blanco y colorado, de que hacen muy más anchas mantas que en otras partes de Indias. De Tiguex fueron en cuatro jornadas a Cicuic, lugar pequeño, y a cuatro leguas dél toparon un nuevo género de vacas fieras y bravas, de las cuales mataron el primer día ochenta, que bastecieron el ejército de carne. Fueron de Cicuic a Quivira, que a su cuenta hay casi trecientas leguas, por grandísimos llanos y arenales tan rasos y pelados, que hicieron mojones de boñigas, a falta de piedras y de árboles, para no perderse a la vuelta, ca se les perdieron en aquella llanura tres caballos y un español que se desvió a caza. Todo aquel camino y llanos están llenos de vacas corcovadas como la Serena de ovejas; pero no hay más gente de la que las guardan. Fueron gran remedio para la hambre y falta de pan que llevaban. Cayóles un día

por aquel llano mucha piedra como naranjas, y hubo hartas lágrimas, flaqueza y votos. Llegaron, en fin, a Quivira, y hallaron al Tatarrax que buscaban, hombre ya cano, desnudo y con una joya de cobre al cuello, que era toda su riqueza. Vista por los españoles la burla de tan famosa riqueza, se volvieron a Tiguex sin ver cruz ni rastro de cristiandad, y de allí a Méjico, en fin de marzo del año de 42. Cayó en Tiguex del caballo Francisco Vázquez, y con el golpe salió de sentido y devaneaba, lo cual unos tuvieron por dolor y otros por fingido, ca estaban mal con él porque no poblaba. Está Quivira en cuarenta grados: es tierra templada, de buenas aguas, de muchas yerbas, ciruelas, moras, nueces, melones y uvas, que maduran bien. No hay algodón, y visten cueros de vacas y venados. Vieron por la costa naos que traían arcatraces de oro y plata en las proas, con mercaderías, y pensaron ser del Catayo y China, porque señalaban haber navegado treinta días. Fray Juan de Padilla se quedó en Tiguex con otro fraile francisco, y tornó a Quivira con hasta doce indios de Mechuacán, y con Andrés Docampo, portugués, hortelano de Francisco de Solís. Llevó cabalgaduras y acémilas con provisión; llevó ovejas y gallinas de Castilla, y ornamentos para decir misa. Los de Quivira mataron a los frailes, y escapóse el portugués con algunos mechuacanes, el cual, aunque se libró entonces de la muerte, no se libró de cativerio, porque luego le prendieron. Mas de allí a diez meses que fué esclavo, huyó con dos perros. Santiguaba por el camino con una cruz, a que le ofrecían mucho, y doquiera que llegaba le daban limosna, albergue y de comer. Vino a tierra de Chichimecas, y aportó a Panuco. Cuando llegó a Méjico traía el cabello muy largo y la barba trenzada, y contaba extrañezas de las tierras, ríos y montañas que atravesó. Mucho pesó a don Antonio de Mendoza que se volviesen, porque había gastado más de sesenta mil pesos de oro en la

empresa, y aun debía muchos dellos, y no traían cosa ninguna de allá, ni muestra de plata ni de oro ni de otra riqueza. Muchos quisieron quedarse allá; mas Francisco Vázquez de Coronado, que rico y recién casado era con hermosa mujer, no quiso, diciendo no se podrían sustentar ni defender en tan pobre tierra y tan lejos del socorro. Caminaron más de novecientas leguas de largo esta jornada.

CCXIV

De las vacas corcovadas que hay en Quivira.

Todo lo que hay de Cicuic a Quivira es tierra llanísima, sin árboles ni piedras, y de pocos y chicos pueblos. Los hombres visten y calzan de cuero, y las mujeres, que se precian de largos cabellos, cubren sus cabezas y vergüenzas con lo mesmo. No tienen pan de ningún grano, según dicen, que lo tengo a mucho. Su principal vianda es carne, y aquélla muchas veces cruda, por costumbre o por falta de leña. Comen el sebo así como lo sacan del buey, y beben la sangre caliente, y no mueren, aunque dicen los antiguos que mata, como hizo a Empedócles y a otros. También la beben fría, desatada en agua. No cuecen la carne por falta de ollas, sino ásanla, o por mejor decir caliéntanla a lumbre de boñigas. Comiendo, mascan poco y tragan mucho; y teniendo la carne con los dientes, la parten con navajones de pedernal, que paresce bestialidad. Mas tal es su vivienda y traje. Andan en compañías, y múdanse, como alárabes, de una parte a otra, siguiendo el tiempo y el pasto tras sus bueyes. Son aquellos bueyes del tamaño y color que nuestros toros, pero no de tan grandes cuernos. Tienen una gran giba sobre la cruz, y más pelo de medio adelante que de medio atrás, y es lana. Tienen como clines

sobre el espinazo, y mucho pelo y muy largo de las rodillas abajo. Cuélganles por la frente grandes guedejas, y paresce que tienen barbas, según los muchos pelos del garguero y varillas. Tienen la cola muy larga los machos, y con un flueco grande al cabo; así que algo tienen de león y algo de camello. Hieren con los cuernos, corren, alcanzan y matan un caballo cuándo ellos se embravescen y enojan. Finalmente, es animal feo y fiero de rostro y cuerpo; huyen dellos los caballos por su mala catadura o por nunca los haber visto. No tienen sus dueños otra riqueza ni hacienda. Dellos comen, beben, visten, calzan y hacen muchas cosas; de los cueros, casas, calzado, vestido y sogas; de los huesos, punzones; de los nervios y pelos, hilo; de los cuernos, buches y vejigas, vasos; de las boñigas, lumbre, y de las terneras, odres, en que traen y tienen agua; hacen, en fin, tantas cosas dellos cuantas han menester o cuantas les bastan para su vivienda. Hay también otros animales, tan grandes como caballos, que por tener cuernos y lana fina los llaman carneros, y dicen que cada cuerno pesa dos arrobas. Hay tambien grandes perros que lidian con un toro y que llevan dos arrobas de carga sobre salmas cuando van a caza o cuando se mudan con el ganado y hato.

CCXV

Del pan de los indios.

El común mantenimiento de todos los hombres del mundo es pan; y no es común por ser mejor mantenimiento, sino por ser mayor y más fácil de haber y guardar, aunque otros tienen opinión contraria viendo que con pan y agua pasan los hombres; y es cierto que también pasarían con sola carne si lo acostumbra-

sen, o con solas yerbas o frutas, que nuestro estómago y naturaleza con muy poco se contenta si lo avezamos; y comiendo por necesidad, y no por gula, cualquier manjar sustenta y aun deleita. Llaman pan lo que se amasa y cuece después de ser molido el grano, aunque también dicen pan lo que hacen de raíces, ralladuras de madera y de peces cocidos. En Europa comen generalmente pan de trigo, aunque también hacen pan de centeno en algunas partes, y de mío, y aun de castañas. La más gente de Africa come pan de arroz y cebada. En Asia usan mucho el pan de arroz; por lo cual paresce claramente que muy muchos hombres viven sin comer trigo. Tampoco tenían trigo en todas las Indias, que son otro mundo; falta grandísima según la usanza de acá. Mas empero los naturales de aquellas partes no sintían ni sienten tal falta, comiendo pan de maíz, y cómenlo todos. Cavan a manos la tierra con palas de madera, ca no tienen bestias con que arar. Siembran el maíz como nosotros las habas, remojado; pero echan cuatro granos por lo menos en cada agujero. De un grano nasce una caña solamente; empero muchas veces una caña lleva dos y tres espigas, y una espiga cien granos y docientos, y aun cuatrocientos, y tal hay que seiscientos. Cresce la caña un estado y más, engorda mucho y echa las hojas como nuestras cañas, pero más anchas, más largas, más verdes y más blandas. La espiga es como piña en la hechura y tamaño; el grano es grande, mas ni es redondo como garbanzo, ni largo como trigo, ni cuadrado. Viene a sazón en cuatro meses, y en algunas tierras en tres, y a mes y medio en regadío, mas no es tan bueno. Siémbranlo dos y tres veces por año en muchos cabos, y en algunos rinde trecientas, y aun quinientas por una. Comen cocida la espiga en leche por fruta o regalo. Cómenla también, después de granada, cruda y cocida y asada, que es mejor. Comen eso mesmo el grano seco, crudo y tostado; mas de

cualquiera manera es duro de mascar y atormenta las encías y dientes. Para comer pan cuecen el grano en agua, estrujan, muelen y amásanlo; y o lo cuecen en el rescoldo, envuelto en sus hojas, que no tienen hornos, o lo asan sobre las brasas; otros lo muelen el grano entre dos piedras como mostaza, ca no tienen molinos; pero es muy gran trabajo, así por la dureza como por la continuación, que no se tiene como el pan de trigo; y así, las mujeres pasan trabajo en cocer cada día; duro pierde el sabor y enduréscese presto, y a tres días se mohesce y aun pudre. Ensucia y daña mucho la dentadura, y por eso traen gran cuidado de alimpiarse los dientes. La harina del maíz adoba la agua corrompida, quitándole aquel mal sabor y olor, y por eso es buena para la mar. Es de mucha sustancia este pan, y aun dicen que harta y mantiene mejor que pan de trigo, pues con maíz y ají están gordos los hombres, y también los caballos, y no enflaquecen como acá, aunque caminen, comiendo maíz verde. Hacen asimesmo del maíz vino, y es muy ordinario y provechoso. Es, en fin, el maíz cosa muy buena y que no lo dejaran los indios por el trigo, según tengo entendido. Las causas que dan son grandes, y son éstas: que están hechos a este pan, y se hallan bien con él; que les sirve el maíz de pan y vino; que multiplica más que trigo; que se cría con menos peligros que trigo, así de agua y sol como de aves y bestias; que se hace más sin trabajo, pues un hombre solo siembra y coge más maíz que un hombre y dos bestias trigo. También usan los indios otro pan que hacen de unas raíces dichas en lengua de Santo Domingo yuca y ajes, de los cuales traté en otra parte.

CCXVI

Del color de los indios.

Una de las maravillas que Dios usó en la composición del hombre es el color; y así, pone muy grande admiración y gana de contemplarlo, viendo un hombre blanco y otro negro, que son del todo contrarios colores; pues si meten un bermejo entre el negro y el blanco, ¡qué divisada librea paresce! Cuanto es de maravillar por estos colores tan diferentes, tanto es de considerar cómo se van diferenciando unos de otros, casi por grados; porque hay hombres blancos de muchas maneras de blancura, y bermejos de muchas maneras de bermejura, y negros de muchas maneras de negrura; y de blanco va a bermejo por descolorido y rubio, y a negro por cenizoso, moreno, loro y leonado como nuestros indios, los cuales son todos en general como leonados o membrillos cochos, o tiriciados o castaños, y este color es por naturaleza, y no por desnudez, como pensaban muchos, aunque algo les ayuda para ello ir desnudos; de suerte que así como en Europa son comúnmente blancos y en Africa negros, así también son leonados en nuestras Indias, donde tanto se maravillan de ver hombres blancos como negros. Es también de considerar que son blancos en Sevilla, negros en el cabo de Buena Esperanza y castaños en el río de la Plata, estando en iguales grados de la Equinocial; y que los hombres de Africa y de Asia que viven so la tórrida zona sean negros, y no lo sean los que viven debajo la mesma zona en Méjico, Yucatán, Cuauhtemallán, Nicaragua, Panamá, Santo Domingo, Paria, cabo de Sant Agustín, Lima, Quito y otras tierras del Perú que tocan en la mesma Equinocial. Solamente se hallaron ciertos negros en

Cuareca cuando Vasco Núñez de Balboa descubrió la mar del Sur, por lo cual es opinión que va en los hombres y no en la tierra; que bien puede ser, aunque todos seamos nascidos de Adán y Eva; bien que no sabemos la causa por qué Dios así lo ordenó y diferenció, mas de pensar que por mostrar su omnipotencia y sabiduría en tan diversa variedad de colores que tienen los hombres. También dicen que no hay crespos, que es otro notable, y pocos calvos, que dará cuidado a los filósofos para rastrear los secretos de natura y novedades del Mundo Nuevo, y las complisiones del hombre.

CCXVII

De la libertad de los indios.

Libres dejaban a los indios al principio los Reyes Católicos, aunque los soldados y pobladores se servían dellos como de cativos en las minas, labranza, cargas y conquistas que la guerra lo llevaba. Mas el año de 1504 se dieron por esclavos los caribes, por el pecado de sodomía y de idolatría y de comer hombres, aunque no comprehendía esta licencia y mandamiento a todos los indios. Después que los caribes mataron los españoles en Cumaná y asolaron dos monesterios que allí había, uno de franciscos y otro de dominicos, según ya contamos, se hicieron muchos esclavos en todas partes sin pena ni castigo, porque Tomás Ortiz, fraile dominico, y otros frailes de su hábito y de San Francisco aconsejaron la servidumbre de los indios, y para persuadir que no merecían libertad presentó cartas y testigos en Consejo de Indias, siendo presidente fray García de Loaisa, confesor del emperador, y hizo un razonamiento del tenor siguiente:

«Los hombres de tierra firme de Indias comen car-

ne humana, y son sodométicos más que generación alguna. Ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; son como asnos, abobados, alocados, insensatos; no tienen en nada matarse y matar; no guardan verdad sino es en su provecho; son inconstantes; no saben qué cosa sea consejo; son ingratísimos y amigos de novedades; précianse de borrachos, ca tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y grano; emborráchanse también con humo y con ciertas yerbas que los saca de seso; son bestiales en los vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos a viejos ni hijos a padres; no son capaces de doctrina ni castigo; son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan; inimicísimos de religión, haraganes, ladrones, mintrosos y de juicios bajos y apocados; no guardan fe ni orden; no se guardan lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos; son hechiceros, agoreros, nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos do quiera que los hallan; no tienen arte ni maña de hombres; cuando se olvidan de las cosas de la fe que aprendieron, dicen que son aquellas cosas para Castilla y no para ellos, y que no quieren mudar costumbres ni dioses; son sin barbas, y si algunas les nascen, se las arrancan; con los enfermos no usan piedad ninguna, y aunque sean vecinos y parientes los desamparan al tiempo de la muerte, o los llevan a los montes a morir con sendos pocos de pan y agua; cuanto más crescen se hacen peores; hasta diez o doce años paresce que han de salir con alguna crianza y virtud; de allí adelante se tornan como brutos animales; en fin, digo que nunca crió Dios tan cocida gente en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad o policía. Juzguen agora las gentes para qué puede ser cepa de tan malas mañas y artes. Los que los habemos tratado, esto habemos conoscido dellos por experiencia, mayormente el padre fray Pedro de

Córdoba, de cuya mano yo tengo escripto todo esto, y lo platicamos en uno muchas veces con otras cosas que callo.»

Fray García de Loaisa dió grandísimo crédito a fray Tomás Ortiz y a los otros frailes de su orden; por lo cual el emperador, con acuerdo del Consejo de Indias, declaró que fuesen esclavos, estando en Madrid, el año de 25. Mudaron de parescer los frailes dominicos. Reprehendían mucho la servidumbre de indios en los púlpitos y escuelas, por donde se tomó otra información sobre esta materia el año de 31, y fray Rodrigo Minaya procuró mucho la libertad de los indios, y sacó una bula del papa Paulo III en declaración que los indios eran hombres y no bestias, libres y no esclavos. Insistió después en esto fray Bartolomé de las Casas, y mandó el emperador al doctor Figueroa tomar otras informaciones de religiosos, letrados y gobernadores de Indias que había en corte, por los cuales, y por otras muchas razones que dieron los trece que ordenaron las ordenanzas, de las cuales ya en otra parte se dijo, libertó el emperador los indios, mandando, so gravísimas penas, que nadie los haga esclavos, y así se guarda y cumple. Ley fué santísima cual convenía a emperador clementísimo. Mayor gloria es de un rey hacer buenas leyes que vencer grandes huestes. Justo es que los hombres que nascen libres no sean esclavos de otros hombres, especialmente saliendo de la servidumbre del diablo por el santo baptismo, y aunque la servidumbre y captiverio, por culpa y por pena es del pecado, según declaran los santos doctores Augustín y Crisóstomo, y Dios quizá permitió la servidumbre y trabajo destas gentes de pecados para su castigo, ca menos pecó Can contra su padre Noé que estos indios contra Dios, y fueron sus hijos y descendientes esclavos por maldición.

CCXVIII

Del Consejo de Indias.

Luego que se hallaron las Indias y que comenzaron a descubrir tierra firme, se conoció ser grandísimo negocio, aunque no cuanto agora es, y procuraron los reyes, de gran memoria, don Fernando y doña Isabel, que eran sabios en la gobernación, de cometer los pleitos y negocios de aquellas nuevas tierras a personas de confianza, que despachasen con brevedad lo que ocurriese. Mas no hicieron chancillería dello en forma por sí. El que lo gobernaba todo era Juan Rodríguez de Fonseca, que comenzó a entender en ello siendo deán de Sevilla y acabó obispo de Burgos, y aun acabara arzobispo de Toledo si no fuera escaso. Fernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla, que trataba todos los negocios del reino, entendió mucho tiempo en las cosas de Indias, y aun Mercurino Gatinara, gran chanciller, entendió también en ellas, y mosiur de Lassao, que era de la cámara del emperador, y el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general de Castilla, y otros grandes letrados. Mas como no había personas ciertas, sino que se nombraban los que el rey o sus gobernadores querían, y era necesario estar estantes a tanta negociación y tan importante, ordenó el emperador don Carlos nuestro señor, el año de 24, un Consejo Real de Indias, que despachase las causas, mercedes y todas las otras cosas de aquellas partes, por sello y registro, conforme al estilo de los otros Consejos de Castilla. Hizo presidente dél a fray García de Loaisa, natural de Talavera, que siendo general de la orden de Santo Domingo le tomó por su confesor, el cual murió cardenal y arzobispo de Sevilla, inquisidor general, co-

misario general de la Cruzada y presidente de Indias, aun cuando fué visitado quisieran que dejara el cargo. Fueron oidores el obispo de Canaria, el doctor Beltrán, el licenciado Maldonado y Pedro Mártir. Por absencia del cardenal, presidió tres o cuatro años en este Consejo don García Manrique, conde de Osorno, que era presidente de Consejo de Ordenes. El secretario Francisco de los Cobos, que fué comendador mayor de León, tuvo la secretaría de Indias, con grandísimos provechos. Largo sería contar todos los oidores y personas que han entendido en los negocios y Consejo de Indias. Solamente digo que han sido muy singulares hombres, y de la calidad que habéis oído. Por muerte del cardenal Loaisa, entró en la presidencia deste Consejo don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, que había sido virrey de Granada y de Navarra, caballero de grandes partes y virtudes y que trata cuerdamente los negocios de guerra y estado. Son al presente oidores el doctor Gregorio López, el licenciado Francisco Tello de Sandoval, el doctor Hernán Pérez Belón, el doctor Gonzalo Pérez de Rivadeneyra, el licenciado García de Birbiesca, el licenciado don Joan Sarmiento. Es fiscal el licençiado Martín de Agreda, varones gravísimos y que merescidamente tienen el oficio y cargo de gobernar las Indias y las gobiernan con mucho juicio y prudencia. Es secretario Joan de Sámano, caballero de Santiago, hombre muy cuerdo y de negocios. Hay también allá en las Indias muchas audiencias y gobernaciones, pero de todas vienen al Consejo como a supremo juicio. En Santo Domingo hay chancillería, y en Cuba, gobernador, que son las mayores e principales islas. En Méjico reside la chancillería de la Nueva España, y preside don Luis de Velasco, virrey de aquella provincia. En la Nueva Galicia está otra audiencia de cuatro alcaldes mayores. Guatimala y Nicaragua tienen asimesmo una chancillería, y la Nueva Granada

otra. En la ciudad de Los Reyes hay otra chancillería para todas las provincias del Perú, donde preside el virrey don Antonio de Mendoza, que también fué virrey de Méjico. Hay también gobernadores en muchas partes, como en el Boriquén, Panamá, Cartagena y Venezuela, y adelantados que gobiernan, como Francisco de Montejo en Yucatán. Hay sin esto alcaldes ordinarios en cada pueblo y corregidores en los grandes, que proveen los virreyes en su jurisdicción. Los obispos administran justicia en lo eclesiástico, y son muchos. Santo Domingo es arzobispado, y tiene por sufraganos a los obispos de Cuba, Boriquén, Honduras, Panamá, Cartagena y Santa Marta. Méjico es arzobispado, y acuden a él los obispos de Jalisco, Mechuacán, Guajaca, Tascala, Guatimala, Chiapa y Nicaragua. La ciudad de Los Reyes, en el Perú, es arzobispado, cuyos sufraganos son los obispados del Cuzco, Quito y Charcas. Es patrón de todos los obispados, dignidades y beneficios el rey de Castilla; y así, los provee y presenta; por manera que es señor absoluto de las Indias, que son tanta tierra como habemos mostrado; por lo cual podemos afirmar ser el rey de España el mayor rey del mundo.

CCXIX

Un dicho de Séneca acerca del Nuevo Mundo, que paresce adevinanza.

Decir lo que ha de ser mucho antes que sea es adevinar, y adevino llaman al que acierta lo porvenir, y muchas veces aciertan los que hablan por conjetura y por instinto y razón natural, que los que hablan por revelación y por espíritu de Dios profetas son, de los cuales creo enteramente cuanto escribieron. A los de-

más no creo, ni se han de creer, por más apariencia, semejanza, razones ni demostración que tengan, aunque mucho es de maravillar cómo aciertan alguna vez; pero, como dicen, quien mucho habla, en algo acierta. Todo esto digo considerando lo que dijo Séneca, el poeta, en la tragedia *Medea*, acerca del Nuevo Mundo, que llaman Indias, ca me paresce cuadrar puntualmente con el descubrimiento de las Indias, y que nuestros españoles y Cristóbal Colón lo han sacado verdadero. Dice, pues:

«Vernán siglos de aquí a muchos años que afloje las ataduras de cosas el Océano, y que aparezca gran tierra, y descubra Tifis, que es la navegación, nuevos mundos, y no será Tile la postrera de las Tierras.» Y en latín:

Venient annis
Saecula seris, quibus Oceanus,
Vincula rerum laxet, é ingens
Pateat tellus, Tiphisque novos
Detegat orbes.
Nec sit terris ultima Thile.

CCXX

De la isla que Platón llama Atlántide.

Platón cuenta, en los diálogos *Timeo* y *Cricia*, que hubo antigüísimamente en el mar Atlántico y Océano grandes tierras, y una isla dicha Atlántide, mayor que Africa y Asia, afirmando ser aquellas tierras de allí verdaderamente firmes y grandes, y que los reyes de aquella isla señorearon mucha parte de Africa y de Europa. Empero que con un gran terremoto y lluvia se hundió la isla, sorbiendo los hombres, y quedó tanto cieno, que no se pudo navegar más aquel mar Atlántico. Algunos tienen esto por fábula, y muchos

por historia verdadera; y Próculo, según Marsilio dice, alega ciertas historias de los de Etiopía, que hizo un Marcelo, donde se confirma. Pero no hay para qué disputar ni dudar de la isla Atlántide, pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclaran llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras, y en Méjico llaman a la agua *atl*, vocablo que parece, ya que no sea, al de la isla. Así que podemos decir cómo las Indias son la isla y tierra firme de Platón, y no las Hespérides, ni Ofir y Tarsis, como muchos modernos dicen, ca las Hespérides son las islas de Cabo Verde y las Gorgonas, que de allí trujo Hanon monas. Aunque con lo de Solino hay alguna duda, por la navegación de cuarenta días que pone. También puede ser que Cuba, o Haiti, o algunas otras islas de las Indias, sean las que hallaron cartagineses, cuya ida y población vedaron a sus ciudadanos, según cuenta Aristóteles o Teofrasto, en las maravillas de natura no oídas. Ofir y Tarsis no se sabe dónde ni cuáles son, aunque muchos hombres doctos, como dice Sant Augustín, buscaron qué ciudad o tierra fuese Tarsis. Sant Jerónimo, que sabía la lengua hebrea muy bien, dice sobre los profetas, en muchos lugares, que Tarsis quiere decir mar; y así, Jonás echó a huir a Tarsis, como quien dice a la mar, que tiene muchos caminos para huir sin dejar rastro. Tampoco fueron a nuestras Indias las armadas de Salomón, porque para ir a ellas habían de navegar hacia poniente, saliendo del mar Bermejo, y no hacia levante, como navegaron; y porque no hay en nuestras Indias unicornios ni elefantes, ni diamantes, ni otras cosas que traían de la navegación y trato que llevaban.

CCXXI

El camino para las Indias.

Pues habemos puesto el sitio de las Indias, conveniente cosa es poner el camino por donde van a ellas, para cumplimiento de la obra y para contentamiento de los leyentes, especial extranjeros, que tienen poca noticia dél. Parten los que navegan a Indias de San Lúcar de Barrameda, do entra Guadalquivir en la mar, que está de la línea Equinocial treinta y siete grados, y en ocho días o doce van a una de las islas de Canaria, que caen a veinte y siete grados, y a docientas y cincuenta leguas de España, contando hasta el Hierro, que es la más ocidental. De allí hasta Santo Domingo, que hay al pie de mil leguas, suelen por la mayor parte ir en treinta días. Tocan o ven primero a la Deseada, o alguna otra isla de muchas que hay en aquel paraje. De Santo Domingo, escala general para la ida, navegan seiscientas leguas los que van a la Nueva España y trecientas y cincuenta los que van a Yucatán y a Honduras; docientas y cuarenta los que van al Nombre de Dios, y ciento y cincuenta los que a Santa Marta, por do entran al nuevo reino de Granada. Los que van a Cubagua, donde sacan perlas, toman su camino desde la Deseada a mano izquierda; para ir al río Marañón y al de la Plata y al estrecho de Magallanes, que es cuatro mil leguas de España, se va por Canaria a las islas de Cabo Verde, que están en catorce y quince grados, y cerca de quinientas leguas del estrecho de Gibraltar, y reconoscen tierra firme de Indias en el Cabo Primero o en el cabo de Sant Augustín, o no muy lejos, que, según cuenta de mareantes, estará casi otras quinientas leguas de Cabo Verde. Quien va al Perú ha de ir al Nombre de Dios,

y de allí a Panamá por tierra, decisiete leguas que hay. En Panamá toman otros navíos, y esperan tiempo, ca no se navega siempre aquel mar del Sur. A la vuelta vienen todos, si no quieren perderse, a la Habana de Cuba, que cae debajo el trópico de Cancro, y desde allí, echando al norte por tener viento, suelen tomar la Bermuda, isla despoblada, aunque no de sátiros, según mienten, y puesta en treinta y tres grados. Tocan luego en alguna isla de los Azores, y en fin, aportan a España, de donde salieron. Desvíanse a la venida, de la derrota que llevaron, trecientas leguas, y aun por ventura cuatrocientas. Hacen tan diferente camino a la vuelta por seguridad y presteza. Segura navegación es toda, por ser la mar larga, aunque pocos navegan que no cuenten de tormentas; lo peor de pasar a la ida es el golfo de las Yeguas, entre Canaria y España, y a la venida, la canal de Bahama, que es junto a la Florida. Ningún hombre que no sea español puede pasar a las Indias sin licencia del rey, y todos los españoles que pasan se tienen de registrar en la casa de la Contratación de Sevilla, con toda la ropa y mercaderías que llevan, so pena de perderlas, y también se han de manifestar a la vuelta en la mesma casa, so la dicha pena, aunque con tiempo forzoso desembarquen en otro cualquier puerto de España, que así lo manda la ley.

CCXXII

Conquista de las islas de Canaria.

Por ser las islas de Canaria camino para las Indias, y nuevamente conquistadas, escribo aquí su conquista. Muy sabidas y loadas fueron siempre las islas de Canaria, según autores griegos, latinos, africanos y otros gentiles escriben. Mas no sé que hayan sido de cris-

tianos hasta que fueron de españoles. Cuenta el rey don Pedro el Cuarto de Aragón, en su historia, cómo el año de 1344 le vino a pedir ayuda para conquistar las islas perdidas de Canaria don Luis, nieto de don Joan de la Cerda, que se llamaba príncipe de la Fortunia, por merced, creo, del papa Clemente VI, francés. Puede ser que fuesen entonces a Canaria los mallorquines, a quien los canarios se loan haber vencido, matando muchos dellos, y que hubiesen allí una imagen antigua que tienen. Los primeros españoles que comenzaron a conquistarlas fueron allá el año de 1393, y fué así que muchos sevillanos, vizcaínos y lipuzcoanos fueron a las Canarias con armada, en que llevaron caballos para la guerra, el año sobredicho, que fué el tercero del rey don Enrique III, según su historia cuenta. No sabría decir a cúya costa fueron, aunque paresce que a la suya propria, ni si por mandado del rey o por su motivo. Empero sé que hubieron batalla con los de Lanzarote, y gran despojo y presa en la victoria, y que trujeron presos a España al rey y reina de aquella isla, con otras ciento y setenta personas, y muchos cueros de cabras, cera y otras cosas de riqueza y estima para en aquellos tiempos. Después el rey don Enrique dió a ciertos caballeros las Canarias para que las conquistasen, reservando para sí el feudo y vasallaje; entre los cuales fué Juan de Betancurt, caballero francés, el cual, a intercesión de Rubín de Bracamonte, almirante de Francia, su pariente, hubo también el año de 1417 la conquista de aquellas islas, con título de rey. Vendió una villa que tenía en Francia, armó ciertos navíos, pasó a las Canarias con españoles, y llevó a fray Mendo por obispo de lo que conquistase, para doctrinar y convertir aquellos gentiles; que así lo mandó el papa Martín V. Ganó a Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro, que son las menores, y aun la Palma, a lo que algunos dicen. De Canaria lo echaron diez mil isleños que había de pelea; y así, hizo un

castillo de piedra y lodo en Lanzarote, donde asentó y pobló. Señoreaba y regía desde allí las otras islas que subjetara, y enviaba a España y Francia esclavos, cera, cueros, sebo, orchilla, sangre de drago, higos y otras cosas, de que hubo mucho dinero. A la fama de la riqueza, o por ganar honra conquistando a Tenerife, que llaman isla del Infierno, y a la gran Canaria, que se defendía valientemente, pidió el infante de Portugal don Enrique al rey don Juan el Segundo de Castilla aquella conquista, mas no se la dió; y el rey don Juan, su padre, la procuró de haber del Papa, y envió el año de 1425 con armada a don Fernando de Castro. Pero los canarios se defendieron gentilmente. Todavía insistieron en aquella demanda, como les había sucedido bien la guerra de la isla de la Madera y de otras, los reyes don Juan y don Duarte, y el infante don Enrique, que era guerrero, y llegó el negocio a disputa de derecho delante el papa Eugenio IV, veneciano, estando sobrello en Roma el doctor Luis Alvarez de Paz, y el papa dió la conquista y conversión de aquellas islas al rey de Castilla don Juan el Segundo, año de 1431; y así cesó la contienda sobre las Canarias entre los reyes de Castilla y Portugal. Tornando, pues, a Juan de Betancurt, digo que cuando murió dejó el señorío de aquellas cuatro islas que conquistara a un su pariente llamado Menaute, el cual, continuando la gobernación y trato como el mesmo Juan de Betancurt, tuvo diferencias y enojo con el obispo fray Mendo, que convertía aquellos gentiles. El obispo entonces escribió al rey cómo los isleños estaban muy mal con Menaute por muchos malos tratamientos que les hacía, y tenían grandísimo deseo y aparejo de ser de su alteza. El rey, por aquellas cartas del obispo, envió allá con tres naos, y con poderes para tomar y tener las islas y personas, a Pero Barba de Campos, hombre rico, el cual como llegó tuvo que dar y que tomar con el Menaute de palabras y aun de manos. Mas a la fin

se concertaron, dejando y vendiendo el Menaute las islas al Pero Barba, y Pero Barba las vendió después a Fernán Peraza, caballero sevillano. Otros dicen cómo el mesmo Juan de Betancurt las vendió al conde de Niebla don Juan Alonso, y cómo después las trocó el conde a Fernán Peraza, criado suyo, por ciertos lugares que tenía. De la una manera o de la otra que pasó, es cierto que las hubo Fernán Peraza, y que dió guerra a las otras islas por conquistar, y en la Palma le mataron a su único hijo Guillén Peraza. Llamábase rey de Canaria, y casó a su hija mayor, doña Inés, con Diego de Herrera, hermano del mariscal de Empudia. Muerto Fernán Peraza, heredaron Diego de Herrera y doña Inés Peraza, llamándose reyes, que no debieran. Trabajaron mucho por ganar a Canaria, Tenerife y la Palma; pero nunca pudieron. Tuvieron éstos hijos a Pero García de Herrera, Fernán Peraza, Sancho de Herrera, doña María de Ayala, que casó en Portugal con don Diego de Silva, conde de Portalegre, y otra que casó con Pero Fernández de Saavedra, hijo del mariscal de Zaharia. Entendieron el rey don Fernando y la reina doña Isabel, recién herederos, cómo Diego de Herrera no podía conquistar a Canaria; y como fueron a Sevilla el año de 1478, enviaron a Juan de Rejón y a Pedro del Algaba con gente y armada a conquistarla. Riñeron estos capitanes andando en la conquista, y mató Rejón a Pedro del Algaba, cuya venganza no se dilató mucho, ca luego mató Fernán Peraza, hijo de Diego de Herrera, al Juan de Rejón, cuya muerte dañó después sus propios negocios, ca prosiguiendo los reyes aquella guerra, estuvieron mal con Diego de Herrera, que se nombraba rey sin serlo. El Diego de Herrera puso pleito a la conquista, porque, o la dejasen o lo dejasen, diciendo pertenescerle a él y a su mujer, por la merced del señor rey don Juan que hizo a Juan de Betancurt, cuyos sucesores ellos eran; y alegando estar en posesión y

acto de la conquista, en la cual habían gastado muchos dineros y derramado mucha sangre de hermanos, parientes y amigos. Hubo sobresto demandas y respuestas con parescer de letrados, y tras ellas concierto, y los reyes dieron al Diego de Herrera cinco cuentos de maravedís en contado por los gastos, y el título de conde de la Gomera con el Hierro, y él y su mujer doña Inés Peraza renunciaron todo el derecho y ación que tenían a las otras islas. Tras este concierto despacharon allá con armada a Pedro de Vera, natural de Jerez, año de 1480, según pienso. Pedro de Vera gastó tres años en ganar a Canaria, que se defendían reciamente los isleños; y tardara más, y aun quizá no la ganara, si no fuera con ayuda de Guanarteme, rey natural de Galdar, que le favoreció por deshacer a Doramas, hombre bajo que por su valentía e industria se había hecho rey de Telde, por do entrambos se perdieron. Señaláronse muchos canarios en aquella guerra, como fué Juan Delgado, que así se llamó desde cristiano, y un Maninigra, que fué valentísimo sobre todos, el cual dijo a otro que le motejaba de medroso una vez: «Tiemblan las carnes temiendo el peligro donde las ha de poner el corazón.» Alonso de Lugo, que fué muy gentil soldado y capitán en la guerra de Canaria, conquistó el año de 1494 la Palma y Tenerife, de la cual hubo título de adelantado. Desde entonces son todas aquellas islas de Canaria del rey de Castilla muy pacíficamente, y el papa Inocencio VIII le dió el patronazgo dellas el año de 1486.

CCXXIII

Costumbres de los canarios.

Las islas de Canaria son siete: Lanzarote, Fuerteventura, Canaria, Tenerife, Gomera, Palma, Hierro. Están en rengle unas tras otra, leste oeste, y en veinte y siete grados y medio, y a decisiete leguas de Africa por el cabo del Bojador, y docientas de España, contando hasta Lanzarote, que es la primera. Los escriptores antiguos las llamaron Afortunadas y Beatas, teniéndolas por tan sanas y tan abundantes de todas las cosas necesarias a la vida humana, que sin trabajo ni cuidado vivían los hombres en ellas mucho tiempo. Aunque Solino, cuando habla dellas, mucho disminuye la fama de su bondad y abundancia, que conforma mucho más con lo que al presente son. Otra isla diz que paresce a tiempos a la parte setentrional, que debe ser la Inacesible de Tolomeo, la cual muchos han buscado con diligencia, llevando en ala cuatro y aun siete carabelas hacia ella. Mas nunca ninguno la topa, ni sabe qué puede ser aquello. Canaria es redonda y la mejor; do es fértil, es fertilísima, y do estéril, esterilísima; así que lo bueno es poco y de regadío. No halló Pedro de Vera los canes que dijo el rey Juba, aunque dicen que tomó dellos el nombre. Piensan algunos que los llamaron canarios por comer, como canes, mucho y crudo, ca se comía un canario veinte conejos de una comida o un gran cabrón, que es harto más. Tenerife, que debe ser la Nivaria, es triangulada y la mayor y más abundante de trigo; tiene una sierra que llaman el pico de Teida, la cosa más alta que navegantes saben, la cual es verde al pie, nevada siempre al medio, rasa y humosa en lo alto. El Hierro, según opinión de muchos, es la Pluitina,

donde no hay otra agua sino la que destilla un árbol cuando está cubierto de niebla, y cúbrese cada día por las mañanas; extrañeza de natura admirable. Vivían todos los de aquellas islas en cuevas y chozas, y la cueva de los reyes de Galdar estaba cavada en vivas peñas, y toda chapada de tablones del corazón de pino, que dicen teda, madera perpetua. Andaban desnudos o, cuando mucho, con cada dos cueros de cabras, peludos. Ensebábanse mucho para enduresecer el cuero, majando el sebo de cabras con zumo de yerbas; comían cebada como trigo, que no lo tenían; comían cruda la carne por falta de lumbre, a lo que dicen; mas yo no creo que caresciesen de lumbre, cosa tan necesaria para la vida y tan fácil de haber y conservar. No tenían hierro, que también era gran falta; y así, labraban la tierra con cuernos: cada isla hablaba su lenguaje, y así no se entendían unos a otros; eran en la guerra esforzados y cuidadosos; en la paz, flojos y desolutos; usaban ballestas de palo, dardos y lanzones con cuernos por yerros; tiraban una piedra con la mano tan cierta como una saeta con la ballesta; escaramuzaban de noche por engañar los enemigos; pintábanse de muchas colores para la guerra y para bailar las fiestas; casaban con muchas mujeres, y los señores y capitanes rompían las novias por honra o por tiranía; adoraban ídolos, cada uno al que quería; aparesciáseles mucho el diablo, padre de la idolatría; algunos se despeñaban en vida a la eleción del señor, con gran pompa y atención del pueblo, por ganar fama y hacienda para los suyos, de un gran peñasco, que llaman Ayatirma; bañaban los muertos en la mar, y secábanlos a la sombra, y liábanlos después con correas pequeñitas de cabras, y así duraban mucho sin corromperse. Es mucho de maravillar que, estando tan cerca de Africa, fuesen de diferentes costumbres, traje, color y religión que los de aquella tierra; no sé si en lengua, porque Gomera, Telde y otros vocablos

así hay en el reino de Fez y de Benamarín, y que caresciesen de fuego, hierro, letras y bestias de cargo; lo cual todo es señal de no haber entrado allí cristianos hasta que nuestros españoles y Betancurt fueron allá; después que son de Castilla son cristianos y visten como en España, donde vienen con las apelaciones y tributos; tienen mucho azúcar, que antes no tenían, y que les enriquesce la tierra; entre otras cosas que después acá tienen son peras, de las cuales se hacen en la Palma tan grandes que pesan a libra, y alguna pesa dos libras. Dos cosas andan por el mundo que ennoblescen estas islas: los pájaros canarios, tan estimados por su canto, que no hay en otra ninguna parte, a cuanto afirman, y el canario, baile gentil y artificioso.

CCXXIV

Loor de españoles.

Tanta tierra como dicho tengo han descubierto, andado y convertido nuestros españoles en sesenta años de conquista. Nunca jamás rey ni gente anduvo y sujetó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merescido lo que ella, así en armas y navegación como en la predicación del santo Evangelio y conversión de idólatras; por lo cual son españoles dignísimos de alabanza en todas las partes del mundo. ¡Bendito Dios, que les dió tal gracia y poder! Buena loa y gloria es de nuestros reyes y hombres de España que hayan hecho a los indios tomar y tener un Dios, una fe y un baptismo, y quitádoles la idolatría, los sacrificios de hombres, el comer carne humana, la sodomía y otros grandes y malos pecados, que nuestro buen Dios mucho aborresce y castiga. Hanles también quitado la muchedumbre de mujeres, envejecida cos-

tumbre y deleite entre todos aquellos hombres carnales; hanles mostrado letras, que sin ellas son los hombres como animales, y el uso del hierro, que tan necesario es a hombre; asimismo les han mostrado muchas buenas costumbres, artes y policía para mejor pasar la vida; lo cual todo, y aun cada cosa por sí, vale, sin duda ninguna, mucho más que la pluma ni las perlas ni la plata ni el oro que les han tomado, mayormente que no se servían destos metales en moneda, que es su proprio uso y provecho, aunque fuera mejor no les haber tomado nada, sino contentarse con lo que sacaban de las minas y rios y sepulturas. No tiene cuenta el oro y plata, ca pasan de sesenta millones, ni las perlas y esmeraldas que han sacado de so la tierra y agua; en comparación de lo cual es muy poco el oro y plata que los indios tenían. El mal que hay en ello es haber hecho trabajar demasiadamente a los indios en las minas, en la pesquería de perlas y en las cargas. Oso decir sobresto que todos cuantos han hecho morir indios así, que han sido muchos, casi todos han acabado mal. En lo al, parésceme que Dios ha castigado sus gravísimos pecados por aquella via. Yo escribo sola y brevemente la conquista de Indias. Quien quisiere ver la justificación della, lea al doctor Sepúlveda, coronista del emperador, que la escribió en latín doctísimamente; y así quedará satisfecho del todo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

VIAJES MODERNOS

SE HAN PUBLICADO:

ANSORGE (W. J.): *Bajo el sol africano*. Un volumen con 123 fotograbados y 14 láminas.

CHARCOT (DR. J.): *El «Pourquoi-Pas?» en el Antártico*. Un volumen con 121 fotograbados, 43 láminas y 3 mapas.

HAVILAND (M.): *De la «taiga» y de la «tundra»*. Un volumen con numerosos fotograbados.

OTTO SVERDRUP: *Cuatro años en los hielos del Polo*. Tomos I y II, con más de 100 fotograbados, 50 láminas y cartas en color.

ORJAN OLSEN: *Los soyotos. Nómadas pastores de renos*. Un volumen con 55 grabados.

BOYD ALEXANDER: *Del Níger al Nilo*. Tomo I, con 99 fotograbados y 27 láminas.—El tomo II contiene 98 fotograbados, 24 láminas y un mapa.

EN PRENSA:

SVEN HEDIN: *Transhimalaya*. Dos volúmenes con numerosos grabados.

ERLAND NORDENSKJÖLD: *Exploraciones y aventuras en América del Sur*.


CALPE
COMPAÑIA ANÓNIMA DE
LIBRERIA, PUBLICA-
CIONES Y EDI-
CIONES







Gómara, Francisco López de, 1510–1560?

...⌊Historia general de las Indias ... Madrid ⌊etc.⌋ Espasa-Calpe, s. a., 1922.

2 v. 19cm. (*On cover:* Viajes clásicos.

A reprint of the first part of the author's Historia general de las Indias, Saragossa, 1552–53.

1. America—Disc. & explor. 2. Spanish America—Hist. 3. Peru—Hist.—Conquest, 1522–1548. √I. Title.

